



*Tormenta
de amor*

MARIANGELA
CAMOCARDI

Tormenta de amor

MARIANGELA CAMOCARDI

Copyright

© 2022 Mariangela Camocardi

Todos los derechos reservados

La obra, incluidas sus partes, está protegida por la ley de derechos de autor. Queda prohibida y sancionada (salvo autorización expresa), la reproducción por cualquier medio o forma dentro de los límites de la ley, así como la comunicación (incluidas, entre otras: la distribución, la adaptación, la traducción y la reelaboración, incluso por medio de canales digitales interactivos y por cualquier medio conocido actualmente o que se desarrolle en el futuro). El autor reconoce la plena propiedad de las marcas citadas por parte de los sujetos que las depositan.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son fruto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, que existan o hayan existido realmente, es pura coincidencia.

Elaboración gráfica de la portada a cargo de Cora Graphic

A mi marido Marcello, en cada uno de mis pensamientos siempre flota tu presencia

Contenido

[Tormenta de amor](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[TERCERA PARTE](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[CUARTA PARTE](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

PRIMERA PARTE

Reino de Cerdeña, 1799

Capítulo 1

Rosa llegó ante la casa justo cuando las primeras gotas de lluvia empezaban a caer sobre las hojas de los árboles. El cielo se cubrió de relámpagos, seguidos del estruendo de los truenos. El aullido del viento proporcionaba un fondo sombrío. En la creciente oscuridad, el edificio parecía cernirse amenazador sobre ella. La angustia y una ira totalmente ineficaz volvieron a abrumarla. Sin embargo, había sido feliz entre aquellos muros, pero la felicidad de entonces le parecía ahora lejana, inalcanzable. La oscuridad hacía sus líneas cada vez más esquivas, pero la villa del siglo XVI era un edificio de rara armonía y destacaba en el valle como un precioso colgante entre los pechos de una mujer, sobresaliendo entre el verdor por su orgullosa belleza. A su alrededor dominaban las montañas; más allá de los bosques y pinares se extendía, vasto y resplandeciente, el lago Mayor, con sus hermosas y sinuosas orillas, promontorios, embarcaderos, e islas.

Una ráfaga de viento empujó hacia atrás la capucha de Rosa, que se estremeció al verse reflejada en el cristal de uno de los invernaderos: en el destello del relámpago, se dio cuenta de que su rostro estaba exangüe, agarrotado por la consternación. Un escalofrío de rabia la arrancó finalmente de aquella anómala inmovilidad; como una sonámbula, obligó a sus piernas a ponerse en marcha, atravesando la gran verja de hierro forjado. La invadió una sensación de humillante impotencia ante la idea de que tenía las manos atadas, de que no podía hacer nada para evitar semejante abuso de poder. ¿Cómo podía detener ese monstruoso proyecto? ¿Cómo podía impedir que se le infligiera tanto dolor a una criatura indefensa? Ella era una criada, sin influencia alguna en las decisiones de su amo, así que ¿qué iba a ser de la hija? ¡Ah!, se enfureció, lo habría matado con sus propias manos si...

—Rosa...

Fue poco más que un susurro, pero la mujer reconoció la voz y su mirada se desvió hacia las sombras que cubrían el jardín. Después de lo que él había desatado, se preguntó con qué atrevimiento se atrevía a entrar en la finca de los Santacroce. Aquel gesto era una prueba de cuánto valor infundía el amor, pero representaba un riesgo que la exasperaba aún más.

—¿Dónde estáis, Gaetano?

Su figura se materializó al instante a un paso de ella, emergiendo de la espesura de los setos.

—¡Ah, Gaetano, no sé si calificar lo vuestro de audacia o de locura! —le reprendió con dureza—. Si el amo se enterara de que habéis entrado en su finca, no dudaría en echaros los perros encima.

El joven se le acercó.

—Lo sé, pero... —Se le quebró la voz y ocultó el rostro entre las manos, traicionando su desesperación interior.

Ella se apiadó de él. Estaba tan enamorado de su Caterina que casi pierde la cabeza. Un encuentro, el suyo, que nunca debió producirse, pero el destino había querido otra cosa y era inútil recriminar sus “síes” y sus “peros”.

—Tenéis que iros —le instó—. Aquí sólo causarías más daño.

Gaetano levantó de nuevo la cabeza y una inusual luz de rebeldía apareció en aquellos ojos extrañamente ambarinos.

—Tengo que verla, Rosa, aunque sólo sea un minuto, y vos podéis ayudarme.

—Si lo hiciera, creedme, os haría daño a los dos; pero si me escucháis, quizá no esté todo perdido.

—¿Qué queréis decir? —La miraba fijamente con esa intensidad penetrante que siempre le

causaba malestar. Parecía la mirada luminiscente de un gato, dotada de la misma hipnótica malicia.

—¡Os agarraréis un constipado! —exclamó preocupada, porque estaba empapado—. Y yo también. Sin embargo, abstente de locuras, Gaetano, os lo ruego. Hablaré con el amo, no dejaré piedra sin remover para convencerle de que consienta vuestro matrimonio. También me preocupo, no menos que tú, por la felicidad de ella. La amo más que si fuera mi propia hija.

—No os escucharé. ¡Ese hombre no tiene corazón y nos separará! Rosa, dadme la oportunidad de tener unas palabras con ella. Hay una barca esperándonos en el muelle. Aprovechando la oscuridad, iremos a Milán y nos casaremos en unas horas. La quiero tanto que...

—¿...que la queréis arrastrar a una situación equívoca? Si realmente la queréis, en una coyuntura así vuestro plan no tiene ninguna posibilidad de éxito. Sólo en el caso de que haya alguna esperanza, podréis organizar vuestra huida... Y ahora, sed razonable y marchaos.

Gaetano se tragó un suspiro de impaciencia.

—Me temo que no comparto vuestro cauto optimismo. Gioacchino Santacroce nunca me concederá la mano de su hija, lo conozco. También sé hasta qué punto puede llegar el egoísmo frío y calculador de un padre, llevado al extremo por un orgullo sin límites.

Rosa le sonrió para tratar de tranquilizarlo.

—Vamos, confiad en mí...

—De acuerdo, acataré vuestras sugerencias, por ahora estáis de nuestro lado y confío en vos. Sin embargo, si las cosas no se resuelven pronto, actuaré por mi cuenta. Soy el padre del niño, ¡maldita sea!, y dispuesto a asumir la responsabilidad de nuestro hijo. No renunciaré a ella, ni a nuestros sueños, aunque tenga que luchar contra el mundo entero, o contra mil Gioacchinos Santacroce.

—Si no atiende a razones, podéis contar con mi apoyo, os lo prometo. —Sostuvo la mirada insegura de Gaetano, aunque el corazón le pesaba en el pecho como el plomo—. Soy vuestra aliada, ¡no perdáis la esperanza!

—¡Que Dios os escuche! —asintió él—. ¿Le diréis a Caterina, al menos, que he venido?

— ¡Claro! Estará contenta. Vos sois su vida.

—Y ella es la mía. Decidle que la quiero más que a mí mismo y que la existencia no tendría sentido para mí si no tuviera la certeza de pasarla con ella.

—Se lo diré todo, Gaetano, pero ahora debo despedirme de vos. Cuidaros y... nada de pasos en falso, ¿entendido?

Le hizo un gesto de aprobación con la cabeza, con una expresión tensa mientras intentaba sonreírle.

—Entendido, Rosa.

—Sed prudente, no lo olvidéis —le exhortó ella—. ¿No será peligroso cruzar el lago con esta temporal?

El joven, despreocupado, se encogió de hombros.

—No para quien conoce los peligros. Llegaré sano y salvo a mi destino, así que no os angustiéis por mí.

Lo vio desaparecer en la oscuridad y luego, sin más dilación bajo la lluvia, se adentró por la entrada de servicio. El calor del interior le pareció una panacea para su reumatismo, aunque no consiguiese derretir el frío que envolvía su corazón. Cuando se asomó a la cocina, iluminada por el débil resplandor de un fuego mortecino y la lámpara de la alacena, la descubrió vacía. La servidumbre debía de haberse retirado a dormir, pensó un instante antes de ver salir a Pellegrino,

el mayordomo, por la puerta que daba a las bodegas, contemplando con suficiencia una polvorienta botella de vino, botín evidente de su excursión.

—¡Ah, sois vos, Rosa! —exclamó a su vez al verla—. Una noche de perros, ¿eh?! ¡Sólo se está bien al calor de una buena chimenea!

—Así es —en su tono había cierto reproche—. ¿Me equivoco o volvéis de otra de vuestras incursiones?

El otro se limitó a hacer un gesto de indiferencia.

—¿Se han acostado todos? —le preguntó Rosa.

—Angelina está por ahí —le respondió lacónico.

Ella lo examinó con desagrado: la camisa se le salía por la mitad de los calzones y los calcetines le caían sobre las pantuflas deformadas que llevaba a la hora de acostarse. Le resultaba chocante el contraste entre el mayordomo, impecable de día, y el desaliñado individuo nocturno. Era un buen tipo, por cierto: alto, delgado, rostro simpático y ojos ingeniosos, cabello ralo que era su preocupación, y también muy desinteresado. Sólo necesitaba la mano firme de una esposa para cambiar sus hábitos.

—¿La condesita ha cenado?

—¡Qué va! Ni siquiera ha bajado a cenar, ¿lo sabéis?

Ella frunció el ceño.

—¿No se encontraba bien?

—No sabría decirlo. —La miró de reojo, como si no se atreviera a preguntar, pero la curiosidad pudo con él—. No es por meterme donde no me llaman, pero hace tiempo que nos preguntamos qué le pasa a la señorita. Le tenemos cariño... y bueno, ha perdido el apetito y se está consumiendo. ¿Qué le pasa? ¿Tiene algún problema de salud?

—No que yo sepa —mintió Rosa.

—¿De verdad no tenéis ni idea? —insistió el hombre.

—De verdad —le confirmó impertérrita—. Pero ¿dónde está Angelina?

—¡Aquí estoy! —Abriendo la puerta con un firme empujón de sus robustas caderas, la mujer irrumpió en la estancia con los brazos cargados de leña, que colocó a un lado de la chimenea. Ella era más ancha que alta, sonrosada y regordeta, franca y generosa hasta la extenuación. Su cabello era de un hermoso color rubio dorado, sus ojos claros y directos, y su nariz, algo parecida a una patata, sobresalía por encima de su carnosa boca. Angelina podía pasar repentinamente de la sonrisa más afable a una incisiva mueca, igual que su lenguaje descaradamente franco. Estaba enamorada de Pellegrino, pero él, aunque no era insensible a las miradas de atención de la cocinera, no cedía en el tema. Quizá le intimidaba más la idea de renunciar a su libertad de soltero para disfrutar de sus propias comodidades, que la convivencia a largo plazo inherente al matrimonio. Se buscaban, se pinchaban, tan parecidos de carácter como para apreciar las mismas cosas, completamente incapaces de resistirse a estar lejos el uno de la otra.

—¡Por todos los Santos, mujer! —exclamó él gesticulando—. Eres peor que un terremoto. Que no seas el prototipo de Venus desde luego no dependía de ti, pero ¿qué te impide adquirir un poco de gracia femenina, habida cuenta de que no te perjudicaría?

—¡Adonis tenía que hablar! —replicó ella, alterada—. Diantres, al menos podrías evitar esos comentarios sobre mi falta de atractivo físico evaluando objetivamente el tuyo, ¡empezando por ese cráneo liso como una sandía!

—¡Mujeres! —resopló el mayordomo con ostentosa superioridad—. Si hubiese una con un poquito de sentido común.

—¿Cómo te atreves? —Angelina se adelantó con actitud combativa, preparándose para defender su condición con uñas y dientes.

Rosa cortó la escaramuza de raíz: corría el riesgo de degenerar en una de sus agrias rencillas.

—Por el modo que discutís con tantas ganas, apuesto a que acabaréis casándoos un día de estos.

—¡Más bien acabaremos en la horca! —exclamó la cocinera, alzándose orgullosa sobre su metro cincuenta y cinco de estatura. Pero, a su pesar, se ruborizó ostensiblemente.

—Preferiría meterme fraile —afirmó él con desdén, dándole la espalda para no mostrar que se había sonrojado.

—Los dos sois tan testarudos que no os dais cuenta de que estáis desperdiciando un tiempo precioso —cortó en seco Rosa.

—Bien dicho —Angelina se acercó al hogar y, contrariada, avivó el fuego.

Rosa se acercó a las llamas, intentando aplacar los escalofríos que la estremecían. Debería haberse quitado la ropa mojada, pero había otras preocupaciones que se agolpaban en su mente.

—¡Estáis toda mojada, por Dios bendito! —La cocinera la miró compungida, y quitándose el chal de lana que llevaba, cubrió a su amiga con la premurosa solicitud de una hermana—. Pero ¿queréis coger un resfriado? Os serviré un poco de caldo caliente y...

—¡Bah!, hace falta algo más que un caldo —la interrumpió Pellegrino, mostrando el excelente vino Grignolino sustraído al amo—. El remedio correcto es este, querida Rosa. —Y para probar la validez de dicha teoría, se sirvió una generosa medida del caldo—. Excelente —declaró como experto conocedor, chasqueando la lengua.

—¿Comprendéis por qué las mujeres no le interesan, Rosa? —Angelina lo miraba irritada—. Tiene una insana afición por esa basura, ni más ni menos.

—¿Basura? —frunció el ceño escandalizado ante su ultrajante definición de lo que él consideraba *néctar de los dioses*—. ¡Esto es pura ambrosía! Adelante, servíos un vaso, Rosa, os garantizo que os recuperará en un santiamén, confiad en mí.

—¿Y por qué no, si tiene ese efecto? —aceptó de forma totalmente inesperada—. Vamos, ofrecedme un sorbo de vuestra portentosa ambrosía.

Sabiendo que era abstemia, la contempló perplejo durante unos instantes.

—¿Lo decís en serio?

—Rosa, ni se os ocurra hacerle caso... —la cocinera estaba igualmente asombrada.

Ella no le hizo caso y cogió el vaso que el hombre le tendía ahora. Bebió al menos una cuarta parte del embriagador elixir y lanzó un suspiro

—¿Cómo criticaros si os gusta tanto, Pellegrino? Me lo estoy replanteando todo.

—¿Queréis otro?

—¿Y no preferiríais en su lugar un cuenco de sopa? —intervino Angelina, alarmado por la actitud combativa que, desde el tercer vaso de vino, animaba los apacibles ojos de Rosa.

—No, gracias.

—Pero ¿estáis segura? —La cocinera parecía aún más turbada por la enigmática sonrisa que acompañaba la negativa de su amiga.

—Segurísima. —Rosa no se había sentido tan animada desde hacía mucho tiempo, reconoció. Y lo más divertido de aquella experiencia era que nunca había estado tan lúcida.

—¿Por qué no os acostáis? —sugirió Angelina.

—¿Acostarme?

—Sí, y quitaros esa ropa mojada.

—No puedo, debo ir a verle a él inmediatamente. Sería injusto hacerle esperar más, ¿no?

—Si vos lo decís, Rosa, sin duda será así — coincidieron los dos al unísono, sospechando que, debido al vino, estaba divagando. Era obvio que se preguntaban quién demonios era *él*. Preocupados, cuando ella salió de la cocina la siguieron hasta el vestíbulo, mirándola perplejos mientras captaban la mirada que Rosa dirigió a la escalinata. De repente, ambos adivinaron a quién iba dirigida la inequívoca hostilidad de Rosa.

—No estaréis pensando en subir a... —Angelina tragó saliva, olfateando problemas—. Rosa, por el amor del cielo, no pretenderéis ir a ver al amo, ¿verdad?

—Podéis estar seguros de que lo haré.

—¡Es culpa tuya! —estalló enfadada contra Pellegrino, que se estremeció molesto—. Tenemos que detenerla, si se presenta en ese estado de embriaguez, la echará de esta casa sin darle siquiera la oportunidad de abrir la boca.

—Rosa, no podéis presentaros ante él medio bebida —quiso disuadirla el mayordomo, hablándole en tono persuasivo—. ¿Por qué no lo aplazáis hasta mañana?

—¡No, ahora mismo! —reiteró ella con tozudez, esforzándose por ponerse en marcha.

—Pero ¿qué cosas urgentes tenéis que decirle? No se estará quemando la casa, ¿verdad?

—¡Peores cosas van a pasar en cuanto le diga a la cara lo que pienso de él!

—Querida —la cocinera le cortó el paso con determinación—, cambiaos, al menos. Parecéis una pedigüña, con esa ropa empapada.

—Me retrasaría y no quiero aplazar más el cara a cara —Rosa tenía una determinación que jamás había mostrado poseer, mientras la empujaba a un lado y subía las escaleras.

Capítulo 2

Al llegar frente al estudio, el impulso de salir corriendo puso a prueba su voluntad, ya vacilante, de enfrentarse al hombre que estaba encerrado dentro. Estaba ya a punto de dar media vuelta y obedecer a su instinto cuando, de repente, la puerta se abrió. Temblando de aprensión, Rosa tenía ante sí al hombre que, desde aquella tarde, detestaba profundamente.

—¡Por fin! —la saludó bruscamente, indicándole que entrara.

Ella se mordió la lengua para reprimir una mordaz réplica, entrando altiva en la habitación. Tiesa por la indignación y la lividez, se prometió decirle lo que pensaba a aquel zopenco con peluca.

Las maneras poco amistosas de Gioacchino Santacroce no eran nada nuevo para quienes lo conocían, pero debía sentir un placer perverso en hacer que su trato con el prójimo fuera lo más desagradable posible. Habría incomodado hasta a una momia, tal era el pavor que infundía a sus interlocutores. Ella lo miraba sin un atisbo de deferencia, sintiéndose superior, humanamente, si no en rango, a aquel pomposo y almidonado exponente de la nobleza.

Medía cerca de un metro noventa, de constitución delgada, rostro aristocrático de nariz imperiosa, labios finos y mentón firme. Era el tipo de persona segura de sí misma y de su propia infalibilidad, consciente de su lugar en el mundo. Hacía años que Rosa no le veía sonreír.

—Sin duda estabais demasiado atareada con quién sabe qué frívolas actividades como para encontrar tiempo para reponer los trapos que lleváis puestos —comentó con sarcasmo.

«Ya está lanzando el ataque», pensó ella, de modo que desde el primer momento tenía la situación bajo control. Sólo que esta vez no se dejaría intimidar por las astutas estrategias de su amo. Envalentonada por el vino y el resentimiento, se inclinó hacia él con igual agresividad.

—Sabéis tan bien como yo que me ocupaba de asuntos que, en verdad, no tenían nada de frívolos. Así que la ropa, de hecho, era la menor de mis preocupaciones.

—Bien, ¿qué me decís? Quiero librarme de este malestar rápidamente, y no preocuparme más.

Tan insensible cinismo silenció a Rosa.

—¿Por qué me miráis así? —inquirió, impaciente.

—¿Así? ¿Cómo?

—Con el ceño fruncido. Vamos, sentaos y hablad, por el amor de Dios, ¿o debo esperarme lo peor?

—¿Y qué podríais esperar peor? —ella tomó asiento en la silla que él le indicó.

—¿Qué quiere decir esa respuesta?

—Conocí a esa basura de mujer... No creo que pueda recuperarme nunca del disgusto.

—Ahorraos vuestros comentarios personales y decidme simplemente si está de acuerdo.

—¿Teníais alguna duda? —ella no mitigó la dureza de su tono—. Está dispuesta a hacer cualquier cosa por dinero, lo que significa que su vileza no conoce límites, que no tiene conciencia y que sólo le interesa el dinero. De hecho, exige de inmediato la mitad de la suma acordada.

—No es ningún problema.

Rosa le miró consternada.

—Tal vez no os deis cuenta del mal que pretendéis hacer. Eché más de un vistazo a mi alrededor mientras estaba en aquel cuchitril, y no puedo entender cómo podéis ensañaros sin pestañear con una criatura indefensa... —Negó con la cabeza—. Sería monstruoso entregar al

niño a esa bruja inmunda. Pisotearía las mismísima reliquias de Cristo en su propio beneficio... —su voz vibró de indignación—. Os lo suplico, ¡no lo hagáis!

Al ver en su mirada una condena abierta, Gioacchino reaccionó con una cólera inusitada.

—¡Hago lo que me parece —sentenció en tono tajante—, y no os atreváis a juzgarme como si fuerais mi igual! —Pero no aguantó la mirada de sus ojos acusadores—. Asumisteis el encargo a instancias mías y os lo agradezco; ahora no os entrometáis.

—¡No, sería demasiado cómodo despachar un abuso como ese así, señor!

—¿No? —Desconcertado por aquella vehemencia, se quedó sin palabras y fue incapaz de poner a la criada en su sitio—. ¿Qué más hay?

—Que tamaña inmundicia yo no puedo digerirla. ¿Cómo puede un padre actuar así? Fuisteis generoso con la primogénita, accediendo a casarla con el hombre que ella quisiera, ¿por qué no con la otra? ¿No la queréis? ¿Y a la infeliz criatura que está por nacer? ¿Con qué valor le negáis un porvenir? —Rosa ya no podía contenerse—. Me esfuerzo por comprender las razones, por supuesto, e imagino la decepción que os han causado los desagradables acontecimientos que discutimos.

—Que lo comprendáis, me reconforta —ironizó.

—Perdonad mi atrevimiento: soy una sirvienta y no tengo derecho a condenar vuestras decisiones, sean justas o injustas. Me adaptaría sin objeción a que, una vez nacido, el bebé fuera confiado a personas decentes. Pero queréis deshaceros de él entregándolo a una mujer malvada que lo tratará como a una bestia, explotándolo.

—Vamos, no exageréis...

—¿Exagerar? Os lo digo con franqueza: en sus manos esa criatura durará poco.

Gioacchino permaneció impasible. Ni un músculo se movió en aquella máscara exterior que parecía tallada en granito. Ella se sorprendió a sí misma preguntándose si alguna emoción podría animar, haciéndolo humano, aquel rostro que rivalizaba con la dureza de una piedra.

—¿Me habéis entendido? —insistió, sacudida por la ira.

—Sí, pero mi familia y los que forman parte de ella me conciernen a mí, no a vos, si es que es necesario puntualizarlo. Así que os agradecería que no os inmiscuyerais más.

Fue la gota que colmó el vaso.

—Vos me autorizasteis a interferir —le recordó airada, levantándose con tanta vehemencia que derribó su silla—. ¡Así que no os atreváis a apartarme o lo lamentaréis!

—¿Me estáis amenazando?

—Sí, y os lo advierto: No me iré de aquí hasta que no tenga sólidas garantías sobre el destino de aquellos que me importan más que a vos, si hiciera falta no dudaré en extorsionaros: provocaré un escándalo, informando a todo el mundo de lo despiadado padre que estáis demostrando ser.

Retrocedió, arrugando su aristocrática nariz, y parecía disgustado.

—¡Estáis ebria!

—No lo suficiente, o seréis el primero en sufrir las consecuencias. He criado a vuestras hijas como si fueran mías, reservándoles el mismo afecto que sentía por vuestra esposa, la entrañable Sofia. ¡Daré mi parecer en la horrible historia a la que me habéis arrastrado!

—Sí, las criasteis vos, y éste es el resultado —convino Gioacchino con sarcasmo—. La mayor huyó de casa con su amante, como la más vulgar de las sirvientas, obligándome, para proteger el nombre de la familia, a aceptar a desposarla con el mendigo de su elección. La más joven, en quien yo confiaba, imitando el mal ejemplo de su hermana, a espaldas mías, veía en secreto a su amante y se dejó preñar por él, un completo inútil, sin oficio ni beneficio. Así que no

hay por qué enorgullecerse de la forma en que habéis educado a esas insensatas que no me causan más que disgustos. Si, por el contrario, hubierais abundado en severidad, no estaríamos en esta situación.

—¿Severidad? Ya la recibieron en abundancia de vos, y es esto, probablemente, lo que las condujo a buscar algo de dulzura fuera de aquí.

—Con el resultado que conocemos.

—¡Cielos!, pero ¿tenéis un corazón? ¿Tenéis sentimientos? ¿O consideraréis al primero un órgano indispensable y a los segundos unos adornos inútiles? ¿Habéis amado a alguien además de a vos mismo?

—¿Y sois precisamente vos, testigo de nuestra felicidad conyugal, de Sofia y mía, quien me lo pregunta? —El hombre la miró con repentina tristeza—. ¿Qué esposa fue amada como yo la amé?

—Tal vez ninguna, pero en detrimento de esas chicas.

—Me esforcé por ser un buen padre...

—Esforzarse no es suficiente.

—Me habrían hecho desesperar de todas formas.

—Vos las desesperasteis, dosificando vuestro afecto —lo acusó, de manera implacable—. ¡Y ahora también esta infamia! Sofía se revolverá en su tumba.

Él se estremeció, entornando los ojos.

—Agradezco al Señor Todopoderoso que nos la haya arrebatado antes de tiempo, pues de lo contrario moriría con el corazón destrozado por el comportamiento de esas infelices. En cuanto a vos, no os estoy echando de esta casa sólo porque ella, de quien ahora sólo puedo arrepentirme, os trajo aquí. Es en virtud de esto que he tolerado vuestra insolencia. Y ya que sois pródiga en sabios consejos respecto a los demás, me gustaría daros uno igual de sabio: desapareced de mi vista y evitadme la incomodidad de vuestra presencia en los próximos días.

Con la desesperación atenazándole la garganta, Rosa cambió de táctica.

—Os lo suplico, escuchadme y sed magnánimo con vuestra hija: cometió un error, pero errar es de humanos y se nos ha concedido la facultad de perdonar. Si hizo lo que hizo, fue por amor.

—¡Amor! Encaprichamiento es más apropiado como término, con un renegado en connivencia con los franceses, el hijo segundón de un vizconde en la miseria. No, nunca daré mi aprobación a tal unión: si lo hago, es por el bien de ella, para salvar su reputación. Y no debe filtrarse la menor sospecha sobre su estado, no quiero desacreditar a la familia.

—¿Cómo iba a hacerlo? La mantenéis apartada...

—Se lo merecía y me obedecerá, sometiéndose a mi voluntad. Luego, cuando tenga al mocosito, se lo llevará a la mujer que lo quiera y mi hija se casará con el marido que le he destinado, y sin rechistar.

Sintiéndose derrotada, trató de conmoverlo por el que, al fin y al cabo, era su nieto.

—Será como deseáis, por matrimonio, pero apiadaos del pequeño: ¿por qué entregarlo a una bruja cruel? Por pura venalidad desollaría hasta a un piojo. ¿No hay otra posibilidad?

—Una es tan buena como la otra.

—No podéis hablar en serio. Dárselo a una miserable ramera avergonzaría incluso a Herodes. Y él, por lo menos, los mató enseguida, a esos inocentes, en vez de condenarlos a una vida de atroz sufrimiento.

—Si pensáis que voy a desistir...

—¡Debéis hacerlo si tenéis alma! Esa asquerosa impía lisa a los niños abandonados que

mantiene en casa. Los lisiados y mutilados recogen más limosnas de la gente que les da caridad.

—¿De veras?

—Sí, y eso es lo que vuestro nieto sufrirá.

—No es mi nieto, es solo un bastardo.

—Al igual que vos —fue el insulto que sin más miramientos le lanzó—, si realizáis un acto tan despreciable. Un acto que lamentaréis hasta el día de vuestra muerte, pues dárselo a esa arpía es decretar su muerte.

Gioacchino pareció estremecerse ante la escueta pero eficaz descripción de Rosa. La contempló con los ojos entornados, dividido entre la tristeza y el orgullo.

—¿Estáis segura?

Ella asintió, y sintiendo que la determinación de él flaqueaba, continuó:

—Deambulará por las calles de sol a sol, en cualquier época del año, vestido con harapos, mendigando sin cesar. Si no recoge todo lo que se espera de él, lo molerán a palos, mientras que si recoge suficientes monedas, como recompensa recibirá pan duro para comer con la infame bazofia que le he visto servir a esa asquerosa mujer, insuficiente para alimentarle...

—¿Me estáis diciendo la verdad?

—¡Sin esconderos nada! —le confirmó—. Señor, ¿de verdad queréis alejarlo de su madre y de su padre para convertirlo en un triste indigente?

Esa mención de los padres fue un error, porque devolvió al hombre toda su inflexible arrogancia.

—¡Ya, la madre y el padre! ¡dos imprudentes que es mejor separar que unir! No, la existencia de mi hija no se destruirá por un error de ingenuidad juvenil, así que pongamos fin a esta conversación: mi decisión es irrevocable.

Desolada, Rosa asintió tristemente.

—Sólo me queda una cosa por deciros. La última.

—¡Y yo os garantizo que así será! —bramó Gioacchino. La obstinada intercesión de ella en favor de su pupila le estaba haciendo perder la luz de la razón—. Abandonaréis mi casa en cuanto hayáis recogido los pocos harapos que os pertenecen. Estoy harto de vuestra insolencia.

—Si esto es una despedida, ¿qué mejor ocasión para deciros francamente lo que pienso de vos?

—Vuestra opinión no me interesa, así que absteneos de expresarla.

—¿Cómo podríais impedírmelo? —Le miró fijamente con la misma intensidad, exultante al darse cuenta de que le estaba incomodando—. Estáis tratando a vuestra hija como si fuera una mala persona, y no lo es.

—A mí me parece que ella se ha comportado como tal, digáis lo que digáis, ¡por lo tanto sufrirá las consecuencias! Dará a luz a su bastardo en el más absoluto secreto, sin dudar de la versión de los hechos que le daré, a saber, que el bebé nació muerto. Lo que haga con el recién nacido, por último, no debe concernir a nadie más que a mí.

—Os equivocáis, se tratará de vuestra hija y del inmenso dolor que le quebrará el corazón, sin imaginar que las vuestras son mentiras. ¿Es así como la queréis? Hacerle creer que el bebé no sobrevivió al parto es digno de una mente retorcida. ¿No queda ni una pizca de humanidad en vos? Puede que sea malgastar aliento advertiros de que os arrepentiréis, y de que las lágrimas que derraméis después son lágrimas perdidas, pero lo pagaréis. —Lo contempló con la misma expresión que habría reservado para un idiota, y luego se dirigió a la puerta. Antes de cruzarla, se volvió—. Llegará el día en que chocaréis vuestra altanera nariz con vuestras fechorías, y el único pesar que siento al abandonar esta casa es el de no haber podido disfrutar de la escena. Pero

recordaréis mis palabras, Gioacchino Santacroce, y os condenaréis eternamente por no haber sido capaz de ponerle remedio.

—¡Esperad!

Su imperiosa llamada la detuvo en el umbral. Ella le miró con curiosidad.

—Volved aquí, por favor... —le suplicó entonces en voz baja. Aunque había expresado lo contrario, su respeto por Rosa había crecido tras su sentida defensa de la persona que amaba. Ella acababa de darle una lección de hondura moral y de humanidad, demostrándole hasta qué punto era consecuente con sus principios. Ella le había respondido con amabilidad, sin dejarse pisotear por su odioso despotismo. ¡Ah, dignidad a raudales! Abandonaba un hogar en el que había vivido más de veinte años para evitar comprometerse. Aquella mujer podría haber sido la mejor solución a sus compulsiones, y ni siquiera había pensado en ello antes de la tormentosa conversación con ella.

—Sentaos —le instó con mirada conciliadora—. Y no temáis: no muerdo.

—¿Qué queréis? —inquirió cautelosa.

—¿Aceptaríais cuidar del niño? Si estáis de acuerdo, os lo confiaría, Rosa...

—Os remuerde la conciencia, ¿eh?

—Sí... no... Bueno, no me apetece entregárselo a la...

—Cochina ramera —le sugirió, acercándose. Tal vez había un hilo de esperanza, instándola a no desconfiar—. Lo haría encantada, pero ¿no os molestará tenerlo por casa?

—Habéis malinterpretado mis intenciones —precisó él—. Si aceptáis criarle, os iréis los dos a otro sitio: ésa es la condición que pongo.

«Sí, no puedo exigirle lo imposible a un hombre que ya está cediendo mucho a pesar de su carácter», pensó. Y con el corazón latiéndole a toda prisa, preguntó:

—¿Por qué precisamente yo?

—Sois honrada, leal e indómita, y no conozco a muchas personas tan buenas. Mi estima por vos es... notable.

—No parecíais pensar así, hace un momento.

—Estaba fuera de mí, habéis estado irritante y la ira me ha dominado —se disculpó con ruda cortesía—. Sin embargo, estaría menos... agobiado, sabiendo que su hijo está en manos seguras y de confianza.

—¿Y ella? ¿Qué le diréis cuando se lo arrebatéis de los brazos?

El rostro de Gioacchino se tornó sombrío.

—Me aseguraré de que no se dé cuenta informándole de que la comadrona no consiguió salvar al bebé.

Mientras le escuchaba, la mente de Rosa elaboraba una estrategia distinta de la que le estaba exponiendo Gioacchino. Siete meses. Para los dos enamorados quedaban siete preciosos meses antes del parto, y en el tiempo providencial que les habían concedido, Gaetano tenía todas las facilidades para organizar su huida. Y ella les ayudaría, siguiéndoles allá donde fueran. Pero había que actuar con cautela para no despertar las sospechas de nadie.

—Vale, le diréis que el recién nacido ha muerto —ella fingió colaborar—, pero, ¿cómo vais a justificar mi desaparición?

—Nos ocuparemos de ello cuando dé a luz. —Se impacientó él—. En primer lugar, como afortunadamente el embarazo aún no es evidente, Caterina y vos partiréis hacia un lugar tan aislado que ni el más ocasional de los testigos se cruzará con mi hija.

«Perfecto», se alegró ella: «Gaetano no tendrá dificultad en llevar a cabo sus planes».

—¿Y después? —le preguntó intrigada

—Completada su gestación, sin estar inmersa en habladurías y con la reputación arruinada, os marcharéis con el pequeño.

—¿Adónde?

—¿No tenéis una casita en el sur de la península?

—Sí, un obsequio del amable abogado D'Urso, vuestro suegro, al que los labriegos llaman *Spennapiccioni*^[1].

—¿Qué mote tan absurdo! —balbuceó Gioacchino con una mueca—. Sin embargo, me parece el lugar ideal para nuestras respectivas necesidades.

—¿Y no pensáis en las habladurías que la presencia de un niño desatará a mi costa?

—¿Habladurías? —Arqueó una ceja y esbozó una media sonrisa—. Puesto que la naturaleza os protege por la edad de las malas lenguas, es evidente que no puede ser fruto de un pecado tardío. ¿Qué maldades podrían tejerse sobre vos? ¿Quién puede excluir que hayáis acogido a un expósito en busca de compañía y afecto en vuestra solitaria vejez?

«Complácelo», se amonestó de nuevo. «Consíénteselo y no lo irrites con más protestas, si quieres evitar que cambie de opinión».

—¿Estáis seguros de que esa estratagema funcionará...?

—¡Ya lo creo!

—Adelante entonces, pase lo que pase —capituló Rosa.

—¡Buena chica! —exclamó, aliviado—. Me ocuparé en persona de aclarar cualquier obstáculo legal relacionado con la custodia. Además, me pondré en contacto con el notario Corsini para que os abone una congrua renta vitalicia, de modo que no tengáis preocupaciones económicas. Como amigo de confianza, no me verá obligado a darle excesivas explicaciones, y mantendrá absoluta discreción sobre el asunto.

—¿Algo más? —ella sólo ya sólo quería despedirse.

— Sí, aún hay algo que os exijo.

Ella le miró desconcertada.

—¿Y qué es?

Señaló el crucifijo que había en la pared

—Jurad por Dios que nunca, a menos que yo os libere del vínculo de este secreto, revelaréis a nadie quién es la madre del niño que se os ha confiado.

—Pero, ¿no os parece excesivo tanto secretismo?

—¡Juradlo! —le ordenó de manera taxativa.

Ella no podía oponerse a sus imposiciones si no quería comprometer los planes de los jóvenes amantes.

—Lo juro —pronunció solemnemente.

El hombre lanzó un profundo suspiro, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Gracias, ahora podéis marcharos.

—¿No queréis reconsiderarlo?

—No. La morada de los Santacrocce albergará sólo a los herederos legítimos de mi sangre y de mi nombre.

—Sois vos quien manda, y espero que vuelva la calma después de esta tormenta.

—¿Por qué no? —Gioacchino se encogió de hombros—. Supongo que depende de la falta de escrúpulos de la juventud actual que todo se vaya al garete. En mis tiempos un hijo nunca se hubiera permitido ir en contra de los deseos de sus progenitores, y todo funcionaba mejor.

—No sabría decirlo —murmuró ella—. Sin embargo, me pregunto si ha habido alguna generación que haya comprendido las innovaciones de la siguiente —concluyó la conversación,

y luego salió del estudio con una breve reverencia.

Una vez recuperada la calma y la quietud de su dormitorio, se dejó caer en la cama. El futuro inmediato no parecía ciertamente halagüeño, pero después de todo, reflexionó, nunca hay que desesperarse: más allá de las nubes el sol siempre sonríe, y la esperanza, por retórico que suene, es la última en morir.

SEGUNDA PARTE

Reino de las Dos Sicilias, 1820

Capítulo 3

—Mamá, ¡no quiero que pierdas la vista por culpa de esos bordados! —Valentina se mostraba contrariada.

Rosa levantó la cabeza del telar y la miró por encima de sus gafas de montura metálica.

—Pero no puedo dejar incompleto un ajuar ya medio bordado, ¿verdad?

—De acuerdo, térmalo, pero será el último. Yo también trabajaré para ti.

—Eres tan cariñosa y aprecio tu buena voluntad, pero antes de renunciar a algo que nos permite vivir dignamente, esperaremos a que te instales. Quizá me abstenga por las noches, pero no puedo quedarme de brazos cruzados todo el día cuando...

—Cuando cada céntimo vale su peso en oro —terminó Valentina—. Últimamente estás pensativa... —añadió, retomando el trabajo de la masa de pan con energía—. ¿Hay algo que te preocupa?

—No me parece que lo esté particularmente —mintió Rosa, masajeando sus doloridos riñones. En realidad, ahora que la educación de Valentina había concluido, no dejaba de pensar en el futuro de aquella chiquilla y en el lugar en el mundo que le correspondería. Por ahora, mientras esperaba que algo sucediera, disfrutaba plenamente de la vibrante presencia de ella, que acababa de regresar del internado tras una larga ausencia de su hogar.

—No te parece, ¿eh? Sin embargo, aquí estás de nuevo con la cabeza en las nubes —rio Valentina al pillarla in fraganti.

—Ya —terminó Rosa por unirse a ella—. Creo que es un fenómeno que nos afecta a las personas mayores. Nos entretenemos en los recuerdos, rememoramos el pasado, hacemos balance de nuestra vida, perdiendo poco a poco el interés por el futuro, que ya no es el nuestro sino el de vosotros, los jóvenes. —Un destello de inquietud pasó por sus ojos.

Ella apretó los labios, notándolo Valentina. Aquellos iris habían sido de un azul vivo, ahora, además de enturbiados por los años y la fatiga de tanto bordar, la mirada de su madre reflejaba un tormento interior cuyo origen ignoraba.

—¿Qué pasa, mamá? —la interrogó con dulzura.

—Nada de lo que debas preocuparte. Es sólo que me gustaría verte instalada antes de...irme. Luego ya no le pediré nada más a Dios.

—Pero ¿qué clase de conversación es ésta? ¿Qué te pasa? ¡Me harás llorar si te atormentas semejante tontería!

En el marchito rostro de Rosa apareció una expresión que Valentina no supo interpretar.

—Sé lo mucho que me quieres, cielo, pero ¿qué hay de malo en querer verte tranquila cuando inevitablemente llegue ese momento?

—Realmente quieres preocuparme hoy, ¿verdad? —ella dejó de afanarse en la masa de harina y levadura y, tras cubrirla con un paño de cocina, se acercó a la mujer, tratando de disipar aquel momento de tristeza—. Puesto que también quieres entristecerme, me obligas a salir. Voy a ordeñar a Lucrezia: evitaré enfadarme por estos absurdos desvaríos.

Al cruzar los ojos dorados de Valentina con los suyos, le sonrió. Virgen Santa, ¡qué color tan espléndido tenían! Para quedarte hechizado. Ojos de lechuza, decía en cambio la muchacha, pero eran dos gotas de oro fundido, sombreadas por espesas pestañas negras. Su melena de color azabache, suelta, le rozaba las caderas. Unos ojos dotados de una extraña magia que los hacían inolvidables. Era hermosa, aquella joven de exuberante vitalidad, y el amor que Rosa sentía por ella era el de una verdadera madre.

—Ve, ve —le dijo, suprimiendo todos los temores.

Un minuto después Valentina reapareció de nuevo.

—¡Lucrezia ha desaparecido!

—¿Otra vez? —Rosa había perdido la cuenta de las veces que habían tenido que ir en busca de aquella cabra rebelde.

—Otra vez. Se comió la cuerda y se largó, así que tendré que dar una vuelta por los alrededores para encontrarla. —Hizo un gesto de irritación—. Deberías haberlo atado con la cadena, como te había sugerido. Parece que le gusta más el cáñamo que la hierba.

—Bueno, nunca va muy lejos...

—No soy tan optimista: He echado un vistazo y no hay rastro de esa ingrata bestia.

Se alarmó de inmediato.

—Entonces deja que Golia te acompañe. No quiero que deambules sola. Anda suelta por ahí gente muy mala desde hace un tiempo.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Valentina.

—Sé cuidarme yo solita, Rosa, pero si te tranquiliza saber que voy con Golia, le aviso de inmediato.

Rosa permaneció junto a la ventana hasta que la esbelta figura de Valentina desapareció de su vista, luego se retiró y empezó a preparar la cena. Y de nuevo, como antes, el flujo de recuerdos se reanudó desde donde se había interrumpido...

Decir que aquellos intensos veinte años habían pasado en un santiamén era quedarse corto para definir aquel lapso de tiempo que había cambiado el curso de su vida. Valentina, la niña que Gioacchino Santacroce le había confiado, era adulta. Tenía la belleza mediterránea de su abuela Sofia, con la sensualidad añadida que le daba más encanto y que parecía cautivar a los hombres. Los jóvenes del pueblo le dirigían ciertas miradas... lo que acentuaba la ansiedad de Rosa. De Santacroce había heredado clase, elegancia innata y una estatura superior a la media. Pero los ojos, esos ojos que llamaban la atención sobre ella, eran herencia de su padre, el pobre Gaetano, que se había ahogado la misma noche en que Rosa, tras encontrarse con él en el jardín, había tenido aquella acalorada discusión con el amo.

Con el trágico final de Gaetano, todos los planes de fuga habían quedado aparcados, conformándose forzosamente con los de Gioacchino, que nunca había sospechado su complicidad con los dos amantes. Por un momento, absurdamente, deseó que pudiese ver a su nieta: seguramente habría quedado cautivado. Ella no le guardaba rencor, aunque seguía torturándose por no haber podido convencerle de que consintiera el matrimonio de su hija con el hombre que amaba. Por supuesto, nunca se había arrepentido de haber asumido la responsabilidad de criar a Valentina. Verla crecer despreocupada, sin causarle disgustos, era la mejor recompensa por los sacrificios que había hecho por ella.

Sacrificios, sí, ya que Gioacchino había entregado su alma al Creador antes de poder comunicarle al notario Corsini que la suma anual asignada a Rosa para cubrir todas sus necesidades y las de su nieta debía abonársele incluso con la muerte del abuelo. Sin esas disposiciones firmadas al respecto, el notario, aunque lo lamentara, había dejado de abonarle el dinero.

En el período previo al nacimiento de Valentina, Gioacchino había tenido la suerte de su lado. No sólo la muerte prematura de Gaetano había resuelto su problema de separar definitivamente a la pareja, sino que, tras un parto especialmente difícil, su hija se había recuperado transcurridos varios días. Enterarse de que la recién nacida no había sobrevivido había sido el golpe de gracia para Caterina, ya muy afectada por la desaparición de su amado. El

gran dolor la había sumido en una abulia total, liberando a su padre de la dolorosa obligación de tener que dar cualquier tipo de explicación, así como de que le hicieran preguntas embarazosas.

La vida, sin embargo, no había tardado en pasarle factura a Gioacchino. Un par de años después del escándalo que había atajado cuidadosamente, Caterina había contraído un prestigioso matrimonio, pero la unión había resultado estéril, negándole los herederos legítimos con los que tan orgullosamente había contado. A esa amargura se habían sumado otras: la hija mayor, como castigo por rebelarse contra la autoridad de su padre, extenuada por las penurias, había fallecido, seguida poco después por su marido. Angustiado y agobiado por los remordimientos, Gioacchino había acogido a su hija pequeña, una niña frágil y quejumbrosa que parecía detestarle. El anciano nunca se había recuperado de tales penas, y un día lo encontraron tendido sobre el escritorio de su estudio, con la pluma agarrada en la mano, como si hubiera estado a punto de escribir algo y la dama de la guadaña se lo hubiera impedido.

Rosa se había visto obligada a arremangarse para llegar a fin de mes, y no habían faltado las dificultades. A menudo, leyendo las cartas de Angelina, con quien mantenía correspondencia, había sentido la tentación de informar a la hija de Gioacchino de cómo marchaban las cosas. Era injusto que Valentina se viera privada de lo que le correspondía, que viviera en las estrecheces de una vida cotidiana hecha más de renunciadas que de satisfacciones. Era igualmente injusto que Caterina se lamentara por la falta de hijos, teniendo en cambio una cuya existencia ignoraba, fruto de su amor por Gaetano. Pero Rosa estaba obligada por el juramento hecho a Gioacchino, quien, al morir prematuramente, le había sellado la boca para siempre.

Cuando era adolescente, Valentina le había preguntado una vez, tímidamente, por qué nunca mencionaba a su padre: no había sido capaz de mentirle. Sin entrar en detalles, se había limitado a decir que la había adoptado, que había sido amiga de su madre biológica y que sabía muy poco de su marido. La niña, si es que eso era posible, la había querido aún más, demostrando que consideraba a Rosa su verdadera madre. El vínculo entre ellas se había estrechado aún más, más incluso que si fueran parientes de sangre.

«Ahora quiero poder proporcionar un alojamiento socialmente adecuado a la chiquilla», se prometió a sí misma Rosa, volviendo al presente. La abadesa del colegio donde había estudiado Valentina, compañera de infancia de Rosa, le estaba buscando un puesto de institutriz o dama de compañía en alguna familia adinerada de la zona napolitana. En una carta, se había dirigido al notario Corsini, rogándole que la ayudara a hacer menos precario el futuro de Valentina. Hasta el momento no había respondido y Rosa temblaba: tenía que sacar a su hija del pueblo lo antes posible. Una decisión que hubiera preferido no tomar, pero la razón de esa elección tenía un nombre bien preciso: el barón Rocco Ruggeri.

Desde que Valentina había salido del internado, personajes turbios a sueldo del barón rondaban por su casa. Se decía del barón que no soportaba ser ignorado por una mujer a la que deseara, acostumbrado a desvivirse por satisfacer un capricho. Era atractivo y soltero, pero Rosa no se hacía ilusiones de querer a su Valentina como esposa. Un hombre como él, rico y noble, sólo podría otorgar un papel a una pobre muchacha, sin rango ni dote: la de ser su amante. Se estremeció ante la idea de que un individuo así pudiera aprovecharse de aquella joven.

Valentina tenía que irse, y poco importaba que su corazón se rompiera ante la perspectiva de perderla, quizá para siempre. «Mejor acabar desmayada de nostalgia antes que verla acabar en la cama de un libertino», se dijo. Su exceso de confianza, inconsciente del peligro que representaba Ruggeri, preocupaba a Rosa. Si se hubiera quedado en San Michele, el barón habría captado la indirecta, de un modo u otro. Su corazón temblaba ante la sola idea de no verla regresar. Suspirando, se asomó a la calle a través del resplandor de las contraventanas subidas,

con la esperanza de vislumbrar la grácil silueta de la joven. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Y estaba Golia con ella? Sin darse cuenta, presa de la ansiedad, Rosa sacó del bolsillo su corona de oraciones y, con los labios fruncidos, murmuró la primera de una sentida secuencia de Ave María y Padrenuestro...

Capítulo 4

Golia vio a Valentina caminando por el sendero y suspiró. La amaba tanto que habría matado por ella. Dios mío, ¿se daba cuenta de lo encantadora que era, del efecto que provocaba y de los instintos que despertaba en un hombre? Ah, qué maravilla de la Creación, aquellos ojos dorados que parecían hipnotizar a quien los miraba...

Si hubiera sido un hombre como los demás, no se la habría entregado a nadie, pero ¿quién quería a un engendro de la naturaleza como él, un grotesco enano? Tener que renunciar a ella le desgarraba el corazón. Le habría gustado morir antes que vivir con aquellos miembros deformes, mientras que el rostro —¡qué escarnio!—, tenía rasgos varoniles y agradables. Pero, ¿cuántos se daban cuenta de ello? Preferían compadecerse de él por sus deformidades físicas en lugar de solidarizarse. Las mujeres le miraban con estudiada indiferencia, o a lo sumo expresaban una compasión mortificante que le enfurecía, y odiaba el apodo burlón que le habían puesto los aldeanos: Golia.

¿Qué podía hacer con ellos? ¿Podía estrangularlos uno por uno? Estaba harto de repetir que tenía un nombre, y ya no le importaba. Entonces, en el infierno que era su existencia, ella había aparecido como un espejismo, robándole el corazón: ahora pertenecía a aquella hada dotada de la perfección que a él le había sido negada, y por amor a Valentina no dudaría en sacrificar su vida.

—¡Aquí estás! —exclamó ella con voz argentina.

Él la miró embelesado.

—¿Qué puede decir un pequeño monstruo como yo en presencia de la más hermosa de todas? ¿Qué puede hacer sino rendiros la debida pleitesía? —hizo una profunda reverencia—. Siervo vuestro soy, dama mía.

—Eres el adulador más desvergonzado que conozco... —rio ella —, y el más embustero.

—¿Cómo es que Rosa te permite vagar a estas horas? ¿No te pone bajo llave cada noche, por temor a que te secuestren?

Ella se dejó caer sobre la hierba con un suave gesto.

—Lucrezia ha vuelto a escaparse: alguien tenía que recuperarla, ¿no? —le explicó—. Como es natural, me recomendó que te buscara para que fueras mi guardián y, efectivamente, aquí estoy.

—Esa condenada cabra os volverá locas. Creo que la he llevado a los pastos de la granja de los Ruffini.

—¿De veras?

—Sí, y supongo que aún estará allí...

—Bien, unos instantes de descanso y voy a recuperarla. Golia... —añadió con voz dulce.

—¿Sí?

—Tienes que dejar de humillarte —fue el reproche que le cayó—. No eres un pequeño monstruo.

—¿No? —Había cierto sarcasmo desesperado en el tono sombrío de su voz.

—No, no lo eres, y no soporto que lo digas.

—¡Vuestros deseos son órdenes, mi reina!

—¡Y basta ya de zalamerías! —le espetó ella molesta, dejando vagar su mirada por la exuberante campiña que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Él la miraba absorto. Le gustaba su cabello, peinado en una gruesa trenza negra que le caía por la espalda, revelando su esbelto cuello y la delicada pero firme línea de su mandíbula.

«Señor», gimió para sus adentros, «no permitas que mis sentimientos por ella afloren. Sólo despertaría su compasión, y eso es lo último que quiero».

Como si percibiera ese tormento interior, le dirigió una sonrisa y luego miró hacia atrás, a las verdes colinas ondulantes más allá de la llanura, a los grupitos de aldeas que se aferraban tenazmente a la roca. Tierras fértiles, todas ellas pertenecientes al barón Ruggeri, el odioso aristócrata que amasaba riquezas a costa de los pobres a los que explotaba. Sor Pacífica, una auténtica revolucionaria fracasada, le había explicado los juegos de la política en detrimento de la evolución social, y no eran asignaturas escolares.

Calificada despectivamente como *una expresión geográfica* por Metternich, Italia seguía dividida en estados, estaditos, reinos y dominios, lo que enfurecía a la monja. Tras el Congreso de Viena, los soberanos europeos habían recuperado el poder absoluto, y para preservar el absolutismo frente a cualquier aspiración de libertad de los pueblos, el zar Alejandro de Rusia había querido la Santa Alianza y propugnado la convocatoria de congresos.

Todo un engaño: el reparto de los territorios liberados del dominio de Napoleón había sido discutido y regulado por los principales aliados en conferencias secretas, a pesar de que la Santa Alianza se había creado oficialmente con el propósito de defender la paz y el bienestar de sus súbditos. Los grandes de la Tierra se habían repartido el botín, confiados en que nadie se rebelaría contra su desmesurado poder. La protesta contra la injusticia despertaba el miedo, el miedo arraigaba en la tierra fértil de la ignorancia y se inculcaba en las mentes de los que pertenecían a las clases bajas desde la infancia.

—Un céntimo por tus pensamientos —Golia la trajo de vuelta a la realidad.

Valentina sacudió la cabeza.

—Estaba reflexionando sobre cómo los pobres están oprimidos y gravados en exceso, muriéndose todos de hambre o casi, y matándose a trabajar por un trabajo mal pagado.

—No pierdas el sueño por ello; desde luego no serás tú, ni yo, quien cambie tal estado de cosas.

—¡Pero es inhumano! —se encendió ella, con los ojos encendidos de indignación—. Sor Pacífica dice que mientras el pueblo guarde silencio y se doblegue ante la tiranía, todo seguirá como hasta ahora. Cuando, por el contrario, empiecen a volar algunas cabezas importantes como en Francia, sólo entonces, tal vez, los ricos dejarán de pisotear a los miserables como estiércol de vaca.

—¡Hum!, no tiene pelos en la lengua, tu sor Pacífica —comentó divertido Golia—. Resulta paradójico que tras un nombre tan engañosamente apacible se esconda un espíritu libre e inconformista, ¿no crees?

—Bromas aparte, tiene toda la razón del mundo. ¿Te parece bien que el barón tenga tanta tierra, tanto ganado, que todas las casas de los alrededores le pertenezcan, mientras que los que están a su servicio no tienen suficiente comida?

—Por desgracia, algunos nacen con camisa y otros vienen al mundo desnudos. Mírame: además de pobre, soy deforme: el colmo de la desgracia.

—Pero ¿por qué te obstinas en hacerte daño?

La observó, buscando en sus ojos un signo de compasión que no encontró.

—¡Porque nunca me hago ilusiones de que alguien pueda ignorar mi aspecto!

Valentina le acarició.

—No seas tan duro contigo mismo ni con el prójimo. —Ella le quería, ¿cómo era posible que no le entendiera?

—¿Acaso no es así? —le replicó él, desafiándola a contradecirlo.

—No. Yo no juzgo a una persona por su apariencia, sino por lo que vale humanamente, y tú eres mucho mejor que muchos otros que se consideran normales.

«Valentina, yo besaría el polvo que pisas», pensó Golia, pero a ella sólo le dijo:

—Venga, vamos, tu madre se consumirá de ansiedad si no te ve regresar.

—Tú también la quieres mucho, ¿verdad?

—¿Cómo no voy a quererla? —Mostró una amplia sonrisa que revelaba unos dientes sanos y fuertes—. Rosa pertenece al reducido círculo de amigos míos que no fruncen el ceño de vergüenza cada vez que me miran. ¿No es suficiente? Además, tengo que entregarle una carta.

—¿Una carta? —inquirió Valentina curiosa.

—Viene de Milán.

—Entonces debe ser esa amiga suya que de vez en cuando le escribe... Angelina, me parece que se llama.

Caminaron por el sendero de tierra, pero al cabo de un trecho, Golia, pensando en lo mucho que debía estar sufriendo Rosa, conminó a Valentina a volver a casa.

—Adelántate —le sugirió a regañadientes, reacio a separarse de ella—. Recupero a Lucrezia y te alcanzo a la carrera.

Valentina asintió, le saludó con la mano y siguió sin él. Sólo al cabo de un rato se dio cuenta de que algo no iba bien. Era una sensación extraña e indefinible: tenía la impresión de que unos ojos furtivos la espiaban en la espesura de los setos que crecían a los lados de la estrecha carretera. Miró desconcertada a su alrededor, pero no advirtió nada que pudiera despertar sus sospechas. Apresuró el paso. Una vez recogida la cabra, Golia no tardaría en alcanzarla.

Sin embargo, había un silencio anormal: los pájaros habían dejado de piar, las cigarras callaban, interrumpiendo su monótono concierto por alguna razón, e incluso el follaje estaba inmóvil en los árboles... Inquieta, se detuvo, dudando en adentrarse en la espesura de sombras que se extendía ante ella. «El lugar ideal para una emboscada», pensó. Pero, ¿una emboscada de quién? ¿Y por qué? Se encogió de hombros, tachándose de estúpida. Además, no había otros caminos que tomar; ahuyentando la sensación de peligro que le hormigueaba bajo la piel, avanzó sin demora.

«Soy una estúpida por dejarme influenciar por temores absurdos», se repitió a sí misma, procediendo con la mirada gacha para no tropezar con ninguna raíz saliente. Aquellos lugares le resultaban tan familiares como el patio de su casa. De repente oyó un ruido sordo de pasos y, esperando que fuera Golia, levantó la mirada.

Se sobresaltó al ver una figura masculina de pie a poca distancia, impidiéndole el paso. No le costó reconocer al barón Ruggeri y, aunque reticente, lo estudió disimuladamente, tratando de adivinar sus intenciones.

Era alto y físicamente robusto, y le bastó una mirada para darse cuenta de que pasar a su lado y seguir como si nada hubiera pasado era impensable. Exudaba la determinación de impedirle retomar el camino. Más allá de su comportamiento aparentemente inofensivo, había una fuerza y un peligro que no podían subestimarse. Exhibía la arrogancia del amo acostumbrado a tomar lo que quiere, y Ruggeri, según los rumores que circulaban, dejaba tras de sí tierra quemada. Su aspecto no era desagradable: su rostro se caracterizaba por tener unos rasgos clásicos, pero también tenía un talante voraz. El pliegue desencajado de la boca y la mirada insolente revelaban que se había negado muy pocos placeres. La brisa alborotaba su largo cabello rubio oscuro, y una sonrisa indolente dibujaba un pálido paréntesis en su piel oscurecida por el sol.

—Por fin nos conocemos —rompió el hielo él.

—¿Por fin?

—Sí, y es cierto que eres guapa hasta cortar la respiración —acentuando su sonrisa—, y créeme, contemplarte es un privilegio que no tiene precio.

La voz ronca de Ruggeri tuvo en ella el efecto de un cubo de agua helada. Reaccionó de inmediato, haciendo alarde de una confianza que en realidad no sentía.

—Lamento no poder decir lo mismo, y me parece insultante que os dirijáis a mí como a una moza de taberna. ¿Con qué derecho creéis que podéis dirigiros a mí con tanta familiaridad?

—Si mis modales te ofenden, te pido disculpas: te lo compensaré.

Valentina tragó saliva. La amenaza velada inherente a aquellas palabras amables y engañosas aumentó su nerviosismo. Miró a su alrededor, esperando que apareciera Golia.

—Si estás esperando a ese monstruito que siempre te pisa los talones, lamento comunicarte que no vendrá a rescatarte. Si estás esperando a ese monstruito que siempre te pisa los talones, lamento comunicarte que no vendrá a rescatarte.

—¿Qué significa eso? ¿Dónde está Golia?

El barón, despreocupado, movió una mano.

—Digamos que ha sido... hum... amablemente detenido por mis hombres.

—¡Vuestros hombres! —exclamó contrariada—. Esbirros, más bien. —Se obligó a mantener a raya el pánico y la angustia por su amigo—. Por vuestro bien, espero que no le hayan tocado ni un solo cabello de la cabeza o yo...

—¿O tú qué? —la provocó con una sonrisa burlona—. ¿Qué me harías?

—Quizás esto os haga gracia, ¡pero a mí ni una pizca! Os he hecho una pregunta: exijo una respuesta.

—Tranquila, el enano no corre peligro —la tranquilizó Ruggeri con aire impasible, aproximándose.

—¡Ni se os ocurra acercaros a mí! —le ordenó—. Y basta ya de esta ridícula farsa; quitaos de en medio y dejadme pasar: mi madre me espera en casa —concluyó levantando la barbilla en pose desafiante.

—¡Caramba, menudo carácter!... —exclamó admirado. Aquella espléndida criatura tenía el aspecto y los modales de una noble: el porte, los gestos, la forma de expresarse... una auténtica joya que no debía dejar escapar. Muchos le habrían envidiado.

—Tengo que volver a casa, ¿habéis comprendido?

—¿Por qué tanta prisa? —le objetó, cautivado, seducido por una mujer que lo hechizaba como una sirena—. ¿Qué te atrae de un cuchitril destartado como en el que vives? Una mujer como tú está destinada a algo más que a languidecer entre cuatro paredes en ruinas.

—Esa es vuestra opinión, no la mía.

—Valentina, te mereces un escenario acorde con tu hermosura, y mi palacio podría acogerte

...

—*Podría...* —le interrumpió—. Es apropiada la elección del tiempo condicional ya que *nunca* pondría un pie en vuestra morada. —Aunque intimidada, el desprecio por las fanfarronadas de tan pomposo engreído prevaleció, avivando su rabia—. Fuera de mi camino, debo irme.

—Mis peticiones tienen prioridad —contestó con arrogancia, extendiendo la mano como invitación a seguirlo.

—¡Sois repugnante! —Retrocedió apresuradamente, decidida a escapar de él. Tal vez estaba convencido de que iba a ganar, por eso se había presentado sin sus lacayos, lo que podía representar una ventaja inesperada.

—Aprecio tu reacción. Las conquistas fáciles me aburren, y también la timidez excesiva. Me seguirás sin rechistar, ¿entendido? —Señaló con un gesto de la barbilla un punto indefinido más allá de los hombros de ella—. Mi carruaje nos aguarda en el linde del bosque.

—Sois verdaderamente despreciable, y si no os movéis gritaré tan fuerte que medio pueblo vendrá corriendo.

—Oh, puedes gritar hasta mañana, no servirá de nada.

Valentina volvió a retroceder. La inminente oscuridad confería al barón un aura siniestra.

—¡Estáis loco! —lo insultó—. Y os obstináis en no entender que debo volver antes de que mi madre...

—No, eres tú quien no lo comprende: desde esta tarde te mudas a mi morada.

—Debéis estar bromeando —Valentina se puso tensa, no quería que aquel libertino notara cómo temblaba—. Me aburren vuestros disparates, así que os lo digo por última vez: ¡apartaos de mi camino!

—Supongo que no he sido suficientemente explícito: es conmigo con quien te irás de aquí.

—Supongo que yo tampoco lo he sido. —Ella le miró con hostilidad, llena de una ira irreprimible por semejante atropello—. ¡Apartaos! Vuestras bufonadas han durado más de lo que puedo tolerar.

La carcajada de Ruggeri se perdió entre los árboles en una especie de eco distorsionado, haciendo vacilar la convicción de salir del paso.

—Mi querida niña, eres única, una pena constatar semejante obstinación.

—No soy vuestra querida niña, ni podéis adueñaros de mí. Vuestra presunción es un indicio de vileza y no permito que nadie decida sobre mi futuro sin que se le pregunte.

—Detalles irrelevantes —su voz rezumaba impaciencia, y una ultrajante condescendencia—. Los frutos de mi tierra me pertenecen, quien vive en la propiedad del barón Ruggeri sabe que yo establezco los derechos y deberes.

—Eso está por ver. Vos no sois en absoluto el rey y no podéis dictar la ley.

Él rio con ganas por segunda vez, reduciéndola a un confuso silencio.

—Qué ingenuidad —dijo una vez recuperado el control—. Justo o arbitrario, yo administro aquí la ley, recuérdalo. Como mi padre antes que yo. Y mi abuelo antes que él. Te quiero a ti, y nadie me impedirá conseguir lo que deseo.

Valentina se negó en redondo.

—No, no me tendréis —replicó enrabietada—. ¡Jamás!

—¿Apostamos algo? —De repente, rompiendo su indecisión, Ruggeri se abalanzó sobre ella para sujetarla.

Perdiendo por completo el control de sus nervios, la muchacha dejó de pensar y reaccionó con el instinto primario de un animal cazado, echando a correr por el escabroso sendero.

Un sirviente del barón surgió de inmediato de entre los árboles y apareció frente a ella, cortándole el paso. Maldijo a Ruggeri como nunca antes había maldecido a nadie, mientras buscaba una escapatoria; luego, con la fuerza desesperada de quien no se rinde sin luchar, se escabulló hacia un lado y se adentró en la espesura que había a su derecha.

No fue un movimiento inteligente: por aquella senda el camino era más traicionero y la oscuridad le impedía ahora ver cualquier obstáculo. Como un alma condenada que intenta eludir una horda de demonios, corrió como un rayo hacia un lugar seguro, zigzagueando entre los centenarios árboles y rezando por poder escapar de sus perseguidores. Oía los pasos de quienes la seguían y, por momentos, comprobaba rápidamente si los había distanciado.

Fue precisamente ese continuo girar la cabeza lo que puso fin a su huida, al chocar contra el

enorme tronco de un plátano. Todo se disolvió en la explosión de dolor que deflagró en su interior. Inconsciente por el golpe, se desplomó sobre el follaje sin emitir siquiera un gemido.

Sumida en la inconsciencia, oyó voces confusas que hablaban entre sí, luego el estruendo de su cabeza se impuso a cualquier otro sonido y fue vagamente consciente de que un par de fuertes brazos la levantaban del suelo. Durante unos instantes que parecieron prolongarse indefinidamente, aferrada al escaso atisbo de lucidez que le quedaba, luchó por librarse de la sujeción de quienes la retenían, por resistir la pesadez de sus párpados, por no dejarse vencer por el sopor paralizante que la embargaba.

Finalmente, al darse cuenta de que estaba perdida, Valentina se rindió al olvido, hundiéndose en el fangoso remolino de la nada.

Capítulo 5

Parecía como si un abejorro hubiera penetrado en su cabeza, y el insecto, atrapado entre las estrechas paredes de la caja craneal, intentara salvajemente salir, retorciéndose ciegamente aquí y allá en un intento de encontrar una salida. El incesante zumbido era la causa de la terrible migraña que la aquejaba, pero también le dolía el cuerpo y sentía un molesto escozor en la cara.

Luchando contra las náuseas y los mareos, Valentina levantó los párpados. Sus ojos borrosos se encontraron con los de un angelito regordete de bucles rubios que sonreía débilmente desde un fresco del techo. Desconcertada, parpadeó. ¿Dónde había ido a parar? Decidida a averiguarlo, miró a su alrededor, pero aquella estancia le resultaba ajena. La inquietud se apoderó de ella y, apretando los dientes para superar el aturdimiento, intentó levantarse. Cada uno de sus músculos pareció rebelarse y tuvo que volver a tumbarse sobre la ropa de cama con un gemido que reavivó al abejorro aprisionado en su aturdido cerebro, y que volvió a atormentarla.

—Si yo me encontrara en tal estado, y suponiendo que tengas en cuenta mi desapasionada opinión, no me aventuraría a abandonar ese lecho, cuidando en cambio de permanecer en él en perfecta posición horizontal.

La voz de inflexión grave que pronunció esas palabras de advertencia parecía provenir de ultratumba.

Se sobresaltó y giró la cabeza en la dirección de la que procedía. Fue un error mover la cabeza sin evaluar las consecuencias. Las paredes de la estancia se balancearon ante sus ojos, incluida la figura inmóvil en la penumbra. Otro gemido escapó de sus labios resecaos y, mientras se apretaba los dedos contra las sienes palpitantes, llegó a pensar que el maldito insecto se había multiplicado, engendrando toda una colonia de su especie.

—Deberías procurar no hacer movimientos bruscos, Valentina. —El barón empleó el tono paciente de un adulto que reprende a un niño caprichoso. Estaba estirado en un sillón, con una copa de coñac en una mano y un puro en la otra, con la expresión astuta de un gato que ya está saboreando al ratón caído en la trampa.

—¿Dónde... estoy? —le preguntó tontamente, sabiendo ya de antemano la obvia respuesta.

—En mi morada, Valentina. ¿Dónde si no?

Ella le dirigió una mirada furiosa, saturada de amargo resentimiento.

—¿Os estáis quedando sin velas? —le contestó en un ronco susurro—. ¡Diantres, la iluminación que tenéis haría que una vela votiva pareciera brillante! ¿No se puede hacer más luz?

Él se levantó, asintiendo con la cabeza y, con los gestos elegantes y mesurados de un celebrante, jugueteó con las velas. Llevaba una vaporosa camisa de lino blanca con encajes en las muñecas y el cuello, pantalones negros ajustados, medias de seda blanca y zapatos con elaboradas hebillas de plata.

Valentina se sonrojó y apartó la mirada, dándose cuenta de que no había apartado su atención de él. Más allá de la hostilidad que la animaba, tuvo que admitir que era muy atractivo, aunque aquel encanto ambiguo y algo amenazador la dejara indiferente.

—¿Qué... qué me ha pasado?

—Has chocado con un árbol —le recordó el barón con tono seco, mirándola con el ceño fruncido—. De lo necias que eres, has podido destrozarte la cara, ¿y con qué propósito? ¡Para escapar de mí!

También lo recordó ella y el pensamiento de Rosa prevaleció sobre cualquier desagradable consideración.

—Debo correr a casa... —musitó con repentina ansiedad. Agarrándose al cabecero de la cama consiguió bajarse de ella, arrastrando luego las piernas en unos pasos inseguros—. La pobre mujer estará fuera de sí por la angustia —murmuró más para sí misma que para el barón, apartándose el cabello despeinado de la cara. Se sintió mareada y, temblando por el esfuerzo, estuvo a punto de caer al suelo. Respirando convulsivamente, esperó a que el mundo dejara de girar a su alrededor.

—Como puedes ver, no estás en condiciones de marcharte —objetó Ruggeri, que la miraba con una calma exasperante.

Ella ni se molestó en responderle. No quería malgastar la poca energía que tenía en inútiles disputas verbales. Obstinada, siguió avanzando.

—¿Me has oído?

—Sí, para mi desgracia. Sólo que, os guste o no, ¡me iré de aquí!

—¿De veras? —Había una abierta burla en su despectiva contestación—. Y dime, ¿de verdad crees que, después de todas estas horas, tu madre no sabe dónde y con *quién* estás?

Valentina se puso tensa.

—¿Después de tantas horas? ¿Qué queréis decir?

—Ya es casi el alba —le informó amablemente. Echó una bocanada de humo—, del día siguiente. —Escondió una sonrisa al verla aún más pálida.

—Miserable pervertido, un gusano indigno incluso de arrastrarse entre sus semejantes.

El insulto no pareció afectar su buen humor.

—Vamos, ¿es culpa mía que hayas estado inconsciente tanto tiempo?

Ella arañó la colcha de brocado con las uñas.

—¿De quién si no vuestra? Me atacasteis como lo haría un cuatrero, más que un noble —lo acusó —, de lo contrario no me hallaría en esta escabrosa situación.

La mirada de él, astuta y calculadora, recorrió su cuerpo, deteniéndose en sus pechos, como si evaluara su perfección y su plenitud.

—¡No me miréis como si fuera una yegua reproductora expuesta en la feria de ganado! —explotó enfurecida—. Si hubiera un atisbo de conciencia en vos, me haríais volver a casa, en vez de quedaros ahí contemplándome con esos empalagosos ojos de besugo.

—¿Qué puede hacer un hombre sino contemplarte, Valentina? —exclamó él en tono enfático—. Creo que nunca me cansaré de hacerlo, ¿sabes? Y te repito que yo no tengo la culpa de lo sucedido: eres tú la que se ha echado de cabeza al monte. No te habría pasado nada si me hubieras hecho caso. Tú no me conoces, pero...

—Tampoco lo pretendo —lo interrumpió.

—Pero yo cuido al máximo lo que me pertenece y, en cualquier caso, no quiero montar en cólera.

Fulminándolo con la mirada, le atacó enérgicamente:

—Vamos, ¡haced algo! Desde que he tenido la desgracia de toparme con vos, estoy viviendo una auténtica pesadilla.

—Cambiarás de opinión.

Apoyándose en las columnas de la cama, resopló irritada.

—Quiero volver a casa, y como temo no poder sostenerme sobre mis piernas, os pido la deferencia de proporcionarme un medio de transporte.

—¿A casa? Este será tu casa a partir de ahora, y si sólo te tomas el tiempo de mirar a tu alrededor, sólo podrás apreciar el lujo que te rodea.

—No estoy en condiciones de apreciar el esplendor de su palacio —respondió Valentina en

tono mordaz. Humedeciéndose los labios reseco, preguntó con voz apagada—: ¿Podrías darme un poco de agua?

El barón cogió una jarra de cristal y llenó un vaso, observándola beber con avidez.

—Vamos, acuéstate en la cama o te desplomarás en el suelo —la exhortó con tono persuasivo, al verla tambalearse—. No te tienes en pie.

—Quiero volver a casa.

—Pero si ya estás —replicó él con insistencia—. Y con el tiempo incluso olvidarás que alguna vez tuviste otra morada... y otra vida.

—Habéis perdido el juicio si pensáis así.

—Cambiaras pronto de parecer —afirmó él, degustando con sus voraces ojos de lobo aquel cuerpo que le hacía arder de deseo.

—Entonces ¿mi voluntad no cuenta?

—No, querida: solo la mía.

Ella apretó los puños, ignorando la expresión burlona de aquel libertino. Estaba aturdida por el incidente, asustada por su propia impotencia, enfurecida por la presunción de aquel individuo.

—No me tendréis atrapada en esta barroca casita de muñecas, y una vez fuera, tendréis que dar cuenta a las autoridades de este atropello.

—¿En serio?

Ella sintió que la sangre subía a sus mejillas y se calló, comprendiendo lo patéticas que eran sus amenazas. Él era la autoridad en San Michele. Como había afirmado con descarada arrogancia, nadie más administraba la ley.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, dijo: `

—Veo que entre los muchos dones otorgados por la Madre Naturaleza, no te falta en absoluto la perspicacia. La lista de tus virtudes se alarga, Valentina.

—Mientras que la vuestra es terriblemente deficiente, si no podéis captar el simple y elemental concepto de que no os quiero.

—Y eso ¿qué más da? Soy yo, no tú, quien dicta las reglas. Cuando quiero a una mujer, me es completamente indiferente si ella está dispuesta o no.

—Y os complacéis en violarlas, supongo.

—En realidad —le confió, examinando la toba del puro con exagerado interés—, participan en los hechos con impúdico entusiasmo.

—¡Pues yo desde luego no!

—¿No? Aplastaré tu irreductible hostilidad. Hay muchos métodos para domar a una hembra reacia, te lo garantizo, y me acogerás entre tus piernas y en tu cuerpo sin que tenga que tomarte por la fuerza.

—Os consideráis irresistible, por lo que veo.

—No me gusta presumir, pero no me quejo de cómo mis amantes me acogen en sus camas.

—Tendréis que tacharme de la lista de las que están locas por vos: seré vuestro primer fracaso.

—No te apresures a considerarte inmune a las debilidades de la carne. Además, careces de experiencia, ¿qué sabrás tú de estas cosas?

Aquella altanería poco amable, típica de quienes maniobran sin escrúpulos con los demás, la enfureció en extremo.

—¡Sois despreciable! Un individuo carente de honor y moralidad, y os encuentro repugnante.

—¿Sí? —Se le echó encima de un salto y la obligó a pegarse a él con explícita avidez, con

su sexo apretado contra los muslos de Valentina para hacerle notar su excitación—. ¿Sientes cómo te deseo? Eres ya una obsesión para mí, una embriaguez de los sentidos que ni quiero ni puedo resistir.

Ella lo rechazó con todas sus fuerzas.

—Resignaos, nunca me convertiré en vuestra mujer.

—¿Mujer? —se mostraba desconcertado—. Bueno, no pediría nada mejor...

—¿Pero?

—Pero la hija de una campesina no puede aspirar a tanto. Eres la mujer que todo hombre querría en su cama, no hace falta decirlo, pero ser mi señora es un privilegio que te abriría muchas puertas. Velaré por tu bienestar y el de tu madre, por supuesto, manteniéndoos a ambas con toda la amplitud de medios posible.

—Vuestra generosidad me conmueve —contestó ella con sarcasmo.

—¿Pero?

—Antes prefiero convertirme en monja que dejar que alguien como vos me toque.

La miró perplejo, más que resentido. A lo mejor había sido un poco brutal. Después de todo, ella era inexperta, y romántica, debía tener mucho cuidado con una virgen, conquistándola poco a poco e induciéndola a capitular. «Ninguna me ha rechazado hasta ahora», pensó, incapaz de creer, en su presunción, que hubiera una decidida a renunciar a un hombre que nunca había sido rechazado.

—Discúlpame, he sido demasiado fogoso. Y me casaría contigo, si no tuviera la responsabilidad de un apellido y un título que algún día heredarán mis hijos. La responsabilidad implica, por supuesto, elegir una esposa adecuada al rango... —Extendió los brazos en un gesto elocuente—. Hay obligaciones a las que uno debe someterse, ¿comprendes? Pero todo esto no tiene nada que ver con nosotros dos, y no debes sentirte humillada en el papel de amante. La Pompadour no se angustiaba por serlo, al fin y al cabo. Lo que siento por ti es más que mero deseo, y aunque es legítimo dudarlo, te aseguro que no te quiero sólo para una aventura pasajera, así que...

—¡Dejad de decir idioteces! —lo hizo callar ella.

—¿Idioteces?

—Sí, idioteces: no os querría como marido, ¡y mucho menos como amante! —se burló de él.

Ruggeri se limitó a encogerse de hombros: ni una palabra de repulsa arañó su granítica arrogancia.

—Serías una necia si, suponiendo que pudiera pedir oficialmente tu mano, rechazaras tal honor.

—¿Honor?!

—Eso queda totalmente descartado. Pero como amante del barón Ruggeri, tu posición será envidiable. Y no serás ignorada en beneficio de una futura consorte, tienes mi palabra.

—Seguís equivocándoos. —Al no soportar su proximidad, ella retrocedió—. Ni rogándomelo de rodillas aceptaría ser la esposa de alguien como vos. Tendréis un título que preservar, pero os sorprenderá saber que las personas modestas como mi madre y yo tenemos algo igualmente valioso que preservar: la respetabilidad.

El arrojó el puro al suelo y lo apagó con el tacón de su zapato.

—Es decepcionante descubrir que, como todas las mujeres, tienes una lengua afilada.

—Sí, es otro de los dones que me ha concedido la naturaleza.

Ruggeri apretó las mandíbulas y respiró hondo, como si intentara no perder el control. Tal

vez si insistía en ser una impertinente fierecilla, la mandaría a casa.

—No tires demasiado de la cuerda.

—Vos, no yo, tendréis que retractaros de vuestras intenciones. Ahora, si vuestra intrigante mente ha terminado de tejer planes irrealizables sobre mí, os agradecería que interrumpierais este sórdido intercambio de cumplidos. Estoy muy cansada y me gustaría despedirme.

—Lo que afirmas es innegable, así que métete en esa cama y quédate ahí.

—Diantre, barón, ¿padecéis sordera, por casualidad?

—Cuidado, mi paciencia se agota —le advirtió con un vago tono de amenaza— No me obligues a tomar medidas drásticas contra ti porque no seré yo quien lo lamente. Te ofrezco una existencia cómoda, mejor de la que podrías aspirar.

—¿Ofrecéis? No, vos exigís y queréis imponerme lo que me repugna y me ofende profundamente.

—Bien, me rindo. Si quieres irte, adelante. Al salir de esta casa te darás cuenta de que no hay otra alternativa que volver corriendo a ella.

No hizo falta que le repitieran la invitación y se dirigió hacia la puerta, ansiosa por recuperar su libertad. No podía creer que Ruggeri la hubiera autorizado a marcharse y tenía que aprovecharlo antes de que cambiara de opinión. Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando su voz resonó detrás de ella.

—Por supuesto, eres consciente de que a partir de mañana serás juzgada como una pelandusca, ¿verdad?

Valentina se quedó inmóvil y giró la cabeza.

—¿Qué decís? Ni siquiera me habéis tocado... me voy tal y como me trajeron sin que yo lo supiera... —El resto de la frase se ahogó en su garganta. Pensó en todas las horas que había estado inconsciente y en lo que podría haber hecho un libertino sin escrúpulos como él. Abrió los ojos de par en par, porque la sospecha, tan viscosa como el miedo que le atenazaba el estómago, se había colado en su mente.

—No, no te he tocado —le confirmó el barón, leyendo ese interrogante en la expresión sobresaltada de ella—, pero es como si lo hubiera hecho. Ahora todo el mundo sabe que has pasado la noche en mi compañía. Mis domésticos te vieron, y la servidumbre tiene la mala costumbre de chismorrear, amén de una calenturienta imaginación...

—¿Calenturienta imaginación?

—Piénsalo: yo nunca he salido de esta alcoba y tú tampoco. No cuesta mucho deducir lo que ocurrió entre el señor y su bella invitada en este dormitorio.

—Pero no ha pasado nada, vosotros mismos lo habéis declarado...

—¿Quién lo creerá?

—Cualquiera, si vos lo decís.

—Querida, cuentan las apariencias y las apariencias te condenan. ¿O crees que hace falta algo más para desatar las maliciosas lenguas del vulgo? La noticia es demasiado jugosa para que no vuele de boca en boca... sobre todo si alguien se toma la molestia de difundirla a los cuatro vientos.

—Vuestros siervos, evidentemente.

—No puedo evitar que hablen, ¿verdad? Tu madre y tú estaréis envueltas en habladurías antes de que vuelva a ponerse el sol: tu reputación está irremediablemente comprometida. Qué hombre decente va a casarse contigo, después de una noche de placeres pasados conmigo, y si te engañas pensando que encontrarás un trabajo honrado, puedes dejar de lado cualquier aspiración en ese sentido. Es mi palabra contra la tuya y no habrá una sola persona que dude de lo que

afirmo.

Ella lo miró estupefacta, con los ojos velados por las lágrimas.

—Pero es monstruoso... ¡no podéis agraviarme así!

No me dejas alternativa, tienes todo que ganar y nada que perder: será mejor que aceptes mi propuesta.

Valentina sintió tal odio por Ruggeri que se sintió abrumada.

—Bastardo —murmuró con fría calma—. Tarde o temprano haré que os arrepintáis.

—O al contrario, me lo agradecerás —dijo él conciliador.

Algo en su rostro la hizo retroceder, alerta de repente.

Ruggeri acortó inmediatamente la distancia y se echó a reír cuando ella tuvo que detenerse, teniendo la pared a sus espaldas. Colocando las manos a los lados de su cabeza, la inmovilizó entre él y aquel obstáculo infranqueable.

—Si osáis ponerme un dedo encima, gritaré tan fuerte que resucitaré a los muertos —murmuró ella, consciente de que se había acabado el tiempo de las palabras y los vanos intentos de convencerla para que mostrara su consentimiento. Ruggeri quería más, ahora, y nada le disuadiría de lo que se proponía.

—Adelante, por favor —le concedió magnánimo—. Así, todas las almas del vecindario sabrán de antemano lo que ocurre entre nosotros. Tus gritos podrían interpretarse como una reacción apasionada al coito, lo que, como comprenderás, proporcionará a la gente la prueba de que hemos... intimado. —Le rasgó la parte delantera del vestido con un movimiento decidido e imprevisible—. No tienes escapatoria —añadió con voz ronca, mirándole los pechos casi desnudos.

—¡No! —Ella trató desesperadamente de cubrirse con los jirones de su vestido y, al no conseguirlo, apretó los puños e intentó golpearle. Pero Ruggeri sujetó sus muñecas con facilidad y permitió que sus labios se unieran a los de ella. Bajo el asalto de aquella boca dura y despiadada, Valentina se sintió abrumada por el desagrado y permaneció impasible.

El barón confundió esa inercia con rendición y, orgulloso de su victoria, exclamó:

—Sabía que te gustaría, y esto es sólo el principio... Te besaré por todas partes, incluso donde nunca se te ocurriría que podrían besarte... —Volvió a acercarse a su boca apretándole los pechos—. Te haré enloquecer de puro placer —jadeó al apartarse—, y tú harás que yo enloquezca, porque nadie me ha excitado tanto como tú.

No había ternura en sus gestos, ni respeto por la voluntad de ella, sólo importaba su deseo. La levantó en volandas y la arrojó sobre la cama, pero Valentina, recuperándose de su paralizante abatimiento, se preparó para defenderse. Él la bloquearía rápidamente. La lucha era demasiado desigual. Luchó por zafarse de sus garras, y lo único que consiguió fue liberar un brazo del férreo agarre del barón. Con el corazón en la garganta, estiró los dedos, tanteando a ciegas en busca de algo que le permitiera mantenerlo a raya y tal vez neutralizar su hirviente temperamento.

No se atrevió a creer tanta fortuna cuando rozó con la punta de los dedos el pesado candelabro de plata que había sobre la mesilla de noche. Lo agarró, preparándose para usarlo como arma sin que Ruggeri, con los sentidos embotados por el deseo, se diera cuenta. Tal vez ni siquiera se percató de que había sido golpeado por el enorme objeto que ella hizo caer sobre su nuca con toda su fuerza: simplemente pasó de la excitación a la inconsciencia.

Valentina consiguió deslizarse por debajo de aquel cuerpo inerte que, oprimiéndola, le dificultaba incluso la respiración. Esperaba haberlo aturdido el tiempo suficiente para escapar. Con las piernas temblorosas, angustiada hasta el punto de castañearle los dientes, apoyó los pies

en la alfombra que le servía de cabecera para calmar su agitación interior e inhaló a pleno pulmón el fresco aire nocturno que entraba por la ventana. Finalmente se inclinó sobre el hombre exánime para darse cuenta de su estado. Tuvo la desagradable impresión de que no respiraba. «Absurdo», se dijo, agachándose un poco más para examinarlo más de cerca. Se fijó en dos detalles que la horrorizaron: la anormal inmovilidad de Ruggeri y la herida que había empapado de sangre su larga cabellera rubia. Apretó los párpados angustiada para no mirar el espeso hilillo rojo que seguía rezumando del corte oblicuo en la base de su cráneo.

«Lo he matado», pensó impotente, irguiéndose y preguntándose si aquella increíble secuencia de acontecimientos era, simplemente, una alucinación. «Sí, no puede ser más que un delirio creado por mi perturbada mente», se repitió a sí misma, tan aturdida que no podía relacionar. De mala gana, volvió a abrir los ojos y miró a Ruggeri: la mancha púrpura se extendía por la colcha azul, tan real como el irrefutable hecho de haber matado al barón.

«¡No! ¡No!» Su cerebro formuló esa única y horrorizada negación a través del horror que nublaba cualquier otro pensamiento coherente en ella. Un no que se convirtió en un eco machacón en su pobre cabecita, dolorida y confusa. Dios era testigo de que sólo quería dejar inofensivo a alguien que estaba a punto de abusar de ella, nada más...

Incapaz de apartar la mirada de aquel cuerpo inanimado, se desplomó de rodillas: la enormidad de su acto cayó sobre su alma como el hacha del verdugo, consciente de las fatales consecuencias de aquella tragedia: arresto, encarcelamiento, la enorme conmoción que embargaría a Rosa... Gimió y quiso cubrirse los ojos para no mirar al barón, y un grito se petrificó en su garganta: tenía las manos empapadas de sangre.

Vacía de toda sensación, aniquilada por el shock, Valentina comenzó a balancearse sobre sus piernas acurrucadas en el suelo, adelante y atrás, obsesivamente, mientras de sus labios escapaban sonidos inarticulados que no tenían nada de humanos.

Capítulo 6

Fue en ese estado catatónico anormal, la mente que vacilaba entre el instinto de aferrarse a la realidad y la pesadilla de la que había salido, cuando la encontró Golia, que irrumpió en la alcoba a través de la ventana abierta de par en par. Sintió rabia y pena al verla tan insensible, sin lágrimas, como si la esencia de la vida la hubiera abandonado, dejando sólo una cáscara vacía. Despeinada, medio desnuda y con los ojos vidriosos, se quedó mirando al hombre que yacía en la cama con la misma vacuidad que una loca. Ni siquiera pareció darse cuenta de que él había llegado, tan traumatizada estaba. Acurrucándose sobre sus talones, Golia la sacudió y la llamó por su nombre suavemente. Ella permaneció rígida, distraída, como si no se enfrentara a nada, sin dejar de mecerse mecánicamente y articulando frases sin sentido, lo que le horrorizó aún más. Le apartó el cabello de la cara y maldijo al ver las excoriaciones que la desfiguraban. «Qué le habrá hecho este depravado», pensó furioso. Buscó con la mirada algo con que cubrir sus pechos desnudos y, al no encontrar nada adecuado, se quitó rápidamente la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—Valentina... —repitió de nuevo— soy yo, Golia. Ya no tienes nada que temer. —Ella no reaccionó, ni tampoco desapareció la inexpresividad de sus ojos. Se dio cuenta de que sólo había una forma de hacerla entrar en razón: la abofeteó con fuerza.

Ella parpadeó, se estremeció y por fin pareció que lo miraba.

—Golia... —susurró asombrada—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué diablos ha pasado? —la interrogó ansioso, señalando a Ruggeri—. ¿Quién te ha hecho eso en la cara?

Valentina abrió la boca para explicarse, pero no emitió sonido alguno. Empezó a temblar convulsivamente.

Él tiró bruscamente de ella sobre su pecho e intentó calmarla. Dejó escapar un suspiro aliviado cuando ella prorrumpió en un llanto liberador.

—Está... está muerto —musitó, abrazándose a él.

—Calla, mi niña, calla... —Le acarició el cabello con ternura—. Ya me lo contarás todo más tarde, cuando te hayas recuperado un poco. —Al percatarse de que estaba helada y temblaba sin control, acentuó el abrazo para reconfortarla y calentarla. Maldijo para sus adentros a todos los malditos hijos de puta que infestaban el planeta. No soportaba verla llorar y no se atrevía a aventurar un pensamiento sobre lo que podría haber ocurrido en aquella estancia. Lanzó una mirada llena de odio al individuo desplomado sobre las sábanas: si ella no hubiera estado allí, lo habría matado a patadas y puñetazos, ensañándose con él hasta que se le hubiera aplacado la ira. Era inaceptable que semejante degenerado hubiera profanado el cuerpo y la inocencia de Valentina.

Luego su atención se detuvo en el candelabro de plata a los pies de la cama y comprendió que era con ese objeto con el que ella debía haber noqueado a Ruggeri. Una perversa exultación le invadió al imaginar la escena.

—Golia —sollozó ella—, me arrestarán... y me procesarán...

—¡No! Cuando vengan los gendarmes, ya estarás lejos y a salvo, ¡te lo juro! —Se levantó y la ayudó a hacer otro tanto—. Vamos, tenemos que irnos antes de que alguien se entere de lo que ha pasado aquí... —La empujó hacia la puerta y, mientras ella obedecía dócilmente, él se aseguró de que aquel granuja de barón había estirado la pata—. No está muerto —le comunicó a Valentina, contento de aliviar al menos parte de su ansiedad.

—¿Estás... estás seguro? —Había incredulidad y esperanza en aquella pregunta.

—El corazón late y la respiración dista mucho de ser débil, y aunque rezo a Dios para que semejante cobarde muera, tal vez el golpe que le has dado no sea letal —le susurró con voz áspera. Se unió a ella en el umbral, instándola emocionado—. Venga, demonos prisa y salgamos de aquí...

Abriendo con cautela la puerta, que pareció chirriar por despecho, Golia inspeccionó el pasillo escasamente iluminado: estaba desierto. Descalzos, en silencio, se escabulleron fuera del palacio, que se alzaba a las afueras de la zona residencial.

Ella inhaló la brisa nocturna. La noche era hermosa, pero apenas se percató. Ruggeri había entrado en su vida tan brutalmente, causando tales estragos, que ya nada sería como antes. Los sueños, los planes acariciados durante años habían sido barridos por la lujuria de un hombre dispuesto a cualquier bajeza para satisfacer sus caprichos, y ahora no había en ella más que escombros. Aun así, a pesar de su resentimiento, deseó que el barón se salvara, implorando a Dios que no le causara un remordimiento tan atroz. Entonces prevaleció el pensamiento de su madre y la impaciencia por abrazarla de nuevo le puso alas en los pies.

Rosa se precipitó hacia ellos y una exclamación de consternación escapó de sus labios, al notar que la joven estaba manchada de sangre.

—¡Virgen Santa!, ¿estás herida? —le preguntó, examinándola con ojos aprensivos.

Valentina se refugió en los brazos de su madre, como si sólo cerca de ella pudiera encontrar amor y seguridad, y el consuelo que necesitaba.

—Mamá, yo no quería... no pretendía hacerle daño... y el barón, en cambio... —Las palabras salían a borbotones de su boca, entrechocándose en un patético intento de dar una explicación—. Quizá no consiga recuperarse... y yo me quedaré destrozada.

Rosa le dio una palmadita cariñosa y la guio hasta la mecedora junto a la chimenea.

—Estás en casa, ya ha pasado todo... Y tú —añadió dirigiéndose presurosa a Golia—, prepárale una taza de leche caliente con miel.

Él no se movió y, con los puños apretados, siguió mirando con gesto adusto el rostro de Valentina.

—Primero quiero saber quién ha pegado a vuestra hija. ¿Quién ha sido, Valentina? ¿Te ha pegado ese canalla de Ruggeri?

Ante la ira que distorsionaba sus facciones, ella se apresuró a negarlo.

—Él no tuvo nada que ver... Salí corriendo y me estampé contra un árbol.

—Huías, precisamente —recalcó lívido—. La culpa es suya. ¡Maldito sea y que se pudra en el infierno entre mil tormentos!

—Vamos —le reprendió Rosa con severidad—. No se desea la muerte a nadie.

—Si Ruggeri muere, no habrá ni un perro que lo lamente.

—¿Y por qué iba a morir? —objetó Rosa, objetó Rosa, con la mirada inquieta pasando de él a ella.

Valentina estaba callada y tenía la mirada clavada en sus manos, Golia había ido a la cocina a calentar la leche, como ella le había ordenado.

Lo interrogó en cuanto reapareció.

—¿Quiere alguien decirme qué está pasando?

Él le contó sucintamente los hechos.

—Pero ¿estáis seguros? —Rosa se desplomó en la primera silla a su alcance.

—Cuando nos hemos ido, el cabrón estaba más allá que aquí —admitió él—, espero que salga de ésta.

—¡No lo digas ni en broma! —Valentina se puso blanca.

—Pero ¿cómo es posible? —la mujer no podía comprender que una delgada y nada agresiva joven como su hija hubiera dominado a alguien de la complexión del barón. ¡Y, además, diantres, esa niña no sería capaz de hacerle daño ni a una mosca!

—Tenía que impedir que me tocara —se apresuró a explicar, tragando saliva—. Ruggeri quería... quería... —Ella se ruborizó y, entornando precipitadamente los ojos, guardó silencio.

El significado implícito de la frase interrumpida se abrió paso a través de los oxidados mecanismos del cerebro de Rosa.

—Jesús... —exhaló, quejosa, ardiente de indignación. Entonces, aquel incalificable libertino no había perdido el tiempo—. Y te ha... —se abstuvo de continuar para no aumentar su vergüenza.

—¡No, no! —lo negó Valentina—. Lo he detenido con un candelabro que había en su mesilla de noche.

—¡Alabado sea el Señor! —Rosa tuvo un estallido espontáneo de júbilo.

—Y por siempre agradecido, si envía a ese disoluto al otro barrio —se hizo eco Golia, con un brillo homicida en sus ojos oscuros—. En cambio, si se sale con la suya, no tendrá tiempo de alegrarse... —Se tocó el gran chichón de la cabeza, como si le sirviera de recordatorio—. ¡Porque lo desollaré vivo!

—Que no vuelva a oírte pronunciar tales palabras. La venganza no da más que un placer efímero y, créeme, no vale la pena. El ajuste de cuentas llega a todos.

—Tal vez, pero no me importaría contribuir en persona, en el caso de Ruggeri. Sus secuaces casi me aplastan el cráneo.

—Entonces, por eso no llegabas nunca... —Valentina le rozó el hinchazón—. Siento mucho que tú también te hayas visto envuelto en esto —dijo cansada—. Ese abyecto individuo no se detiene ante nada.

—¡Maldito hijo de puta!

—¡Golia! —A Rosa se le estaba agotando la paciencia.

—Disculpadme, cuando pienso en... ese infame hijo de una mujer descarriada... ¿así está bien? Me hierve la sangre. Y le debo a Lucrezia el haber podido librarme rápidamente y acudir en su rescate: nuestra querida bestezuela devoró la cuerda que ataba mis muñecas, permitiéndome correr hacia el palacio Ruggeri.

—¿Cómo sabías en qué habitación estaba yo confinada? ¿Y si te veían?

—He tenido una intuición... y no he fallado. En cuanto a sorprenderme, ¿quién podría haberme visto, sombra entre las sombras, mientras trepaba por el canalón? Y aunque me hubieran visto... —Mostró un afilado puñal e hizo que la hoja brillara siniestramente a la luz de la lámpara—. Esta baratija habría acallado cualquier objeción al respecto.

—¡Guarda eso inmediatamente! —le ordenó Rosa frunciendo el ceño—. Ya tenemos bastantes problemas como para buscarnos más.

—¿Lo hemos causado nosotros?

—No, pero somos nosotros los que estamos hasta el cuello —y con mirada entristecida, añadió—: Los gendarmes no tardarán en presentarse en nuestra puerta. Supongo que muchos conocen la identidad de la mujer que estuvo anoche con Ruggeri.

Golia, absorto, se frotó el mentón erizado de barba.

—Sí, el asunto está muy lejos de haber terminado, y es prudente que Valentina esté bien lejos de aquí cuando... ¿Tienes acaso alguna idea, Rosa, de dónde podría encontrar refugio mientras espera a que se calmen los ánimos?

—Sí —respondió inesperadamente la mujer.

—¿Y dónde? —le preguntaron al unísono los otros dos, abiertamente asombrados.

—Os lo contaré todo mientras nos alejamos de San Michele. Golia, deberías enganchar la mula al carro y esperarnos fuera del pueblo.

—¿Ahora mismo?

—Sí, debemos movernos antes de que amanezca. ¿Te ves capaz?

—Si se trata de vos y de vuestra hija, ¡siempre! Pero ¿No podríamos irnos ya?

—Tendremos que recoger algo de ropa de Valentina, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

—Hasta pronto, entonces. —Y se zambulló veloz en los últimos vestigios de la noche.

Rosa y Valentina reunieron lo esencial en una bolsa, esencialmente lo necesario para la larga ausencia que se avecinaba. La mujer, sin embargo, reprimiendo las lágrimas, se preguntó si la decisión que había tomado era la más sabia. Sí, tal vez lo fuera, admitió, aunque se resistía a separarse de la niña a la que amaba con todo su corazón. Valentina estaría a salvo, por supuesto, pero ¿a qué precio? Metió la mano en el bolsillo de la falda, queriendo asegurarse de que la carta del notario Corsini seguía allí. Por supuesto que estaba allí, entregada puntualmente a última hora de la tarde del día anterior, cuando Valentina había salido en busca de la cabra, y con muy buenas noticias: no sólo ofrecía a la joven una buena ocupación, sino que, por una coincidencia que parecía increíble, la reconectaba con sus raíces. Al principio, disgustada por el descubrimiento, Rosa había estado tentada de negarse. Sin embargo, reflexionando, había llegado a la conclusión de que la propuesta de Corsini, por excelente que fuera, no podía ser más oportuna: descartarla habría sido una locura.

Los caminos del Señor son infinitos y la carta del notario era una asombrosa demostración de ello. Enviarla allí, a Milán, a *aquella* casa, era la solución ideal: después de todo, Valentina tenía todo el derecho del mundo a residir allí.

Para llevarla a su destino sin más contratiempos, Rosa había tenido una idea formidable. Estirando los labios en una sonrisa forzada, miró a Valentina, el centro mismo de la existencia: lo era todo, para ella, y era por ella que debía hacerse a un lado y permitirle asir su porción de felicidad. ¿Y qué importaba si, con su partida, tendría que renunciar a lo único que había reclamado al cielo, a saber, tenerla a su lado en su vejez?

¡Dios!, ¿por qué el destino siempre le imponía cambios drásticos, llevándose a las personas que más quería? ¿Por qué aquel modesto y humano deseo tenía que desvanecerse? Imposible, en cualquier caso, retenerla en San Michele: si Ruggeri moría, sería arrestada de inmediato; de lo contrario, sería el propio barón quien constituiría un peligro para Valentina, ya que sus amenazas no tardarían en llegar. ¿Quién podría prever cómo y con qué métodos desencadenaría la represalia contra ella?

—Mamá...

—¿Sí? Dime...

Valentina la abrazó con fuerza.

—Me romperás el corazón si me miras con esos ojos de cordero degollado. Te prometo que no estaremos separadas mucho tiempo, y que volveré contigo en cuanto las cosas se resuelvan.

— Sí, tesoro mío, sí... —Rosa se apartó de ella con dificultad y la miró fijamente un instante más, como si quisiera grabar su bello rostro en su memoria. Su alma sangraba ante la perspectiva de perderla, pero su vida, su futuro, su propia seguridad estaban en juego, y el dolor que la oprimía tenía que sofocarse.

TERCERA PARTE

Hacia el reino Lombardo-Véneto

Capítulo 7

Al amanecer del día siguiente, los escasos viajeros que circulaban por la carretera de Avellino a Caserta se toparon con un vehículo insólito. Una especie de carruaje cerrado que, color aparte, era similar a los utilizados por la gendarmería para transportar detenidos. De hecho, ése había sido su uso hasta que había sido donado a las monjas de aquel convento para leña, cuando se había quedado obsoleto para garantizar la seguridad de los reclusos en los traslados de una cárcel a otra. Las monjas, de muy distinta opinión, se habían encargado de ponerlo a punto, repintándolo con la única pintura disponible: rosa y gris. El pintoresco medio de transporte era tirado por un asno asmático que parecía a punto de desplomarse sobre sus patas de un momento a otro, y un jamelgo escuálido que procedía más por la fuerza de la inercia, que por su propia voluntad.

En el pescante iban sentadas dos monjas, la más florida de las cuales sujetaba firmemente las riendas y la situación; su esbelta compañera, a su lado, esperaba pacientemente para tomar el relevo cuando la otra se cansase. Dentro del carro iban las hermanas de refuerzo, que se comunicaban con las encargadas de la conducción a través de un ventanillo que se abría detrás de éstas últimas. Aquel puñado de monjas, con la enérgica y beligerante sor Pacífica al mando, se encontraba en el inicio de un viaje que las llevaría, primero a los Estados Pontificios y luego, contando con un vehículo menos destartado, a la lejana Lombardía: Milán era su destino.

—¡Esperaba que escapar de los confines del monasterio infundiera un atisbo de entusiasmo a estas insulsas bestias! —chilló sor Pacífica con exasperación, instándolas a seguir con las riendas—. A este paso, tardaremos meses en llegar a nuestra meta.

—Era lo mejor que el convento podía ofrecernos, querida hermana —se lo recordó con dulzura su compañera, y mientras aspiraba el aire fresco de la mañana con expresión feliz, añadió—: El Señor, en la infinita misericordia que nos reserva a los mortales, no nos abandonará. ¿Lo ha hecho alguna vez cuando sus hijos cumplen una buena obra?

—En cuanto a eso, entonces Dios debería proporcionarnos un par de providenciales alas, serían más eficaces que estos animales sarnosos, sor Brandina.

—El que se contenta...

—Sí, y al menos uno no tiene que caminar, aunque avance a paso de tortuga. Pero teniendo en cuenta las muchas primaveras que he visto, me temo que no tendré que esperar demasiado para que se cumpla ese deseo.

—¿A las alas os referís?

—¿Y a qué si no?

La monjita, de apariencia frágil como un junco y en realidad tan fuerte como el acero templado, la miró divertida. Con la edad que decía tener, uno se preguntaba de qué inagotables recursos físicos disponía Pacífica para lanzarse en cuerpo y alma a una empresa que habría desalentado a personas más jóvenes que ella. Había hecho de tripas corazón para unirse a su escuálido grupo. Orgullosa y decidida, afrontó la aventura, no exenta de riesgos, con aire autoritario.

—Más bien, agradezcamos al Altísimo que no haya gendarmes por aquí —prosiguió la anciana monja en tono aprensivo—. Hasta las piedras se reirían de nosotras si quisiéramos despistarles con una tartana tan destartada.

—En mi humilde opinión —intervino Sor Giacinta desde el interior—, sería infinitamente preferible hacer el viaje a pie. Tal tortura no se la desearía ni al peor de mis enemigos. Nosotras,

aquí atrás, parece que estamos expiando nuestros pecados prematuramente. La temperatura ha subido y nos da una idea aproximada de cómo podría ser el infierno...

—¿Y por qué no abris la otra ventanilla de par en par? —replicó sor Pacífica, echándose hacia atrás el velo con un gesto crispado que se le había vuelto a deslizar sobre la frente—. Se creará una pequeña corriente, dentro.

—¿Teníamos que esperar a que vos nos lo sugierais, hermana? —le contestó con ironía la otra monjita—. Ahorraos, os lo ruego, los consejos inútiles: No necesitamos palabras, sino algún refrigerio.

—¿Y Valentina? —preguntó con ansia sor Pacífica—. ¿Qué hace? Está bien, ¿verdad?

—Ya lo creo. Se quedó dormida, exhausta como estaba —le informó la hermana Giacinta—. Ojalá pueda recuperar su serenidad allá en el norte.

—¿Con los austríacos delante de sus narices? —Pacífica se removió enfadada en el incómodo asiento, haciendo que el carruaje se balanceara peligrosamente—. Esa niña es una ferviente patriota, hermana; ¿cómo creéis que reaccionará cada vez que se cruce con uno de esos condenados germanos?

—¿No os parece que exageráis? —la reprendió la otra—. La política va más allá de lo que deberían ser los intereses de una monja.

—¿Y quién lo dice? No conozco vuestra opinión al respecto, pero en cuanto a mí, al hacer los votos no renuncié a mi nacionalidad: ¡era italiana entonces, lo sigo siendo ahora y siempre lo seré! Bajo este hábito late un corazón italiano, y no pienso permanecer callada y pasiva, como hace cobardemente la mayoría de la gente, ante una situación que me indigna.

Sor Giacinta, captando la acusación explícita en el tono de la hermana, se levantó.

—Cuando se tocan ciertos temas os convertís en una auténtica fiera. Nunca se puede discutir tranquilamente con vos.

—No me llevo bien con los hipócritas —cortó en seco ella—. Y si hay algo que no soporto son los matones que disfrutan con los resultados de su matonismo. ¿Qué puedo hacer si no soporto a Austria y a sus esbirros? Se creen el pez gordo con derecho a mangonear y me sorprendería, como mínimo, que algún italiano los encontrara mínimamente entrañables. Metternich, además, es la encarnación del despotismo más ciego.

—Está bien, olvídale —se rindió Giacinta, abrumada por aquellas vehementes palabras—. Y yo también me temo que no le va a resultar fácil a Valentina instalarse en otro lugar.

—Ya. Deja en San Michele todo lo que ama, y ha tenido que someterse a esta huida desesperada por culpa de un degenerado que aspiraba a convertirla en su amante, ¡que se lo lleve el diablo!

—¡Hermana! —protestó sor Giacinta—. ¿Acaso olvidáis de que sois una monja? ¿Qué hay de la comprensión cristiana que se supone que debéis irradiar hacia nuestros semejantes? ¿Y os parece un lenguaje acorde con el hábito que portáis?

—¡Y de qué manera! La he visto crecer ante mis ojos, a esa chiquilla, y a vos también. ¿Qué lenguaje debo usar para el infame, vil individuo que casi arruina su vida? Además, tengo la certeza de que ese abyecto servidor de los Borbones se saldrá con la suya.

—¿Y de dónde procede tal certeza? —la sondeó sor Brandina.

—¡De la simple constatación de que hierba mala nunca muere! Y deduzco la confirmación del hecho de que nadie nos persigue... al menos por el momento.

—¿Teméis que aún puedan hacerlo? —preguntó asombrada la monjita, convencida de que lo peor ya había pasado. Alarmada, lanzó miradas cautelosas a sus espaldas, escrutando a través del polvo levantado por su paso; se tranquilizó al verlo desierto.

—¡No soy adivina! La estratagema de Rosa podría funcionar. Vestida de monja como nosotras, ¿quién puede dudar de que esta niña no lo sea? Y si no, el Señor nos asistirá. Me estremezo de sólo pensar lo que pasaría si descubrieran el engaño. La fortuna favorece a los audaces, pero ¿y si ese condenado barón...

—...muriera? —aventuró ansiosa sor Brandina.

—No me atrevo a imaginar qué enjambre de sabuesos se soltaría tras el rastro de Valentina para llevarla ante la justicia.

—Vamos, no seáis pesimista. Anoche, cuando Golia fue a la taberna del pueblo a recoger noticias, estaba vivo...

—Agonizante, en realidad. —Con una mueca despectiva, Pacífica provocó a su interlocutora—. En cualquier caso, que Dios nos asista, hermanas.

—Éramos todas conscientes de las dificultades que nos aguardaban.

—Cierto, y cada una de nosotras hará su parte para poner a Valentina a salvo. Personalmente, me enfrentaría al mismísimo Satanás por defenderla.

—Y lo mismo vale para nosotras, así que no perdamos el ánimo ni la confianza en la Providencia.

—Si las autoridades hubieran establecido controles a lo largo del recorrido, ¿qué sospechas despertarían cinco monjas que llevan de vuelta a su familia a una hermana moribunda, aquejada por añadidura de una enfermedad contagiosa? Creo que su miedo a contraer la enfermedad los mantendrá alejados de nosotras y de la enferma. —La monja volvió a sacudir las riendas para provocar a la mula y al caballo a moverse más rápido que una tortuga. Una sonrisita desafiante se cernió sobre su boca. «Sí, que intenten obstaculizar el camino», pensó, «se encontrarán con mucho más de lo que puedan imaginar».

Sor Brandina se quedó boquiabierta: ver sonreír a Sor Pacífica era un acontecimiento memorable.

—¿Qué os pasa que me miráis así? —le inquirió arisca—. Por la forma en que me abrí esos ojos celestes, ¡se diría que me ha salido la aureola!

La joven monja se encogió de hombros.

—¿Queréis que tome yo las riendas? —se ofreció.

—¿Y eso por qué? Mientras Dios me dé fuerzas, y me las está dando de sobra, no veo la necesidad de cansar a una chiquilla como vos.

A última hora de la tarde, cuando temían derretirse por el calor, divisaron un frondoso bosquecillo atravesado por un arroyo. Tras aparcar el vehículo en un claro escondido, las hermanas acamparon para pasar la noche. Cenaron frugalmente, intercambiando algunas frases mientras Valentina, encerrada en un inusual silencio, apenas tocaba su comida, para disgusto de sor Pacífica, que la apreciaba mucho. Nadie habría sospechado que la muchacha no era una monja como las demás: el hábito impedía que nadie la reconociera, aunque los bellos rasgos la hacían destacar como una orquídea en un ramo de violetas. Ni siquiera su sobrio hábito negro y su velo podían mortificar su belleza, y la pátina de tristeza que brillaba en su rostro parecía acentuar su encanto natural.

Partieron de nuevo cuando aún era de noche, viajando por carreteras secundarias, poco transitadas y aún menos controladas. Pero al anochecer, sor Brandina, dotada de una vista de águila, advirtió a lo lejos una gran nube de polvo. La duda de que pudiera tratarse de un gran rebaño de ovejas duró poco, disolviéndose cuando el azul de los uniformes le confirmó que se acercaba un escuadrón de guardias a caballo. Con una repentina punzada de pánico, miró desconcertada a sor Pacífica, animándose de pronto al ver el ceño beligerante que mostraba su

compañera.

Pragmática como siempre, Pacífica no perdió tiempo en palabrerías: golpeó tres veces con el puño la madera del carruaje, la señal preestablecida, y en el interior se dispararon la alarma y las contramedidas adecuadas. Sor Giacinta se envolvió rápidamente en una especie de sudario, se tumbó en el colchón de paja y se subió la manta hasta las cejas. Valentina se agazapó en el rincón más oscuro del vehículo con un rosario entre los dedos, y sor Intrude, la menos habladora del grupo, que hacía las veces de enfermera, se colocó al lado de la moribunda, que, para hacer verosímil la farsa, comenzó a gemir de manera atroz.

—Tampoco exageréis, hermana —susurró Pacífica a través del ventanillo—. Tenemos que persuadirles, lo sabemos muy bien, pero quizás un exceso de celo podría tener el efecto contrario. ¡Pobres de nosotras si se dan cuenta de que les estamos tomando el pelo!

—Es verdad —coincidieron desde dentro.

—Sor Brandina, ¿creéis que esos burdos lacayos del rey están patrullando la zona?

La otra tragó saliva, entrecortada por la agitación; para cuando se le aclaró la lengua, el escuadrón de soldados estaba ya tan próximo que creyó prudente guardar silencio.

El oficial al mando levantó el brazo para dar el alto a sus hombres, que se detuvieron en un caótico estrépito de arneses y tintineo de sables mientras rodeaban el carruaje. Decir que las expresiones de los jinetes eran de desconcierto al observar el vehículo, no daría una idea de lo que se cernía sobre sus rostros tostados por el sol.

—¿Qué medio de transporte es este gracioso juguete? —exclamó el comandante, examinándolo con aire jubiloso.

—¿No tenéis ojos para verlo por vos mismo? —Pacífica le dirigió una mirada amarga, luego se fijó en los uniformes, donde el dorado de los botones brillaba sobre el azul de la tela, y no se preocupó de disimular su hostilidad.

El oficial borbónico interrogado se quedó mirando a la monja sin comprender el motivo de su mezquina actitud. La robusta monja poseía el descaro autoritario de un general pasando revista a las tropas, y él se sintió algo intimidado. También se dio cuenta de que se había comportado como un patán, y pensando que la había ofendido al llamar *juguete* al carro, juzgó que su animadversión estaba totalmente justificada. Inclino la cabeza en un gesto de saludo y disculpa.

—Perdonad, hermana —continuó esforzándose por mostrarse afable—. Pero vuestro... hum... vuestro pintoresco vehículo me ha dejado estupefacto.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Veréis... —Disimuló su hilaridad tras una discreta tos—. Dejando a un lado el resto, diría que el color es un pelín excéntrico... Sería más apropiado para una compañía de cómicos de la legua que para unas monjas.

—Hijito —la hermana lo fulminó con su mirada—, la pintura fue obsequio de un devoto y generoso feligrés: ¿habríamos debido rechazarla al suponer que, al toparse con la guardia real, no satisfaría vuestros gustos?

—No, desde luego que no —convino avergonzado el hombre, y para salir del paso rápidamente, añadió cordialmente—: ¿Puedo presentarme?

—Naturalmente, hijo.

—Capitán Pregadio, al servicio de Su Majestad el rey Ferdinando.

Como toda respuesta, Pacífica emitió un sonido muy poco tranquilizador y no dijo nada más. Sor Brandina otro tanto.

—Estamos inspeccionando los alrededores —el oficial estaba evidentemente sorprendido

por su acritud—. Lo último que esperábamos era encontrarnos con un par de monjas. ¿Puedo saber cuál es vuestro destino?

Ella arqueó una ceja y, señalando con desaprobación a los hombres de la tropa, que casi asediaban el vagón, replicó secamente—: Una vez establecido que no somos criminales, capitán, ¿podría ordenar a sus subordinados que retrocedan un poco? Transportamos a una hermana enferma y este alboroto podría molestarla.

Hizo un gesto imperioso con la cabeza a sus guardias, que obedecieron y se retiraron.

—Hermana, tal y como habéis pedido.

—Capitán, ¿puedo atreverme a preguntaros por qué estáis patrullando la zona?

—Buscamos a una muchacha.

La monja fingió un absoluto asombro.

—¿Tal despliegue de fuerzas por una solitaria e indefensa muchacha? Esto sugiere que la motivación sea muy seria.

—Así es. En efecto. Sorprendida hurtando en la mansión del barón Ruggeri, intentó matarlo y luego huyó. Pero no se saldrá con la suya: estamos rastreando el territorio. Aunque no la hemos localizado hasta ahora, la atraparemos. Vos, hermana, puede que la hayáis visto...

«¡Infame, vil acosador de mujeres y mentiroso!» le increpó mentalmente a Ruggeri. La rabia se le subió directamente al cerebro, y sólo recurriendo a un supremo esfuerzo de voluntad consiguió controlarse. «Cálmate», se instó a sí misma, «la seguridad de Valentina está en juego».

—Entonces, ¿la buscáis por hurto e intento de homicidio?

—Sí —le confirmó el oficial, alisándose el bigotito negro con un gesto automático que delataba un atisbo de vanidad. Era atractivo, con un rostro que las mujeres debían encontrar irresistible y un imponente físico que su uniforme resaltaba—. E independientemente de si el barón sale adelante o no, hay motivos suficientes para enviarla a la cárcel.

Esa última frase, extrañamente, pareció exacerbar los tormentos de la moribunda: un gemido desgarrador resonó en el interior del habitáculo, convirtiéndose en un grito parecido a un lamento.

—Pobrecilla, cómo estará sufriendo —Pregadio se había apiadado de ella. Intercambió una mirada perpleja con su ayudante—. Entonces, hermana, ¿habéis notado algo peculiar en vuestro camino? Cualquier información podría ser útil para atrapar a la asesina.

Cualquiera que conociera bien a sor Pacífica habría adivinado ya por su expresión que estaba a punto de estallar; sor Brandina, reconociendo tan alarmantes y premonitorios síntomas, invocó la misericordia divina: sólo ella podría evitar la catástrofe que se abatiría sobre ellas.

En cambio, la religiosa le contesto con calma.

—No, no nos hemos cruzado con ningún alma, pero aunque hubiera visto a esa chiquilla, me guardaría mucho a la hora de informaros.

Sor Brandina, que pensaba que se había librado y daba gracias al cielo para sus adentros, se estremeció y la miró incrédula.

El oficial, estupefacto, se puso rígido.

—¿Qué queréis decir, hermana?

—Las monjas estamos al servicio de Dios, no del rey. Para ser aún más explícita, no somos espías. Además, según lo que habéis dicho, el barón aún no ha muerto, ¿verdad? Es prematuro llamar asesina a esa muchacha, ¿no os parece? ¿No se os pasó por la cabeza la sospecha de que ella tuviese un motivo más serio para querer acabar con él?

—Eso lo determinará el magistrado. Y me maravilla que una religiosa como vos se ponga de parte de una aprovechada que, después de haber llevado a un hombre casi a la muerte, luego

desaparece sin dejar ni rastro.

—Sabéis, capitán, conociendo la dudosa reputación de ciertos canallas, me pongo obedientemente del lado de los más débiles, y desde luego no de ese barón.

—No se puede decir que os falte franqueza, ¿eh?

—¿Acaso es un pecado mostrar sinceridad?

—No, pero vuestra opinión no cambia las cosas. Se ha cometido un delito y la autora, o presunta autora, debe ser arrestada. Nos limitamos a cumplir órdenes.

—¿Quién os ha dado esa versión de los hechos, si no soy indiscreta?

—El secretario del barón, ¡diantres!

«Esa monja cascarrabias empieza a irritarme», pensó Pregadio, aunque, por respeto, no podía reaccionar como le hubiera gustado.

—Podrían ser mentiras.

—La palabra de un noble no se discute —remarcó exasperado el oficial.

—Por lo tanto, cualquier cosa que la acusada alegara en su defensa carecería de valor.

El hombre evitó la mirada acusatoria de ella.

—Será juzgada con justicia, he de suponer.

—¡Justicia! —resopló Pacífica—. Conozco la justicia de los poderosos. Las cárceles rebosan de inocentes que lo han tocado con sus manos.

—Hermana...—Pregadio estaba a punto de replicar con dureza, pero ella se anticipó.

—¿Y acaso no es una monstruosa injusticia meter entre rejas a alguien cuyo único delito puede no haber sido más que la legítima defensa?

—Si os referís a la muchacha, que sea inocente o no, está todo por demostrar.

—También hay que probar la culpabilidad, capitán —objetó la monja.

—¿Por qué huir, entonces, en lugar de exonerarse?

La llegada de dos guardias a caballo impidió a la hermana Pacífica su réplica.

—¿Han averiguado algo? —les preguntó el oficial.

—¡No señor! —respondió el más veterano, que parecía agotado de su infructuosas pesquisas—. Y si se me permite expresar mi opinión, dudo que una mujer sola se aventurara en estas tierras infestadas de asaltantes. Se habrá refugiado en casa de alguien que le ha ofrecido refugio.

—Sí, podría ser... —convino Pregadio.

—La atraparemos, capitán. No tiene ninguna posibilidad de escapar y alejarse de estas zonas: ni siquiera una hormiga atravesaría la red de hombres y puestos de control que habéis esparcido por todas partes.

—Bah —se entrometió la monja con sorna—, tanto alboroto y medio ejército pisándole los talones a una doncella indefensa cuya única culpa es haber caído en la trampa de un asqueroso mujeriego... —Se detuvo bruscamente y se maldijo por dejarse llevar por la indignación. ¡Más le hubiera valido cortarse la lengua!

—Es la segunda vez que os lo oigo decir, hermana. —Pregadio la miró frunciendo el ceño—. ¿Es ésta una suposición vuestra o debo suponer que tenéis noticias sobre el tema? —inquirió—. ¿Quién más está ahí además de la enferma? Sabéis, empiezo a pensar que este carruaje es un buen escondite, así que hay que echarle un vistazo más de cerca, no me sorprendería demasiado descubrir que la persona que buscamos forma parte del cargamento que transportan, hermanas... —el oficial no pudo decir nada más, interrumpido por una secuencia de gemidos agudos. A punto de apearse del caballo para proceder a la inspección, se quedó inmóvil en la silla y pareció dudar—. Pero ¡válgame el cielo! ¿qué es eso? Jamás había oído semejantes quejidos en mi vida.

Habiendo recuperado la calma, Pacifica lo encaró con despecho.

—Vos también lo haríais, al igual que la desdichada sor Giacinta, si tuvierais viruela.

Palideció y sintió una repulsión instintiva, mientras se levantaba un fuerte murmullo entre sus subordinados, que decía mucho sobre el temor a un posible contagio.

—¿Estáis bromeando, hermana, o me lo decís en serio?

—Capitán, ¿creéis que se puede bromear con estas cosas? —Complacida por tener de nuevo la sartén por el mango, se volvió temeraria—. Por lo demás, verificadlo vos mismo —le instó—. ¿No queríais comprobar el *cargamento*, hace un momento?

Él pareció vacilar.

—Es una locura transportar a alguien en esas condiciones. Habría que aislarla y mantenerla en cuarentena...

—Sor Giacinta está condenada. No hay nada que humanamente pueda hacerse por ella, salvo cumplir su último deseo: morir en el seno de su propia familia. La estamos satisfaciendo, siempre y cuando que llegue viva. En cuanto a la cuarentena, como podéis comprobar vos mismo, tomamos la precaución de no dejar que nadie se acerque.

—¡Pero nosotros sí! —tronó el oficial.

—Yo no os he invitado a hacer eso, ni podía impedirlo sin despertar legítimas sospechas por vuestra parte —le desafió ella, regodeándose en la astuta treta—. Vamos, es vuestro deber, proceded a la inspección —lo desafió.

El oficial se debatía. ¿Por qué tenía la impresión de que la maquiavélica monja se burlaba de él? Si ella afirmaba la verdad, averiguarlo también podría tener consecuencias nefastas. Las instrucciones recibidas, sin embargo, eran estrictas: debían rastrear cada palmo de terreno, comprobar todos los medios de transporte y la identidad de cualquier persona que encontraran deambulando. Pero estas directrices no incluían correr riesgos mortales como contraer la viruela. Dirigió la mirada a sus hombres, viendo en sus rostros el idéntico dilema que le agujoneaba. Por otra parte, ni quería ni podía parecer un pusilánime y, aunque a regañadientes, empujó a su caballo hacia la parte trasera del carruaje.

—¡Proceded a la inspección! —les chilló a los guardias más cercanos.

Nadie se movió.

Contrariado, eligió a uno al azar.

—¡Esposito! —gritó a un joven de aspecto apagado. —. ¡Entra en el vehículo y echa una ojeada!

Con expresión de víctima sacrificial que se prepara para sucumbir a su destino, bajó de la silla y obedeció, acercándose recalcitrante.

—No, sor Giacinta, ¡no lo hagáis! —gritó una voz chillona desde el vagón—. ¡Por el amor de Dios, volved a vuestro lecho!

Al oír la súplica, Esposito se quedó inmóvil y miró incierto al capitán, que le instó a entrar con un gesto impaciente de la cabeza, pero manteniéndose a prudente distancia. Antes de que pudiera asir el picaporte, la puerta trasera se abrió por sí sola, privándole de la satisfacción de mostrar su escaso valor delante de sus camaradas. Conteniendo la respiración, Esposito asomó cautelosamente la cabeza en el oscuro habitáculo, sin atreverse, con órdenes o sin ellas, a entrar. Con los ojos aún deslumbrados por el sol, no vio nada; en cambio, oyó algo que le erizó la piel: un sonido indefinible, quejumbroso, a medio camino entre el chillido de un animal salvaje y la invocación mística de un ministro de Dios. Desorientado, dio un salto hacia atrás, tratando de localizar a la criatura que había emitido aquel bramido inhumano, sin distinguir nada. Se volvió hacia Pregadio, sólo para reponerse con un gesto de ánimo; el oficial, con la boca abierta en un

grito silencioso, retrocedía inseguro hacia una posición más segura, señalando con el índice extendido algo que tenía delante. Esposito volvió a centrar su atención en el vagón, y se quedó petrificado.

En el umbral, envuelto en un sudario, semejante al de Lázaro saliendo de la tumba, se alzaba una visión de pesadilla. Un par de manos exangües, salpicadas de repulsivas y espantosas pústulas, sobresalían de sus anchas mangas. En realidad, aquellas pústulas eran el resultado de una fea quemadura: unos días antes, Giacinta, empleada de la cocina del convento, se había quemado en un descuido con un chorrito de aceite hirviendo. Pero tanto el aterrorizado Esposito como el horrorizado capitán Pregadio no podían saberlo: aquellas burbujas hinchadas de suero, en todo caso, corroboraban las palabras de Pacífica, barriendo cualquier duda residual sobre la causa letal de las quemaduras. Exclamaciones de consternación se arremolinaron en las filas de los agitados miembros del escuadrón. La hermana Giacinta ni siquiera tuvo la oportunidad de dar un paso: con un giro simultáneo de caballos y jinetes, se desencadenó una caótica y rápida fuga, que culminó con la aterrorizada milicia desapareciendo por el horizonte, sin saber que dejaban atrás a las intrépidas monjas, que no se tenían en pie presas de la risa.

—¡Qué vil retirada! —prorrumpió sor Pacífica—. Un repliegue fulminante y definitivo.

—Y espectacular, añadiría yo —sor Brandina, retorciéndose de la risa, asintió—. Creo que el capitán Pregadio y su escuadrón están maximizando el margen de seguridad entre ellos y nosotras.

—¡Buff! —hizo una mueca Sor Giacinta, tratando a tientas de quitarse la sofocante bata—. ¡Un minuto más aquí abajo y el calor me habría matado!

—Hermana, no habría apostado ni un céntimo por vuestro plan, ¡pero lo retiro todo! —se felicitó la escultural monja—. Siempre os he reprochado vuestra torpeza en la cocina, pero bendito sea vuestro descuido. —Y en la exaltación del triunfo, le dio un manotazo tan vigoroso en la espalda que la empujó medio metro más allá, cortándole casi la respiración.

Desequilibrada por el golpe, Giacinta recobró el equilibrio con un convulsivo movimiento de riñones, y luego le lanzó una mirada de reproche, pero se sentía demasiado orgullosa del elogio como para estropear su buen humor.

—Demos gracias a Dios —dijo con falsa modestia.

—No os excedáis con los elogios o se le subirá a la cabeza —sor Iltrude saltó del carro ágilmente, a pesar de su considerable tamaño—. ¿No veis lo engreída que está por haberles engañado tan astutamente?

—Hay que reconocer —comentó sor Brandina—, que estuvo simplemente soberbia. Esos gemidos atroces... ¡cielos, una simulación magistral!

—No me atribuyáis méritos que no me corresponden —se burló, abanicándose el rostro acalorado con el velo del sudario—. Eran los de Valentina. En realidad temía un ataque de nervios, al oír al capitán acusarla de robo y prácticamente de un asesinato. En cualquier caso, hemos mantenido a raya a la guardia de Su Majestad, ¿eh?

Hubo otra carcajada, que cesó cuando apareció Valentina. Estaba palidísima y estaba claro que no encontraba nada cómico en la situación.

—A ese canalla no le ha bastado con arruinarme la vida, sino que incluso ha tenido la desfachatez de denunciarme con falsedades para incriminarme —dijo con voz débil.

—¿Te sorprende? —Pacífica le sonrió—. Tenía que inventarse un pretexto para enviar al ejército detrás de ti, ¿no? Lo cual, en lugar de angustiarte, debería alegrarte.

—¿Y eso por qué?

—¿No es bastante obvio? Ese libertino, además de seguir entre nosotros los mortales, por

desgracia para el diablo que ve cómo se le escapa un buen cliente, también está en vías de recuperación.

—Puede. Sobre todo deseo que deje en paz a mi madre...

—¡Claro que la dejará en paz! —le garantizó la monja—. Es a ti a quien quiere, no a ella. Y en todo caso, Rosa sabrá arreglárselas, no temas.

—Lo sé, pero tendrá mucho trabajo para desmentir las infames calumnias que el barón está difundiendo sobre mí —exclamó indignada—. A partir de ahora todos me juzgarán como una ladrona y una desvergonzada.

—Vamos, ¿quién va a escuchar los desvaríos de semejante disoluto? En el vecindario se conocen los vicios de Ruggeri, la gente sabe quién eres tú, como saben quién es él y lo que hace. Nadie creará las acusaciones que haga contra ti...

—Eso espero —respondió abatida Valentina.

—Debes estar convencida —insistió la religiosa, acariciándola afectuosamente. Luego instó a las otras monjas a subir de nuevo al carro, manifestando una repentina prisa—. Salgamos de aquí sin más dilación, antes de que llegue alguna otra inoportuna molestia. Además, me parece que el centro de una vía pública no es el lugar ideal para pasar la noche.

—Impartiendo órdenes, hermana, ¡tenéis más autoridad que el capitán Pregadio! —comentó bromeando sor Brandina, mientras volvía a subir rápidamente al pescante.

—Pregadio^[2]... —murmuró Pacífica, sacudiendo las riendas. Riéndose, concluyó—: Uno con un nombre como ése sólo podría tocarnos a nosotras.

La monjita a su lado se unió a las carcajadas.

Capítulo 8

El viaje continuó sin más contratiempos y, a marchas forzadas, seis días después estaban fuera de la zona considerada de riesgo. Al día siguiente llegarían a un monasterio de la misma orden donde podrían tomar reponer fuerzas, descansar y, por último, reemprender la marcha en un carruaje adecuado y con robustos caballos.

Al anochecer acamparon en la pedregosa orilla de un pequeño lago que Brandina había divisado al atravesar un tramo de matorral especialmente atractivo por su frescor. Una semana de viaje había dejado, inevitablemente, una huella visible del largo recorrido en las exhaustas mujeres, y el grupo estaba, como poco, irreconocible: el polvo se había posado en los hábitos negros, que se habían vuelto grisáceas; la copiosa sudoración había completado el trabajo manchando la tela con aureolas más oscuras que parecían reclamar una radical limpieza. Aquella extensión de agua transparente, incendiada por el sol poniente, parecía hacer el efecto, resultando una terrible tentación.

De mutuo acuerdo, decidieron ir en turnos de dos al estanque, mientras las demás prepararían la cena. Valentina y la hermana Brandina tenían prioridad, así que se dirigieron a un claro apartado en la orilla opuesta del campamento. Valentina empezó a quitarse el velo con gestos torpes, poco acostumbrada a aquel atuendo monacal; su compañera, en cambio, amante de la naturaleza, paseaba embelesada de aquí para allá.

—Vaya, ¡qué ven mis ojos! —chilló de repente—. ¿Me equivoco o son moras?

—Sí, grandes y maduras —Valentina se comió un par. La otra, ajena al baño, la imitó, saboreando los dulces frutos del bosque—. Querida, ¿te importa que me aleje un momento? Sería una pena no recogerlas, y podría hacerlo mientras te lavas.

—Marchad, sor Brandina. No hay peligro y nos mantenemos a una distancia prudencial.

Ella no dejó que se lo repitieran, y con la despreocupación de una mocosa que ha hecho novillos en el colegio, se adentró entre la exuberante vegetación, desapareciendo entre los setos silvestres. Valentina se soltó la melena con un suspiro y se pasó los dedos por él de forma casi voluptuosa. Estaba a punto de quitarse el hábito cuando resonó el sonido seco de una rama al romperse. Al interrumpirse, miró a su alrededor, desconcertada.

—Sor Brandina, ¿sois vos?

La ardilla, probablemente más asustada que ella, se escabulló rápidamente hacia un árbol cercano. Ella se rio y empezó a jugar de nuevo con su hábito. ¿Cómo se las arreglaban las pobres monjas para llevar una ropa tan pesada con aquel calor? «Reglas inhumanas» murmuró irritada, tirando impaciente de la áspera tela. «¿No podían abrigarse un poco menos?».

—Estoy de acuerdo, muchacha, y si dependiera de mí, las haría marchar desnudas, ¡sobre todo a las más bonitas como tú!

Levantando repentinamente la cabeza, Valentina se topó con un par de ojos pequeños, brillantes de deseo.

—¿Quién sois? —preguntó circunspecta, reprimiendo un movimiento de miedo.

El otro, un hombre corpulento cuyos rasgos toscos desaparecían bajo una barba desaliñada que hacía juego con su desgredada melena, no se molestó en contestarle. Se limitó a mirarla embelesado, balanceándose sobre sus poderosas piernas.

—¿Quién sois? —repitió, alzando deliberadamente la voz para que sus compañeras del lado opuesto la oyeran y corrieran en su ayuda—. ¿Qué queréis?

—Soy Bastiano, preciosa, el afortunado mortal que se encontraba en el lugar adecuado en el

momento oportuno —declaró de manera chulesca el intruso, soltando a continuación una estruendosa carcajada.

Repulsión y pánico la hicieron ponerse tensa, mientras su mirada recorría el sombrero deformado y grasiento, los harapos mugrientos que llevaba, el rostro de aspecto tosco: había algo maligno en aquel individuo vulgar y prepotente, pensó con un estremecimiento. «¿Se habrá percatado sor Brandina de la presencia de este tipo?», pensó sobresaltada. Probablemente no, y tenía que valerse por sí misma. Intentar huir hacia el monte era una apuesta arriesgada, obstaculizada por aquel incómodo faldón: el hombre la habría atrapado en un santiamén.

—¡Marchaos! —gritó con más fuerza—. ¡Pediré ayuda, os lo advierto!

El otro esbozó una sonrisa que hizo aparecer en todo su horror las púas negruzcas de lo que, tiempo atrás, debían de ser dientes.

—¿Y a quién llamarías en tu socorro, chiquilla? ¿A ese bicho arrugado que está recogiendo moras? Dejémosla en paz, ¿eh? Ella también se llevará lo suyo, más tarde.

Había observado, por tanto, que la hermana Brandina rondaba a hurtadillas y parecía estar urdiendo malvados designios para ambas. ¿Y cuánto tiempo llevaba aquella figura sombría merodeando por el claro? ¿Estaba solo o le acompañaban más compinches? Y si estaban allí, ¿estaban ya abusando de las otras monjas? Esas preguntas se agolpaban incesantemente en su mente, y mientras consideraba darse la vuelta y arrojarle al agua, lo fulminó con la mirada.

—¡Largaos u os arrancaré los ojos sin pestañear!

—¡Eh, qué temperamento! —exclamó él—. Me harás rico, chica. Conozco a la dueña de un burdel que pagará un buen dinerito por alguien como tú... después de que nos hayamos divertido un poco, claro está. —Chasqueó los dedos y de la espesura de los arbustos salieron cuatro hombres de aspecto inquietante, harapientos y mugrientos como el que les había precedido. La rodearon lanzándole miradas lujuriosas. Aterrorizada, abrió la boca para gritar, pero Bastiano se le echó encima y, sujetándola con un brazo contra él, apretó el otro contra la garganta de su presa, impidiéndole respirar.

—Si yo fuera vosotros, hijos míos —exclamó una voz engañosamente afable—, no me arriesgaría a ir directo al infierno por una acción tan ruin. Parece que lo vais a pasar muy mal.

Los cinco bandidos se volvieron simultáneamente en la dirección de la que había procedido la exhortación, y se asombraron al comprobar que la robusta monja que estaba de pie detrás de ellos no era la misma que recogía moras.

—¿Por qué, entonces —continuó Pacífica amablemente—, os dejáis llevar por la tentación, cuando renunciando a las apetencias carnales podríais ganaros el cielo?

Nadie respondió: el auténtico desconcierto parecía haber inhibido todas sus reacciones. El único que superó de algún modo su sorpresa fue Bastiano: como fanfarrón empedernido que era, calculó mal que un par de mujeres pudieran representar un obstáculo insalvable. Un atisbo de sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios, y sin darse cuenta de que se había sobrevalorado a sí mismo y a sus compañeros, subestimando temerariamente al formidable adversario al que se enfrentaba, se dispuso a ajustar cuentas con las monjas.

Fue un fatal paso en falso desafiar a Pacífica, escupiendo a la rama de olivo que con magnanimidad ella exhibía, y mientras acentuaba la presión sobre la garganta de Valentina, arrancándole un gemido de dolor, un inconfundible chasquido resonó agudamente en el silencio del claro. Gotas de sudor perlaron su frente mientras contemplaba el siniestro orificio de una pistola, apuntando, con precisión, entre el estrecho espacio de sus pobladas cejas. Reducido a la mansedumbre por los persuasivos argumentos de la monja, apartó las manos de Valentina, que acogió con alivio la llegada de refuerzos.

Sor Pacifica emitió un gruñido de aprobación al comprobar que, aparte del miedo evidente, la chica no parecía haber sufrido ni un solo rasguño.

—¿Estás bien?

Aunque conmovida por lo sucedido, asintió y se agachó a recoger velo y toalla, llevándoselos para sacudirse la arena y las briznas de hierba, lo que ofreció al irreductible Bastiano una oportunidad insospechada de igualar la contienda. En el fugaz momento de distracción de Pacifica, su mano se deslizó rápidamente sobre la afilada daga que guardaba oculta en la parte trasera de su cinturón. Por desgracia para él, pocas cosas escapaban a la atención de la monja. El disparo le pilló tan desprevenido que se quedó petrificado, y la bala que pasó zumbando junto a sus oídos disipó al instante todas sus convicciones sobre la infinita tolerancia de las siervas de Dios.

—Mantén tus zarpas lejos de la chatarra que llevas encima, hijo —le advirtió la monja—. Podría hacerte daño la próxima vez que me obligues a apretar el gatillo, y ojo, no estoy bromeando.

Él tragó saliva y miró mortificado al resto de la banda, que, estupefactos por el giro de los acontecimientos, desviaron la mirada de Valentina a la robusta monja, sopesando claramente entre ellos la posibilidad de revertir la situación. Parecía que se hubieran hecho una señal entre ellos, y Bastiano, rascándose la lanuda barba con sus uñas de bordes negros, se volvió hacia Pacifica:

—Hermana, conozco el arma con la que me apuntáis, y hay que recargarla cada vez que dispara. También creo que dos mujeres no pueden vencer al doble de hombres.

Ella le dedicó una leve sonrisa.

—Querido hijo, pero no sólo somos dos.

—Si os referís a aquella mosquita muerta que está recogiendo moras...

—¡Grandes, gordos y lerdos! —explotó disgustada—. Dejando a un lado el hecho de que alguien armado con un trabuco os volará los sesos si intentáis mover un dedo, ni siquiera os habéis molestado en mirar a vuestro alrededor más escrupulosamente antes de abalanzaros como perros hambrientos sobre una doncella indefensa... Sor Giacinta, sor Brandina, sor Iltrude, ¡ya podéis salir!

Estupefactos, los bandidos vieron salir de entre los setos a otras tres monjas, todas alineadas en excelentes posiciones estratégicas. Sonreían como si estuvieran jugando al escondite, pero el hecho de que no estaban jugando era evidente por los objetos que cada una de ellas empuñaba: una tenía a Bastiano encañonado con su trabuco, la otra agarraba firmemente un grueso rodillo oscurecido por el uso, y la tercera balanceaba despreocupadamente una enorme sartén de hierro.

Uno de los hombres, al ver el utensilio de cocina, no pudo reprimir una mueca de desprecio, que se apagó en sus labios al observar los musculosos antebrazos de la monja que lo manejaba. El deseo de burlarse se desvaneció por completo cuando observó el ceño fruncido de la monja, que ya de por sí insinuaba cómo pensaba utilizar el utensilio. Reprimiendo un escalofrío, sacó la conclusión de que un disparo le habría hecho menos daño que una sartenazo propinado por aquel armario en hábito y con velo. Con todo, una cosa estaba clara en aquel momento, y era que aquella pobre representación de varones no podía desafiar la aplastante supremacía del solidario grupo de monjas. Y sin embargo, era inaceptable sucumbir como inexpertos noveles ante el sexo débil.

Indignados por el desaire, recurrieron al resto de orgullo varonil que les quedaba para vengar semejante afrenta. Decididos a vender cara su piel, de repente se abalanzaron sobre sus feroces antagonistas, con la intención de desarmarlas. Esperando algo parecido, no las pillaron

desprevenidas.

La trifulca estalló furibunda y en la quietud del claro resonaron los rugidos y las coloridas imprecaciones de los bandidos, entremezclados con los chillidos de las monjas que, en la excitación del tumulto, ni siquiera se inmutaron por lo que recomienda el Evangelio, a saber, amar al prójimo como a sí mismo.

Iltrude, a pesar de su tamaño, saltaba de aquí para allá en ayuda de sus hermanas eventualmente en apuros, abriéndose paso entre dolorosos golpes de sartén hasta que, asaltada a traición por el mayor de los canallas, harto de ser blanco de la infernal sartén, acabó bruscamente estampada contra el nudoso tronco de un árbol. Indignada y furiosa, rugió contra el imprudente que tanto se había atrevido, haciéndole vibrar un sonoro sartenazo en la calva. El golpe pareció aturdirle, sin embargo, siendo el tipo duro que era, se levantó enseguida y, gritando con furia, arremetió contra ella como un toro enfurecido con la cabeza gacha, decidido a derrotarla: por segunda vez, la definitiva, su caja craneal chocó con el sólido fondo de la sartén, maniobrada con extrema e infalible habilidad. Con expresión incrédula y sonrisa ebria, el forajido se desplomó en el suelo y allí se quedó exánime.

Ella saltó de alegría como si fuera una pluma y no rozase el quintal de peso, lanzándose con entusiasmo de nuevo en la refriega. Buscando un objetivo en el que concentrarse, dejó que sus ojos vagaran por el claro, evaluando qué hermana necesitaba apoyo. Comprobó satisfecha que todas lo estaban haciendo muy bien. Giacinta perseguía a su hombre, golpeándolo en las nalgas con el rodillo; Pacífica, un poco más allá, estaba encaramada sobre otro que, casi cianótico, sufría sin reaccionar al duro castigo que le infligían. Sujetándolo firmemente por el pelo, le golpeaba la cabeza contra la hierba como si quisiera quitarle alguna oscura tara mental. Valentina se aferraba a la espalda de un tercer bandido, apretándole la nuez de Adán con un brazo y tapándole deliberadamente los ojos con la otra mano, de modo que, privado de visión, tanteaba a ciegas, intentando en vano quitársela de encima. La aguda mirada de Iltrude se desvió hacia la esbelta Brandina, que forcejeaba con Bastiano. Ella le apuntaba valientemente con su rifle, pero él, insensatamente convencido de que la mujer carecía de agallas para apretar el gatillo, avanzó amenazadoramente con los puños extendidos.

«Ahí es donde hay que intervenir», pensó la monja, que se arremangó y se lanzó en su rescate. Su imprevisible ímpetu desplazó a los dos granujas, que a sus espaldas la aprisionaban a la altura de las caderas para neutralizarla. Éstos, a punto de soltarle un par de puñetazos que habrían noqueado a un buey, erraron su objetivo en el último segundo y, habiendo ya cogido impulso, acabaron dándose un puñetazo el uno al otro, noqueándose ellos mismos. Mostrando idéntico asombro, cayeron inconscientes al suelo, golpeando sin querer a Iltrude, que, desequilibrada por el empujón, se tambaleó hacia delante, tropezando con el dobladillo de su hábito y desplomándose sobre sor Brandina. Ésta se tambaleó a su vez e instintivamente, en un esfuerzo por no soltar el arma, contrajo los dedos: sin haberlo previsto, y apretó el gatillo.

Se oyó un rugido atronador y una nube de humo acre flotó en el aire. Cuando se disipó, la monja había caído al suelo por el retroceso del trabuco, mientras Bastiano, ojiplático, miraba su sombrero: alcanzado de lleno por la bala de plomo, aparecía a un metro de distancia. Pasado el primer momento de shock, el bandolero corrió a recogerlo; su tez, por lo poco que dejaba ver su barba, se tornó cadavérica al observar el tamaño del agujero creado por la bala. También tuvo que pensar que si la monja hubiera apuntado un poco más abajo, habría sido su cabeza la que habría saltado por los aires. La ira nubló su razón y arremetió contra la desdichada que le había puesto en tan mortal peligro.

Iltrude se interpuso entre él y Brandina.

Bastiano aminoró el paso.

Haciendo girar la sartén, ella lo esperó.

Él se vio obligado a detenerse, también porque de pronto fue consciente del silencio antinatural que reinaba en el claro. Le bastó una mirada para descubrir que ninguno de sus compinches intervendría en su ayuda, pues habían acabado derrotados por unas monjas, que eran cualquier otra cosa menos inexpertas. «Estas monjas han debido realizar el noviciado en un cuartel y no en un monasterio», pensó. Y ahora había llegado su turno.

Sin perder de vista la sartén y a su dueña, empezó a dar pasos rápidos hacia atrás, preparando una huida in extremis. E incluso trató de llevarla a cabo, de hecho, terminando justo en los brazos abiertos de Pacífica. Encontrarla frente a él le puso los pelos de punta, porque si la que tenía detrás era implacable, la que tenía justo delante era peor.

—Hijito, ¿acaso estás huyendo? —le reprendió con melodiosa inflexión—. ¿Quieres abandonar a tus amigos a su suerte después de que hayan luchado tan desinteresadamente a tu lado? ¡Que nunca se diga! —Luego lo volvió bruscamente hacia la impaciente Iltrude: con el pie martilleando rítmicamente bajo el borde polvoriento del hábito, la monja parecía cernirse sobre su oponente.

Consciente de que no tenía alternativa, Bastiano se lanzó sobre ella con la fuerza de la desesperación, pensando, aunque el momento era uno de los más críticos que nunca había vivido, en lo sombrío que resultaba aquel final en comparación con las excitantes promesas del comienzo.

Fue la última consideración que tuvo antes de que el hierro de la pesada sartén se estrellara contra su calva frente, enviándole al apagado mundo de los sueños.

Al caer el último bastión, hubo un suspiro general de alivio por parte de las monjas.

—¡Hay que reconocer que algunos hombres saben cómo animarnos la vida a las mujeres! —comentó Iltrude, mirando una y otra vez con suficiencia su improvisada pero mortal y contundente arma.

Pacífica esbozó una de sus raras sonrisas.

—Ya podéis decirlo, hermana —convino. Y dirigiéndose con paso majestuoso hacia el campamento, añadió con aires de superioridad—: Es una pena que tengamos que limitarnos a rezar, hijas mías: después de haberos visto actuar, me parece que tenemos muchas cosas que hacer extramuros del convento. —Luego, sin prestar atención a los sinvergüenzas esparcidos por el suelo, desapareció entre una maraña de ramas—. Dejad bien atados a esos desperdicios humanos; no me gustaría tener que interrumpir la comida por alguna intempestiva recaída. Terminaré de preparar la cena, suponiendo que no se haya carbonizado mientras tanto. Sor Brandina, ¿qué hay de las moras que habéis cosechado? Serían un final apropiado para una jornada de campo como ésta.

Aquella noche, mientras las demás reparaban las fatigas del combate vespertino con un sueño reparador, Pacífica y Valentina, ambas insomnes, velaban el descanso de sus compañeras junto al fuego. La más joven, con las secuelas del reciente ataque, revivió la pesadilla de Ruggeri. La monja, presa de uno de sus bruscos cambios de humor, se había atrincherado en un mutismo que desconcertaba a Valentina.

—¿Qué os oprime, hermana? —le preguntó al final.

—¿Y tú? ¿Por qué no duermes?

—No podría pegar ojo, me temo —le explicó la muchacha en voz baja—. Si el barón muriera...

Ella meneó la cabeza.

—¡Tienes que dejar de preocuparte por ese depravado! No se merece tus escrúpulos, ni tus remordimientos: simplemente bórralo de tu memoria.

Sentía amargura ante aquella exhortación, y Valentina se sobresaltó.

—¿Estáis obsesionada con Ruggeri? Lo condenáis sin concederle atenuantes. No es que los tenga, por supuesto, pero me sorprende que una religiosa... —dejó la frase en el aire, no queriendo molestarla más con preguntas que tal vez no quería responder.

El resplandor de las llamas, alimentado por una ráfaga de viento, le reveló la palidez de Pacífica.

—Yo soy una de esas desgraciadas —le replicó en su lugar, atormentando el crucifijo de su pecho—, a las que canallas como Ruggeri han arruinado para su morbosa lujuria. —Hizo una pausa, con la mirada perdida en el vacío—. Ha pasado mucho tiempo, y aunque este disfraz me impone perdonar los agravios sufridos, no puedo superar el resentimiento que me consume.

Valentina estaba atónita.

—¿Vos...? —balbuceó.

—¡Sí, yo! —La otra ocultó su rostro entre las manos durante unos instantes, y luego, abriendo una mirada a su pasado, comenzó a relatar—. También era un noble quien abusó de mí, uno de esos privilegiados de la fortuna que se arrogan el derecho de enseñorearse de débiles e indefensos. No le bastaba con tener una esposa y al menos un par de amantes complacientes... Se había encaprichado de mí, y cuando me negué a ceder ante él me violó sin piedad, una niña de trece años. Temí volverme loca, y para no matarle y suicidarme, entré en un convento y tomé los votos. Esperaba encontrar en la fe la fuerza del perdón, pero por mucho que rezara a Dios para que me ayudara a absolver a aquel hombre, el veneno siempre se reforma y oprime el alma. Confío en poder hacerlo antes de entregar mi alma al Señor.

—Lo siento —cuánto habría querido abrazarla—. No habléis más de ello si hacerlo os sigue lastimando.

—Sólo quería hacerte comprender que no eres la única que se ha visto en tales apuros, pero que gracias a Dios has escapado de ellos. No te angusties por el maldito barón y piensa en el futuro, que te lo deseo feliz. Y recuerda que el mal hace más fuerte a quien lo recibe y más desgraciado a quien lo hace. No eres tú quien debería avergonzarse, sino Ruggeri.

—Tenéis razón, pero... pero la nostalgia de casa me resulta ya insoportable.

—Valentina, a tu edad no tienes remordimientos y no puedes volver atrás. Al menos, todavía no. Y no pierdas el tiempo compadeciéndote de ti misma: el tiempo es un tesoro de valor incalculable que todos tendemos a malgastar en nimiedades, en lugar de en las cosas realmente importantes. Ruggeri no es más que un mísero episodio en tu vida: olvídalo y mira hacia delante.

—Os lo prometo —Valentina de repente se sintió aliviada.

—Y ahora deberías concederle un último favor a esta lunática amiga tuya que tanto te quiere: intenta dormir un poquito, ¿vale?

A la mañana siguiente, tras dejar a los bandidos atados en el umbral de una gendarmería, el grupo continuó su camino y, al caer la tarde, las monjas entraron por fin en el convento donde las esperaban. Se detuvieron allí el tiempo suficiente para tomar un refrigerio, y luego sor Pacífica, sor Brandina y Valentina se dirigieron hacia el norte, mientras sor Iltrude y sor Giacinta regresaban con la noticia de que la hija de Rosa ya estaba a salvo y a medio camino de Milán.

Capítulo 9

Había transcurrido poco menos de un mes desde su partida cuando las tres exhaustas viajeras llegaron a Milán. La segunda parte de la intrépida expedición no había sido, afortunadamente, tan problemática como la primera, ya que habían viajado en el coche con asientos acolchados que había puesto a su disposición una abnegada marquesa, sin embargo, estaban igualmente exhaustas. Por supuesto, se habían detenido en posadas a lo largo del camino y el mal tiempo había retrasado su llegada, pero al final lo habían conseguido, llegando a su destino.

Valentina, aunque disponía de todo un armario del que podía sacar ropa de moda, donada por una novicia que ya no la necesitaba, seguía prefiriendo seguir vistiendo el hábito: llamaba menos la atención vestida así, y ya habían sufrido bastantes disgustos y percances.

El carruaje las condujo hasta la entrada de un palacete de dos plantas de fachada señorial. Un anciano caballero vestido con redingote y sombrero de copa alta estaba saliendo. Permaneció indeciso en lo alto de la escalera exterior cuando vio a las tres monjas que se acercaban a él. Como era su costumbre, el notario Corsini se disponía a dar su habitual paseo matutino, un pasatiempo al que se entregaba hiciera el tiempo que hiciera, lloviera, nevara o hiciera sol, mientras paseaba agradablemente por las calles de su Milán, hasta la Piazza Duomo, donde tomaba un aperitivo con los amigos.

Convencido de que las monjas peregrinaban de casa en casa para recoger limosnas, las recibió con una cortés bienvenida.

—Buenos días a todas, hermanas. Cualquier cosa que necesitéis, acudid a mi ama de llaves: ella proveerá.

—Creo que sois víctima de un malentendido, señor —fue la sosegada respuesta de la hermana Pacífica—. Simplemente buscamos al notario Corsini.

—Lo tenéis delante, hermana. —El hombre, que se estaba poniendo los guantes, se detuvo y la miró con curiosidad. Luego se quitó el sombrero a modo de saludo formal, dejando al descubierto un fino cabello cano—. ¿Puedo saber a qué debo el placer de vuestra visita?

—¡Yo diría que sí! —La monja se quedó gratamente impresionada por su distinción. Si había personas capaces de inspirar una confianza instintiva, ésa era Corsini. Señalando a Valentina, añadió—: Acompañamos a la hija de Rosa hasta aquí.

—¡Santo cielo! —se sobresaltó el notario, mirando atónito a la joven y hermosa monja, preguntándose angustiado si, en su deletéreo e incurable descuido, había omitido leer detenidamente la carta de Rosa. Y sin embargo... no le parecía que la mujer lo hubiera mencionado. ¿Podría ser que, sin darse cuenta, no le hubiera contado tan significativo detalle?—. Me temo que existe un malentendido —objetó, con los ojos que miraban con perplejidad a las monjas—. Una monja es tristemente inadecuada para la tarea que debería desempeñar. De haberlo sabido antes, puedo aseguráros de que no la habría hecho venir tan lejos desde su pueblo.

Sor Pacífica sonrió con condescendencia.

—Las cosas no son lo que parecen, señor notario, y si pudiéramos entrar, me apresuraría a daros todas las explicaciones necesarias.

Unos días más tarde, cuando se acercaba el inevitable momento de la separación, en la mirada de la religiosa brillaba una sospechosa humedad.

—Cuídate, mi querida niña —le dijo a Valentina al despedirse. Estaban en el vestíbulo de la

acogedora residencia de Corsini y el carruaje esperaba para llevarla a ella y a sor Brandina de vuelta a su convento—. Parece que tienes cierta tendencia a meterte en líos y no siempre vamos a estar ahí para sacarte de ellos. —Se compadeció de ella. Luego la acercó a su amplio pecho y la abrazó con fuerza.

—Lo tendré en cuenta —le prometió ella, con la garganta cerrada por un nudo de lágrimas—. Y a vos os encomiendo a mi madre. Es anciana, y me pesa estar tan alejada de ella y precisamente cuando más próxima debería estar de ella.

—Nosotras cuidaremos de Rosa —intervino Brandina con una vivacidad que estaba bien lejos de sentir, abrazándola a su vez—. ¿Hay alguna duda de eso?

Sor Pacífica se volvió hacia Corsini para despedirse también de él. La confianza que le había infundido se había fortalecido en el poco tiempo que llevaba allí: lo consideraba un caballero de valor y un amigo digno de confianza con el que Valentina podía contar en caso de necesidad. Saber que él velaría de la chiquilla la tranquilizaba. Lo miró casi con afecto, deteniendo su atención en su angulosa figura, su tupida melena blanca, hasta que se encontró con su límpida mirada azul.

—Sé que no hace falta decirlo, ya que dejo a Valentina en buenas manos, pero de todos modos no la perdáis de vista. Y gracias de nuevo por la exquisita hospitalidad.

—Ha sido un honor —se escudó el notario—. Soy yo, más bien, quien debería estaros agradecido por haber interrumpido, con vuestra presencia, la monotonía de mis días. En cuanto a Valentina, la familia con la que se instalará es de las más ricas de Milán.

—Sí, me lo habéis dicho y garantizado.

—La acogerán de la mejor manera posible. Decidle a Rosa que la niña está bien cuidada, y que cualquier cosa que necesite puede recurrir a mí. ¿De qué servirían los amigos si no?

Sor Pacífica asintió, y sin ceder a las lágrimas, se despidió con repentina premura, siguiendo a sor Brandina hasta el carruaje. El carruaje, al sonoro chasquido del látigo, se puso en marcha, y luego se encauzó hacia el ajetreado tráfico de la ciudad. Pronto desapareció en la distancia, y a Valentina, de pie en la acera con Corsini a su lado, dándole golpecitos tranquilizadores en el hombro, le pareció que con un golpe decisivo se había cerrado una puerta al pasado.

El insistente tañido del timbre de la entrada llegó apagado a Valentina, que, apoyada en el alféizar de la ventana seguía el ir y venir de los transeúntes. ¿Qué hacía en aquella ciudad donde todo le resultaba extraño? El agudo lamento por su tierra natal y el mordisco de la nostalgia le parecieron de pronto demasiado duros de soportar. Se controló con un esfuerzo de voluntad, diciéndose a sí misma que no debía temer lo que le esperaba. Sin embargo, no pudo reprimir una sutil aprensión ante la perspectiva de enfrentarse a otro cambio, de vivir entre desconocidos de los que ignoraba todo, y que ignoraban todo sobre ella.

Se repitió el sonido del timbre, y unos minutos más tarde llamaron discretamente a su habitación.

Vacilante, sonó la voz de Corsini.

—Valentina, ¿estáis lista? Ha llegado el carruaje...

Ella se apresuró a abrirle.

—¡Lo estoy! —exclamó, obligándose a sonreír a aquel hombre, bueno y gentil, como pocas personas. Se puso el sombrerito y añadió en tono tranquilo—: ¿Nos vamos?

Él la observó con mirada penetrante y no se movió.

—Os veo turbada, hijita. ¿Algo va mal?

—¡Oh, no! —negó ella al instante—. Es solo que... estoy un poco desorientada. Siento que voy a la deriva como una barca sin timón, y no encuentro ningún punto firme al que agarrarme.

—Se acomodó distraídamente los pliegues de su traje de viaje azul—. Puede que dudéis de tener que tratar con una tonta, pero... —Guardó silencio y reprimió las ganas de llorar. No quería preocupar a Corsini, sobre todo porque la melancolía no tenía remedio. Él habría mantenido una correspondencia regular con su madre; llorar habría angustiado al hombre hasta el punto de hacerle decir a Rosa que se sentía desgraciada e infeliz.

—Yo creo que no. —El notario le sonrió con gesto tranquilizador—. Sólo estáis desconcertada, pero Caterina os hará sentir como una más de la familia.

Valentina asintió.

—Y si a pesar de ello no os sentís cómoda con ellos, siempre me tenéis a mí en reserva, mi querida niña. Estudiaremos otra solución. Sabéis que podéis confiar en este viejo y triste gruñón.

—¡Pero si sois una bendición! —exclamó ella—. Me habéis ofrecido el desinteresado afecto de un padre, ¿cómo podré pagároslo?

Se encogió de hombros despreocupadamente.

—Escribiéndome tan a menudo como lo haría una hija, y manteniéndome informada de cómo van las cosas allá arriba, junto al lago. Por cierto, en la estación de correos encontraréis a alguien que os llevará a la villa, donde Caterina os aguarda ansiosa. Conociéndola, estoy absolutamente convencido de que estaréis encantada de haber aceptado ser su dama de compañía. El sueldo es muy bueno y, como no tendréis gastos, aparte de algo de dinero de bolsillo para algunos de vuestros caprichos, podéis enviar el resto a vuestra madre. Pero ahora démonos prisa en bajar o me emocionaré tanto que no os dejaré marchar. Me he acostumbrado tanto a vuestra presencia que soy consciente de que os echaré mucho de menos, mi queridísima niña.

Ella de repente lo abrazó.

—Dios os bendiga... ¡y gracias por todo!

—Ojalá hubiera podido hacer más por vos.

—Me habéis ofrecido amistad y confianza, privilegios que he apreciado, ¿os parece poco?

Corsini extendió los brazos.

—Oh, por el valor que puedan tener... —Fue interrumpido por un golpe decidido en la puerta—. ¿Qué pasa? —preguntó, abriéndola de par en par.

—El cochero dice que no puede esperar más —le comunicó el ama de llaves

El anciano caballero volvió a centrar su atención en Valentina.

—Bien, parece que no hay tiempo para más demoras —refunfuñó con pesar. Ella le pareció más hermosa que nunca con el telón de fondo de la ventana—. Dios mío, ¡sois un verdadero esplendor! —comentó con sincera admiración—. ¿No le daréis un beso a esta insípida ciruela pasa?

—¡E incluso dos! —ella le complació con entusiasmo—. Sobre definiros así, alguien me dijo que incluso ahora seguís sembrando Milán de corazones rotos.

—¡Que el Todopoderoso me libre de la afilada lengua de las mujeres! Fue Cesira, ese azote de ama de llaves, que pintó un cuadro opuesto a la realidad. —Negó con la cabeza adoptando una cómica resignación—. Todo humo, lo que cuenta esa chismosa, y nada de fuego. Así que, por mucho que me duela admitirlo, confieso que estoy definitivamente desarmado.

—¡No lo creería aunque me lo juraseis!

—Más bien cuidaos, vos, mi niña. No sois precisamente de las que pasan desapercibidas.

Valentina se limitó a sonreír mientras salía de la habitación junto a él, dirigiéndose hacia las escaleras.

—Cuidaos —le deseó Corsini mientras se asomaba a la ventanilla para despedirse por

última vez—. Y presentad mis más afectuosos saludos a Caterina.

—No faltarán —le prometió ella.

—Espero muy pronto noticias vuestras.

—Estad tranquilo, en cuanto me instale, os escribiré para contaros cómo va todo, y sin haceros esperar. Será mi deber, en efecto, contároslo todo.

—Por supuesto, ¿cuento con ello?

Ella asintió, y cuando el coche se puso en marcha, sólo tuvo tiempo de proferir un último saludo.

—¡Adiós, mi querido notario!

CUARTA PARTE

Piamonte

Capítulo 10

La villa de Pallanza, soleada y acogedora, daba al lago, y parecía ofrecerle una bienvenida festiva. Al apearse de la diligencia con los demás pasajeros, Valentina escrutó a la distraída y apresurada muchedumbre que animaba la pequeña estación de correos en aquel sereno día de finales de verano, tratando de identificar a la persona encargada de conducirla a la villa. Para su creciente decepción, nadie se acercó, así que no tuvo más remedio que esperar a alguien cuyo nombre o aspecto desconocía. La tarde era muy calurosa, así que abrió la sombrilla ribeteada de encaje, mientras contemplaba admirada el pintoresco paisaje.

—No quisiera parecer insolente —dijo una vacilante voz masculina a sus espaldas—. Os aseguro que no tengo intención de molestaros, *madame*... pero no puedo hacer otra cosa que interrogaros, esperando no cometer un segundo error de la persona que busco.

Valentina giró graciosamente sobre sí misma y, manteniendo el rostro en las sombras, examinó al joven, moreno y bien vestido, que se había dirigido cortésmente a ella. Observó que era apuesto y que, mortificado, se masajeaba la mejilla, en la que destacaba una huella de cinco dedos.

—Depende de a quién busquéis —dijo en tono cortés.

—Bueno, he de encontrarme con una joven a la que nunca he visto antes —le explicó él con una alegre luz en sus ojos oscuros—. Ahora, si me permitís el atrevimiento, tengo la sensación de que vos también estáis esperando a alguien. ¿O me equivoco?

—De hecho, yo me encuentro en la misma situación —admitió ella—, y espero descubrir que el destino al que me dirijo es el mismo al que llegaréis vos cuando nos marchemos de aquí.

—¡Yo también lo espero! —exclamó él, mirándola con abierto aprecio—. ¿Sois Valentina Forte?

—Sí —se lo confirmó, y sonrió aliviada—. Empezaba a temer que se hubieran olvidado de que venía hoy, y para colmo en un lugar que me es desconocido.

—Lo admito, ¡parece demasiado hermoso para ser verdad! —el joven apenas parecía creer que ella era realmente la joven a la que debía acompañar a casa. Liberándose de su asombro, explicó en tono compungido—. Os ruego me disculpéis por la tardanza, pero he perdido el tiempo persiguiendo a otra mujer, justo ahora... —Hizo una pausa y con el pulgar señaló a una erguida solterona que, con mentón en alto y sombrero ladeado, se alejaba con paso enérgico.

Ella reconoció, por su trasero plano, a una taciturna compañera de viaje, que se había embarcado en Sesto Calende, y que había permanecido sola durante el viaje, igual que una duquesa que hubiera caído accidentalmente entre la chusma de los barrios bajos.

—Supongo que me habrá confundido con un donjuán —dedujo él con una radiante sonrisa—. Pero tenía la apariencia y el porte de una recatada dama de compañía, lo que me hizo suponer que esa perversa bruja era la persona a la que yo esperaba.

—Un desafortunado malentendido —convino Valentina, cerrando la sombrilla y mostrándose a plena luz.

—¡Jesús, María y José! ¿Sois real o un sueño? —exclamó con énfasis el interlocutor, incapaz de contenerse.

Valentina le devolvió la mirada mientras escrutaba con perplejidad.

—¿Podría saber quién sois?

—Riccardo Montalto, oveja negra de la familia —se presentó con una reverencia—. Pero ¿de verdad sois la dama de compañía de Caterina? —insistió, mientras sus ojos recorrían el

cuerpo de la joven. Caramba, lucía una belleza deslumbrante sin una pizca de coquetería, como si no fuera plenamente consciente del impacto que causaba sobre los hombres.

—Por supuesto —le confirmó ella, conteniendo las ganas de echarse a reír.

—Entonces tendré que empezar a creer que la Divina Providencia no tiene límites.

—Os lo ruego, no exageréis en la galantería.

—¿Exagerar? Con vos en casa, ¡el futuro se presenta más que radiante!

—¿Para quién? —le sondeó bromeando. Por lo que podía deducir de él, dudaba de que fuera de los disfrutaban pasar mucho tiempo entre las paredes de su hogar, y se lo dijo con franqueza.

—No erráis —le confesó, mirándola con expresión elocuente—. Pero siempre llega el día en que algo te obliga a cambiar de hábitos.

Ella apartó la mirada de aquel joven de naturaleza exuberante, tan directo en mostrar su admiración, y dijo torpemente:

—¿Podemos irnos ya?

—Tenéis razón, no tiene sentido perder más tiempo. ¿Eso es todo? —preguntó expeditivo, señalando el equipaje. Después de que ella asintiera, recogió del suelo, sin aparente esfuerzo, las maletas, dirigiéndose con prontitud hacia un elegante landó estacionado cerca del muelle—. Estaréis cansada, pero pronto llegaremos a casa y podréis descansar —le dijo gentilmente, ayudándola a tomar asiento en el coche. Luego se sentó a su lado y chasqueó la lengua para azuzar al caballo—. ¿Os importa que me quite la chaqueta?

—Por favor —ella lo estudió de reojo, mientras se despegaban: su perfil, desde la línea cuadrada de la mandíbula hasta la frente, era muy masculino, la nariz estaba ligeramente torcida, pero la leve imperfección daba carácter a un rostro que, de otro modo, habría tenido menos personalidad. La boca era carnosa y debía estar siempre risueña, y aquel mechón rebelde de pelo negro que sombreaba sus ojos oscuros agudizaba lo agradable de aquellos rasgos de un auténtico rompecorazones. Volviendo a centrar su atención en la carretera, se recostó mejor. El vehículo avanzaba a paso ligero y Valentina se perdió en la contemplación del panorama.

—¿Bonito, verdad?

—Espléndido... y completamente distinto de donde yo vivía.

—¿Dónde vivíais? —Conducía con pericia el landó, que, entre sacudida y sacudida, tomaba un camino más estrecho subiendo una cuesta.

Limitándose a lo necesario, le habló de San Michele y también de Rosa: cuanto menos supieran de lo que dejaba atrás, mejor para su tranquilidad.

—Tengo ganas de ir a tus tierras, ángel, sólo para ver si las mujeres de allí son tan encantadoras como tú —observó Riccardo, sonriendo.

—¿Ángel? —repitió ella desconcertada.

—¿Y no lo sois? ¿Os importa si os llamo así?

—No, pero... los demás podrían malinterpretarlo y...

—¿Qué os importan los demás si tenéis la conciencia tranquila? —cortó él en seco—. No hay nada de malo en que me dirija a vos llamándoos por vuestro verdadero nombre. Sois un ángel para mí, y no puedo hacer otra cosa.

—Queréis adularme.

—Y vos menospreciaros —contestó él divertido—. Pero siguiendo con el tema, ¿por qué os habéis distanciado tanto de vuestra madre?

Ella hizo un gesto vago.

—La vida —replicó evasiva—. Y luego toda una serie de circunstancias que no creo

oportuno relatar con detalle.

—¿Os lo he exigido yo? —objetó él, dulcemente.

—No, pero se puede leer en vuestro rostro que os gustaría saber más. ¿Lo negaríais?

—Lamento haberos dado esa impresión. Lo mío fue un inofensivo intento de derretir el hielo entre nosotros —le confesó con franqueza—. Curiosear en vuestro pasado, suponiendo que, tan joven como sois, tengáis secretos que ocultar, es la menor de mis intenciones.

Ella se sobresaltó ante tales palabras: rozaban casualmente la verdad pero, afortunadamente, esa reacción escapó al afable Riccardo. Estar a la defensiva podía ser malinterpretado por extraños. También se dio cuenta de que sus preguntas eran en realidad preguntas sin intenciones ocultas. Tenía que dejar de desconfiar de los hombres si no quería convertir lo ocurrido con Ruggeri en una malsana obsesión.

—Disculpadme, no pretendía ser grosera, sobre todo con alguien que, por el contrario, está haciendo todo lo posible para que me sienta cómoda.

Él dio por zanjado el asunto con un apresurado encogimiento de hombros.

—Supongo que estáis agotada por el cansancio del viaje.

—No podéis imaginar hasta qué punto.

—En cambio yo sí puedo: remontar la península debe de haber sido agotador... por no hablar de las vicisitudes que uno se puede encontrar por el camino.

—Oh, de esas tuvimos para dar y regalar.

—¿En serio?

—Os lo garantizo. Por decir una, cerca de Roma, incluso nos asaltaron unos bandidos.

—¿A vos y a quién más?

Ella le contó sucintamente lo de las monjas y cómo todas habían neutralizado a aquellos canallas.

—¡Por Júpiter!, me cuesta creer que un grupito de mujeres se impusiera a semejantes sinvergüenzas. —Riccardo estaba realmente asombrado por los apuros a los que se enfrentaban Valentina y las monjas que la escoltaban.

—La unión hace la fuerza. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? ¡Defendernos o sucumbir! Pero decidme, ¿qué representáis para Caterina Montalto? ¿Sois su hijo?

—Hijastro mío, aunque debo reconocer que Caterina ha sido una madre para mí en todos los sentidos. Le profeso el afecto y la devoción de un hijo... La quiero tanto como ella me quiere a mí, y la estimo aún más porque no es fácil educar a los hijos de otra mujer con el amor que ella nos ha reservado a nosotros...

—¿Hijos? —lo interrumpió—. Corsini no me habló en absoluto de hijos, y mucho menos de hijastros... No es que eso cambie nada, por supuesto —se apresuró a subrayar.

—¿Corsini no os lo dijo?

—No lo mencionó, creedme.

—Hagamos un resumen, entonces. —Él se aprestó a colmar la laguna—. Además del aquí presente, está Luca, mi gruñón hermano mayor, y Violante, la sobrina de Caterina.

Aunque se dio cuenta de que estaba siendo indiscreta, no pudo abstenerse de preguntarle:

—¿Y vuestros padres? Vuestro padre enviudó pronto, si os crio Caterina.

Él se entristeció.

—Sí, enseguida: apenas recuerdo a mi madre. Pero Caterina encajaba maravillosamente en aquel vacío, aunque antes del accidente ella y mi padre, recién casados, alternaban la residencia de Milán con la villa del lago, pero sin nuestra presencia. Luca y yo pasábamos la mayor parte del año en el internado, volviendo con la familia en verano y en Navidad. Luego Luca, que tenía

doce años más que yo, se casó y se fue a vivir a otro lugar con su mujer, hasta que, tiempo después, mientras subían aquí, ocurrió el maldito accidente que cambió radicalmente nuestras vidas.

—¿Accidente? ¿Qué pasó? —La voz de Valentina se redujo a un susurro.

—El carruaje volcó y cayó al fondo de un acantilado. Se especuló sobre la causa del siniestro, pero a día de hoy seguimos sin saber si se debió a un malestar del cochero o a otra cosa. El cochero fue una víctima, al igual que mi padre y la esposa de Luca. Caterina sobrevivió, pero además de no recordar lo ocurrido, perdió el uso de las piernas. Dicen que el conductor había bebido demasiado, por lo que fue incapaz de controlar el vehículo, pero ésta es sólo una de las conjeturas hechas al respecto. Sin embargo, damos gracias a Dios porque Caterina se salvó, incluso en ese estado.

—Qué horror —Ella estaba conmovida por el relato de la tragedia—. Es comprensible que todos estéis cerca de ella.

—¿Qué sentido tenía vivir en casas diferentes? Juntándonos podíamos reconfortarnos mutuamente. Además, siendo Caterina una persona inválida, había pocas alternativas, ¿no os parece? Nos aferramos a ella, especialmente Violante, su sobrina, hija de su única hermana, además de huérfana.

—¿Por qué me quiere ahora? ¿No le basta con vosotros?

—Lo ignoro. De repente empezó a decir que su estado nos imponía demasiados sacrificios y, sin preguntar a nadie, dio instrucciones a Corsini para que le buscara a alguien que pudiera ayudarla, vos, precisamente. Estoy convencido de que Caterina, orgullosa e independiente como es, no quiere agobiarse. Sin embargo, debe comprender que nos prestamos de buen grado. Ni que decir tiene que yo no podría influir en esa decisión: el mandamás indiscutible de la mansión solariega es Luca... o mejor dicho, es su despótico amo —especificó con una mueca alusiva.

—Y eso no os parece bien, ¿eh?

—Habéis acertado, ángel. —Riccardo sacó un puro y lo encendió—. Mi querido hermano cree, en un derroche de ejemplar modestia, que él es el dios Sol, por lo que considera que todos los demás son los planetas que orbitan a su alrededor...

—No deberíais guardar rencor a alguien de vuestra propia sangre —se permitió señalarle—. ¿No estáis dramatizando? No le conozco, pero me parece excesivo...

—¡Claro, no lo conocéis! —estalló Riccardo con un deje de impaciencia en la voz—. Pero vos colmaréis el vacío lo antes posible, y no os alegraréis. Creo oportuno advertiros que tiene un carácter insoportable, y puede ser detestable como pocos, si se lo propone.

—Vamos, no puede ser como decís.

—Pronto os daréis cuenta, y en persona, ¡si las mías son exageraciones! Puedo tolerarlo repitiéndome que tal vez esté amargado por la prematura pérdida de su mujer, que además estaba a punto de darle un hijo.

—¡Dios mío! —Valentina estaba consternada por la retahíla de lutos que habían asolado al infeliz—. Debe ser terrible perder a una esposa, un hijo y un padre al mismo tiempo. ¿Os sorprende que vuestro hermano se haya endurecido tanto?

—No, probablemente no —admitió remiso él.

—El dolor puede agriarnos...

—Ya. A menudo me cuesta reconocer al Luca de antaño en el irritante desconocido en que se ha convertido. Con la marcha de mi cuñada, se ha dedicado en cuerpo y alma a los negocios, negándose todo tiempo de ocio. El único lado positivo, en mi opinión, es verle desaparecer durante semanas enteras.

—¿Semanas enteras? ¿Y para ir adónde? —Debía de parecerle una entrometida, pensó avergonzada, y justo ella que se había mostrado tan esquiva con él, que le reservaba una cordialidad espontánea, confiándose sin recelo alguno.

—¿Adónde va? Sólo el Todopoderoso y él lo saben. ¿Os parece que sea una persona que se tome la molestia de mantenernos informados de su paradero? Por exclusión, yo diría que va adonde le llevan sus intereses venales, que no hacen sino engrosar el considerable capital de la familia. Tiene el toque del rey Midas, y dado que es él quien aumenta los ingresos, para reequilibrar los platos de la balanza lo único que hago es holgazanear y gastar.

—Bueno, entonces al menos reconocéis una cualidad en tu hermano.

—A regañadientes, he de reconocerle el mérito de hacer crecer nuestro patrimonio. —Y la sonrisa despreocupada reapareció—. Ángel, espero por vuestro bien que tengáis una buena reserva de aguante.

—Me las arreglaré, no temáis. He pasado por cosas peores, os lo aseguro.

—Lo dudo, en cualquier caso os vigilaré de cerca, que lo sepáis.

—¿Puedo confiar en vos?

—¿Por qué no? Soy honesto, tengo principios sólidos y no sería incapaz de hacerle daño a nadie... —su sonrisa se agrandó—. Evidentemente, tengo debilidad por las mujeres hermosas.

—No sé deciros por qué, pero lo sospechaba.

—Resumiendo la interminable lista de mis talentos en una frase, soy un buen tipo. Y os cortejaré con ahínco.

—Me temo que malgastaréis vuestra energía —Sus mejillas ardían—. No he recorrido mil kilómetros para servirlos de entretenimiento, sino para ocuparme de la condesa. Para seros franca, puede que vos tengáis el problema de cómo entreteneros, pero yo tengo que ganarme el pan, ¿me comprendéis?

—¡Ya lo creo! —se rio él, imperturbable ante el ceño fruncido de ella—. Pero de vez en cuando, estoy decidido a imponeros el placer de mi compañía.

—Seré ofensiva, señor, poniendo en peligro una amistad tan prometedora, pero más que descarado, os encuentro increíblemente desvergonzado.

—Pues entonces aprovecho para proponerte que suprimamos las formalidades entre nosotros y nos tuteemos. Al oír que te dirige a mí por ese señor me dan ganas de volverme y comprobar si te diriges a otra persona. ¿Qué me dices?

—Que para mi gusto, corres demasiado.

—Sólo deseo facilitar las relaciones, ángel, pero si puede parecer una falta de respeto...

—Si es así, y siempre y cuando no se abuse en confianza, no plantearé más objeciones, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —aprobó exultante Riccardo—. Si ahora quieres enderezarte el sombrero, hemos llegado al final del trayecto... —añadió, y con un gesto solemne le señaló la imponente puerta y el amplio vial que serpenteaba a través de un parque centenario que parecía extenderse hasta donde alcanzaba la vista—. Aquí está la villa. Bienvenida a nuestro hogar, Valentina.

Capítulo 11

La villa se alzaba en lo alto de una colina, armoniosamente enclavada en una naturaleza que parecía virgen. La hiedra, como el abrazo posesivo de un amante, se aferraba a los muros, protegiendo el edificio del sol abrasador del verano y de las inclemencias del tiempo. Todo alrededor era una profusión de verdor, un paisaje espléndido bajo un cielo zafiro.

Inexplicablemente desconcertada, Valentina se quedó maravillada al contemplar la soberbia mansión de los Montalto: por absurdo que fuera, era como si tuviera viviendo un *déjà-vu*... y no podía justificar racionalmente tan desconcertante sensación, ya que la veía por primera vez. Era uno de esos lugares que parecen poseer algo mágico, que inducen a cualquiera a hacer las paces con Dios, y a reconciliarse con la vida.

—Sabía que tendría este efecto sobre ti —él le tendió la mano para que descendiera del landó.

—Sí —respondió, sintiendo de nuevo que, de algún modo, ya pertenecía a aquel maravilloso conjunto—. Creo que me gustará vivir aquí, porque yo... —Se detuvo al ver que alguien se acercaba. Era un hombre de mediana edad con el rostro algo demacrado, sobriamente vestido de negro. Valentina dedujo que se trataba del mayordomo. Casi los había alcanzado cuando, bajando a toda prisa por la escalera de mármol que conducía del porche al parque, una mujer de aspecto desvaído se dirigió hacia ella y Riccardo, precediendo al otro criado. Antes de que Valentina pudiera preguntar quién era, la abrazó con un ímpetu que la sorprendió.

—¡Oh, mi querida niña! —exclamó emocionada—. ¡Bienvenida a nuestro hogar!

Sorprendida por el recibimiento, no supo qué decir. También debía de ser criada, a juzgar por su vestimenta, también oscura, pero realzada en el cuello y las muñecas por un ribete de batista blanco. Era bajita y con clara tendencia a la obesidad, mientras que su cabello, de un rubio apagado con mechones grises, estaba recogido cuidadosamente en la nuca en un peinado que suavizaba un rostro que en su juventud debió de haber sido alegre.

—Con lo entrometida que eres, no has podido resistirte, ¿verdad? —intervino Riccardo, riéndose—. Este torbellino es nuestra inefable Angelina —le dijo a la joven—, ama de llaves, confidente, tirana y... lo que se le ocurra. Con Luca respaldándola, logra hacer que todos obedezcamos como reclutas en un cuartel, incluido su esposo, el aquí presente Pellegrino.

El mayordomo inclinó la cabeza en un saludo respetuoso y le sonrió con calidez.

—No le hagáis caso, querida —la exhortó la mujer amablemente—. Espero que os sintáis tan cómoda aquí como en vuestra propia casa. Con la excepción de ese holgazán —e hizo una mueca dirigida hacia Riccardo—, somos gente decente.

—No lo dudo.

Sonriendo, la miró y asintió complacida.

—Eres una verdadera belleza, mi niña, pero supongo que estaréis acostumbrada a los cumplidos. Decidme, ¿cómo está mi querida Rosa? Nos queríamos mucho, ¿lo sabíais? Nos queríamos de veras, y lo prueba el hecho de que seguimos siendo amigas.

—Sí, habla a menudo de vos y de Pellegrino, y está bien, aparte de los inevitables achaques de la edad.

—Ah, hija, no te imaginas cuánto he echado de menos a esa mujer —se lamentó el ama de llaves—. Aún no sé cuál fue la causa de su precipitada partida... —Sus ojos se humedecieron—. Perdonadme, tesoro, no suelo llorar con facilidad, pero éramos como hermanas, ella y yo... —Frunció el ceño—. Pero con vos aquí, quién sabe, quizá podamos convencerla para que haga un

viaje al norte.

—No pediría nada mejor e intentaré proponérselo cuando le escriba.

—Y a mí me haría extremadamente feliz. Mientras tanto, también seremos amigas, ¿no?

—Sería un honor, señora.

—¿Señora?! —prorrumpió ella consternada—. ¡Pero qué señora, ni qué gaitas! Soy Angelina y punto, ¿entendido?

—Obedece —le sugirió Riccardo—, o te hará la vida imposible. Su pobre marido, que lleva años intentando, con escaso éxito, domarla, sabe algo de esto. Como puedes ver, se ha quedado sin pelo a fuerza de arrancárselo en su desesperación.

—No os hagáis el gracioso, jovencito, y mejor corre a ver a tu enojado hermano.

—¿Luca ha vuelto? ¿Cuándo? —De repente frunció el ceño.

—Hoy, por supuesto, y lleva buscándote toda la tarde. Yo que tú me apresuraría a reunirme con él, teniendo en cuenta su malhumor.

—Pero bendita mujer —protestó Riccardo—, ¿no le habéis dicho dónde estaba?

—Por supuesto, pero no estoy segura de que me haya escuchado. Razonar con él cuando está enfadado es imposible.

—¿Por qué iba a enfadarse conmigo? Va y viene como una paloma mensajera; ¡que nos informe con antelación si debemos a estar a su disposición!

—No discutáis conmigo, no puedo ir a verle en vuestro lugar, y daos prisa, o habrá problemas para todos.

—¡Ya me he ido! —ironizó Riccardo. Luego, saludando con la mano a los presentes, se marchó con ostentosa calma, silbando alegremente.

—¡Qué sin fundamento! —dijo confidencialmente el ama de llaves a Valentina—. Pero es sólo apariencia, y no puedes evitar quererle.

—Yo había llegado a la misma conclusión —le confesó ella.

—Todo lo contrario de ese moscón que orbita a nuestro alrededor —la otra dirigió una mirada impaciente a su marido, que tenía la expresión resignada de quien es demasiado consciente de cómo la situación se le ha ido de las manos—. Ese señor no es sólo el mayordomo de la casa, sino también mi quisquilloso marido. —Pero contradiciendo aquella polémica afirmación, Angelina le lanzó una mirada de adoración que él no vio—. Pellegrino —lo llamó al orden con voz ostentosamente suave—, ¿q qué esperas para venir a conocer a la hija de Rosa? Ya ves que hay que llevar el equipaje, y dijiste que querías ocuparte tú... Sabéis —le confió en voz baja, pero no lo suficiente para no ser oída—, esa exasperante lentitud suya es el peor lado de su carácter. Tardó siglos en pedirme que me casara con él. Si hubiera tardado más, me habría quedado reducida a piel y huesos por mal de amores.

—Debí de haberme dado más prisa de la deseada, teniendo en cuenta la chicha que le ha quedado encima —observó con sarcasmo el hombre, mirando a su mujer con expresión explícita—. Bah, es pura queja y poca sustancia —concluyó él de manera lapidaria. Pero, observó Valentina, él también le lanzó una inequívoca mirada de devoción.

—¿A qué te refieres con eso? —refunfuñó Angelina.

Él la ignoró, dedicando su atención a la recién llegada.

—Encantado de conoceros, señorita. Es un placer teneros en la familia. Me ocuparé de vuestro equipaje sin demora y lo encontraréis en la habitación que se os ha asignado.

—Gracias, ambos sois todos muy amables.

—El deber, querida, y a expensas de que esa petulante mujer acepte acompañaros.

—¡La llevaré arriba ahora mismo! —soltó su mujer con un bufido—. Diantre, se nota que

estáis cansada. Seguidme, tesoro, yo os indicaré el camino...

—Cielos, ¿por qué tengo la paradójica impresión de que este lugar no me resulta extraño?
—murmuró casi para sus adentros Valentina, avanzando al lado del ama de llaves.

Angelina frunció el ceño.

—Quizá Rosa os habló de él... Algunas personas pueden describir cosas y lugares a la perfección, consiguiendo grabarlos en su interior como si realmente los hubieran visitado.

—Probablemente tengáis razón, aunque no lo recuerdo. Eso explicaría por qué todo me resulta familiar.

—Sí, extraño... —El rostro de la mujer se ensombreció y clavó los ojos en algo que tenía delante.

Del ángulo oriental de la casa, pavoneándose sobre la montura de un magnífico purasangre, surgió una encantadora amazona. Llegando a la altura de las dos mujeres, se detuvo y volviéndose hacia el ama de llaves, preguntó con frialdad:

—¿Quién es ésa, Angelina? ¿Una nueva criada? Deberías haberla hecho entrar por la puerta de servicio.

Las palabras, el tono y la forma insultante en que la habían ignorado molestaron a Valentina, que luchó denodadamente contra el impulso de replicar con la misma grosería.

Fue Angelina quien dijo con rudeza.

—Sabéis tan bien como yo que no lo es en absoluto, señorita Violante. Hace aproximadamente un mes que se os informó de su llegada, pero si tenéis una memoria tan débil que es necesario refrescarla, ésta es la persona que se ocupará de vuestra tía.

Violante ni se inmutó. Alisándose un rizo rubio, se limitó a replicar:

—¿En serio?

—Sí, y quiero deciros algo más: ¿creéis que causáis buena impresión comportándoos como una palurda?

—¿Qué esperabais que hiciera? —replicó con altivez, con un brillo despectivo en sus ojos verdes—. ¿Debería presentarle mis respetos? Después de todo, sigue siendo poco más que una criada, ¿no os parece?

—Me parece, si me permitís la franqueza, que tenéis los modales de una sirvienta, y la villanía no tiene por qué atribuirse necesariamente a quienes no han nacido entre los privilegiados. Deberíais mostrar algo de esa cortesía que se creen que os han inculcado.

—¿Cómo os atrevéis?

La mujer se detuvo frente a Violante notando que la joven sostenía la fusta.

—¡Esa santa mujer de vuestra tía, algún día descubrirá la maldad que se oculta en vos, y entonces tendréis problemas!

—Un día u otro os excederéis en vuestra impertinencia y seré yo quien os eche de mi casa —la amenazó Violante con rencor, remarcando su erre pronunciada a la francesa.

—¿Vuestra casa? No, aún no os pertenece —se burló de ella el ama de llaves—, si es que alguna vez llega a perteneceros. La dueña es la condesa, he de recordároslo a menudo, y sólo acepto órdenes de ella.

—Os aprovecháis de que mi tía os da manga ancha.

—Eso significa que me lo merezco: llevo sirviéndola fielmente desde antes de que vos nacierais, anteponiendo todas las necesidades de ella a cualquier otra cosa. En cuanto a lo de aprovecharse, queda por saber quién y cómo se aprovecha en esta casa —insinuó melifluamente, lanzándole una mirada malévola.

—No obstante, pronto me llevaré la satisfacción de ponerlos de patitas en la calle con ese

pingüino desplumado que os desposó.

—Oh, aún lloverá mucho —replicó Angelina—, si es que ese día llega, por supuesto.

—Disfrutad de vuestras ilusiones, pero no presionéis demasiado y no me provoquéis. Soy muy impulsiva, y ya sabéis lo indulgente que es mi tía conmigo. Instruid a vuestra compañera sobre sus deberes, y sobre todo que se mantenga en su sitio —concluyó Violante, señalando a Valentina, que observaba consternada aquel cáustico intercambio de pareceres—. No soporto el personal doméstico entrometido.

Inspiró para no perder el control. Era obvio que entre Angelina y Violante había animadversión, y ésta iba a ser sólo la última de una larga serie de rencillas. Sin embargo, la hostilidad de la sobrina de Caterina hacia ella la desconcertó. Se estremeció al captar la mirada de puro odio de Violante hacia ella. Pensó que se había equivocado: ¿qué mal podía haberle hecho a aquella bruja disfrazada de hada? Se obligó a intentar un acercamiento amistoso, para mitigar la antipatía de la otra, quien, intuyéndolo, le impidió abrir la boca con un gesto perentorio.

—Lo digo ahora y no lo repetiré: evitadme la incomodidad de vuestra presencia, en la medida de lo posible, mientras permanezcáis en esta casa. No os quiero cerca y aborrezco la sola idea de tener cualquier forma de relación con quienes son socialmente inferiores a mí.

—Señorita Violante, se lo contaré a la condesa...

—¡Y vos guardad silencio! —la interrumpió—. Seré brutal, pero es inútil perderse en tantos giros de palabras. Y haré todo lo posible para persuadir a los que os querían para deshacerme de vos —le dijo de nuevo a Valentina—. Yo estaba en contra de vuestra contratación, y lo estoy más ahora que os he visto. En cuanto a mi tía se le pasen estos delirios, volveremos a ocuparnos de ella sin que interfieran manos mercenarias y no tan cariñosas como las nuestras. —Mirándola con severidad, esperó una reacción, que no se produjo—. ¿Me habéis oído? —estalló rabiosa.

—Sí —respondió ella sosegadamente, devolviendo la mirada de odio de Violante—. Solo estaba memorizando vuestras órdenes.

—Ceñíos a ellas, por tanto, durante vuestra corta estancia, o sufriréis las consecuencias.

—¿Breve estancia?

—Os garantizo que volveréis a hacer las maletas en menos que canta un gallo. ¡No estáis a la altura de la tarea que os espera! —Enfundada en un elegante traje de amazona, bajo el que se adivinaba un cuerpo seductor, se mantenía tan erguida que parecía más soberbia que un pavo real contoneándose.

—No me parece que os corresponda a vos juzgar —objetó ella, reprimiendo un arranque de colera—. En todo caso, será la condesa quien deba hacerlo, la única a la que debo rendir cuentas. En cuanto a no entrometerme en vuestro camino, no tengo nada que objetar, siempre que vos hagáis lo mismo. No lo sabríais al mirarme, pero tiendo a impacientarme con quienes creen que pueden intimidarme impunemente, sobre todo si soy objeto de abusos injustificados.

—¿Cómo os atrevéis? —prorrumpió Violante, con sus hermosos rasgos distorsionados por la ira.

—No os he interrumpido mientras hablabais y, como no he terminado, os exijo la misma corrección. Me ha parecido comprender que sufrís de amnesia, así que haced un nudo en vuestro pañuelo, para que no se os escape que, corta o larga que pueda resultar mi estancia, eso no implica convertirme en vuestro felpudo. En general soy afable, pero si llega el caso también sacaré las uñas y desollar vuestra bonita carita será inevitable.

—Os arrepentiréis de haberme desafiado —gruñó Violante, contrayendo los dedos sobre la fusta, como si estuviera a punto de golpearla. La dura mirada con que Valentina le advirtió que

no lo intentara, la indujo a desistir—. Me rendiréis cuentas por vuestra desfachatez: yo siempre me vengo, ¡sabedlo!

—Dicho esto, ¿hay algo más que pueda hacer por vos?

—Sí, volved al campo y trabajad de campesina: ése es vuestro medio.

—Si pudiera, volvería allí corriendo, segura de encontrar, entre los exponentes de la humilde clase trabajadora, personas con más estilo que vos, además de dignas del máximo respeto, obligadas, por la dura ley de la supervivencia, a servir a gente altanera como vos.

Consciente del desaire que Valentina le había infligido con su porte mesurado y señorial, Violante clavó cruelmente sus espuelas en el costado de la pobre bestia que montaba y se alejó al galope, dejando tras de sí un reguero de polvo y su ridícula muestra de soberbia.

—¡Caramba, me quito el sombrero por haberle sabido plantar cara, Valentina! No todo el mundo es capaz de enfrentarse a su maldad.

—Sin embargo, no debería haberla contrariado. Decidme, para estar preparada, ¿hay alguien más en la familia con el mismo carácter que ella?

—No, solo Violante trata a los sirvientes como estiércol de vaca. Ignoradla y seguid vuestro camino: ése es el secreto para neutralizarla. Tened también la precaución de actuar con la cautela que reservaríais a una cobra dispuesta a morderos. No mováis un dedo sin antes calcular cuánto daño puede hacer, regulaos.

—Me temo que debería haberos escuchado.

—Riccardo no la soporta y la llama Medusa, sin saberlo ella, y sabe ser igual de mortífera: es la criatura más malvada con la que me he topado en mi casi medio siglo de vida, y no puedo superar el hecho de que sea sobrina directa de la condesa. Con su tía se cuida de no mostrar su verdadero talante, por supuesto: es todo azúcar y miel sólo con aquellos a los que puede utilizar a su antojo.

—Pero ¿qué le he hecho? —Valentina estaba amargada.

—Supongo que le ha molestado vuestro aspecto y que podéis rivalizar con ella, si no eclipsarla. Vuestra llegada socava su reinado y os obstaculizará sin excluir golpes bajos: los escrúpulos no forman parte de su repertorio de virtudes y en casa nadie puede imponerle nada.

—Os creo —Valentina sintió de pronto que estaba al límite de sus posibilidades físicas y morales. Las interminables semanas de viaje, las desventuras, la tensión acumulada le estaban pasando factura.

—Si os causa problemas, habladlo abiertamente con la condesa. —Angelina había reanudado la marcha hacia la villa—. Tal vez vea por fin, más allá del afecto que la cegaba ante las fechorías de Violante, de lo que es capaz aquella serpiente que se nutre de su seno.

Cruzaron el luminoso atrio de la planta baja y entraron en la escalera curva que conducía a las plantas superiores. Angelina la guio hasta la última, abriendo de par en par las puertas al final del pasillo.

—Ya estamos, tesoro, es toda vuestra. Elegida ex profeso por mí porque la encuentro especial. Ahora, si eso es todo lo que necesitas, bajaré a ver a la condesa y le preguntaré si quiere recibirnos ahora o más tarde.

Al quedarse sola, Valentina inspeccionó la encantadora habitación esquinera, orientada al sur y amueblada con sumo gusto. También había un pequeño balconcito con vistas al parque, y al asomarse descubrió que la belleza de aquella habitación no estaba dentro, sino fuera: su mirada se perdió en una visión de cuento de hadas de la creación: el lago Mayor visto desde allí arriba era como una perla opalescente y translúcida que yacía entre las laderas de las montañas, con los pueblos ribereños esparcidos a lo largo de las sinuosas orillas. Retrocedió de mala gana. El

encuentro con la condesa era inminente y debía refrescarse y ponerse algo más apropiado para la ocasión que el polvoriento vestido que llevaba. Empezó a desabrochar los ojales y estaba a punto de quitárselo, cuando Angelina irrumpió en la habitación.

—¡Rápido, quiere veros ahora mismo! —se apresuró a pedirle—. Por Dios, ¿aún no os habéis cambiado? Bueno, intentaremos remediarlo.

—¿Ahora mismo? Pero no puedo presentarme así ante ella...

—Sí que podéis —la otra se afanó en arreglar su vestido con dedos expertos, moviéndose a su alrededor con una agilidad insospechada—. La condesa no es una maleducada como Violante y comprenderá a la perfección que no habéis tenido tiempo material de poneros algo más adecuado. Sólo los santos hacen milagros, ¿no es cierto?

Incluso su cabello retomó una apariencia de orden, tras lo cual Angelina la acompañó a un refinado salón de la planta baja y se marchó con una sonrisa tranquilizadora. La tarde anunciaba el crepúsculo y los rayos oblicuos del sol poniente hacían arder los ventanales. Para amenizar la espera, se dirigió hacia allí, cada vez más nerviosa.

—¿Puedo preguntaros quién sois? —la interpeló una profunda voz masculina desde el umbral.

Ella se giró de golpe, asombrada de que alguien hubiera llegado sin haber oído sus pasos, y se encontró con los ojos claros y penetrantes del hombre más... más... Valentina buscó en vano palabras adecuadas para describirlo. En el umbral estaba la encarnación misma del carisma masculino. «Mirarlo es casi excitante», pensó, bloqueada por una emoción que no sólo aceleraba su respiración, sino que también hacía latir su corazón y cosquilleaba sus sentidos. Incapaz de apartar la atención de él, lo miró fijamente, como un niño que contempla embelesado un escaparate lleno de golosinas.

¿Quién podría ser?

No tenía ni idea, pero sin duda era la estrella indiscutible de muchas fantasías femeninas, llegó a esa conclusión. Era alto, bien formado, con un rostro de rasgos decididos. Gruesas cejas arqueadas, tan negras como su cabello, coronaban aquellos ojos transparentes que la examinaban a su vez. La nariz era pronunciada, al igual que los pómulos, y la boca... Dios, la boca evocaba pensamientos pecaminosos, el más desvergonzado de los cuales tenía que ver con besos, muchos besos...

Bajó los párpados para ahuyentar semejante disparate de su mente y los volvió a levantar derrotada, pues ningún esfuerzo de voluntad podía eliminar la convicción de que ser besada por aquellos labios carnosos y sensuales debía resultar una experiencia divina. Con los restos de razón que le quedaban, trató de recuperar la compostura, preguntándose qué demonios la había poseído para comportarse de una manera tan indecorosa delante de un extraño. No es que no quisiera hacerlo, sino que simplemente no podía apartar la vista de aquel compendio de masculinidad que, en un instante, sin abrir la boca, había pulverizado años de pragmático sentido común. Él estaba vestido con ropa de montar, perfecto en cada detalle, mientras que ella, toda alborotada y recién salida de un día de campo, tenía que ofrecerle una visión muy descuidada de sí misma. Parpadeó, humillada por su propia incapacidad para pronunciar siquiera el más simple monosílabo, o realizar cualquier gesto para apartarse. ¿Cómo podía un hombre, con su mera presencia, provocar en ella una reacción tan inquietante? En cambio, él parecía estar esperando pacientemente una señal de vida de su parte, un gesto que Valentina no era capaz de poder articular.

Casi como si hubiera sacado la misma deducción, fue el recién llegado quien rompió el anómalo silencio que flotaba entre ellos.

—Os agradecería que me dijera quién sois, señorita... cuando hayáis terminado de estudiarme como a un bicho raro, claro está.

—Disculpadme, no pretendía... —farfulló, sonrojándose penosamente—. Soy... voy a ser... —se calló y se maldijo a sí misma, deseando que el suelo se abriera bajo sus pies, permitiéndole desaparecer al instante.

Frunciendo el ceño ante la desconocida de oníricos ojos dorados, sonrió sardónico.

—Quienquiera que seáis, espero que vuestra lengua funcione. Me bastará con saber vuestro nombre, y guardaré celosamente el secreto, si esto lo que os hace dudar. Y os ruego que no os ruboricéis más de lo que ya lo hacéis, no soy ningún ogro.

Y ella tomó un tono de un color morado cardenalicio.

—Soy la... hum... la persona que debería... — Con horror mezclado con impotencia, se dio cuenta de que no podría terminar aquella frase agónica. El silencio, por otra parte, era infinitamente preferible a aquel patético balbuceo.

—Vamos, ¡basta de dilaciones! —La voz del hombre sonó seca—. Y evitad expresaros con acertijos. A menos que... —Se detuvo y lo consideró durante unos instantes—. A menos que sufráis de tartamudez, en cuyo caso os pido disculpas por...

— No, no —se explicó apresuradamente—. Bueno, yo... ¡yo soy Valentina Forte!

—¿Valentina Forte? —se hizo eco él manifestando estupor— ¿La Valentina Forte?

—¿A qué aludís con vuestra aclaración?

—Me refiero a la persona que tendrá que ocuparse de la condesa, y también proporcionarme un apoyo eficaz para deshacerme con pericia de la cantidad de papeleo que se ha amontonado en mi despacho.

—Pues bien, la tenéis delante —se lo confirmó en un tono aún inseguro, tratando de controlar el temblor que, tras haber asolado su habla, ahora le ablandaba las rodillas. Y todo era debido a cómo la observaba.

—Debe haber habido un lamentable equívoco.

—Un... ¿equívoco? ¿A propósito de qué? ¿Y quién sois vos, señor?

Haciendo gala de una calma que despertó su envidia, se acercó a ella y, sin abandonarla con aquellos ojos grises y transparentes, sentenció:

—Soy Luca Montalto, y no puedo creer que seáis Valentina Forte.

—¡Santo cielo!, ¿y por qué no? —exclamó ella, sumida en la confusión.

—Porque —le explicó con irritante condescendencia—, la persona que iba a ocupar el puesto debía ser, sin duda, mucho más experimentada, capaz de llevar a cabo las tareas que se le encomendaran, tal y como yo había solicitado a Corsini. Por lo tanto, habiendo especificado mis necesidades, él no podría haber pensado que vos estuvierais capacitada para tales tareas... —Le dirigió una mirada significativa—. Demasiado joven e inexperta para confiaros tal responsabilidad. Así que, perdonad mi franqueza, no pienso hacerlo. —La evaluó de nuevo con aquellos inquietantes ojos—. Lamento que hayáis tenido que afrontar en vano un viaje tan agotador, señorita, pero no es culpa mía, sino de Corsini, a quien no dejaré de presentar mi más sincera queja.

—Entiendo —asintió ella que, por el contrario, no entendía nada en absoluto.

—Sé que os estoy decepcionando pero no puedo actuar de otra manera.

—¿Mi demérito a vuestros ojos se debe sólo a mi juventud? ¿Es sólo esto lo que os hace estar seguro de que soy una inepta?

—Inepta lo habéis dicho vos, no yo. En realidad vos no correspondéis al tipo de persona que necesito.

—¿Y no se os ocurre pensar que os estáis precipitando al juzgarme, sin conocerme, ni haberme puesto a prueba, no a la altura de vuestras expectativas? —le contestó Valentina. El daño causado por tales palabras en su amor propio le consumía. Pero la indignación le devolvía la lucidez y la dialéctica—. Si vuestra opinión es la única que cuenta, tenéis ideas muy estrechas sobre los recursos juveniles, ¿sabéis? Y de todos modos, para ganar experiencia, tendré que empezar a ganármela, ¿no os parece?

—Ahorraos la filípica, señorita —un destello de fastidio cruzó su mirada—, vais a desperdiciar vuestro aliento.

—No acepto que se me despida de forma tan precipitada, señor, además basándoos en la apariencia. En última instancia, me molesta el veredicto sumario de mi supuesta incapacidad —le objetó en tono conciliador—. He recorrido toda Italia para ocupar este puesto. Reconozco que soy una neófita en el desempeño del trabajo, pero creo que me he ganado el derecho a exigir que se me dé la oportunidad de demostrar que tal vez os equivoquéis al considerarme como no adecuada. —Se humedeció los labios y aprovechó la pausa para obligarse a calmarse—. Ponerme a prueba no os cuesta nada: si no quedáis satisfecho con el resultado, sólo tenéis que decirlo y me iré. Me gustaría dejar claro que doy lo mejor de mí en los compromisos que asumo y, aunque probablemente penséis que carezco de inteligencia, puedo aseguraros de que tengo cerebro y que soy capaz de hacerlo funcionar.

—Estoy completamente de acuerdo con ella, Luca —intervino una voz de inflexión dulce, en consonancia con la distinguida dama que se hallaba a la entrada del salón.

Ya dispuesto a replicar, él renunció a la discusión, mientras Valentina se volvía hacia la esbelta y aún hermosa mujer que los miraba con serena imperturbabilidad. Caterina Montalto llevaba un elegante vestido de seda rosa antiguo, adornado con encajes venecianos, y era la viva imagen de la elegancia.

—¿Me perdonaréis, querida, por haberos hecho esperar más de lo debido? —Entró en el salón manejando ella sola la silla de ruedas—. Imagino, sin embargo, que él os ha entretenido en mi nombre.

—*Entretenido* creo que no es el término más apropiado —ironizó ella—. No si nos atenemos a lo sucedido entre el señor y yo en los minutos anteriores.

—Por cómo lo decís, y conociendo el carácter de Luca, supongo que os habrá asustado como acostumbra.

—Más que asustado, exacerbado.

Caterina asintió comprensiva y, acercándose a ella, la escrutó con más detenimiento. Inexplicablemente, se puso la mano sobre el corazón y su rostro se apagó, como si una repentina enfermedad se hubiera apoderado de ella. Los otros dos le tendieron instintivamente la mano para ayudarla, y los dedos de ambos se rozaron ligeramente al apoyarse en el brazo de Caterina.

—¿Qué os sucede, os encontráis mal, condesa? —La voz de Valentina traicionaba ansiedad y contrariedad.

La condesa negó débilmente con la cabeza y, aunque respiraba con dificultad, pareció recuperarse. Les dedicó una fatigosa sonrisa.

—Ya se me está pasando —los tranquilizó—. Pero es culpa vuestra, chiquilla, casi pierdo el conocimiento.

—¿Culpa mía? ¿Qué os he hecho?

—Nada, materialmente, pero me recordáis a alguien que hace mucho tiempo me fue inmensamente querido —respondió Caterina con visible emoción—. Oh, me siento tan feliz de conoceros, querida... os ruego que disculpéis los modales de Luca. Suele cumplir con las

obligaciones de la hospitalidad con una cortesía impecable, y se me escapa por qué no lo ha hecho con vos. —Lanzó una mirada de reprobación al hijastro—. Te agradecería que no volviera a repetirse, Luca, si no quieres afligirme. —Más que una súplica, a Valentina le pareció una orden.

Él no respondió, limitándose a asentir con la cabeza.

—Estaréis exhausta, querida, después de un viaje tan agotador... —Había devuelto la atención sobre ella y parecía fascinada por lo que veía—. Sois muy hermosa y no tenéis que sentiros incómoda, por el amor de Dios. Todavía no soy una reliquia a la que adorar, menos mal. Vamos, sentaos y relajaos. Luca, ¿podrías decirle a Angelina que nos traiga algo fresco? Estoy segura de que todos lo disfrutaremos, ¿verdad, querida?

—Conoceros es un privilegio, condesa —Valentina se sentó tensa en el sofá y, cuando Luca regresó después de pedir las bebidas, se abstuvo de mirarle. Para su disgusto, él se colocó deliberadamente frente a ella, como si disfrutara manteniéndola en vilo, mirándola con el ceño fruncido.

Angelina entró sosteniendo la bandeja de plata con jarra y vasos, luego les sirvió la limonada helada, informando a Caterina de que la cena se serviría en una media hora. Luego, sonriendo alentadoramente a Valentina, desapareció rápidamente más allá de la puerta, en un revuelo de faldas.

—Creo que debo darte una explicación, Luca.

—A mí también me lo parece —convino en tono hosco, apartando los ojos de la huésped—. Y Corsini también me debe una que resulte exhaustiva, ya que ha desoído por completo mis peticiones.

—No las ha desoído: simplemente ha obedecido mis instrucciones.

—Podrías haberme informado, si era así, ya que además de conspirar con él, ambos me habéis puesto ante un hecho consumado.

—¿Conspirar? —repitió, manteniendo impasible su expresión adusta—. Por el amor de Dios, ¿no vas a hacer un drama de esto? ¿Qué problema hay en tener aquí a Valentina en lugar de a otra persona? ¿Tengo yo la culpa si prefiero gente joven a mi alrededor en vez de una momia decrepita? No es por socavar tu autoridad, pero ¿no me correspondía a mí elegir?

—Ya tenías a gente joven cerca, ¿no?

—Sí, con la sustancial diferencia de que no pretendo someterte más de lo absolutamente necesario a las dolencias crónicas que me aquejan. Deberíais haber comprendido que no deseo ser una carga para vosotros.

—¡No lo eres y nunca lo serás! —protestó él.

—Eso no quita que ahora cuidar de mí sea una carga —repitió ella, sonriéndole cariñosamente—. Puedes también dudarlo, pero Valentina es para mí.

—Es posible, pero yo quería una persona de confianza que pudiera satisfacer tus expectativas y las mías...

—¿Qué te hace pensar que va a suponer un fracaso? —lo interrumpió Caterina.

—¿Y cómo llegas a la conclusión de que la joven se ajusta a tus necesidades? —le contradijo él.

—Confío en mi intuición, así como en lo que Corsini me dijo al respecto.

—No voy a comentar nada sobre su intuición: no sería halagador. Se necesita algo más que las recomendaciones de ese lelo para acoger a una desconocida en nuestra casa. También tendrá que enumerarme las inestimables virtudes que atesora tu dama de compañía, quien, mientras tanto, con tu aprobación, tendrá que mostrarnos los talentos que posee, con una demostración

práctica de lo que sabe hacer.

—La señorita es hija adoptiva de mi amada Rosa, la mujer que crio primero a mi madre, y más tarde a mí y a mi desdichada hermana, y a la que debo una gratitud más que sincera. Cuando supe por Corsini que mi querida niñera buscaba un hogar decente para Valentina, la elegí y quise tenerla conmigo. Lo que me da la oportunidad de devolverle a Rosa todo lo que ha hecho por mi familia en el pasado. Además, por Dios bendito, ¿no la encuentras encantadora también?

Ella se sonrojó ante la mirada bonachona de la condesa y tembló cuando *otra* mirada se deslizó sobre ella: dura, desconfiada, recelosa... insoportablemente hipnótica, en su extraordinaria claridad.

—Os... os agradezco los cumplidos, pero... bueno, no soy nada del otro mundo —dijo avergonzada.

—La modestia os honra, querida, pero demos al César lo que es del César. ¿No es así, Luca?

—¿Cómo podría contradecirte? —rechistó entre dientes. La miraba fijamente por encima del borde deslustrado de su copa, fijándose en su vestido hecho jirones, su pelo recogido de la mejor manera posible... detalles que denotaban un descuido exterior que no presagiaba nada bueno con respecto a su cacareada impecabilidad. Sin embargo, admitió a regañadientes, no empañaban en lo más mínimo su prácticamente escandaloso encanto.

—Estaba seguro de que al final la aprobarías. —La condesa estaba radiante—. En breve, estarás tan entusiasmado con Valentina como yo, si no más.

—¿Cómo no! —señaló él sarcástico—. ¡Estaré rebosante de entusiasmo!

—¿Luca! —Caterina frunció el ceño—. No eres el único que tiene voz en la familia. Quieras o no, tienes que respetar mis deseos. Además, ¿no ves lo confundida que está? Si te empeñas, el trabajo está hecho.

—¿Empeñarme? ¿Cómo podría?

Decidida a ignorarlo, ella sonrió a Valentina.

—Luca está de mal humor, pero no te dejes intimidar. En cuanto a nosotras dos, nos convertiremos en grandes amigas... De hecho, ya lo somos, ¿verdad?

—Si lo somos, dejad de tratarme de vos y llamadme Valentina, por favor.

—Iba a proponértelo, querida, pero tú también deberías dirigirte a mí con la misma familiaridad. A pesar de lo que piense Luca, tener a la hija de mi querida Rosa a mi lado es una alegría inexpressable.

Valentina miró conmovida a Caterina. El encanto y la clase realzaban el carisma de la noble dama, pero era sobre todo su dulce *savoir-faire* lo que penetraba en el corazón de quienes tenían el privilegio de tratar con ella. Era culta, elegante, a pesar de la dolencia que la mantenía en la silla de ruedas. La belleza aún rondaba en los rasgos de un rostro que el tiempo apenas había arañado, y había algo en la gracilidad de su manejo que revelaba hasta qué punto debía despertar la admiración masculina. Para mantener a Valentina en la villa, incluso había anulado la incuestionable autoridad de su hijastro, que ya la hacía infinitamente más entrañable.

—No os defraudaré —prometió ella solemnemente.

—No hacía falta que lo dijeras —Caterina asintió—. ¿Te sientes con fuerzas para empezar mañana a ocuparte de Luca y de mí, o crees que tienes que recuperarte del cansancio?

—Mañana está bien.

—¿Lo habría apostado! En cualquier caso, es a él a quien tienes que complacer y no a mí, pero tengo absoluta confianza en que harás todo lo posible. Luca, sin embargo, tendrá que moderar su intransigencia. ¿Verdad, querido?

—Si hace todo lo posible, no me opondré —en su voz se percibía escepticismo—. ¡Seré el primero en alegrarme! —Pero le dirigió una mirada tan escalofriante que ella se estremeció de temor.

—¡Bien! —exclamó exultante la condesa—. Y ahora, por el amor de Dios, ¿vamos a cenar?

—Pero quería cambiarme de ropa —objetó tímidamente Valentina.

—Por esta noche haremos una excepción a la etiqueta. Él también debería llevar algo más apropiado, pero Angelina se vuelve loca cuando llegas tarde y la comida se enfría, así que haremos la vista gorda con tu atuendo. ¿Vamos, querido?

Luca asintió y empujó el sillón hacia la puerta y Valentina no tuvo más que seguirlos.

Capítulo 12

Riccardo ya estaba en el comedor, y les saludó con una de sus bromas.

—Ya pensaba que esta noche guardaríamos ayuno.

—¿No ha bajado Violante? —preguntó la condesa, sentándose a la cabecera de la mesa.

—Sospecho que aparecerá en cualquier momento, dejándonos a todos atónitos con una entrada de efecto, organizada en beneficio exclusivo de la huésped.

—¿Llego tarde? —exclamó la interesada unos instantes después, haciendo su entrada triunfal en una nube de gasa. Con una sonrisa estereotipada en sus labios rojos, besó a su tía en la frente sin excesiva prestancia, consciente de que había dejado atónitos a los demás comensales. Había que reconocerle el mérito de que el vestido luciera sus curvas al máximo: era un modelo de estilo imperio con un escote lo suficientemente bajo como para resultar atrevido, mientras que las cortas mangas abullonadas dejaban al descubierto sus torneados brazos. Estaba diseñado para mostrar, más que ocultar, el cuerpo de una mujer. Sus pechos apenas quedaban contenidos por la endeble barrera de tela, a punto de salirse, al igual que los ojos de los hombres, ante los que exhibía su atrevido escote. Su cabello rubio estaba recogido en un artístico peinado, y su rostro mostraba la aterciopelada frescura de una rosa. En cuello, orejas y muñecas, llevaba un juego de collar, pendientes y brazaletes de esmeraldas, cuyo brillo rivalizaba con el de sus ojos. También debía de haber derramado un frasco entero de perfume sobre sí, a juzgar por el rastro que quedaba en el aire a su paso.

—¡Dios mío, Violante! —exclamó Riccardo—. Cuando te lo propones, no te andas con medias tintas, ¿eh? ¿Y a quién le prodigas tanta suntuosidad?

—Bueno, ¡no a todo el mundo le gusta parecer una cama deshecha! —Le dedicó una sonrisita burlona, mirando a continuación a Valentina, que inclinó mortificada la cabeza—. Pero si la señorita tiene el armario vacío —se ensañó implacable—, podría cederle mi ropa vieja.

—¡Violante! —la reprendió Caterina—. ¿A qué viene eso? —Luego miró a Valentina—. No te habrás ofendido, ¿verdad?

Ella sólo pudo esbozar una negación forzada.

Pero la otra no tenía intención de desistir y torció los labios en una mueca despectiva.

—¿Qué novedad es ésta?

—¿A qué diantres te refieres?

—¿Desde cuándo un miembro de la servidumbre se sienta a la mesa del amo?

Angelina, que llegaba con la humeante sopera, se detuvo estupefacta al oír el mezquino comentario. La tentación de verter el caldo hirviendo sobre su cabeza, para tapar su malvada boca, la tentó sobremanera. Pero fue la indignada mirada de Caterina la que la hizo desistir de sus malvadas intenciones y, por respeto a ella, se contuvo.

—Violante, me estás molestando más allá de lo razonable, te lo advierto. —La voz de la condesa era dura como sus ojos—. Discúlpate con Valentina inmediatamente, o vete bien lejos de aquí a hacer muestra de tus modales arrabaleros.

—Pero tía... —musitó con una sonrisa inexpresiva—. ¿No se puede ni bromear?

—Hay bromas y bromas, y tus groseros y desagradables chistes, no han hecho reír a nadie, me parece a mí.

—De verdad, Violante —intervino Luca en tono seco—, has soltado algunas frases bastante desafortunadas. Haz el favor de cuidar tu lenguaje.

¿Frases desafortunadas? Valentina se clavó las uñas en las palmas de las manos. Menudo

desperdicio, ¡válgame Dios! Violante se habría merecido un par de bofetadas bien dadas, aparte de esas anodinas reprimendas.

—Vamos, ¿tienen que intervenir los abogados defensores por semejante nimiedad? —se defendió ésta, expresando un falso arrepentimiento—. Valentina, caray, no os lo habréis tomado a mal, espero.

—¡Sólo faltaría eso! —negó con presteza—. Se ve que estáis animada por las mejores intenciones.

—En efecto lo estoy.

—¿Cómo negarlo? La bondad que hay en vos brilla en vuestro rostro —le sonrió con el último atisbo de energía, pero con la impresión de que sus músculos faciales se habían convertido en una piedra, tal era el esfuerzo que hacía para curvar los labios.

—¿Has oído eso, tía? No pasa nada —musitó ella, mirando de reojo a su rival.

Aunque la hostilidad de Violante no le molestaba demasiado, Valentina era consciente de que las pullas verbales de la otra no eran más que el prólogo. La guerra personal de la sobrina de Caterina iría mucho más allá de los insultos disfrazados de bromas. Para hacerla quedar mal, pondría en marcha boicots difíciles de prever. Inútil, por tanto, ofrecer su punto débil en las primeras escaramuzas, recogiendo el guante prematuramente.

—Valentina es un cielo —subrayó la condesa—, y que sepas que no volveré a consentir otra grosería por tu parte, ¿entendido?

—De acuerdo, tía —asintió con simulada sumisión, mostrando un exagerado interés por la crema de champiñones que tenía en el plato.

Riccardo ocultó una sonrisa de satisfacción tras la servilleta e intercambió un gesto de asentimiento con Angelina, que también se regodeaba.

La cena continuó en un ambiente aparentemente relajado e idílico. La comida era excelente, al igual que los vinos, y aunque no tenía apetito, Valentina intentaba, a pesar de todo, hacer honor a los manjares, uniéndose a la conversación si Riccardo o Caterina la involucraban. Luca, en cambio, se mostraba taciturno, ajeno a lo que ocurría a su alrededor.

Violante cavilaba sobre la intrusa y sobre qué medidas tomar para deshacerse de ella. Era impensable atacarla abiertamente, con los crecientes escudos de tan incondicionales paladines para protegerla. Sin embargo, actuando con maña, podían sortearse los obstáculos: ¿quién podría reprocharle que, discutiendo banalmente sobre esto y aquello, consiguiera meterse en problemas?

Fue Riccardo quien le dio el punto de apoyo preciso.

—Luca, aún no he oído tu opinión sobre el nuevo y brillante miembro de la familia —le dijo a su ceñudo hermano.

Arrancado de sus propios pensamientos, enarcó bruscamente una ceja.

—Me reservo el derecho de expresar mi opinión sólo después de un examen más detallado de la adquisición —respondió.

—Bueno, eso no es muy alentador, Valentina, ¿verdad? A mi modo de ver, unas palabras de agradecimiento no estarían de más, sobre todo teniendo en cuenta que te ha costado semanas de viaje llegar hasta aquí.

—¿Acaso yo la he obligado? —replicó secamente el aludido.

—En serio, querida —intervino Violante, que no cabía de gozo al ver la aversión de Luca hacia a la recién llegada—. ¿Cómo habéis acabado aquí ganándoos la vida, en lugar de encontrar un marido en vuestro lugar de origen? Me parece extraño que una joven tan guapa como vos siga soltera.

—¿Por qué?

—Cuando una mujer cruza el umbral de la veintena sin rastro de un marido, algo está pasando.

—¿Me equivoco o también sois soltera? —señaló ella con afable mordacidad.

—Oh, pero en mi caso es diferente.

—¿En qué sentido?

—Yo soy la que no quiere casarse todavía —respondió en tono confidencial, parpadeando con vehemencia—. El hombre que soñaba para mí quedó libre no hace mucho, después de haber estado casado con otra. Me había resignado a ser una solterona, al no poder tenerlo, pero he retomado la esperanza... —Lanzó una mirada cargada de insinuación a Luca, que frunció aún más el ceño—. Veréis, él aún no ha comprendido que estamos hechos el uno para la otra, pero yo espero confiada a que se dé cuenta.

—Tal vez deberías informarle —la provocó Riccardo—. O puede que el interesado nunca se dé cuenta de que suspiras por él.

—Oh, bueno... Estoy estudiando qué hacer, claro está, pero yo como optimista que soy, él capitulará, es sólo cuestión de tiempo.

—Puedo adivinar quién es el objeto de tus deseos, pero yo que tú no contaría mucho con ello.

—Vamos, ¿acaso existe el hombre que pueda resistirse a mis encantos?

—Violante, esta noche sólo sale basura de tu boca. —Caterina la miró molesta—. ¿Has estado bebiendo? Más allá de eso, quienquiera que sea, tarde o temprano encontrarás tu felicidad.

—¡Sí, y el infeliz perderá la suya! —murmuró Riccardo entre dientes.

—Disculpa, ¿qué has dicho? —Violante no había oído del todo su comentario.

No así el resto, que apenas podían contener su alegría. Al propio Luca se le escapó un amago de sonrisa. Al darse cuenta de que se reían de ella, descargó su irritación con Valentina.

—¡Aún no me habéis respondido!

—¿Qué os hace pensar que quiero compartir mis asuntos personales con vos?

Y Violante dejó de ocuparse del filete que estaba comiendo.

—Evidentemente, no tenéis por qué hacerlo. Mi interés era amistoso, nada más.

—¿Amistoso? No suponía que para establecer una amistad entre nosotras fuera necesario, como requisito previo, que os contara toda mi vida.

—Entonces, como si no hubiera dicho nada —se rindió—. ¿Puedo saber al menos de qué estirpe procedéis?

—Pues de la vuestra, por el amor de Dios —replicó Valentina.

—¿De la mía? —Violante la observó perpleja.

—Sin duda: ¿no descendemos todos de Adán y Eva?

—¿Os estáis riendo de mí? —exclamó ella indignada—. Se acabó, ¡no os lo voy a tolerar!

—¡Tú te lo has buscado! —rio Caterina—. Y por decirlo suavemente, no es más que la verdad sagrada. Además, ¿cómo es que cuando tú haces una broma, todo va bien, pero si la hace otra persona, te enfadas?

Como si le hubiera picado un escorpión, Violante atacó a su tía con furia.

—¿Y cómo es que siempre te pones de su lado? ¿Soy yo tu sobrina o lo es ella?

—Querida, una cosa no quita la otra. ¿No será que tienes celos?

—¿Por qué iba a tenerlos? estoy resentida, y con razón.

—Nada de eso: recoges lo que siembras, y resentida debería estar otra persona.

—Como todo lo que digo es puntualmente criticado, ¡me rindo y permaneceré callada!

—¿De veras? Sería demasiado bueno para ser verdad —intervino Riccardo encantado.

—No te he pedido tu opinión, ¡así que cierra el pico y no esperes hacerme callar!

—Dios nos libre de intentarlo.

—A propósito, tía —continuó malhumorada Violante—. Dentro de unas semanas tendrá lugar mi fiesta de disfraces. Confío que esta vez asistas.

—¿No acabas de decir que guardarías silencio? —le recordó suavemente Riccardo.

—¡Tía! —golpeó ella con el vaso en la mesa—. Si vuelve a meterse conmigo no respondo de mí.

—Cariño, evita irritarla más. —El rostro de Caterina estaba tenso—. En cuanto al baile, deberías resignarte a la idea de que no me atrae gran cosa.

—Pero tía, yo contaba con que...

—No insistas cuando sabes que es no. Además, tienes un invitado extra.

—¿Y quién es?

—Valentina, claro está.

—¿Yo? Me pilláis desprevenida pero no creo, la verdad, que deba ser incluida entre los participantes.

—¿Y por qué no? Violante organiza todos los años un baile de disfraces para celebrar el final del verano con una fiesta. Se celebra al aire libre, si la lluvia lo permite.

—Os agradezco la invitación, pero me temo que no puedo aceptarla —declinó ella—. Además, no tengo nada adecuado para la ocasión, así que...

—¡Tonterías! —cortó en seco la condesa—. El desván rebosa de baúles llenos de disfraces, y lo único que tienes que hacer es elegir uno. —El tono era tan perentorio que le impidió otra negativa. Al asentir a regañadientes, Valentina alzó los ojos y se quedó con la cucharilla en el aire, encontrándose con la mirada sombría de Luca.

¿Por qué la miraba fijamente? Había algo en aquellos ojos que le cortaba la respiración. Él desvió la mirada, pero no antes de que ella captara un destello en sus ojos que le produjo un escalofrío. Automáticamente se llevó el postre a los labios, pero sin probarlo, atrapada en la red de una agitación que ya era una obsesión. ¿Cómo podía ese hombre que acababa de conocer tener un efecto tan devastador sobre ella? La pregunta seguía sin respuesta: era difícil expresar con palabras la magia y el misterio de emociones nunca experimentadas hasta aquella noche, combinadas con sensaciones capaces de abrumarla. Fue la llegada de Pellegrino lo que la despertó de aquella especie de embeleso que inhibía el funcionamiento normal de sus facultades mentales.

—Señor, ha llegado uno de vuestros... hum... amigos —comunicó en tono compasivo a Luca.

Y él le dirigió una mirada admonitoria.

—¿Está en orden el pabellón de caza?

—Como siempre, señor.

—Acompañadle allí, entonces, e informadle de que estaré con él en breve.

—Así lo haré. —El mayordomo inclinó la cabeza con deferencia y se marchó.

Para el café se trasladaron al salón contiguo.

Caterina, a instancias del propio Luca, le susurró:

—Ve, querido, y cuando vuelvas ven a decirme algo.

—Luca —Violante le sonrió—, esta vez tendré el honor de contar con tu presencia en mi fiesta de fin de verano, ¿o te ausentarás de nuevo?

—Tal vez esté —anunció él inesperadamente—. Tengo intención de quedarme en casa durante cierto tiempo —concluyó, mirando fijamente a Valentina.

—¡Oh, bien! —aprobó eufórica Violante.

—¡Oh, mal! —le hizo eco Riccardo—. Contigo aquí campando a tus anchas, ¡adiós paz!
Valentina sintió que era hora de decir adiós a su vez.

—¿Os importa, Caterina, si yo también me retiro?

—No, naturalmente. Estás al límite de tus fuerzas, así que disfruta de un buen descanso, querida.

—¿Queréis ya abandonarnos? —protestó Violante—. Vamos, quedaos un poco más y habladnos de vos.

—Estoy demasiado agotada para encontrar una pequeña reserva de ingenio con la que entreteneros, y os aburriría: mi vida privada es realmente muy banal. Además, no quisiera que la cordialidad de la recepción se me subiera a la cabeza. —Valentina lanzó una mirada significativa a Luca.

Él ni se inmutó.

—Buenas noches a todos.

—Dulces sueños, ángel —le deseó Riccardo.

Ella se volvió, antes de cruzar el umbral, interceptando la enervante intensidad de los penetrantes ojos de Luca, que no se apartaban de ella.

Más tarde, al salir de un celestial baño que la había restaurado, Valentina se hundió con un suspiro en las sábanas perfumadas de lavanda. Sin embargo, le costó conciliar el sueño. Con los ojos muy abiertos en plena oscuridad, se preguntaba desconcertada de dónde procedía la mala voluntad de Luca Montalto hacia ella. ¿Por qué la había detestado desde el mismo instante en que la había tenido delante? ¿Qué había en ella que le molestaba tanto? De nuevo no pudo responderse. En su lugar, se analizó a sí misma con frialdad, tratando de averiguar cuál era el origen de su absurda incapacidad para reaccionar ante sus modales rayanos en la grosería. Se negaba a admitir que se sentía terriblemente atraída por aquel hombre imposible, tan hermoso como un ángel y tan inquietante como un ser extraterrestre. Un hombre que, no hacía falta negarlo, desencadenaba en ella una agitación incontrolable.

«No, no puedo haberme enamorado de él así, nada más verlo», se repitió a sí misma, queriendo convencerse.

¿O sí?

Rechazó la simple idea.

Una no se enamoraba así de buenas a primeras de alguien que le había mostrado una antipatía tan ofensiva...

A pesar de las dudas, las preguntas y los temores que se agolpaban en su mente, el cansancio acabó por vencerla y se quedó profundamente dormida.

Capítulo 13

—¡Buenos días, condesa! —Con una sonrisa en la boca, descansada y vestida con sumo cuidado, Valentina entró en el apartamento de Caterina. Una noche de descanso y el abundante desayuno que Angelina le había servido en su alcoba, haciendo uso de una consideración que ella concedía a pocos, habían obrado maravillas. Por lo tanto, se sentía capaz de enfrentarse al mundo, a Violante e incluso a Luca Montalto y sus detestables modales.

— ¡Que Dios te bendiga, chiquilla! —respondió la mujer con su dulzura habitual—. Si un buen día se ve por la mañana, tu sonrisa da esperanza para el día que acaba de nacer. —Llevaba un elegante vestido lila y el pelo castaño recogido en un recogido bajo. Estaba sentada en un cómodo sillón junto a la ventana abierta que daba al parque. Las habitaciones que ocupaba se encontraban, obviamente, en la planta baja.

—Si alguna cualidad poseo —Valentina se había acercado a ella—, es tener lo que mamá llama un carácter reposado, aunque, como todo el mundo, tengo mis momentos de melancolía.

—¿Quién no los tiene? —La condesa extendió los brazos—, todo está en saber superarlos, aunque a veces no es fácil vencer los miedos que nos asaltan, ¿verdad?

— No, no lo es —convino ella, sintiendo un afecto espontáneo por esa encantadora dama con un corazón de oro y una personalidad incisiva que, en lugar de consumirse en la autocompasión, se enfrentaba al destino sin lamentarse de las desgracias que éste le deparaba. Un ejemplo que imitar: era admirable por haber encontrado la fuerza para reaccionar ante una minusvalía física, haciéndose lo más autónoma posible con valor y dignidad, libre de cualquier consideración piadosa. Caterina inspiraba respeto y estima, no lástima y tristeza.

Enseguida se dedicaron a sus tareas cotidianas, ocupándose de la correspondencia y charlando de todo un poco, y parte de la mañana pasó rápidamente. Fue Caterina quien, después de dictarle algunas cartas, notó con decepción cómo se habían demorado.

—¡Cielo santo! —exclamó consternada—. Corre donde Luca antes de que se abalance como una némesis para reclamar tu presencia. ¡Ay, querida!, tu compañía me está resultando insustituible. Luca, Riccardo y Violante, por mucho que me quieran, están absorbidos por sus propios intereses; así que, después de un rápido saludo, rara vez los veo durante el día, que siempre paso sola. Leo, bordo, descanso, pero la soledad me pesa, como comprenderás. Pero ahora estás tú, y disfruto de estar juntas más de lo que me hubiera atrevido a esperar.

Ella la miró y asintió.

—Eso es lo que iba a deciros. No me iría de aquí aunque pudiera. —De hecho, algo más profundo que una simpatía instintiva se estaba desarrollando entre ellas, algo indefinible que las unía de una manera que ninguna de las dos podía, de momento, explicar o comprender.

— En cambio, debes ir con Luca inmediatamente. Y quiero saber todo sobre ti... —La condesa la escrutó con mirada pensativa—. He de confesarte que tu rostro y tus ojos me desconciertan. Tu parecido con alguien a quien amé más que a mí misma es tan... —Calló, perturbada por el amasijo de recuerdos que surgían de la memoria.

—Un hombre, ¿verdad? —preguntó indecisa ella.

Caterina suspiró.

—Sí, a quien nunca olvidaré y que murió trágicamente hace varios años. Y tú... pareces una copia femenina de él. Supongo que es simple coincidencia.

—Sí, esas cosas pasan.

La mujer frunció el ceño.

—¿Te ha dicho Rosa alguna vez quiénes eran tus verdaderos padres? Su marcha fue tan repentina que aún hoy me pregunto cuál fue la causa real.

—¿No os reveló el motivo?

—Me escribió que la habían llamado de urgencia a la cabecera de la cama de una amiga de la infancia moribunda, y que ésta, al no tener más parientes en el mundo, le confió su criatura recién nacida: tú. Si Rosa no te hubiera recogido, habrías acabado en un orfanato... —La condesa se pasó una mano por los ojos—. Esta historia, no sé por qué, nunca me convenció del todo.

—Os aseguro que es la verdad — le confirmó ella, resumiéndole lo que su madre le había dicho al respecto.

—Lo comprendo... —parecía decepcionada. Luego, sacudiéndose, se dio cuenta de que Luca la habría tomado con Valentina si se hubiera demorado más—. Y ahora vete con ese cerbero, o yo también me meteré en líos. Valentina...

—¿Sí? — ella, que estaba a punto de salir, se giró.

—Luca no es ese oso gruñón e intratable que quiere aparentar, te lo dirán quienes lo conocen bien. Ha sufrido la pérdida de su mujer y se ha amargado. Pero no pierdo la esperanza de que con el tiempo vuelva a ser el hombre brillante que era. Por lo tanto, te ruego que no des demasiada importancia a su animadversión. Puede ser muy duro a veces, y luego ablandarse de repente. Sé paciente y no te dejes intimidar: hay un gran corazón detrás de la rígida coraza que luce ante el mundo.

—Lo intentaré —le prometió ella—, y no os preocupéis por mí: no soy una incauta.

Pero no estuvo muy segura del todo cuando estuvo en presencia de Luca Montalto.

—Buenos días —Lo saludó con forzada desenvoltura y una sonrisa incierta, pero ésta se desmoronó de repente: como bloques de hielo, sus ojos la miraron fijamente con la expresión más reprobatoria posible que podían expresar unos ojos humanos. Sacó el reloj para consultar la hora con deliberada ostentación, y luego volvió a centrar su atención en ella.

—La puntualidad —empezó lamentando con pesar—, es síntoma de buena educación. Dicen que es la virtud de los reyes, pero no la vuestra, evidentemente. Por eso os agradecería que llegais siempre a tiempo, si no os importa, y que no perdierais más tiempo en cumplidos superfluos.

—Pero yo...

—Además —la hizo callar—, y para que quede claro desde un principio, no tolero a los que llegan tarde. Yo no hago perder el tiempo a mi prójimo, ¡y agradecería que mi prójimo se esforzara por hacer lo mismo!

—Disculpadme... —balbuceó, humedeciéndose los labios—. No volverá a suceder.

—¡Eso espero! —refunfuñó él—. La precisión es fundamental en un individuo: distingue a los granujas de la gente de bien.

Ella asintió mortificada. Dios mío, apenas llevaban un minuto juntos y ya estaban a la greña. ¡En un par de horas estarían despellejándose el uno a la otra!

—Y si ahora queréis tomar asiento... — Le indicó un escritorio repleto de libros de contabilidad, documentos y papeles de todo tipo—. Encontraréis en la mesa suficiente para empezar. —Luego le explicó cómo debía hacerse el trabajo, concluyendo presuroso—. Si necesitáis más aclaraciones, os las proporcionaré de tanto en tanto.

Tomó asiento sin responder, inclinando la cabeza ante la considerable cantidad de documentos que había que transcribir y luego, por supuesto, catalogar.

—Una última cosa, señorita... —Su voz la hizo estremecerse.

—¿Sí?

—Hay correspondencia escrita en francés; ¿podéis ocuparos de ella o no conocéis el idioma?

—Lo conozco perfectamente.

—¿De veras? —Él enarcó una ceja escéptico.

—Y también me manejo más que bien con el inglés.

—Mejor así —fue el escueto comentario. Se sentó en el escritorio, frente a ella, sumergiéndose en el papeleo que tenía que revisar, y pareció olvidarse de su presencia.

Valentina se obligó a no ceder a las lágrimas mientras contemplaba aquel estudio de inconfundible aire masculino. En las paredes, revestidas de madera, había estanterías llenas de libros con preciosas encuadernaciones, además de mullidos sillones de cuero, uno de los cuales estaba colocado junto a la chimenea. Entre las ventanas había un precioso armario antiguo que debía de contener licores y copas. Ahogando un suspiro, se puso manos a la obra, pues, como había descubierto a sus expensas, la eficiencia era lo único que apreciaba su irascible superior.

Hacia el mediodía se asomó la simpática cara del pícaro de Riccardo.

—Oh, ¡ estáis aquí! —exclamó jovial, entrando en la estancia—. Pasaba por aquí y me preguntaba si Valentina querría salir conmigo esta tarde... con tu aprobación, claro —puntualizó mirando a Luca.

—¿Pasabas por aquí, eh? —se mostró sarcástico su hermano, con los ojos que parpadeaban sospechosamente hacia Valentina. Miró a Riccardo con desaprobación—. Apuesto a que después de haber estado de jarana toda la noche, acabas de levantarte de la cama. —Hizo una mueca y se apoyó en el respaldo—, Me duele constatar con qué escrupuloso empeño desperdicias tus mejores años, muchacho. ¿Qué gusto sacas, si puede saberse, de vivir como un parásito?

Aunque su hermano lo humillaba, sin importarle Valentina, Riccardo no se descompuso.

—Eso depende de los puntos de vista —replicó con una amplia sonrisa—. Y los nuestros están en las antípodas, me temo.

—Sí, y ése es tu problema. Te tomas la existencia como un carnaval ininterrumpido, sin que te importe lo más mínimo el futuro. ¿Qué quieres de la vida? ¿Vivir al día? ¿No te repugna pasártelo bien con un dinero que no te has ganado? Te lo he permitido todo, incluso salir con ese miserable muestrario de tarados que consideras amigos, con la esperanza de que maduraras. Por el contrario, me doy cuenta, con sumo pesar, de que no tienes ningún deseo de ponerlo en juicio.

—¡Jesús!, Luca, ¿tienes que sermonearme ahora?

Luca se enderezó y miró contrariado al joven.

—No me gusta soltarte sermones, pero alguien tiene que recordarte que la vida no es una eterna jauja.

Aquellas palabras surtieron el efecto deseado, y Riccardo dejó de sonreír, aunque un destello de jolgorio permanecía en sus ojos.

—Pero tampoco una perpetua Cuaresma —respondió con una voz con tintes de burla.

—Bastaría que tú, entre los dos extremos, eligieras un justo término medio

—Lo haré, lo prometo, pero sin meterme prisas.

Luca hizo un gesto de abatimiento.

—¡Bah, me rindo! En cuanto a ella —e indicó con el abrecartas a Valentina, que había seguido la conversación de los hermanos avergonzada—, no tengo nada que objetar. Ella no está a mi disposición por tiempo ilimitado y no me atrevería a imponerle ritmos de trabajo por encima de sus fuerzas.

—Con toda la razón del mundo —convino Riccardo.

—Así que, para abreviar... —Luca les dedicó a ambos una sonrisa meliflua—, la señorita

puede disponer de su tiempo libre como quiera, pasarlo con quien quiera e ir a donde quiera.

—¿Has oído eso, tesoro? —Riccardo expresó más que entusiasmo—. ¿Habías imaginado alguna vez tener un director tan democrático? ¿Qué te parece si damos un agradable paseo por la zona después de comer?

Aquella palabrería tan confidencial llamó la atención de inmediato: Luca frunció el ceño, mirándolos con evidente perplejidad.

Para no irritarle más de lo que ya estaba, con el fin de despedir rápidamente a Riccardo, aceptó la invitación sin pensárselo siquiera.

—De acuerdo, iré, pero ¿adónde me llevarás?

—Lo que más me gusta de ti —Riccardo le guiñó un ojo—, es que vas directo al grano.

—Pero, ¿cuál es el destino?

—Será una sorpresa —respondió él enigmático. Entonces oyó el tamborileo impaciente de los dedos de Luca sobre el escritorio, y algo le sugirió que debía escabullirse rápidamente. Dio un paso atrás hacia la puerta, con la mirada de Luca a Valentina y una pícara sonrisa de oreja a oreja—. A primera hora de la tarde en el vestíbulo — le dijo, dejando entrever una expresión de regodeo en beneficio de su hermano.

Dividida entre las ganas de reír y las de arrancarse los cabellos, agachó la cabeza y volvió a consultar el libro de contabilidad que tenía ante sí.

—Espero que mi presencia no os haya molestado —La voz de Luca, seca como un chasquido, la llevó a mirarlo con desconcierto.

—¿En qué sentido?

—Intentaré ser más explícito, entonces... —gruñó con rabia apenas contenida—. Siempre me he ocupado personalmente de los negocios, pero en las últimas semanas, por diversos motivos, he tenido que descuidar la parte administrativa. Por eso necesito la ayuda de la que habéis hecho alarde. Me retiro a este estudio para concentrarme sin ser molestado en asuntos más urgentes, y me gustaría hacerlo sin ser interrumpido por el ajetreo de ese holgazán.

—Desde luego no lo he invitado yo... —se explicó ella asombrada.

—Tampoco me gustaría presenciar de nuevo vuestras empalagosas muestras de cariño —la interrumpió Luca. Descubrió sus dientes en una odiosa imitación de sonrisa—. Si no es mucho pedir, hacedme el santo favor de acordar otro lugar para vuestras citas románticas.

Ella había escuchado incrédula su inoportuna perorata. ¡Qué individuo tan odioso! Darle semejante reprimenda por detenerse unos instantes. Ofendida por aquellas insinuaciones infundadas, lo encaró indignada.

—¡Estoy más asombrada que vos! ¿Cómo habéis podido pensar que yo le he autorizado a venir? —se defendió. Aquel ser, intransigente y detestable, parecía estar en una cruzada contra ella: ¿quería que dimitiera por voluntad propia?

Rodeó el escritorio y se colocó a su lado, amenazante; sus ojos brillaban como el acero. Apoyó las manos en el escritorio y se inclinó hacia Valentina con el rostro enfurecido.

—¿No esperaréis que me crea semejantes tonterías? ¿Me tomáis por un necio?

Furiosa por la afrenta, se levantó de un salto y devolvió la mirada resentida de tan abyecto hombre.

—Para vuestra información, os repito que no acostumbro a mentir —exclamó con vibrante indignación—, y me estáis insultando.

En el silencio consiguiente, se midieron el uno a la otra, cada uno decidido a salir victorioso del choque verbal que se perfilaba como apasionante.

—¿En serio? —respondió Luca con evidente desprecio. Su expresión era más ofensiva que

las injuriosas palabras que le había lanzado—. Si aceptáis un consejo —prosiguió con arrogancia—, cuidado con los pasos en falso, guapa. Fuera sois libres de comportaros como queráis, pero... —la miró rencoroso—, exijo seriedad en esta estancia. Mostrad vuestra coquetería en otra parte, ¡si es que no podéis evitarlo!

Valentina jadeó, enrojeciendo de ira mientras levantaba desafiante la barbilla. Estaba lista para lanzarle todas las maldiciones que su lengua era capaz de articular, pero él se le adelantó.

—No querría que os hicierais una idea equivocada del haragán de mi hermano.

—¿Y qué si lo hago?

—Debería desilusionaros drásticamente. Riccardo es un inútil al que le gusta revolotear de flor en flor, y vos no seríais más que una de tantas, nada más. Espero que recapacite, claro está, pero dudo que un prodigio semejante se produzca en los próximos cinco años.

Ella se obligó a mantener el control de sus nervios, pero la ira era irreprimible. Estaba tan dolida por aquellas acusaciones infundadas que apenas tenía fuerzas para hacerlas valer. Estaba desolada por la perfidia de aquel déspota: después de haber puesto en la picota su dignidad, ahora también le clavaba las uñas en el corazón.

—En cambio, sois vos el que tiene un concepto equivocado de mí, y el motivo se me escapa —le reprochó—. No me conocéis de nada y sólo vertéis juicios sobre mí, como si fuese una mujerzuela acogida por casualidad en vuestra casa. Soy una persona honesta y decente y quiero ser tratada como tal. Si Riccardo se permite colarse en vuestra inviolable ermita, no seré yo quien pueda prohibírselo, y no os atreváis a insinuar más groserías gratuitas, ¡os lo advierto! Hasta un idiota se daría cuenta de que está haciendo todo lo posible por integrarme: estoy lejos de mi hogar, soy una extraña entre extraños; ¿qué hay de deplorable en que alguien se comporte conmigo como una amiga? Pero si eso os molesta...

—¿Amigo? —la hizo callar de nuevo—. ¿Acaso pretendéis sostener que ese cariño es casual?

—¡Claro que sí! Lo ha lanzado en broma.

Luca le respondió con una mueca burlona.

—Me alegra oír esto: me reconforta no tener *también* que angustiarme por un encaprichamiento entre vosotros.

—¿Encaprichamiento?

—Riccardo es voluble y se encapricha fácilmente, y vos sois una novedad.

—No temáis, no tengo intención de animarle.

—¡Bien!

—Pero no puedo impedirle que me corteje.

—Confío en que mantendréis estos virtuosos propósitos en el inmediato futuro, absteniéndoo de tejer sueños inalcanzables con un inútil como él. —Su mirada se deslizó sobre ella, atrevida e inequívoca—. Después de todo, ¿cómo puedo culparle? Soy el primero en reconocer que sois una tentación irresistible para un hombre, pero eso ya os lo habrán dicho, supongo.

Valentina casi dejó de respirar ante lo que vio en aquellos ojos grises, unos ojos que expresaban un deseo sexual que no podía malinterpretarse... lo había visto cuando Ruggeri quiso abusar de ella. Pero Luca era aún más transparente en sus intenciones, como si ya estuvieran haciendo el amor juntos con todo descaro, haciéndole cosquillas en los sentidos de forma tan explícita que la sangre fluyó de su rostro. Era el acercamiento desinhibido y directo del macho que evalúa como un experto el cuerpo de la mujer que quiere poseer, y aunque el vestido la cubría hasta la garganta, ella se sentía desnuda. Y cuando su atención volvió a su rostro, el de él

ahora traicionaba algo que ella no podía descifrar.

¡Que Dios la asista! Ni siquiera lo había tocado pero se sintió invadida por sensaciones que la hicieron apartar precipitadamente la mirada. Se sintió avergonzada de sí misma al pensar que le hubiera gustado que la abrazara, que la besara, descubrir el tacto de aquella boca, ser lamida por ella durante largo rato... Valentina tuvo que reprimir el impulso de tomar la iniciativa, ya sin tener en cuenta las escandalosas acusaciones que él había vertido contra ella. Entonces un atisbo de cordura se impuso a la maraña de emociones que se agitaban en su interior, y con un esfuerzo sobrehumano se obligó a calmarse. En lugar de ello, empezó a temblar tan convulsivamente que se tambaleó sobre sus piernas.

—Sí, ya habéis captado el concepto. —Luca retrocedió, mostrando un aire de suficiencia extrema.

Ella tragó saliva, incapaz de replicarle.

—Controlad vuestro comportamiento, *ángel* —le espetó—, y conservad como un *tesoro* las sugerencias que os he dado.

Valentina inspiró mientras se miraban fijamente, impotente para hacer nada y angustiada, él sereno y burlón. Cuando pudiera hablar, esperaba devolverle la misma crueldad.

—Sois tan despreciable que apenas puedo contenerme para daros la bofetada que os merecéis. Y repito: vengo de un hogar honorable, así que no permitiré que nadie me falte al respeto.

— Lo que no excluye, por otra parte, la posibilidad de que seáis una astuta arribista en busca de un marido pudiente, bien parecido y con mucho dinero. Puede que ya hayáis hecho alguna maniobra solapada para conseguirlo, si el desquiciado cachorrillo de la familia mueve alegremente el rabo alrededor de vuestras faldas... puede que os cueste negarlo, pero sería un buen negocio para cualquier mujer, incluida vos misma, hacerse con semejante partido.

La mano de ella se abatió sobre la demacrada mandíbula de Luca.

—Esto reforzará la mala opinión que tenéis de mí, y si vuestra repugnante actitud pretendía hacerme batir en retirada, habéis ganado. La sospecha de que nuestro antagonismo desembocaría en repugnantes acciones de boicot como a la que me estás sometiendo se ha convertido en una certeza, lo que iría en detrimento de la tranquila vida de quien cohabita con nosotros. No gracias, no necesito un sueldo hasta este punto, así que me voy. No dudo de que encontraréis una digna sustituta lo antes posible.

Él se limitó a sonreír.

—Excelente vuestra interpretación de honestidad vilipendiada. Sólo faltan las lágrimas y entonces la escena principal será perfecta.

—No desperdiciaré ni una sola.

—Bueno, he de decir que os las arregláis muy bien sin lloriquear —se felicitó rencoroso.

—No os daré esa satisfacción.

—Así que quieres cortar por lo sano y huir, ¿eh?

—Saltaréis de alegría, supongo.

—¡Pues no! ¡Demasiado cómodo, abandonar con elegancia como os gustaría! —Rio, una carcajada breve y áspera—. No después de haber fanfarroneado que me mostraríais de qué erais capaz.

—La culpa es vuestra, no me lo habéis permitido.

La miró fijamente con ojos sombríos.

—¿Acaso ya no estáis tan segura y queréis desertar a pesar de haberme ridiculizado ante Caterina? ¿Es ésta toda la firmeza de carácter del que presumíais? Os quedaréis, ¡por Dios! Estoy

ansioso por ver lo que valéis, aunque hasta ahora me hayáis decepcionado.

—No podéis prohibirme que me vaya.

—No, es cierto, pero cumpliréis el compromiso que contrajisteis no más tarde de ayer. ¿Con qué execrable ingratitud daríais ahora la espalda a Caterina después de la ejemplar afabilidad con que os recibió? Vuestra solicitud hacia ella me estremeció sobremanera. ¿Debo deducir que todo ha sido una actuación?

Valentina, incapaz de rebatir sus objeciones, se dio por vencida. ¿Dónde podía ir, por cierto? No a San Michele, con el desgraciado accidente de Ruggeri. Levantó la mirada, sin palabras, y se encontró con la chispeante dureza de aquellos despiadados ojos. Él nunca debió haberlos apartado de ella, saboreando su rendición incondicional.

—Tenéis razón —convino—. Tengo una deuda de gratitud con la condesa... ¡pero no con vos! ¡A vos no os debo nada! —Reprimió las lágrimas: se había prometido a sí misma que no lloraría y no lo haría, pero ya no podía soportar la exaltación del triunfo que él exhibía—. Me quedaré, pero no sé si seré yo, o vos, quien tenga que lamentarlo. Y ya he tenido bastante de vuestra contumacia por hoy, así que no me quedaré ni un segundo más en este estudio. ¡Ya es demasiado! —Sin importarle su reacción, apretó los hombros con orgullo, alzó la barbilla y, tras alcanzar de nuevo la puerta, se la cerró violentamente en las narices.

Luca la observó salir impasible, pero a su pesar se sintió asaltado por un sentimiento parecido al respeto. Era toda una luchadora, tenía que reconocerlo... De repente, palideció de rabia, se detestó a sí mismo por ensañarse con alguien cuyo único agravio era provocar su impaciencia. Admitió haber sido abyecto, la mayor parte del tiempo. Casi a regañadientes reconoció que ella tenía buen temperamento, además de ser atractiva. Había algo en Valentina que le intrigaba más de lo que estaba dispuesto a confesar. Además, su presencia reabría viejas heridas que él creía ya cicatrizadas...

Sabía por experiencia los estragos irreparables que una mujer podía causar en un hombre que sucumbía a sus encantos. Resoplando contrariado, encendió un puro y volvió a su sillón, apartando el manojo de papeles que había estado examinando antes de la discusión. ¡Maldita sea!, ya tenía los nervios a flor de piel por culpa suya, sin necesidad de que aquella descarada de ojos atigrados se metiera en el asunto.

Violante lo acosaba sin descanso, al vago de Riccardo nada ni nadie le importaba un bledo, Caterina lo atosigaba con sus obsesiones y, por último, pero no por ello menos importante, ¡incluso la última en llegar se lo hacía pasar mal! Apeataba a falsedad a la legua y si tenía la ilusión de que se aprovecharía de él, se equivocaba. ¡Ah, las mujeres! ¡Ay de él si confiaba en ellas! Ya lo había hecho en el pasado y seguía pagando las consecuencias. Eran todas iguales, una traicionera raza de arpías siempre al acecho con marchas nupciales, y sólo cuando tenían una alianza en el dedo revelaban su verdadera naturaleza. Por puro instinto de conservación, no pensaba en Camilla, su querida esposa: pensar en ella exacerbaba el dolor de una llaga supurante. Pero, como una puerta que cede bajo el ímpetu de un empujón, ella se escabulló de los meandros de su memoria, y la ola de recuerdos lo absorbió entre lo remolinos de acontecimientos vividos y jamás olvidados...

La había amado con todo su corazón.

Verla y enamorarse perdidamente de ella había sido todo uno: era hermosa, con su sedoso cabello negro, sus ojos azules y una boca en la que perderse cuando la pasión se apoderaba de ellos. Las noches eran una fiesta de los sentidos y de la carne hasta que... hasta que el brutal impacto con la realidad le había destrozado. Al regresar unos días antes de lo previsto de uno de sus habituales viajes de negocios, y encima en plena noche, se había dirigido de puntillas a su

dormitorio para sorprenderla... En lugar de eso, Camilla le había sorprendido a él: tras empujar la puerta entreabierta, se quedó petrificado en el umbral de la alcoba mientras su mundo se rompía de un fogonazo.

En el silencio nocturno, había resonado nítida la voz de su esposa, grave la voz de su amante, entremezcladas con los gemidos del coito que ambos estaban realizando. De las frases que habían intercambiado se desprendía que el sórdido asunto se arrastraba desde antes del matrimonio, y descubrir que Camilla había estado haciendo malabarismos por conveniencia con él, su marido, y por amor con el otro, había sido el golpe de gracia a sus propias ilusiones.

Se había escabullido como un ladrón: de haber entrado en la estancia, los habría matado a ambos y sin mancharse las manos de sangre. Había vagado por las desiertas calles de Milán, aturdido por lo que había visto y oído. Al día siguiente se había presentado, y Camilla se había abalanzado sobre él, abrazándole con un arrebato que le había puesto enfermo. Sin embargo, al ver su expresión, retrocedió asustada. Su desconcierto había degenerado en consternación cuando Luca se había trasladado a otra habitación, estallando en pánico ante la repulsiva actitud de su marido. Decidida a enfrentarse a él, le había pedido explicaciones. Él había luchado terriblemente consigo mismo para no soltarle un sopapo, y cuando ella le había confesado que estaba embarazada, había estado a punto de pegarle de verdad.

“¿Y quién es el padre?” había preguntado con sorna.

Camilla había retrocedido, temerosa de la ira de su marido. Luego, tartamudeando penosamente, había intentado decirle que el niño era suyo. Él le había murmurado, con su rostro exangüe, que la había sorprendido en flagrante adulterio y que no la echaría de casa sólo para no provocar un escándalo. Camilla, contra la pared, había roto a llorar, admitiendo su infidelidad. Pero le amaba, le había jurado entre sollozos, aunque hubiera sido inconsciente, egoísta y loca.

Luca había rechazado sistemáticamente todos sus intentos de reconciliación en los meses siguientes a la ruptura de su unión. Consciente de que lo había perdido para siempre, finalmente se dio por vencida. Humillada ante la impaciencia de él ante su proximidad, Camilla había aceptado la invitación de sus suegros, ignorante de todo, para pasar el verano en la villa del lago. En el accidente del viaje había muerto con la criatura que llevaba en su seno.

«Mujeres», se repitió Luca, saliendo del pozo hirviente de aquellas desagradables reminiscencias. «Nunca más», se había prometido, se dejaría seducir por una hembra. Con un sabor a hiel en la boca, se sirvió una generosa dosis de coñac, brindando irónicamente por sí mismo. Desde el fallecimiento de Camilla, sus relaciones con el sexo opuesto eran prácticamente inexistentes, salvo esporádicas visitas a alguna casa de placer: de una ramera, al menos, sabía que no debía esperar su fidelidad.

Para su desazón, la imagen de Valentina irrumpió en su mente, haciéndole maldecir entre dientes. Aunque hacía años que no experimentaba ese tipo de agitación de la sangre en presencia de una mujer, reconocía los síntomas. Pero la evadiría con el mayor de los escrúpulos, se prometió a sí mismo. Había aprendido, a muy alto precio, la falsedad que puede esconderse tras una fachada seductora, y por nada del mundo correría el riesgo de dejarse manipular de nuevo. Sus precauciones eran innecesarias, por supuesto: se había comportado de manera desagradable, rozando la grosería con ella, y Valentina debía de encontrarle abominable hasta decir basta. Ése era el objetivo que se había fijado. Nunca más permitiría que una de esas traidoras hechiceras se burlara de sus sentimientos.

Capítulo 14

Valentina regresó a última hora de la tarde de su excursión a las islas Borrromeas. Riccardo era de naturaleza expansiva y sus irreverentes bromas la habían hecho reír, diluyendo la ira de la mañana en un leve resentimiento. Se había instado a sí misma a no ofenderse por la vileza impropia de un hombre con el que estaba obligada a estar en estrecho contacto: si ésas eran las señales, tenía que acostumbrarse rápidamente a los modales de tan grosero individuo. De lo contrario, se habría puesto colorada de rabia ininterrumpidamente. Con el rostro enrojecido por el sol y el cabello recogido en una trenza que le rozaba los costados, se sentía relajada y dispuesta a mostrarse conciliadora, y a no reaccionar ante las provocaciones de nadie.

—Eres tan hermosa —le dijo Riccardo, que por una vez no mostraba esa sonrisa despreocupada.

Ella se crispó imperceptiblemente.

—No me mires así, por favor...

—¿No debería? ¿Te parezco demasiado grosero? —Él se encogió de hombros—. Tal vez lo sea, pero te habrás dado cuenta de que me pareces muy atractiva, Valentina.

A ella se le escapó una mirada cariñosa.

—¡Déjate de tonterías! —exclamó en tono brusco.

—Discúlpame, me resulta difícil apartar la atención de ti —suspiró y añadió vacilante—: Ángel, ¿crees en los flechazos?

—No sabría... no me ha pasado nunca —Valentina eludió responderle. «Estás mintiendo y lo sabes», la reprendió una voccecita en su interior. ¿Qué otra cosa podía ser, si no un flechazo, lo que Luca había desencadenado en ella desde el primer encuentro? ¿Cómo podía definir, si no como amor a primera vista, la tormenta de emociones que estalló en sus entrañas cuando él apareció ante ella?

—Valentina... —Riccardo la miró intensamente—. He de decírtelo aun a riesgo de parecer precipitado...

—Te escuchó.

Él tragó saliva.

—¡Creo que me estoy enamorando de ti! —Luego calló, observando con ansiedad su reacción.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Ella se revolvió incómoda en el asiento del landó—. ¡No puede ser!

—Sí, eres la primera mujer por la que siento algo así.

—Pero si nos conocemos desde hace un día... — demasiado conmovida para hacer ningún otro comentario, se limitó a mirar la carretera. Riccardo era una persona entrañable y le estaba cogiendo cariño, nada más.

Él le tomó la mano y le besó la palma.

—No quiero presionarte, pero piénsatelo al menos. —Cambiano súbitamente de expresión, como si quisiera liberar la tensión que ahora flotaba entre ellos, soltó una de las muecas de su repertorio a la que era imposible resistirse—. Supongo que tras mi visita de esta mañana, Su Majestad te habrá advertido sobre mí, ¿no? Conozco sus artimañas: canalla poco fiable es uno de los muchos epítetos que me endilga. Y si hasta ayer no podía reprochárselo, hoy las cosas son distintas: tengo que demostrarle que no soy una holgazán, y que puedo ser más equilibrado de cuanto pueda imaginarse, teniendo la motivación para ello, porque voy a cambiar por ti, ángel.

—¿Su Majestad? ¿Te refieres a Luca?

—¿No es bastante obvio?

—Ya lo creo, ¡y le queda como un guante!

—Además, su segundo nombre es León. Así que, cuando me propongo enfadarle, me dirijo a él como tal, y verle echar humo por las fosas nasales enfadado es una gozada.

—¡Oh, si es por eso, hace falta bien poco para que la sangre le suba a la cabeza!

Él le dirigió una mirada comprensiva.

—Has tenido una muestra exhaustiva de su adorable tendencia a ser un déspota, ¿verdad?

—Sólo una pincelada —asintió ella—. ¡Lo habría estrangulado, si no implicara la cadena perpetua!

—Bah, la única manera de llevarse bien con un tipo tan bilioso es mantenerse prudentemente alejado de él.

—¿Y cómo? Estoy a sus órdenes, ¿qué otra opción tengo que someterme y guardar silencio? —Ella se encogió de hombros—. Ya que estamos, hazme el favor de no irrumpir más en su estudio buscándome. Tu aparición le ha enfurecido sobremanera y...

—... y se ha desfogado contigo.

—Sí —Ella apretó los labios—. Su reprimenda no ha sido para nada agradable.

—De acuerdo, ángel, me abstendré de pisar siquiera con un pie la guarida del lobo, a condición, sin embargo, de que reflexiones sobre nosotros dos.

Ella suspiró de nuevo.

—Con una premisa: nada de ilusiones por tu parte, ¿entendido? Estoy pasando por un período difícil, y tengo una gran necesidad de tranquilidad.

—¿Qué tiene que ver el amor con todo esto? —Ansiaba besarla, pero no se atrevía a hacerlo por miedo a comprometer los frágiles cimientos de aquel vínculo.

—Riccardo, tu amistad cuenta mucho. Y te agradezco la atención que me prestas. Sin embargo, para serte sincera, no busco una relación sentimental... —Aquellas palabras aún flotaban entre ellos cuando, en su mente, surgió un rostro afilado, masculino, de magnéticos ojos grises, que hizo que su corazón palpitara más deprisa.

—¿Ni siquiera puedo albergar esperanzas? —objetó, y ante su negativa, añadió—: Salgamos como amigos, si quieres, luego será como Dios quiera.

Cuando llegaron a la cochera, él tiró de las riendas del landó para dejarla bajar. Pero un instante antes de que Valentina lo hiciera, él la rodeó de repente con sus brazos y rozó sus labios con un beso.

Tomada por sorpresa, permaneció inmóvil unos instantes y luego intentó apartarse. Fue entonces cuando se encontró con una mirada burlona que observaba la escena desde la veranda. Se quedó petrificada: ¡Luca! Deseó absurdamente que se abriera una sima bajo sus pies, hundiéndose en las entrañas de la tierra, para evitar la mirada de desprecio que él le dirigió. Adivinó las conclusiones a las que había llegado: el abrazo de Riccardo, en apariencia y desde aquella distancia, podía ser fácilmente malinterpretado.

Ajeno a la desafortunada situación en la que la había metido involuntariamente, reacio a dejarla marchar, acentuó su abrazo. Exasperada, ella trató de apartarlo.

—Riccardo, por favor, está tu hermano...

—¿Dónde? —Por último la soltó, lanzando miradas a su alrededor para localizarlo. Pero Luca les había dado la espalda y se alejaba a paso ligero, como si el asunto no fuera con él.

Valentina no cenó con la familia aquella noche, pero no les echó en falta. Más tarde bajó al apartamento de Caterina para ayudarla a acostarse y leer un poco, y cuando la condesa la

despidió, se fue a dar un paseo por el parque. La noche caía dulcemente, el silencio era casi absoluto, y después de deambular por los viales, se sentó en un banco apartado de entre los que estaban esparcido en el frondoso jardín de los Montalto. Una sensación de paz la invadió mientras contemplaba la plácida superficie del lago, plateada por un resquicio de luz lunar. Relajada, se perdió en el flujo de sus pensamientos, y dio un respingo brusco cuando una sombra se materializó de repente y apareció ante ella.

—No quería asustaros —Su Majestad se disculpó descuidadamente, utilizando un tono *casi* humano, después de los rugidos que había vertido en sus oídos por la mañana. La noche, con su manto oscuro, ocultaba su expresión, haciéndola inescrutable. El aroma de las magnolias impregnaba el aire, pero ella sólo podía oler el aroma del puro. La proximidad de Luca volvía a abrumarla, e instintivamente se puso a la defensiva.

—No importa... —ya estaba sucumbiendo a una emoción tan inmediata e intensa que le cerraba el estómago en una situación de tensión que la perturbó.

—¿Os habéis divertido hoy?

—Mucho, gracias.

—¿Y Caterina?

—Caterina se ha acostado.

—Parece que no le dedicáis mucho de vuestro tiempo, ¿eh? —observó él con malicia.

—Antes de escuchar la lista de tareas que habría descuidado, me gustaría informaros de que me atengo a sus instrucciones al pie de la letra. Prefiere descansar unas horas por la tarde, como estoy segura de que sabéis, ¡y me ha autorizado a utilizar ese tiempo libremente!

—Envainad vuestras garras, ángel, lo mío no pretendía ser una puntualización, sino más bien un intento un tanto torpe de tener una charla —la sorprendió él—. ¿No es un poco tarde para pasear sola por el parque?

—¿Está prohibido por las normas de la mansión Montalto? —replicó ella secamente.

—¡Dios santo, no!

—¡Ah, menos mal!

—No me explico cómo una joven puede optar por la soledad del jardín en lugar de la fútil charla de un salón.

—¿No hacéis vos lo mismo?

Sorprendentemente, él se rio. Una risa cálida, franca, que provocó escalofríos incontrolables en la piel de ella.

—*Touché!* —Parecía divertido—. Aunque tengo mis razones para vagar por aquí: vos.

—¿Yo? —repitió perpleja Valentina.

Luca exhaló una bocanada de humo.

—Quién sabe por qué, tenía la corazonada de que me encontraría con vos, y quería hablaros.

—¿A santo de qué? —Ella se había vuelto circunspecta: él podía desollar su orgullo y su alma con unas pocas palabras afiladas, y a él no le sobraban energías para enzarzarse en otro duelo, después del intercambio de palabras matutino.

—Sobre la relación entre mi hermano y vos.

—¿Otra vez? —Estaba exacerbada. Tenía sus ojos clavados sobre ella, lo que la hizo estremecerse.

—¿No queréis abordar el tema?

—¿No hemos discutido ya bastante? —replicó ella—. ¿Y qué más hay?

—Para abreviar, uno no puede evitar darse cuenta de cómo vuestras inocentes amistades se

convierten rápidamente en algo más... —hizo una pausa y añadió con dulzura, mirándola explícitamente—. ¿Sigo escupiendo juicios lapidarios sobre vos, o mis observaciones son fiables?

—Como os habéis tomado la molestia de instruirme esta mañana, fuera de vuestro despacho soy totalmente libre de actuar como crea conveniente —contestó fríamente—. Así que, lo que haga o deje de hacer en otro sitio, concedédmelo, no os incumbe.

—No hay nada que objetar —convino—. Sin embargo, si no recuerdo mal, afirmasteis que no había más que amistad con él —calló por un instante, luego, deliberadamente, lanzó el ataque—. Casi os había creído. Esos ojos vuestros, fingidamente ingenuos, me han engañado haciéndome creer que tenía prejuicios, cuando no que era injusto con vos...

—Qué ánimo tan noble.

—Pero saliendo de casa, os he visto besuqueando a mi hermano de forma indecorosa bajo la mirada de cualquiera, incluido la mía.

«Ya estamos otra vez», pensó Valentina, lejos de resignarse a soportarlo.

—Perdonad mi curiosidad —dijo con simulada dulzura—, ¿qué diantres os ha sucedido en la vida para tener tan mala predisposición hacia las mujeres?

—Sencillo, confié en una, un error que no volveré a cometer. Una mujer a la que, por cierto, había colocado en un pedestal.

—Puede pareceros inconcebible, dada la estrechez de miras que os oprime, pero ¡no todas somos iguales! Una mala experiencia no os obliga a tratarlas a todas como basura inmundada, ni que no podáis cruzaros con una mujer que os haga cambiar de opinión sobre el sexo débil.

—Tomo mis precauciones y me mantengo alerta: intento sobrevivir a sus arteras maniobras. —la miró fijamente con expresión alusiva.

—¡Oh, bueno, ya está bien! Estoy harta de vos, y no voy a convertirme en chivo expiatorio, ¿entendido?

—Con tal de que no me provoquéis, yo no...

—¿Provocaros? —lo interrumpió—. ¿Y cómo podría hacerlo con un tipo tan íntegro como vos?

—Irritándome con la empalagosa coquetería que le reserváis a Riccardo... —él no dejaba de mirarla con aquellos ojos que el reflejo de la luna hacía brillar como la plata, alimentando aquellas extrañas sensaciones físicas que Valentina no lograba comprender.

Se apartó de él, oprimida por la hipnótica atracción que ejercía sobre sus sentidos, intentando oponerse con la fuerza de voluntad.

—¿Por qué sigo encontrándome con vos? Os molesto, así que deberíais evitarme —articuló ella con dificultad—. Incluso ahora habéis venido al parque por iniciativa propia, y se me escapa con qué propósito, si mi conducta tanto os desagrada. ¿Tendré que tolerar que me tratéis como a una pecadora encubierta sin habérmelo merecido? Si yo os resulto indigesta, ni os imaginéis cuánto lo sois vos, por lo que os pido que me ignoréis cuando las circunstancias nos permitan librarnos de la mutua compañía.

—Así que no os gusto...

—No es que os hayáis esforzado mucho en mostrarnos simpático. —Ella tuvo que agradecer la oscuridad que impedía a Luca ver el rubor de la mentira.

—Podría haceros cambiar de idea...

—¡Oh, lo dudo!

—Podría, como Riccardo, mostrar mi encanto.

«Como si me hiciera falta», pensó ella, mordiéndose el interior de la mejilla para no caer en

un patético ataque de nervios.

—Sería un esfuerzo inútil.

—¿Sí? —Él se inclinó—. Tal vez os equivoquéis... y tal vez yo también me equivoque: obstinarse en creerse inmune y no haber contraído la enfermedad es una tontería, mientras que combatirla con los remedios adecuados puede resultar ser la forma correcta de recuperarse.

—¿Me equivoco? Pues no: no soporto a los engreídos, sobre todo si son tan detestables como vos. ¿Os han dicho alguna vez que sois detestable?

—¿Y os han dicho a vos que una mujer debe cuidar especialmente su decoro?

—No os corresponde a vos hacerme esa recomendación, sino a mi madre. Además, moralmente no tengo nada que reprocharme.

—Y la moral ¿dónde la tenéis las mujeres?

—Os agradecería mucho que no me incluyerais en la lista de infelices que evidentemente frecuentáis.

Luca apagó el puro y se acercó más a ella.

Ella lo miró con la respiración contenida y el corazón agitado.

—Probablemente no os equivoquéis.

—¿A qué os referís?

—A mi actitud con vos... pero siempre puedo remediarlo, ¿no?

Bajo la ardiente intensidad de su mirada, Valentina se sintió perdida.

—No entiendo, ¿qué queréis decir?

En lugar de responderle, rodeó su larga trenza con la mano y la atrajo hacia él. Con la boca casi rozando la suya, le susurró:

—Si éste es el trato que exiges de un hombre, lo cumplo, dándote, con imperdonable retraso, mi personal bienvenida.

Dominada por el tumulto de emociones puestas al descubierto, Valentina languideció al contacto con el cuerpo de Luca. Lo miró ensimismada y se estremeció, reconociendo en el brillo de aquella mirada la sensual lujuria vislumbrada por la mañana. De hecho, ahora era incluso peor, ya que al deseo se había unido una brillante determinación de acero.

Él era incapaz de apartar su atención de aquella joven perfumada de sol y juventud, con sus ojos ambarinos iluminados por una luz temblorosa que resaltaba en su bello rostro, su boca entreabierta e, inconscientemente, ofrecida al beso, y aquel suave y fragante cabello que la luz de la luna había transformado en seda.

—No me engañas con ese aire desvalido tuyo —le dijo con voz ronca—. Eres todo fuego y pasión, y yo me encuentro atrapada en tu hechizo...

Totalmente embelesada, mirando aquella boca que bajaba lentamente hacia la suya, dejó escapar un suspiro de rendición incondicional, incrédula aún de que Luca pudiera tener tal poder de seducción. Se estremeció cuando finalmente la estrechó contra la suya, y la abrió al beso con un ímpetu que abrumó incluso a Luca...

Él sólo pretendía darle una lección, jugar con ella y con aquellos labios complacientes y provocativos. El ardor espontáneo de Valentina le desplazó a su pesar, y su mente se atascó en una nada de sensaciones físicas, dejando de razonar cuando el deseo le endureció la entrepierna. No pudo echarse atrás y con erótica deliberación lamió la lengua de ella con la suya, deseoso de saborear su dulzura.

Valentina le rodeó la nuca con las manos, apretándose impudicamente contra su cuerpo, tan embelesada por su beso y su calor que casi no era consciente de sí misma, embriagada por el placer que estaba recibiendo de la boca de un hombre que la había insultado, se había burlado de

ella, la había calumniado de forma escandalosa y al que había afirmado aborrecer. Ahora quería romper las barreras entre ellos, besarle y ser besada hasta quedarse sin aliento, ajena a intenciones virtuosas y piadosas. Él la había impulsado hacia ese abismo, desconocido para ella, llamado pasión, floreciendo y estallando bajo la presión de sus labios. Se ofreció impudicamente a sus caricias cuando él rozó sus pechos: sus pezones reaccionaron y una anhelante languidez comenzó a palpar en su interior, dulce y concentrada en lo más profundo de su vientre. Él enredó los dedos entre sus mechones castaños para retenerla, prolongando una y otra vez el contacto de sus bocas.

Incluso Luca se resistía a interrumpir aquel fogoso encuentro de bocas y lenguas, hasta que un atisbo de lucidez le devolvió a la realidad. Arrepentido de haber sucumbido a la tentación que representaba aquella vibrante criatura que rezumaba pura sensualidad, la rechazó bruscamente.

—¡Basta, o haré algo de lo que ambos nos arrepentiremos! —exclamo apartándose.

Valentina, sobresaltada, estiró impulsivamente el brazo para detenerlo, pero Luca ya estaba lejos y, al instante siguiente, se lo tragó la oscuridad de la que había surgido.

Aturdida, tanteando en la oscuridad con los ojos nublados por las lágrimas de decepción, no pudo mover ni un solo paso durante varios interminables minutos. No sabía qué decir ni qué hacer. Aquellos pocos instantes de éxtasis y abandono le habían arrancado las fuerzas que le quedaban, y tuvo que recurrir a toda la voluntad de que disponía para recomponerse.

¿Por qué la había besado con semejante pasión?, ¿sólo para rechazarla como a una muñeca carente de sentimientos de la que se había cansado rápidamente? Recordó la fugaz mirada que él le había dirigido antes de desaparecer y se sintió abrumada: dura, sin calor, seca y vacía. Con la mirada perdida en el vacío, se obligó a caminar hacia la villa. Qué hombre tan ambiguo y terriblemente complicado, se dijo amargamente. Pero ella era la culpable, no Luca: si él no se hubiera detenido, ella podría haberle permitido tomarse más libertades, efusiones aún más atrevidas, como una inmoral mujerzuela.

«Pues sí, no me habría importado», se dijo con sinceridad, admitiendo sin hipocresías que habría estado dispuesta a repetirlo todo si, volviendo sobre sus pasos, él hubiera reaparecido ante ella. Y comprendió en un instante lo que era el amor, reconociéndolo en el momento sublime y fulgurante en que se había rendido sin formular siquiera mentalmente una negativa. Un momento que desintegraba la vida que había llevado hasta entonces y la moldeaba de nuevo en función de él, Luca Montalto, el hombre del que se había enamorado perdidamente tras una mirada.

¿Y ahora qué? ¿Cómo soportar esta nueva prueba de resistencia? La fortísima atracción que sentía por él la hacía aún más vulnerable a su presencia, incluso a tener que enmascarar lo que sentía por él. Pues bien, de alguna manera iba a amordazar esos sentimientos por alguien que la despreciaba, completamente inalcanzable. Si no, la única solución era marcharse. «Y Por qué no», se dijo. Le escribiría a Corsini al día siguiente, rogándole que le encontrara otro trabajo. Sin embargo, se planteaba un dilema: ¿de verdad ella también quería huir de allí?

Suspiró. Tenía que pensárselo seriamente: despedirse de los Montalto no sería un acto de cobardía, sino una forma de autodefensa, no quería sufrir más, y marcharse significaba ahorrarse más disgustos. Tampoco era justo cargar el peso de sus decisiones sobre Caterina, aunque lo que ella creía correcto y lo que *era* justo fueran dos polos opuestos.

¿Qué hacer?

Sólo obtuvo como respuesta el indiferente canto de los grillos.

Capítulo 15

Una semana antes del baile de disfraces, Violante, tras asegurarse de que nadie le prestaba atención, se coló en el desván y, armada de unas afiladísimas tijeras, decidida a hacer las cosas a su manera, se dispuso a poner en práctica lo que llevaba días planeando hacer. Las oxidadas bisagras chirriaron al empujar la apolillada hoja de la puerta. Avanzando con cautela entre las nubes de polvo y telarañas, se detuvo junto a los baúles llenos de disfraces, encendió una vela y la introdujo en un viejo candelero cubierto de cera, poniéndose manos a la obra con una sonrisa burlona.

Con sistemático vandalismo, se dedicó a triturar, una a una, las prendas que poco a poco iba sacando, desmembrándolas. Y no había rastro de arrepentimiento en su mirada mientras destrozaba las hermosas puntillas, los encajes antiguos que manos pacientes y hábiles habían creado, los brocados y terciopelos venecianos de rara belleza. Valentina no debía recuperar nada, por lo que no podría asistir a la fiesta.

—Diantres —murmuró entre dientes—, me desvivo para organizar el acontecimiento social más exclusivo del año, ¿y se supone que he de tener rondando a esa pordiosera?

Al cabo de una hora, el desván parecía el armario de un traperero: Violante contemplaba triunfante los andrajosos restos de ropa, el mayor de los cuales no era mayor que un pañuelo. Retrocedió un poco para contemplar aquella ruina, chocando involuntariamente con un mueble macizo adosado a una pared y que permanecía en la sombra. Se dio la vuelta, frotándose el magullado trasero y maldiciendo socarronamente. Entonces dio una patada furiosa al anticuado y voluminoso escritorio, y no contenta con una venganza infantil, se enzarzó con sus grandes tijeras contra la polvorienta estantería.

De repente se detuvo y, con las tijeras en el aire, miró el imponente mueble con los ojos entornados. Efectivamente, aquel era el escritorio de su abuelo, estaba segura. Lo examinó con mayor detenimiento y un torrente de odio la invadió. Aborrecía todo lo que había pertenecido a aquel tacaño y desalmado tirano que había hecho morir a sus padres en la miseria. ¡Por Dios, si existía el infierno, deseaba fervientemente que aquel mezquino individuo ardiera allí eternamente!

Agachada, abrió y cerró los cajones para rebuscar en ellos. Quién sabe, podría haber quedado algo interesante ahí dentro, musitó mientras rebuscaba, pero quedó decepcionada al comprobar que, salvo papeles sin valor, no había nada más. Furiosa por haber perdido el tiempo en tan infructuosa búsqueda, dio una brutal patada a una puerta torcida que permanecía abierta. La puerta se estrelló contra la madera, estropeada por los años y el abandono, y volvió a abrirse con el vaivén.

Sorprendida, acercó la vela al compartimento oculto, inspeccionando el interior con los dedos para ver qué podía contener su interior. Se le escapó una exclamación: las yemas de sus dedos rozaron un compartimento en el que no había reparado antes, y la excitación la puso frenética. Agachándose, escudriñó en aquella hendidura, divisando un hueco secreto. Metió la mano para explorar. «Si tiene un escondite», pensó, «eso significa que hay algo que ocultar».

Al principio le pareció que estaba vacío, pero al mirar más a fondo, encontró lo que parecía ser un sobre. Lo sacó con cuidado de no romperlo y descubrió que era una carta. La miró perpleja: estaba sellada y dirigida a su tía.

¿Debería entregárselo?

Sin embargo, la tentación de conocer de inmediato su contenido era más fuerte que todo, y

su patológica falta de honestidad la indujo a doblegar cualquier vacilación que le quedara. La abrió impaciente. Se remontaba a unos dieciocho años atrás, según atestiguaba la fecha, y había sido escrita por el abuelo.

Comenzó a leerla:

Mi adorada Caterina,

Hoy me siento peor que de costumbre, y al mirarme en el espejo, veo reflejado en él un rostro hundido por el declive de la salud y por demasiados años de supurantes preocupaciones que ni siquiera puedes imaginar. Querida, te angustias por mi dolorido corazón, pero que sepas que no es el cuerpo el que sufre, sino el alma. Sé perfectamente qué nombre darle a este malestar que me aflige, y se llama remordimiento.

Caterina, hija mía, el remordimiento es como una fiera que te devora de bocado en bocado, y ya no puedo callarme. La pena y el remordimiento por el mal que deliberadamente te hice no me dan paz, y me pregunto angustiosamente si, creyendo actuar por tu bien, no lo hice en realidad todo mal. Eres tan desgraciada por la niña que perdiste, aunque intentas desesperadamente ocultárselo a tus seres queridos, sobre todo desde que se te negó el consuelo de tener más hijos. Sufrí más que tú cuando el médico te dijo que nunca serías madre pero, como soy una cobarde, callé de todos modos, guardándome sólo para mí lo que estoy escribiendo en esta carta.

Yo pretendía que el pasado permaneciera enterrado, pues siempre estuve persuadido de que desenterrar el pasado servía de poco, ya que no se puede cambiar ni un ápice lo que se ha hecho antes, para bien o para mal. Y no estoy seguro de que si me volviera a encontrar en las mismas circunstancias, no me comportaría de la misma manera. Hice lo que hice creyendo que tenía razón, y descubro a mi pesar que el pasado nunca se puede enterrar del todo.

Quiero descargar de mi conciencia esta enorme carga que me está consumiendo lentamente. Caterina, querida, la niña que crees muerta no lo está: tu hija está viva y sana. Te la arrebaté porque quería para ti lo mejor que la vida podía ofrecerte: cegado por mi presunción, cometí el acto más infame que un padre puede hacer. Perdóname, y ve a recuperar a tu hija, que confié a Rosa, tu amada nodriza. Le debes una inmensa gratitud a esa mujer, pues sin su perentoria intervención, furioso como estaba contigo, Dios sabe que incluso habría hecho algo peor, amén de arrebatarte a la niña que habías dado a luz. Te lo suplico, debes reparar también por mí esta injusticia perpetrada contra una inocente. Me duele el corazón al pensar en cómo os separé cruelmente y por privaros del amor de vuestra Valentina (así se llama la niña). Y si te es posible, no me guardes rencor. Has tenido que someterte al despotismo de este padre, ignorando sus fechorías, no por debilidad de carácter, sino por el afecto fuera de lugar que me tienes, así como por el respeto que creías deber a la autoridad paterna, ignorando por completo que eras tan mal correspondida.

Al concluir esta carta, cobarde como siempre, me pregunto si realmente encontraré el valor para poner en tus manos semejante confesión, incapaz de hacerla verbalmente: créeme, sucumbiría de vergüenza al encontrarme frente a tus ojos. La pongo en el compartimento secreto, del que conoces el mecanismo, y si, a pesar de mis buenas intenciones, renuncio a ponerla en tus manos, estoy seguro de que la encontrarás dentro de poco, cuando ya no esté aquí, pues me queda poco tiempo de vida. Rosa está obligada por un juramento que me hizo, pero si estos papeles llegan a tus manos, muéstraselos a esa mujer valiente e indomable cuando vayas a recuperar a Valentina, para que te lo explique

todo con claridad.

Reza por mí, mi amada hija, absuélveme, y si sientes repugnancia por este padre que traicionó tu confianza, que sepas que, de buena fe, actuó por tu bien.

Tu devoto padre Gioacchino

La carta terminaba con una apostilla en la que destinaba la mitad de su patrimonio a su repudiada nieta, Valentina Santacroce.

Violante levantó los ojos y, conmocionada, miró al vacío durante unos instantes, atónita. Así que, razonó cuando se recuperó de su estupor, la incalificable bastarda era su prima, mientras que la virtuosa tía Caterina había tenido una aventura antes de casarse con Montalto. Si la escabrosa aventura se hubiera conocido, habría tenido que compartir con aquella ramera de Valentina toda aquella buena fortuna que, tras la muerte de su tía, y si no aparecía ese testamento póstumo, habría pasado a ser sólo suya.

No, ¡maldita sea! ¡No tenía ninguna intención de compartir la herencia de los Santacroce con nadie! El dinero y los bienes de aquel maldito tacaño, que en la carta a su tía ni siquiera había hecho una mención cariñosa a su otra hija, su madre, y a su segunda nieta, ella, eran legítimamente suyos: ¿acaso no merecía una justa compensación por los agravios sufridos? Diantres, su agarrado abuelo había hecho morir prematuramente a sus padres, dejándolos en la penuria durante años antes de tenderles una mano. Ella misma había estado a punto de tener el mismo final. Pero por un inesperado golpe del destino, había desenterrado aquel testamento ológrafo, y la mujerzuela que había salido de la nada no pondría sus garras ni en la cabeza de un alfiler. No podía aguantarla antes, ¡y mucho menos ahora!

Con mano firme y sin vacilar, colocó las hojas de papel cerca de la llama de la vela. Inmediatamente prendieron fuego, ardiendo con un vivo crepitar. Las dejó caer al suelo y, como si realizara un rito satánico, las contempló incinerarse con una sensación de exaltación que la colmó de alegría. Se miró en un espejo que descansaba sobre una cómoda y rio bulliciosamente, con los rasgos distorsionados por el resplandor de las llamas, sin que un leve remordimiento de su conciencia la perturbara. Cuando sólo quedaron fragmentos ennegrecidos, los esparció con una escoba de sorgo que encontró en un rincón, haciendo desaparecer todo rastro.

Luego, satisfecha de su exitosa incursión en el desván, se alisó la falda y regresó a las plantas nobles.

Valentina subió allí un par de días más tarde, instada por la condesa, y quedó horrorizada por aquel estrago. No tuvo que devanarse los sesos para deducir quién era el artífice de semejante devastación: como el infame Atila, Violante había destruido todo lo que pudiera entorpecer sus planes. No tuvo más remedio que informar a Angelina, que calló consternada ante tan irreparable desastre. Juntas, entristecidas, recogieron el montón de trapos que ahora había que tirar a la basura.

—Que la condesa no se entere de lo que ha sido capaz esa víbora —susurró el ama de llaves, barriendo el suelo enfadada—. ¡Y todo para fastidiaros a vos!

—No me importa mucho ese baile —mintió ella—, pero aun así es una pena que esta ropa haya sido destrozada... Supongo que valía mucho.

—Sí, y Caterina se moriría de pena si supiera qué serpiente lleva en su seno.

Una vez restaurada la apariencia de orden en el desván, revisaron escrupulosamente el interior de los baúles, sólo para ver si se había salvado algo. Comprobaron que al flagelo de Dios con falda no se le había escapado ni siquiera una sola cinta. Luego, en el interior de un enorme armario, Valentina se fijó en una prenda que en la oscuridad del largo armario apenas podía

verse, pues colgaba al final del mismo.

—Angelina, ¡venid a echar un vistazo!

La otra se acercó, asomándose al interior. Sonrió.

—Éste se le ha escapado —exclamó, sacando de la percha la gran capa de terciopelo negro del vestido dominó—. ¡Parece que existe la justicia divina!

—Hum... quizás no le haya importado.

—De hecho, no hay comparación con lo que quería destruir, pero es suficiente para arruinarle la fiesta.

Ella examinó la prenda, estornudando por el polvo depositado en los suntuosos pliegues.

—Hay que arreglarlo, pero puede valer como un disfraz, ¿no?

—¡Claro que puede valer! —estuvo de acuerdo Angelina—. El vestido dominó^[3] está bien conservado, el terciopelo es magnífico, como vos misma podéis comprobar, y cuando además tengáis la máscara, no desentonaréis, os lo garantizo.

—Le diré a Caterina que lo elegí entre todos los demás disfraces porque prefiero las cosas sencillas, y el vestido dominó se ajusta a mi gusto.

—¡Bravo! ¡Y a Violante se le revolverá la bilis cuando hagáis vuestra aparición triunfal en el baile!

Capítulo 16

—¡Nadie puede competir con vuestro encanto, cariño! —El ama de llaves dejó la plancha, ahora tibia, con la que había rizado el cabello de Valentina—. ¡Y a esa otra le va a estallar el hígado de la bilis! Si luego pienso en el magnífico disfraz que vais llevar esta noche, se me encoge el corazón.

—Le hemos puesto remedio ¿verdad? —le restó importancia Valentina mirándose en el espejo. Bueno, no podía quejarse del resultado de los esfuerzos combinados de dos mujeres testarudas, convino, mirando la imagen reflejada. Su rostro delataba excitación y sus ojos rivalizaban con el oro de los preciosos pendientes que Caterina le había regalado para la ocasión. Antes de bajar, se pondría la traviesa máscara de seda negra y encaje veneciano que Angelina había conseguido, quién sabe dónde.

—Si no me necesitáis más, volveré a la planta noble —la otra le dirigió una mirada de complicidad—. Hay mucho que hacer, y dos manos extra siempre vienen bien, aunque esa descarada merecería que sus sirvientes se cruzaran de brazos, negándose a servirla a ella y a sus engreídos invitados. Si no fuera por la consideración debida a la condesa...

—Exacto. Evitémosle penas innecesarias.

—A veces me pregunto si es correcto ocultarle, por el respeto que le profesamos, las fechorías de Violante —dijo con amargura—. Bah, dejemos de lado tales consideraciones en este momento. En cuanto a vosotros, ¡divertíos y haced que su maldita fiesta se le atragante!

—Oh, mi presencia bastará para indisponerla más allá de lo necesario. Por lo demás, esto es lo que pretendo hacer.

—Tenéis todo el derecho.

—Violante no parece tener la misma opinión.

—Guardaos de ese escorpión, os lo suplico —le advirtió el ama de llaves—. Algo me dice que aún no ha digerido vuestra presencia aquí.

—Todo irá bien, no os preocupéis —la tranquilizó ella, que bajo la capa de su vestido dominó llevaba un vestido de noche de organza rojo—. Ella no llevará máscara, así que será suficiente con mantenerme a distancia de la reina Cleopatra.

Angelina asintió y se retiró.

En cambio, Valentina se dirigió al tocador contiguo a la habitación para ponerse la máscara, evitando despeinarse. Tras los últimos retoques, se preparó para bajar al parque.

La puerta no se abrió.

—Qué diantres... —Desconcertada, bajó de nuevo la manilla e intentó abrirla, sin éxito. Con decepción mezclada con rabia, se dio cuenta de que la puerta había sido cerrada por alguien que, aprovechando la confusión, se había hecho con la llave sacándola por el ojo de la cerradura interior. Violante, no cabía duda. Y había sido doblemente tonta al no tomar las precauciones necesarias, sabiendo muy bien que aquella arpía no era de las que se rendían cuando tenían un objetivo en mente. Golpeó la puerta con los puños, esperando llamar la atención de alguna criada que pasara por el pasillo, y no paró hasta que le dolieron tanto los nudillos que se dio por vencida. Había sido una estúpida, tuvo que admitirlo, dándose por vencida con un suspiro. Ni aunque hubiera gritado a pleno pulmón había una remota posibilidad de que la oyeran: los criados estaban ocupados en un incesante ir y venir entre el parque y la cocina, y Riccardo, que había prescindido de ser su doncel, a saber dónde estaba. La orquesta ya había empezado a tocar, lo que, sumado al animado bullicio de los invitados y al ruido de los carruajes que subían por el

vial, habría ocultado todas las voces.

Se asomó al balcón con la intención de asomarse para que alguien la descubriera, pero se dio cuenta de que estaba demasiado oscuro para que la vieran allí encaramada. La luz de los farolillos chinos iluminaba el parque, no los pisos superiores de la villa, y la media luna que ahora asomaba por el horizonte la hizo resoplar de rabia. El único consuelo, si podía llamarse así a su resignado estado de ánimo, era contentarse con ser espectadora. «El jardín parece encantado esta noche», pensó, el escenario ideal para lo que debería haber sido su primer baile. «Es evidente», se dijo con amargura, «que el personal doméstico no está incluido entre los invitados».

Incapaz de apartar la mirada del impresionante espectáculo que podía admirar desde aquella altura, contempló la iluminación, las mesas dispuestas, los invitados y los suntuosos trajes que lucían... de repente todo tembló ante sus ojos, como si una cortina de agua hubiera caído entre ella y el exterior, y se dio cuenta de que estaba llorando. Retrocedió bruscamente y se quitó la máscara.

—Violante, que te muerda un áspid como aquella a la que imitas inapropiadamente —la maldijo, secándose las lágrimas con rabia—. ¡Yo soy una verdadera soberana, tú sólo una ramera indigna de representarla!

Luca miraba aburrido a su alrededor, entre un guerrero sarraceno y un hada Morgana. Más allá, un improbable Otelo perseguía a una torneada Desdémona, mientras un esbelto jugador asediaba a una lánguida doncella vestida con ropajes renacentistas. Tras divisar la mesa de las bebidas, se acercó a ella, cogió una copa de champán frío y se la bebió de un trago.

¡Maldita sea!, ¿qué diablo le había poseído para mezclarse con aquel revoltijo de fantoches? ¿Con qué engañosos y astutos movimientos le había persuadido aquella frívola vampiresa de Violante para que interviniera en aquel ridículo sarao en el que, entre otras extravagancias, eran las damas las que elegían a los caballeros para bailar con ellos? Sin embargo, aunque detestaba ese tipo de actos, se había dejado involucrar.

Bebió de nuevo y resopló, con la mirada zigzagueando entre los presentes. ¿Y dónde estaba ella? ¿Bajo qué disfraz se escondía Valentina? La necesidad de verla, de estar cerca de ella, mientras se lo negaba incluso a sí mismo, le punzaba. Era una digna oponente. «Capaz como ninguna de agudizar en mí el gusto por el desafío» se justificó. En realidad, la sensualidad de Valentina, tan espontánea y carente de malicia, se había apoderado de él, y palpitaba de deseo reprimido.

De nuevo escudriñó la riada de asistentes a la fiesta, tratando en vano de identificar a aquella que, después de Camilla, ejercía sobre él una atracción tan intensa que él era incapaz de dominar. Era una búsqueda infructuosa, así que desistió. Tal vez Valentina se le hubiera acercado en el transcurso de la velada, reconociéndole, ya que se había negado a disfrazarse. Única concesión al estilo del baile, en la cara llevaba una media máscara que ya le producía terribles molestias. Los demás se lo estaban pasando como nunca, tuvo que reconocerlo, bebiendo más champán. Meditó para sus adentros que al prójimo no le preocupaba en absoluto tener un invasor a las puertas. La alegría desenfrenada hizo que la amenaza austriaca pasara a un segundo plano. Desde el Congreso de Viena, una orgía de bailes, banquetes y recepciones se había extendido desde la capital austriaca por toda Europa. Sin embargo, reflexionó Luca, conteniéndose obstinadamente, entre aquella gente alegre y risueña había hombres y mujeres empeñados ya en un ideal de libertad que estaban tan decididos a alcanzar como él. Conspirando en secreto con la Carbonería, compartiendo el ardiente anhelo de expulsar al opresor extranjero.

«Son patriotas como yo», pensó: orgullosos de contribuir a la causa italiana por todos los

medios posibles. En Milán, donde su presencia era necesaria durante la mayor parte del año, su radio de acción era limitado; allí en Piamonte, con Suiza tan próxima, se organizaba mejor, sin temer a nada ni a nadie. Incluso se atrevió a exponerse en primera persona, aunque la expatriación clandestina de camaradas comprometidos implicaba riesgos considerables. En Milán, tuvo que evitar llamar la atención, poniendo buena cara a los Habsburgo mientras los boicoteaba. Era consciente de que la guerra secreta contra Austria podía suponer, como mínimo, la confiscación de todos sus bienes, el encarcelamiento, cuando no la propia vida.

«Milán caerá» había sido la imprudente frase de Francisco I, el emperador. «Sin embargo, me aseguraré de que caiga lentamente».

«No, no caerá», se juró a sí mismo Luca. Los milaneses no lo habrían permitido, eran leales a su patria, celosos de su honor, orgullosos de sus tradiciones y, sobre todo, precursores de la independencia. La historia no podía detenerse con cañones y ejecuciones. Los levantamientos insurreccionales empezaban a extenderse y todos se unían en un gran sueño liberal, atentos a desviar cualquier sospecha de las actividades subversivas en ebullición, tramadas en la sombra, mientras sentaban las bases de la futura lucha por la Unificación de Italia. Y cuando alguien, presa de un excesivo y prematuro ardor patriótico, cometía una imprudencia, se ponía en marcha una coordinación preestablecida de hombres y medios para salvarle de las represalias de la terrible policía austriaca, ayudándole a buscar refugio en el extranjero...

—Disculpadme el descaro, pero no lleváis disfraz, y esto me tiene muy intrigada.

Distraído de sus pensamientos, miró molesto a la descarada dama del vestido dominó que le miraba a través de las estrechas rendijas de la máscara.

—No soporto los disfraces, simplemente.

—¿Por qué os aburrís tanto a pesar de la euforia que os rodea? ¿No os divertís?

Luca se encogió de hombros, esbozando una sonrisa de circunstancias.

—No mucho, la verdad —tuvo que admitir.

—La diversión es obligatoria esta noche —le replicó la mujer, que mostrándose más audaz aun, añadió—. Podríamos unir nuestras soledades, ¿qué decís? Supongo que todo lo que necesitáis es un poco de compañía, y yo...

—¡Le basta la mía! —intervino otra voz en tono desafiante—, ¡y él está ahora conmigo!

Disimulando la molestia, Luca desvió su atención hacia Violante, que acababa de llegar: disfrazada de Cleopatra, se cernía sobre la sorprendida dama del vestido dominó. Como efímera soberana de aquel simulacro de reino, había tomado un firme control de la situación.

—Quitaos de en medio —le ordenó a la mujer—. ¡Aquí sobráis!

—Diantres, un poquito de educación no vendría mal, ¿eh? —la reprendió—. La señora sólo quería conversar, nada más.

—Pues bien, nadie le prohíbe entretener a otros —cortó ella en seco, mientras el vestido dominó desaparecía entre la multitud y sin protestas—. Estás atareado conmigo, querido —le insinuó con voz seductora.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—Oh, aquí y allá haciendo los honores de la casa. Pero menos mal que se han acabado las formalidades y ahora te reclamo en exclusiva. Es tan raro tenerte a mano...

—Me temo que no me tendrás por mucho tiempo. —Luca vació la última de una larga serie de copas de champán—. ¡Estoy hasta las narices de este guirigay!

—¿Guirigay? —Violante se enfurruñó—. ¿Qué clase de fiesta sería si le faltara jaleo? Vamos, por una vez, no seas aguafiestas y quédate conmigo.

Exasperado, expresó una sospecha que rondaba por su cabeza:

—¿Y dónde están Riccardo y Valentina? Por más que los he buscado, no he visto ni rastro de ellos.

Ella disimuló su enfado tras una sonrisa fatua y señaló una zona abarrotada del parque.

—Riccardo, con su colorido traje de arlequín, está tratando de encandilar a ese enjambre de doncellas con un entusiasmo inagotable. Ambos sabemos que cuando hay muchas hembras pendientes de cada una de sus palabras, significa invitar al zorro al gallinero.

—¿Y Valentina? —insistió Luca.

—Tal y como lo dices, parece que debo ser su perro guardián. ¿Cómo voy a saber dónde está? Ni siquiera sé si ha bajado. No quiero que se me malinterprete, pero creo que la oí decir que no le apetecía formar parte de nuestro grupito. ¡Qué huraña es!

—Qué extraño... Me dio la impresión de que estaba feliz de asistir a tu baile.

—Te equivocas —le contestó Violante—. Ella nunca está a gusto conmigo... ni tampoco contigo, para el caso. Ella sólo se junta con Riccardo —insinuó meliflua.

—Ya —sólo le quedó confirmarlo a Luca.

—¿Por qué, entonces, arruinar mi buen humor por ella? Luca, ¿por qué no dejamos de discutir sobre esa muerte de hambre y bailamos, por fin, juntos?

Él frunció el ceño.

—¡No pretenderás arrastrarme con esa cuadrilla de locos!

—Jamás se me ocurriría imponerte semejante sacrificio, pero pronto tocarán algo más romántico y ya no tendrás excusas.

Y cuando resonaron las primeras notas de un vals, ella le empujó a la pista de baile. Bailar con un hombre tan poderoso excitaba su descomunal vanidad, pues era consciente de que despertaría la envidia de todas las mujeres presentes.

Con una mueca poco entusiasta, comenzó a dar vueltas entre las demás parejas, con sus pensamientos centrados en Valentina. No tenía ni idea de que fuera tan esnob como para desertar del baile, caviló, molesto hasta el punto de hacer bailar piruetas a Violante con un ímpetu que hizo que ella lo mirara asombrada.

—¡Qué entusiasmo! Para alguien que no se entrega a estas diversiones, ¡lo estás haciendo realmente bien!

—¿Te parece?

—No seas modesto: ¡eres magnífico!

Él le contestó con una especie de gruñido exacerbado que la redujo a un silencio temporal y cauteloso.

Pero ella no quería que se le escapara en ese momento, así que perseveró impertérrita.

—Tú y yo formamos una hermosa pareja... —susurró al oído de Luca—. Parecemos hechos el uno para la otra.

Impaciente por la frívola charla que le distraía de Valentina, murmuró algo incomprensible, y cuando terminó el vals, se excusó, abandonó a Violante a su suerte, se quitó la máscara y se dirigió a la casa. Sin embargo, se cruzó con Angelina, que deambulaba inquieta entre la multitud, como si tratara de localizar a alguien.

—Diantres, ¿no os apetecerá bailar también a vos? —exclamó Luca cordialmente.

—¡Dios santo, no! ¿Me veis toda puesta de punta en blanco?

Luca negó con la cabeza, muy divertido a su pesar.

—No consigo ver a Valentina —continuó la otra—. ¿La habéis visto por casualidad?

—Me han comentado que prefería quedarse en su dormitorio.

Un genuino asombro surgió en el mofletado rostro de Angelina.

—Debería haber estado aquí en cambio... —Frunció el ceño mientras una duda tomaba forma—. ¿Y vos como sabéis que no ha bajado, señor?

—Me lo ha dicho Violante —contestó, perplejo.

—¡Claro! —exclamó el ama de llaves, roja de ira.

—¿Pasa algo? —preguntó él alarmado.

Ella, sin molestarse en darle una explicación, echó a correr de inmediato, sin prestar atención a su desconcierto. «Quién sabe, quizás haya empinado el codo», pensó Luca. Negando con la cabeza, se adentró en el parque. Abusar del champán no era propio de él, pero una bocanada de aire fresco le despejaría la cabeza. Vagando sin rumbo por los viales, captó los susurros de las parejas que, cómplices de la oscuridad y la noche festiva, se divertían libremente. Aquellos conmovedores suspiros le molestaron más de lo debido: maldiciéndose a sí mismo, se volvió para regresar, chocando con la mujer vestida del vestido dominó que le había abordado antes. Aprovechó el encuentro para disculparse torpemente por la descortesía de Violante.

La dama profirió un murmullo ininteligible, que él interpretó como un legítimo resentimiento. De hecho, le pareció percibir un destello de rencor en los ojos que le devolvían la mirada. Convencido de conocer su origen, trató de tranquilizar a la resentida dama.

—Tranquilizaos, Violante está demasiado absorta en sus pretendientes como para volver a asaltaros. Podéis comprobar por vos misma que por el momento no se precipitará por aquí... — Le señaló a la llamativa Cleopatra, empeñada en hablar con un hombre disfrazado de Belcebú.

Otro quejido airado salió de su boca, antes de que ella lo dejara en la estacada y se internara entre los árboles y setos a su derecha.

La siguió. De manera un tanto absurda, le pareció que estaba tratando con una persona distinta, como si hubiera otra mujer bajo el vestido dominó. La despreocupación mostrada en el acercamiento, no coincidía con la muestra de timidez de ahora, pensó confuso. A menos que, claro está, Violante la hubiera espantado. Aquella dama despertó su interés. Envalentonado por las generosas libaciones que se había permitido, la abordó.

—Si aún buscáis compañía, señora, ¿queréis la mía? Tal vez vos también estéis harta de esa infernal parafernalia, y podríamos encontrar un rincón solitario donde nadie pueda molestarnos...

Ella pareció dudar, luego asintió. Aminoró el paso y, sin mediar palabra, se adentraron en la sombra fragante y acogedora que proyectaba un grupo de algarrobos que se alzaba en el lugar donde el camino se desviaba.

Violante posó sus ojos en la pareja justo en ese momento y dio un respingo. Masticando irrepetibles insultos contra el maldito vestido dominó que se había atrevido a interponerse entre Luca y ella, se devanó los sesos en un intento de dar una identidad a quienquiera que se ocultara tras aquella máscara. ¿Quién era esa mujerzuela? Se reprochó a sí misma, echando espuma de rabia, por no haber intentado averiguarlo. De pronto, sin embargo, detectó algo familiar en los andares de la que caminaba junto a Luca. Entrecerrando los párpados muy maquillados, estudió meditativamente aquel armonioso y seductor contoneo de sus caderas, reconociendo al instante a Valentina. «¡Maldita sea la muy ramera!», pensó con rabia, «¡y que un rayo incinere a la que la haya liberado!»

—¿Qué pasa?

—Nada —le respondió al hombre disfrazado de diablo que la acompañaba. Controlándose, le dirigió una mirada hosca a los dos antes de perderlos de vista, jurando vengarse cuando Valentina se pusiera a tiro. Volviendo la mirada a su invitado, le sonrió amablemente—. Amigo mío, quiero obtener información sobre una persona. ¿Y quién mejor que tú para conseguirla?

—¿De quién se trata? —él accedió gustoso, dispuesto a complacerla.

Ella lo condujo a un lugar apartado y, tras comprobar que no había testigos a su alcance, le habló en voz baja.

—Me refiero a la dama de compañía de mi tía, una falsa mosquita muerta que se ha instalado en nuestra morada desde hace un tiempo. Se llama Valentina Forte, y aunque he intentado repetidamente sonsacarle información menos vaga de la que ella me ha proporcionado sobre sí misma, quién es y de dónde viene sigue siendo un misterio. No obstante, exijo saber más sobre aquellos con los que me veo obligada a relacionarme...

Quién era en realidad aquella bastarda, ella lo sabía muy bien, pero la otra siempre se había mostrado evasiva sobre su vida actual, lo que llevó a Violante a deducir que podría haber aspectos del pasado de Valentina de los que prefería no hablar.

—Investigaré como corresponde, puedes contar con ello.

Intercambiando una mirada ambigua con el hombre que tenía delante, asintió.

—Me enseñaste que la precaución nunca es suficiente cuando alguien te la ha colado. No me gustaría tener que vivir al lado de alguien que se ha introducido entre nosotros para curiosear...

—Pero, ¿es sólo eso, o hay algo más que no quieres contarme? —le preguntó él, que no era uno estúpido.

—¿Qué insinúas con eso? —replicó ella con rabia.

—Si no tienes segundas intenciones, no insinúo nada.

—No hay nada más —declaró Violante con un persuasivo parpadeo de sus ojos—. Me gustaría cerciorarme de su buena fe, eso es todo. Podría haber tenido una conducta poco ejemplar antes de ser contratada, y hay que proteger a mi tía de posibles aprovechadas. ¿Ves algo malo en ello? ¿O ya no estás satisfecho con mis servicios y buscas una excusa para deshacerte de mí? Si ya no confías en mí...

—¡Basta, basta! —él se rio, levantando las manos en señal de rendición—. Tendrás un *dossier* exhaustivo sobre la mujer que acogéis, confiando en que finalmente tú me des a cambio los nombres de los conspiradores. He venido expresamente desde Milán. La Carbonería y los liberales piemonteses están preparando algo y es necesario sofocar el más insignificante brote insurreccional antes de que sea demasiado tarde para intervenir. Parece que el objetivo es apoderarse del reino Lombardo-Véneto y obtener una constitución, por lo que tal plan debe ser atajado de raíz.

—Te he dicho que no me metas prisa —protestó ella—. De día es arriesgado revisar los papeles de Luca, y de noche, como por despecho, suele quedarse en el estudio a trabajar. Hay que armarse de paciencia y, como yo, esperar el momento propicio.

—¿Tampoco sabrías decirme si está en contacto con los líderes de la conspiración?

—Lo sospecho, pero no tengo pruebas. ¿Crees que es tan necio como para dejar al alcance de cualquiera lo que pueda considerar comprometedor? En Milán, antes de salir para venir aquí, hubo un gran ajetreo de aristócratas, y aunque guardaron la máxima discreción, logré oír algunas frases...

—Cuenta, cuenta.

—Desde luego, no hablaban de moda ni de cotilleos. Las reuniones en los distintos salones servían, con frases en clave apropiadas, para intercambiar opiniones y directrices sobre cómo llevar adelante y acrecentar el movimiento liberal, como era de suponer. Todos ellos son personajes por encima de toda sospecha que se han unido a la lucha clandestina y se mueven con extrema circunspección, enmascarando sus verdaderas intenciones tras un prestigioso nombre.

—No me estás contando nada nuevo.

—Me temo que será muy difícil acusarlos de actividades subversivas.

—¿Te parece? —objetó él—. Tú mantén los ojos y los oídos abiertos, y ya veremos cómo termina. Un pequeño paso en falso es suficiente para atraparlos. El inquisidor Salvotti está convencido de que Luca Montalto está metido hasta la médula con la Carbonería.

—Pero no puede probarlo.

—Es condenadamente hábil para escabullirse, lo sé, pero tarde o temprano... —calló y le lanzó una mirada elocuente—, te dejo la tarea a ti, querida, y obtendrás muy buenos réditos. Por cierto, ¿qué hay de las idas y venidas entre Milán y la villa, y luego a Suiza? ¿Quiénes son los individuos que van y vienen a su antojo, y por los que tu Luca se incomoda tanto?

—Te juro que no he podido sonsacarle nada. El último visitante pasó hace un par de semanas, pero no dijo ni pío. Un cadáver habría sido más locuaz, créeme.

—¿Y a pesar de todas tus insinuaciones?

—¡Ay!, admito haber fallado: él era completamente insensible.

—¿Estás perdiendo frescura, chiquilla? No es propio de ti ser incapaz de hacerle abrir la boca a un hombre: nunca necesitaste lecciones en el arte de la seducción.

—No —convino ella, halagada—. ¿Tienes algún consejo para mí?

—¿Cómo iba a hacerlo? Improvisa, como siempre, incluso con la danza de los siete velos, si es necesario, siempre que me traigas en bandeja la cabeza de Montalto. Y si no es hoy, que sea mañana...

—Ayúdame a deshacerme de esa ramera de Valentina y doblaré mi vigilancia, triplicaré mis esfuerzos...

—¿Tanto la odias?

Su encono por la prima se encendió y Violante hizo una mueca que alteró sus facciones.

—Más de lo que me es posible odiar a alguien. Luca la mira de una manera que... bueno, no quiero correr el riesgo de perderlo. Él me pertenece, ¡y no será ella quien me lo robe!

—Me estás asustando.

—Cúbreme si quieres que nuestra relación siga siendo mutuamente beneficiosa. Si resulta que colaboro con los austriacos, ¡te garantizo que yo no sería la única en pagar las consecuencias!

—Duerme tranquila, tu adhesión a la causa italiana nunca será cuestionada mientras yo esté en la sombra. Sólo un par de mis más íntimos colaboradores saben que eres un agente doble, y son de confianza.

—¡Perfecto! —Violante sonrió coquetamente—. Y ahora ven, debemos brindar por nuestro futuro.

—¿Solo brindar?

—Querido, se puede brindar en cualquier sitio... incluso en una cama, ¡y en la villa hay varias disponibles!

Valentina había corrido al jardín en cuanto Angelina le había abierto la puerta pero, por increíble que pareciera, se había dado de bruces con Luca. Casi había chocado con ella, y mandarlo a paseo, con el mal humor que ella tenía, era lo menos que podía hacer. Sin embargo, se había ablandado de inmediato porque, como ya era habitual, le bastaba tenerlo a su lado para perder la cordura. El cuerpo, como una entidad escindida del cerebro, dejaba de obedecer los mandatos de la mente. Y ahora se sentía feliz de estar con él. Lo miró a través de las rendijas de la máscara: él parecía absorto en quién sabe qué pensamientos, pero al sentir los ojos de ella clavados en él, se volvió para mirarla.

—¿Quién sois? —le preguntó él suavemente.

Para evitar que reconociera la voz, se limitó a hacer un gesto de negación con la cabeza. Ella no se atrevía a decírselo, temiendo que la cortesía se esfumara, estropeando la magia de aquella noche. Le miró fijamente con el alma en los ojos, tentada de rozar su rostro masculino con una caricia. Respiró hondo para calmar los latidos de su corazón, anhelando que él la besara. Aquellas semanas de cercanía con él habían puesto a prueba su resistencia interior, y ella nunca hubiera imaginado enamorarse de un modo tan absoluto y completo de un hombre que, desde el único beso que habían intercambiado, la había ignorado abiertamente. Sin embargo, era tan consciente de que estaba sucumbiendo a él que ansiaba que volviera a besarla.

—Si no sé quién sois, ¿cómo podré volver a veros? —Miraba impotente a la enmascarada. Quizás fuera una mujer casada y no quería que la reconocieran. Puede que quisiera lo mismo que él, que era entregarse a una aventura fugaz, a una noche de amor sin futuro, pero aun así tenía que asegurarse—. No puedo explicarme este mutismo vuestro. No hace ni una hora, estabais tan habladora y animada.

¿Hace una hora? ¿Qué estaba diciendo? Diez minutos antes, aún estaba atrapada en su dormitorio...

—¿Queréis que volvamos a la fiesta? —le preguntó por si acaso, mientras se detenía.

—¡No! Aún no.

—Como deseáis... —Por puro instinto, la atrajo hacia sí y, cuando sus cuerpos se adhirieron, suspiró. Su perfume era embriagador, como un afrodisíaco. Reconoció aquella fragancia, pero no pudo concentrarse en quién la usaba. El champán había reducido sus percepciones sensoriales y su mente luchaba por centrarse en los detalles, pero estaba seguro de que ya había oído aquella esencia de rosas. La aspiró casi con voluptuosidad, y ahuyentando las preguntas inútiles rompió su vacilación, se inclinó y capturó su boca. Unos labios suaves y dulces se abrieron ante la invasión de su lengua, y algo indefinible se agitó en su alma, mientras una súbita excitación le endurecía la entrepierna.

—Quienquiera que seáis —jadeó—, deberíais saber que un hombre tiene unos límites: me estáis excitando, empujándome más allá de simples efusiones con tal ardor—. Pero sin su consentimiento, dudaba en mostrarse más atrevido, así que se retrajo a regañadientes.

Para su sorpresa, fue Valentina quien le ofreció la boca, perdiéndose en el placer del beso, olvidando quién era, dónde estaba y todo lo que existía fuera del círculo de aquellos brazos.

«Su respuesta no puede ser equívoca», pensó Luca, mientras los sentidos se apoderaban de él. Sus manos se deslizaron bajo los amplios pliegues de su traje, subiendo hacia la plenitud de sus pechos. El impacto con la piel suave y cálida de la dama, los estremecimientos de un cuerpo enardecido por la pasión agudizaron el deseo de forma insoportable. La besó con devoradora avidez, y ella le correspondió con la misma lujuria, provocando en su sangre la imperiosa necesidad de poseerla. Era incapaz de resistirse.

—Señora, no puedo tomaros en la hierba... —Calló y se aferró al agónico atisbo de lucidez que aún le quedaba, a la espera de una palabra de rechazo, que no llegó. Y a continuación Luca no supo decir quién de los dos había tomado la iniciativa, pero se encontraron entrelazados y él se perdió en la boca de aquel vestido dominó que parecía querer llegar hasta el final. Acallando los escrúpulos que le quedaban, la cogió de la mano y la arrastró hacia el pabellón de caza. Cuando el edificio estuvo frente a él, la alzó en brazos y subió corriendo los pocos escalones, apremiado por una impaciencia inusitada que le incitaba a la intimidad con ella. Abrió la puerta de una patada y se abrió paso en la oscuridad hasta el dormitorio; luego, dejándola deslizarse hasta el suelo, buscó a tientas la lámpara para hacer algo de luz.

—No lo hagáis —le rogó ella en un susurro sincero cuando, recuperados los fósforos, Luca

encendió uno.

—¿Por qué no? —le preguntó, con la cerilla en la mano.

—Yo... tengo mis razones.

—¿Estáis... casada?

—No, os lo aseguro.

—¿Por qué, entonces?

—No quiero que sepáis quién soy.

—Como queráis —consintió él, que había visto algo en el resplandor del fósforo. Poco, a decir verdad. Ella se había quitado la máscara, pero había inclinado la cabeza y soltado su larga melena oscura, que le caía sobre el rostro y le impedía distinguir sus facciones. Pero las ganas apremiaban y así empezó a desnudarla con gestos excitados. Sus ojos se estaban adaptando a la oscuridad, permitiéndole distinguir detalles de ella, pero lo que tocaban sus manos, sensibilizadas por aquel movimiento ciego, le cortó la respiración: la desconocida tenía unas proporciones perfectas.

Acarició sus pechos altos y firmes con un gemido, inclinándose para lamérselos con los labios y la lengua. Ella se estremeció, echó la cabeza hacia atrás y emitió un gimoteo, y ante aquel sonido que revelaba la intensidad de su deseo, Luca no pudo resistirse más. Retiradas las mantas, la tumbó en la cama, se despojó de su ropa y, tumbándose a su lado, volvió a besarla con ardor. La deseaba tanto que temblaba en su esfuerzo por contenerse, por no precipitarse.

La mujer tenía unas formas físicas que parecían creadas a su medida, y él las exploraba con la boca y las manos, ebrio de vino y de ella. Con la lengua saboreaba su íntima dulzura, exultante cuando los espasmos de placer la hacían estremecerse contra él. Sólo cuando no pudo exigirse más, se colocó entre sus piernas, preparándola para recibirle con eróticos juegos de dedos, con caricias que anticipaban la penetración, entrando y saliendo de ella, insistentemente, hasta que sus gemidos se convirtieron en sollozos de voluptuosidad.

Al sentir la dura presión del pene en la parte superior de sus muslos, Valentina salió de repente de la viscosa red de deseo en la que estaba atrapada y se agarrotó. Dios mío, ¿cómo había llegado tan lejos?

—No —dijo, tratando de rechazarlo.

—Pues sí —la contradijo, dominado por los impulsos sensuales y la necesidad de encontrar un desahogo liberador a través del orgasmo. La agarró por las muñecas y le levantó los brazos sobre las almohadas, sometiéndola con su cuerpo y la fuerza innegable del deseo mutuo. Antes de que ella pudiera articular una protesta, la boca voraz de Luca se apoderó de la suya y le impidió pronunciarla; luego, con un firme empujón, la hizo suya.

A Valentina se le escapó un grito ahogado de dolor y luchó en vano por rechazarlo.

Asombrado por aquel descubrimiento, él se quedó inmóvil y la miró con incredulidad. Maldita sea, ¿por qué no le había dicho que era virgen? Con los dedos acarició su rostro borroso en la oscuridad que envolvía la habitación, y sintió la humedad de las lágrimas: le dolía haberle hecho daño.

—Deberías haberme avisado... —murmuró, y su voz estaba impregnada de pesar.

—Yo también lo quería —le tranquilizó en un suspiro apenas audible—. No tienes por qué sentirte culpable.

—Pero si lo hubiera sabido, habría sido más delicado...

—Ya es pasado, créeme, y me alegro de que hayas sido el primero —le confesó, relajándose en sus brazos. «*Carpe diem*, Valentina, aprovecha el momento y no te preocupes por el resto», pensó, sin importarle en absoluto las consecuencias. Suspiró extasiada cuando él comenzó a

moverse de nuevo en su interior, poseyéndola tan profundamente que casi no era consciente de sí misma, sino sólo de las sublimes sensaciones que él le hacía sentir con sus embestidas y besos, impregnada de un éxtasis cada vez más agudo e inminente que la embelesaba. Luego llegó una plenitud tan extática y prolongada que lágrimas de alegría brotaron de sus ojos.

Yacían exhaustos, con la pasión finalmente apagada.

—Eras virgen —repitió Luca al cabo de un rato, como si no pudiera comprenderlo.

—¿Tan grave es que ya no lo sea? —Besó su garganta, embargada por emociones inexpresables al sentir bajo sus labios la epidermis masculina ya rugosa por la barba.

—Para mí lo es —le replicó él—. Y hablaremos de ello por la mañana.

—¿Mañana por la mañana?

Luca esbozó un gesto impreciso.

—Estoy demasiado cansado y alterado para discutirlo ahora.

—¿Es realmente necesario discutirlo?

—¿No tengo que saber quién es la virgen con la que he hecho el amor? —le contestó con un deje de dureza.

Valentina prefirió ocultarle que se iría temprano. Prefería saborear todo lo que pudiera de una noche que sería irrepetible. Besó su boca, su cuello, su pecho, mientras sus sentidos se reavivaban al contacto con su cuerpo, desnudo y lujurioso.

—¡Dime quién eres! —insistió, excitado por aquellos pechos pegados a su torso, por la provocativa y seductora sensualidad de aquellos labios femeninos que le lamían.

—Ahora no —ella no dejaba de provocar su curiosidad, pero cuando, sin aliento, levantó la cabeza, Luca le agarró la mano y, cogiéndola desprevenida, le deslizó un anillo en el anular.

—Pero ¿qué?... —Ella intentó quitárselo y devolvérselo, pero él se apresuró a sujetarle las muñecas.

—Es un anillo familiar y debes conservarlo como prenda de mi devoción.

—Aprecio el regalo, pero no puedo aceptarlo...

—Pero te lo pondrás —su tono era imperativo—. Me aseguraré de encontrarte cerca de mí cuando despierte. ¿Aún no has comprendido que no quiero perderte?

—No es una buena razón para imponerse sobre mí, y yo no... —El resto de la frase se perdió en su boca mientras él la cerraba con un beso ardiente que reclamaba más placer de ella.

El silencio volvió a reinar en la sala, mientras los besos daban lugar inevitablemente a una voluptuosa fusión de cuerpos y corazones tan abrumadora que trascendía la materialidad del coito.

Luca se despertó cuando el resplandor del alba se colaba en el pabellón de caza y se estiró perezosamente. Tardó unos segundos en darse cuenta de que no estaba en su dormitorio. Desorientado, con las sienes palpitándole incómodamente, luchó por orientarse. Luego, como un velo que se corre, lo recordó todo. Se giró parpadeando hacia el lado izquierdo de la cama, maldiciendo al verla vacía. Se dejó caer pesadamente sobre las almohadas, y su memoria, que sufría la resaca del champán, le devolvió imágenes de una hermosísima mujer, una criatura apasionada que le había regalado una noche inolvidable.

Con gesto cansado, apartó la sábana y vio la prueba de su pureza. ¿Por qué había huido? ¡Maldita resaca!, ¿cómo iba a encontrarla ahora? Pasó suavemente la mano por el hueco que quedaba a su lado, una caricia que le habría gustado hacerle... Dio un respingo cuando sus dedos encontraron un pequeño objeto: era un pendiente de oro y diamantes de exquisita factura, una joya de valor, sin duda. Sonrió, apretándolo en el puño. Si ella, quienquiera que fuese, quería recuperarlo, tendría que presentarse... y él esperaría con los brazos abiertos a aquella

desconocida, toda fuego y sensualidad. Ella le había regalado su pureza, y además de apartarle el lastre de odio y resentimiento que Camilla le había dejado en su corazón, podía desviar mágicamente su mente de la obsesión que representaba Valentina.

No, no renunciaría a su dama de vestido dominó, se prometió Luca.

No después de vivir y compartir una noche así.

Valentina caminaba exhausta por el pasillo cuando, como un espectro que no encuentra la paz, Violante surgió de la penumbra de un nicho, cortándole el paso. Llevaba una bata de terciopelo rojo y su cabello rubio caía desordenado sobre sus hombros.

—¿Dónde has estado? —le gruñó con desdén, escudriñando con una mueca de reproche a la joven pálida y desaliñada que estaba frente a ella.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó ella, tratando de evitarla.

La otra la agarró rápidamente de la muñeca y, con expresión despectiva, le echó en cara:

—Has estado con Luca hasta ahora, ¿verdad? ¡Ya había intuido que eras una mujerzuela de la peor calaña!

—¡Mira quién fue a hablar! —Valentina la encaró con igual hostilidad—. Quítame las manos de encima, y cuidado con lo que dices.

—Y tú con lo que haces —la reprendió Violante airada—. Le has echado el ojo, pero ten mucho cuidado si crees que me vas a dejar de lado fácilmente, que lo sepas. Anoche debería haber tirado la llave al pozo en vez de dejarla tontamente en el ojo de la cerradura, pero la próxima vez actuaré en consecuencia.

—Yo también—replicó Valentina, empujándola—. Y ahora quítate de en medio.

—Eres tú quien tiene que irse. ¡Ésta es mi casa, no la tuya! Deberías avergonzarte de comportarte como una ramera en la morada de una mujer que te acogió por caridad cristiana.

—Te equivocas, yo me gano lo que como, tú por el contrario, no.

—¡Puedo permitírmelo, y además tú te has pasado de la raya como para tener que soportar tu presencia aquí! Hablaré con mi tía al amanecer y la convenceré de que te despidas.

Valentina no aguantó más: sucumbiendo a su cólera, se soltó del brazo, logrando liberarse. Acto seguido, la agarró por las solapas de la bata y la estampó contra la pared.

—Sí, Ve y dile a tu tía que pasé la noche con Luca, pero ¿podrás probarlo? Por otro lado, ¡podría contarle sobre tu excursión al desván, y además con testigos! Siempre con pruebas en mano, tendría una lista interminable de las injusticias que has perpetrado contra mí, y cualquiera que viva en esta casa podrá confirmarlo. ¿A quién crees que creerá Caterina? Te conviene no levantar demasiado polvo, o serás tú la primera en asfixiarse. Y por último, ¿quién te da la certeza de que pasé la noche con Luca?

—¡Si os vi yo misma! —gruñó Violante—. Os alejasteis juntos por el parque...

—¿Qué tiene de malo pasear por el jardín?

—No sólo paseasteis, estoy segura.

—¿Sigues con las calumnias?

—Me las pagarás...

—Escúchame con atención, parásito baboso —la interrumpió ella—. Ya estoy harta de tu inagotable perfidia, así que no dudaré en solicitar la intervención de tu tía si te atreves a molestarme de nuevo.

Violante se revolvió furiosa, mirándola con un odio implacable.

—¿Estás buscando problemas, ramera?

—No yo, tú, porque de hoy en adelante ya no sufriré pasivamente tus vejaciones.

—¡Cuidado, lavaplatos, no sabes a quién tienes enfrente!

—Y tú tampoco, y te darás cuenta a tu propia costa, si esta persecución no cesa inmediatamente.

—¿Es una amenaza?

Sin dudarlo, Valentina le dio una bofetada en la cara que la hizo tambalearse.

—No, hechos, ¡como has podido comprobar! —puntualizó totalmente calmada. Y sin dignarse a dirigirle una mirada más, llegó a su propia alcoba, cerrándole la puerta en las narices. Sólo entonces, súbitamente privada de todas las fuerzas que le quedaban, se dirigió a su cama y cayó sobre ella de golpe, cerrando los ojos. Estaba agotada, y no sólo por no haber dormido aquella noche. ¿En qué se estaba convirtiendo su vida? Desde que se había mudado a la casa de campo de la familia Montalto, sólo había tenido unos escasos momentos de serenidad.

¿Y Luca? Lo que había ocurrido entre ellos, era consciente de ello, no tenía futuro. No sabía quién era la misteriosa mujer que se había convertido en su amante, y al día siguiente, como siempre, se mostraría antipático con ella. Sin embargo, y a pesar de todo, su amor por él era algo que le caldeaba el corazón, algo por lo que valía la pena esperar. No tenía nada más. Miró el anillo con las iniciales grabadas y dejó escapar un suspiro. Tenía que devolvérselo, por supuesto de forma anónima.

Sumida en las imágenes aún muy vívidas de un amor abandono, finalmente se durmió exhausta.

Capítulo 17

Hacía tres semanas que habían vuelto a Milán y Valentina, en el hermoso edificio de Vía Meravigli, se estaba acostumbrando a la niebla que descendía sobre la ciudad en esa época del año. Las mejores horas del día las pasaba con Caterina, y el afecto entre ellas se hacía cada vez más profundo. El único obstáculo insalvable era la impaciencia de Luca hacia ella.

Ella había intentado mitigarla, pero él seguía atrincherado en su rencor, y mañana tras mañana, ella tenía que recurrir a sus reservas de valor para enfrentarse a él con aparente calma. Una situación que la hacía sufrir en silencio. No le contó nada a Caterina, pero a sus ojos no pasó desapercibida la actitud poco afable de su hijastro hacia ella. La instó a dar tiempo al tiempo. Más fácil decirlo que hacerlo. Cruzaba el umbral del estudio esperando con tenaz optimismo un gesto de amabilidad, para encontrarse con la frialdad de él.

Por regla general, él la ignoraba, pero a veces, cuando levantaba la vista, ella lo sorprendía mirándola de forma insondable. Inmediatamente desviaba la atención, sin saber que Valentina revivía a menudo el encanto de aquella noche junto al lago, cuando en sus brazos había descubierto la felicidad.

Aún no se había decidido a devolverle el anillo: lo guardaba bajo el vestido, colgado de una cadena, estremeciéndose de placer con solo rozarle el pecho. Era como si los dedos de Luca la acariciaran: recordaba el tacto sensual de sus manos sobre su cuerpo y de sus labios sobre su piel desnuda. Era un esfuerzo agotador ocultar cuánto lo amaba, pero hacer el ridículo era lo último que deseaba.

Se limitaba a mirarlo de reojo con los ojos entornados, admirando la despreocupada seguridad de sus modales, el físico esbelto, el rostro masculino... Afortunadamente, aparte de unas cuantas miradas, él no se molestaba en observarla más de cerca, pues de lo contrario se habría dado cuenta de que suspiraba por él. La única salida a ese estado de cosas era mantenerse ocupada, y con puntualidad había despejado su trabajo atrasado, obteniendo a cambio la mísera recompensa de una renuente aprobación.

Ayudar a Caterina y Luca implicaba, entre otras cosas, ocuparse de su correspondencia y leer muchos de sus documentos. Así se dio cuenta de que ambos colaboraban cautelosamente con activistas liberales, gestionaban in situ el alojamiento de exiliados políticos y desembolsaban grandes sumas de dinero para apoyar la causa italiana. Ahora sabía por qué Luca se ausentaba tan a menudo con el pretexto de los negocios. También se ocupaba de ellos, por supuesto, pero la actividad política tenía prioridad sobre todo lo demás.

Si *jardinera* era el título que se daba no sólo a las mujeres afiliadas a la Carbonería, sino también a las que actuaban en secreto a favor de la independencia nacional, Caterina tenía derecho a él. A través de ella, mediante cartas, se producía un denso intercambio de inestimable información entre los federados piamonteses y lombardos. Algunos de los principales partidarios de los levantamientos acudían a su residencia milanesa en calidad de amigos: los hermanos Castilla, el poeta Berchet, el diplomático Marliani y los abogados de Novara, Vismara y Ponzani, así como las queridas amigas Amalia y Rosa Cobianchi, partidarias de los Carbonarios, que, como Caterina, eran originarias del Lago Mayor. Nadie imaginaba que aquellas cenas, meriendas, frívolas reuniones dominicales, nada tenían que ver con la mundanidad: en medio de la cháchara y el cotilleo, se intercambiaban informaciones valiosas para los patriotas, frases en clave, noticias imprescindibles para transmitir a quienes actuaban en la sombra, porque Italia y el gran sueño de la Unidad eran los invitados de honor.

Ella se lo había mencionado delicadamente a la condesa durante la redacción de una carta bastante confidencial, dirigida como las demás al *Hôtel de Hollande* en París, donde se reunían los exiliados italianos.

—¿No es peligroso exponerse así?

—Aunque así fuera —le contestó con calma Caterina—, seguiría haciéndolo. Sé que puedo confiar en ti, querida: eres la discreción personificada.

—Me enorgullece contribuir, con mi granito de arena, a la misma causa que vos.

—Me alegra mucho. —La mujer había dado su aprobación con un gesto, y ninguna de los dos había vuelto a tocar el tema.

Un día Corsini se había presentado para entregarle una carta de Rosa. Mientras él y Caterina conversaban amigablemente, Valentina se había sumergido en su lectura. Su madre le contaba que Ruggeri se había recuperado por completo, y parecía haber renunciado a toda represalia contra ella, lo que bastaba para que la gente del pueblo comprendiera cómo habían sido realmente las cosas. Después de regresar al convento, las monjas la visitaban a menudo; le enviaban los saludos más afectuosos. Rosa admitía que la echaba de menos, pero se alegraba de que estuviera en Milán: había habido disturbios en Nápoles que se habían extendido a los alrededores. Las noticias al respecto eran fragmentarias, pero circulaban rumores de que los carbonarios napolitanos, al mando del general Guglielmo Pepe, se habían sublevado en masa, obligando al rey Ferdinando a capitular y a otorgar la Constitución el 13 de julio, jurando acatarla. También se rumoreaba que los soberanos de la Santa Alianza, instados por Austria, acudían en su ayuda, y era difícil prever las consecuencias. Su madre concluía instándola a no angustiarse: Golia velaba por ella y todo iba bien en San Michele. También él sentía cierta melancolía por su Valentina: esperaba recibir unas palabras de su lejana amiga cuando le respondiera Rosa.

Le había enseñado la carta a Caterina, en la que había palabras amables de Rosa para la condesa, que se había emocionado. Valentina se había tranquilizado un poco con las buenas noticias de casa: la reconfortaba saber que no era responsable de la muerte de un hombre, por despreciable que se hubiera mostrado.

Incluso dentro de la casa las cosas funcionaban mejor. Violante guardaba la distancia con ella, y Riccardo, haciéndolo discretamente, seguía cortejándola. Para demostrarle a ella que sus pretensiones no se limitaban a las intenciones, una mañana había entrado en el estudio de Luca para declarar a su hermano que tenía la intención de asumir su parte en las tareas familiares, apoyándole en la gestión de sus intereses inmobiliarios. Si Luca se había mostrado escéptico sobre su perseverancia, no le quedó otra que recapacitar. Riccardo seguía recto, cumpliendo las tareas que le encomendaba. En vacaciones, la llevaba a pasear por Milán, tratando de entretenerla.

—Querida, ¿y mis gotas?

La voz cansada de la condesa sacó a Valentina de aquellas reflexiones, devolviéndola al presente.

—¡Oh, Caterina, no tengo perdón! —se disculpó, apresurándose a servirle la medicina. No se encontraba bien y llevaba una semana sin levantarse de la cama. A pesar de ello, había querido organizar una recepción para presentarla a sus amigos. Los preparativos estaban en pleno apogeo y las discusiones entre ella y el ama de llaves, que discrepaban sobre los detalles, acababan invariablemente implicando también a Valentina.

Aquella tarde, sin embargo, le prohibió categóricamente a Angelina que mencionara siquiera vagamente la fiesta: Caterina se cansaba con facilidad y quería evitar que abusara de sus

fuerzas. Se ofreció a leerle para distraerla. La otra aceptó, mirando con nostalgia un cuadro de Federico Montalto, el padre de Luca y Riccardo. Siempre había pesar en los ojos de la condesa cuando contemplaba aquel cuadro, y Valentina sintió una punzada de envidia por el amor que debió de compartir el matrimonio.

—Os queríais mucho, ¿verdad? —se atrevió a preguntarle.

—Sí, mucho... Y lo extraño de una manera increíble, aunque ya ha pasado algún tiempo desde el accidente. —La mujer cerró los párpados y el dolor pareció atenazarla con la misma intensidad que entonces—. Nos queríamos y nadie creería que al principio le había rechazado.

—¿De veras?

—Mi padre me impuso con autoridad el matrimonio con Federico, y me pareció monstruoso verme obligada a casarme con un hombre por el que no sentía sentimiento alguno, además viudo y con dos hijos.

—Lo entiendo.

—En aquel momento estaba perdidamente enamorada de otro, correspondida de una manera que ni te imaginas...

—Cosa que vuestro padre no aprobaba, ¿verdad? —la interrumpió ella, que seguía la historia embelesada.

—En efecto. Mi hermana había querido casarse a toda costa con un pobre hombre, y papá, decepcionado, había volcado sus ambiciones en su hija menor, yo, y se negaba en redondo a que Gaetano y yo nos desposáramos.

—¿Os obligaron a dejarlo?

—Si hubiera dependido de mí, estaba dispuesta a todo, incluso a marcharme con mi Gaetano, realizando la clásica fuga. No me importaba traer más desgracia sobre el apellido Santacroce. Esperaba un hijo, y puse a mi padre ante un hecho consumado.

—¿Y cómo reaccionó?

—Se puso furioso y me encerró en mis aposentos, pero yo no habría cedido si... —Caterina enmudeció y un infinito abatimiento brilló en su rostro—, Gaetano no se hubiera ahogado durante una travesía en barca por el lago en una noche de temporal.

—Dios mío, qué horror...

—Una parte de mí murió con él. Por si fuera poco, mi hijo no sobrevivió al parto, y fue una pena tan inmensa que aún hoy, veinte años después, no se ha borrado.

—¡Es terrible! —Valentina se enjugó las lágrimas. Ignoraba por completo que la mujer que le había hecho conocer tan tristes hechos era su verdadera madre, que la niña era ella y que el infeliz Gaetano era su padre. Y lo ignoraba la propia Caterina, lejos de suponer que el destino, como si quisiera compensarla por tanto sufrimiento, le hubiera devuelto a su hija.

—Sí, terrible... Me dijeron que la pequeña, de haber vivido, lamentablemente no habría sido normal, pero nunca me he resignado a su pérdida.

—¿Cómo puede una madre hacerlo? —comentó con la voz quebrada por la emoción.

—Siempre le pregunto a Dios por qué no me dejó al menos a ella, habiéndome negado la dicha de tener más hijos propios. La habría querido tanto...

— Me duele tanto que ni siquiera puedo expresar que la vida os haya reservado padecimientos tan atroces. Deben haber oprimido vuestro corazón de una manera cruel.

—No se los deseo a nadie. Hay dolores que no matan, pero atormentan incesantemente a quien los sufre. Si pensáis entonces que Rosa también me abandonó, podréis comprender en qué devastador estado de ánimo me encontraba. El colapso físico y moral estuvo a punto de llevarme también a la tumba, pero papá me hizo tratar por buenos médicos y poco a poco fui saliendo de

aquella profunda postración, casándome pronto con alguien a quien estaba convencida de odiar. En los primeros meses estuve tan abúlica e intratable que exacerbaba a todo el mundo, pero no a Federico. Él era maravilloso, y como el caballero que era no quería forzarme de ninguna de las maneras. Pero a la larga aprendí a quererle como nunca pensé que podría quererle. Su comprensión, su amabilidad y su amor me conquistaron.

—Así que, en parte os compensó por la pérdida de Gaetano.

—No lo niego, es sólo que también Federico me fue arrebatado demasiado pronto. Me dejó a Luca y Riccardo, que me quieren, y a Violante, que aunque me causa algún que otro quebradero de cabeza, me quiere mucho. Por último estás tú, querida, una persona de la que ya no podría privarme, tal es el consuelo de tu presencia. ¿Puedo quejarme?

—Pero es tan insignificante lo que hago por vos —se escudó—. Aunque os debo una enorme gratitud. Me tratáis como a una más de la familia, en contraposición a otra persona que parece disfrutar incordiándome... —Valentina se arrepintió al instante de haber pronunciado esas inapropiadas y amargas palabras.

—Te refieres a Luca... —La condesa suspiró—. ¿Te exaspera tanto que te abstienes incluso de pronunciar su nombre?

Ella asintió a regañadientes.

—Por otro lado, no se le puede culpar si no puede aceptarme.

—¡Cuentos! Hace poco le sondeé para ver si seguía teniendo la misma opinión, sobre tu *ineficiencia*.

—¿Y qué os respondió?

—Aunque a regañadientes, te aprecia por la forma en que realizas las tareas que te encomienda.

—Pero ¿estáis segura? —se asombró Valentina.

—Ya lo creo. Sus reservas se están desmoronando, y aunque a ti no te lo parezca, se está ablandando.

—Quizás mienta para no disgustaros —objetó ella—. Me apreciáis mucho y probablemente no quiera disgustaros, especialmente ahora que estáis indispuesta...

—Lo dudo.

—Caterina, me habéis protegido y apoyado desde el momento en que me conocisteis, ¿por qué?

—Qué puedo decir... Me gustaron tus ojos sinceros y honestos, el coraje con el que te enfrentaste a Luca, y sabía de qué sombría experiencia venías.

—¿Os referís al barón Ruggeri?

—Corsini me contó tus desventuras con ese canalla blasonado. Pero tú eres de las que no se rinden ante la adversidad, querida, y en lugar de lamentarte y suspirar por los agravios recibidos, luchaste como una leona por...

—¿Y creéis que sirve de algo luchar? A veces no basta con apretar los dientes... Hay días en los que estoy entre la espada y la pared, y otros en los que tengo miedo de no poder aguantar más, de no salir adelante.

—Al fin y al cabo, un día sólo dura veinticuatro horas, y al día siguiente puede ocurrir algo que cambie radicalmente tu vida. La parte más oscura de la noche es la que precede al amanecer, recuérdalo. Ten confianza y no te rindas: el destino puede depararte hermosas sorpresas. Y además, tienes que divertirme más.

—¿Por eso habéis organizado la recepción en mi honor?

—También. Pero en particular quiero presentarte en sociedad.

—¿Con qué fin? Soy una persona vulgar, hija de gente corriente, y por tanto no tengo credenciales para poder frecuentar el hermoso mundo de la aristocracia...

—¡Tonterías! Te mueves con donaire, has recibido una educación de primera clase y tienes una gentileza innata, nadie te mirará con mala cara, y Luca... —hizo una breve pausa y guiñó un ojo con picardía—. Bueno, al final abrirá los ojos. Porque lo amas, ¿verdad? —Más que una pregunta, lo de Caterina era una afirmación.

—Pero ¿qué decís? —Valentina sintió que sus mejillas se encendían de vergüenza—. Yo no... —Se le quebró la voz y meneó la cabeza, incapaz de continuar.

—¡Querida, no es pecado enamorarse! —exclamó la otra con una sonrisa—. Puede que yo esté confinada en estas habitaciones, pero ciertas cosas no se me escapan. Cuando posas tu mirada en Luca, se puede leer en tu rostro lo que sientes.

—Oh Dios, así que también él también se habrá dado cuenta de que... —estaba tan consternada que se calló.

—¡Imagínate! —resopló Caterina—. Él está demasiado centrado en hacerte la guerra como para comprender que está loco por ti. Por completo. Incluso finge consigo mismo execrarte, pero a mí no me engaña: me he dado cuenta muy bien de cómo te mira cuando cree que nadie se percata de ello.

—Pero no puede ser, sin duda lo habéis mal interpretado... —lo negó con brío—. Él me detesta.

—Créeme, no es más que pura apariencia —sentenció la condesa—. No hay mejor arma para ocultar tales sentimientos. Luca, te lo aseguro, es un maestro en mostrar indiferencia.

—Os equivocáis, no me soporta —replicó ella—. Me ha incluido en la lista de malas personas, aunque no sabría decir qué criterios utiliza para distinguirlas de las buenas.

—Pura autodefensa para no sucumbir a los encantos de una mujer que puede alterarle —insistió la mujer.

—Yo más bien diría irritarlo.

—Capitulará, y entre nosotras, nada podría hacerme más feliz. Estáis hechos el uno para la otra, y confío en que suceda pronto lo que deseo.

«Ya había sucedido», pensó, desconsolada, y no podía sentirse peor. Por otra parte, ella lo había deseado, y no podía reprochárselo a Luca.

—No puedo explicar por qué se resiste tanto a un segundo matrimonio... —continuó Caterina—. Persiste en mí la duda de que Camilla le haya decepcionado profundamente, aunque nunca haya dejado entrever que hubiera desavenencias. Últimamente su frialdad despertaba mi perplejidad, ya que ella estaba embarazada. Suponiendo que ésa sea mi impresión, él no puede anclarse eternamente en los lamentos. Aún es joven para ser viudo de por vida, ¿no crees?

—Por la forma en que se comporta, ésa parece ser su intención.

—En realidad no quiere enamorarse y no comprende que ya lo está.

—¿Y de quién? ¡No de mí, ya que me odia!

—Amor y odio son amantes inseparables, deberías saberlo. Si mis sospechas sobre malentendidos entre Camilla y él son fundadas, es humano que desconfíe de todas las mujeres. Lo hace prácticamente con todas, moderándose con Violante por ser mi sobrina. Ella se aprovecha de él, cortejándolo, y esa forma empalagosa de coquetear, lo confieso, me molesta, y me fastidia su venalidad. Ella no es el tipo de Luca: está demasiado engreída, superficial, para aspirar a un hombre íntegro como él.

—Violante no parece de la misma opinión.

—Lo quiere porque la evita, y el amor que siento por ella no me impide ser objetiva. ¿Cómo

podría atarse a una bobalicona que sólo concibe la vida en términos de ropa de moda y emocionantes actos sociales? Necesita una mujer de verdad, con valores genuinos, una compañera como tú, y te digo que...

Valentina no le permitió añadir nada más.

—Me temo que os estáis adentrando en la pura fantasía y me niego a seguir complaciéndoos. Luca sólo me guarda rencor; ¿en qué os basáis para afirmar lo contrario?

—Hay personas que ocultan su esencia más íntima tras un cristal, grueso y opaco, que no deja ver nada. Pero si una piedra lo rompiera y se pudiese mirar dentro, hasta el rey de los escépticos se sorprendería —Los ojos de Caterina tuvieron un brillo alusivo—. El amor, el verdadero, hay que conquistarlo, hazle caso a esta romántica incurable, que lo ha tocado con sus propias manos. Pero sabes de sobra que no hay nada que valga tanto como esa vibración indefinible que invade el corazón, y tiñe de sentido nuestra existencia.

—Francamente, sigo dudando de que sienta algo por mí.

—¿Lo amas?

—Más de lo que creía posible —admitió Valentina con un suspiro.

—Entonces, ¿por qué rendirse?

—Porque no quiero lastimar mi corazón.

—¿Así que te rindes?

—No es una cuestión de rendirse, sino de sentido común. No se puede obligar a nadie a...

—Vamos, el amor puede mover montañas, así que ten fe y el resto vendrá solo.

Valentina asintió, aunque le resultaba difícil conciliar la imagen del hombre hostil que era Luca con la descripción idílica que había hecho Caterina.

Pero... bueno, ser positiva no era vergonzoso, después de todo, también porque la esperanza, decían, siempre era lo último en morir.

Capítulo 18

Valentina se contempló por última vez en el espejo. El vestido de gasa blanca de talle alto y mangas abullonadas trazaba suavemente las líneas de su cuerpo, realzando el tono rosado de su tez. El escote le parecía un poco abultado, pero la modista no había querido atender a razones y había tenido que ceder. Su cabello, recogido en lo alto de la cabeza, parecía más negro con unas cuantas rosas de seda blanca colocadas entre los tirabuzones.

—¡Estáis encantadora! —Angelina tiró con decisión de la tela de la parte delantera para mostrar su envidiable escote en todo su esplendor—. Y si os sorprende metiéndoo el escote otra vez —la amonestó con un gesto que la hizo reír—, ¡yo misma os lo coseré a la piel!

—Pero si casi se me ve el ombligo. ¿Qué pensarán los invitados de tal exhibición de... de...?

—Pensarán —la otra la interrumpió resuelta—, que sería un crimen ocultar tal esplendor femenino, ¿no?

—Me parece que me estáis halagando en exceso.

—¡Y yo que pensaba que estaba diciendo obviedades! Podéis pensar que lo mío sea puro halago, pero marearéis a los hombres que os miren.

—¡Renuncio a discutir con vos!

—Sí, mucho mejor.

—Más bien, ¿cómo voy a respirar sin que surjan problemas? ¿No me saltarán los botones y las costuras al primer vals?

—Vamos —resopló el ama de llaves—. Dejaos de remilgos: el vestido os sienta divinamente. Y esto añadirá el toque final —añadió, entregándole un estuche.

—¿Qué es?

—Un regalo. A la condesa no le parecía justo que fueseis la única de todas las damas enjoyadas que no tuviera uno, así que se ha encargado ella.

Valentina lo abrió con manos temblorosas de emoción, abriendo los ojos al ver el collar de platino con un solitario de incalculable valor en su centro, y los pendientes a juego.

—Pero... ¡es demasiado para mí! —fue todo lo que pudo decir.

—No iréis a llorar, ¿verdad? —La regañó la mujer con afectuosa brusquedad, colocándole el collar y luego los pendientes—. Oh, os quedan muy bien —dijo satisfecha, volviéndola hacia el espejo—. Joyas espléndidas sobre una criatura igualmente espléndida: ¡no habrá un solo hombre digno de serlo que no caiga esta noche rendido a vuestros pies!

—Queréis confundirme... Angelina, ¿qué sería de mí si no estuvieseis vos y ese ángel de condesa para colmarme de cuidados? Siento tanto haber perdido uno de los pendientes que me regaló...

—¡Amén! —la interrumpió, gesticulando impaciente—. Lo habéis buscado hasta la saciedad; ¿de verdad queréis convertirlo en una enfermedad?

—No, pero lo lamento igualmente. —Valentina dejó escapar un afligido suspiro. Incluso se había aventurado a entrar en el pabellón de caza, después de haber registrado el parque palmo a palmo, en vano.

—No penséis más en ello —la consoló la otra—. Los jardineros de la villa han sido advertidos y tarde o temprano, rastrillando el césped y la grava, lo encontrarán.

—Eso espero. Cuido mucho los regalos de Caterina, y en cuanto baje le expresaré mi gratitud por su exquisito gesto de esta noche.

—Querida, si os quiere y os lo demuestra de forma tangible, es que os lo habéis ganado,

¿no? ¡Y ahora dejémonos de chácharas y bajemos a disfrutar de la velada en vuestro honor, en la cara de esa corneja disfrazada de mujer llamada Violante!

Valentina le estampó un beso en la mejilla y salió sin más dilación, casi chocando con Riccardo, que había subido a llamarla.

Impecable con su frac, la miró boquiabierto mientras sus ojos se deslizaban sobre ella. Luego expresó su admiración con un silbido que provocó una risita nerviosa en Valentina.

—¡Que Santa Lucía me conserve la vista! ¡Cortas la respiración!

No pudo hacer otra cosa que negar con la cabeza. Le estremecía la idea de ser el centro de atención, escrutada y evaluada por desconocidos.

—Me gustaría salir corriendo...

—No temas, ángel, yo estoy a tu disposición —la animó con un tono jovial.

Valentina posó la mano cubierta por el guante blanco en el brazo e, intercambiando una mirada de simpatía, entraron en la escalera de mármol. Una sutil sensación de inquietud se apoderó de ella al entrar en el salón y verlo abarrotado de invitados. Se aferró al joven como a un salvavidas. Su mirada vagó de uno a otro de aquellos rostros desconocidos, hasta que se encontró con la tranquilizadora mirada de Caterina. Todos sus reparos se disolvieron al llegar a ella.

—Caterina, ¿cómo podré agradeceros todo lo que hacéis por mí? —murmuró, rozando con los dedos el collar—. Pero no puedo aceptar...

—¡Tonterías! —La condesa se encogió de hombros con indiferencia—. ¡Te quedan muy bien!

—Si es por eso, les quedan bien a todas, pero no sé qué decir ante un regalo tan maravilloso...

—Entonces no digas nada. —La noble dama miró a Riccardo, que clavaba la vista en Valentina casi anonadado, y se echó a reír—. Se te ha puesto cara de arenque, querido. ¿Te encuentras bien?

—Por supuesto que sí, es ella quien me asombra —el joven guiñó un ojo a Valentina, que volvió a ruborizarse.

—Hijo, ¿quieres hacer los honores a las bellas damas de honor?

Las miró y sonrió al ver cómo susurraban entusiasmadas detrás de sus abanicos, lanzándole descaradas miradas de invitación.

—En realidad, quería dedicarme a Valentina... Quiero bailar con ella.

—Dispones de toda la velada, muchacho, y antes tengo intención de presentarla a unos amigos que aún no la conocen, ¿te importa?

—Como quieras —Aceptó de mala gana y se apartó con evidente apatía.

En poco tiempo Valentina se vio rodeada de tanta gente que al final tuvo que renunciar a cualquier esfuerzo mental por recordar sus fisonomías y nombres. Mientras tanto, escrutaba el salón en busca del hombre que ansiaba ver. De repente, lo vio y su corazón dio un vuelco de emoción: estaba en el extremo opuesto, fumando un puro.

Violante, llamativa y sensual en una atrevida creación de seda roja, se había colocado a su lado como un perro guardián dispuesto a morder si alguien osaba acercarse a Luca. Sintió la punzada de los celos: ¿qué mujer podría resistirse a aquella belleza masculina? Una repentina languidez le hizo hormigear la sangre, mientras sonreía a un anciano caballero por el galante besamanos con que la honraba. Luca estaba magnífico con su traje de etiqueta: resaltaba su físico varonil, esculpiendo sus anchos hombros. Llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás y sus penetrantes ojos grises brillaban como diamantes.

Cuando sus miradas se cruzaron, las sensaciones que la invadieron fueron tan intensas que

tambaleó, especialmente por la inequívoca admiración que leyó en su rostro. Temió desmayarse cuando Luca, con intencionalidad, la escudriñó, deteniéndose en sus pechos y hombros desnudos. Apartó la mirada para no revelar la turbación por ese tipo arisco pero tan fascinante que pulverizaba su autoestima con solo levantar una ceja con desdén. Luego, de reojo, lo vio acercarse hacia ella, seguido de una enojada Violante.

—Sois irreal como un sueño —la piropeó, rozándole la mano con los labios y envolviéndola en otra mirada de aprecio.

Violante se irritó aún más y le dirigió una mirada de altivo orgullo.

—Exagera en galantería esta noche —Miró a su rival con una mueca de condescendencia—. ¿Os has regalado la tía ese trapo?

—Te prevengo para que no vuelvas a ofender a Valentina —El tono de Caterina era frío—. Por tu propio bien, no hagas que me inquiete, o pasará de las intenciones a los hechos, sobre el testamento.

—Pero tía... —protestó con falso candor—, ¡mi reflexión no pretendía ser maliciosa! Es muy mona esa cosita que lleva, ¿verdad, Luca? Me he dado cuenta de que también le has prestado tus joyas. ¿Quién diría, viéndola así ataviada, que es poco más que una criada? —concluyó con suave perfidia, consciente de que todo el veneno que había vomitado había surtido el efecto deseado.

—¡Cuidado Violante, te estás pasando de la raya! —la reprendió la airada tía, mirando con lástima a Valentina, cuyo rostro había palidecido de humillación—. Contén tu lengua, si no quieres que todo el mundo descubra que es bífida como la de una víbora. Y mañana por la mañana ajustaremos cuentas, no lo dudes. En cuanto a Valentina, todo lo que lleva le pertenece —afirmó, con el rostro sombrío—. ¿Es todo suyo, entiendes?

—¿Incluidos los diamantes? —objetó la otra, atónita.

—Se los he regalado, así que son suyos.

—Pero me los habías prometido, si no recuerdo mal —perseveró ella de manera mezquina.

—¡Se acabó! —Caterina estaba casi lívida de indignación—. Descubro con pesar que eres mezquina y muy egoísta, amén de grosera. Arreglaré el asunto contigo de una vez por todas mañana, y ahora me disculpo ante Valentina.

—¿Lo harás por mí, ya que antepones el afecto por un desconocido al de tu sobrina? —replicó con dureza, vibrando de ira reprimida. Y antes de que los presentes pudieran rebatir su grosería, se volvió con un gesto hacia Luca—. ¿Bailamos, querido? —le invitó con voz aflautada, y se lo llevó a rastras sin darle tiempo a oponer objeción alguna.

—Te mereces un par de bofetadas —murmuró mientras bailaban—. ¿Qué demonios te pasa, si puede saberse? ¿Qué te ha hecho Valentina para atacarla siempre así?

Violante levantó sobre él dos ojos tempestuosos.

—¿No puedes ver por ti mismo lo que está haciendo? Está acosando a mi tía y nadie dice una palabra. Pero yo no me callaré. Primero se coló en la casa, luego maniobró a escondidas para ganársela, ¡y ahora se está apoderando una a una de las joyas que esa estúpida le regala como si fueran caramelos! ¿Cuánto tardará en convencerla de que la deje heredera de sus bienes? Ya me ha amenazado con desheredarme, y como tú mismo has adivinado, sobre el testamento parece que quiere seguir adelante sólo porque molesto a su pupila.

—¿Sabes lo estúpido que suena eso? —Luca la miraba contrariado—. ¿Cómo puedes pensar que tu tía la prefiere a ella antes que a ti?

—Sí, ¡defiéndela también tú! —estalló—. ¡Por no hablar de la empalagosas reverencias que le reservabas a esa mosquita muerta! Reverencias que has tenido mucho cuidado de no hacerme

a mí.

—¿A ti? ¿Y por qué debería hacértelas?

—¡Maldita sea tu cerrazón!, ¿no ves que por ti haría cualquier locura? ¿Acaso no te gusto? Además de hermosa, soy una heredera que complacería a cualquiera.

Él se puso tenso.

—En cuanto a modestia, eres insuperable —exclamó irónico—. Por cierto, no soy un cualquiera, y en general me gusta elegir, no que me elijan.

—Entonces elígeme, por favor. —Se había ablandado y se frotaba contra él como una gata que ronronea.

—¿Te importa si cambiamos de tema? —A Luca se le estaba agotando la paciencia.

—No, y quiero que me digas qué es exactamente lo que no te gusta de mí.

—No eres mi tipo, ¿es eso tan difícil de entender? —se apartó de ella con un gesto de fastidio, aliviado de que los músicos hubieran terminado de tocar la pieza.

—Eres despreciable al tratar de esta horrible manera a quien haría cualquier cosa por ti —Violante había enarbolado un ceño fruncido.

—Lo tuyo no es más que un capricho. Te has ido por la tangente porque no puedes incluirme entre tus pretendientes.

—No es un capricho, Luca, y te lo demostraré —fue la sombría promesa que le hizo antes de deslizarse entre los brazos de un joven, rubio como un querubín, que, habiendo reservado un baile con ella desde el principio de la fiesta, lo exigía a su dama para el siguiente baile.

—¡Dios quiera que deje de molestarlo! —exclamó Caterina—. Supongo que ha tomado un par de copas de más esta noche para actuar así.

—Sólo está celosa de la atención que tenéis para mí. —contestó sosegada Valentina.

—No, lo suyo es pura mezquindad. —La condesa suspiró—. Violante me preocupa mucho. Ella lo quiere todo al mismo tiempo... Ya no sé qué hacer con ella.

—Olvidadlo, no hay alternativa, con ese carácter.

—¿De quién lo habrá heredado? En mi familia no recuerdo a nadie avaricioso y venal. A veces me inquieta tanto que me pregunto si me equivoqué al mimarla tanto...

—Vamos, no os angustiéis por ella, ni por mí: estoy acostumbrada a sus maneras.

—Pues yo no, y por las buenas o por las malas haré que cese en tales actitudes. Mañana por la mañana le comunicaré que no dudaré en desheredarla si no me da pruebas de que se ha arrepentido. No es que quiera privarla de lo que le corresponde, por supuesto, pero si ve aparecer a Corsini, se producirá una drástica metamorfosis en mi sobrina.

Ella frunció el ceño ante tales palabras.

— ¡Debo disuadirlos de poner en práctica ese plan! Violante no sabe que sólo queréis frenar su hostigamiento hacia mí y no se lo va a tomar nada bien.

—Tú no te preocupes. Vamos, vete a bailar con Riccardo: su espíritu de resistencia ha llegado a su fin, por lo que parece.

—Estoy a tu completa disposición —le confirmó complacido, haciendo una reverencia.

—¿Y dejarías a todas las demás en la estacada? —se burló de él con una sonrisa amistosa.

—¿A quiénes? —respondió serio él—. Para mí sólo existes tú, y ahora soy el hombre más envidiado de la sala. ¿Te has dado cuenta de cómo te miran todos los hombres presentes?

Valentina no respondió. Sus ojos vagaron por la sala saturada de risas, música, copas que tintineaban. ¿Dónde estaba Luca? No lo veía, pero sintió su mirada en la piel y se estremeció. Mientras giraba en sus brazos, se obligó a prestar atención a Riccardo. La miraba con adoración y le habría gustado bailar con ella de nuevo, pero Caterina le prohibió monopolizar a la invitada

de honor de la velada, ya que tenía que bailar con todo el mundo.

Y ella se entregó a los caballeros que se fueron alternando a lo largo de la velada, deseando poder hacerlo con el único que no se había presentado a reclamarla. Y cuando ya había perdido la esperanza, llegó Luca. Bloqueó a Riccardo con un gesto, decidido a hacer el bis con Valentina.

—¿No la has acaparado lo suficiente? Cada vez que vuelvo la vista te encuentro aferrado a ella. Concédeme un respiro.

—Eso va por ti también, hermano.

Luca no le prestó atención y acompañó a Valentina entre los bailarines, acercándola a él. La orquesta tocaba un romántico vals y, cautivada por su carisma, Valentina se estremeció de placer. Su mano firme, apretada sobre sus riñones, irradiaba un calor que se extendía por su cuerpo, excitándola. Dejó escapar un gemido, intentando concentrar su mente en otra cosa que no fuera la salvaje sensación de voluptuosidad que la proximidad hacía serpentear bajo su piel. Estaba embriagada hasta el punto de que se le hizo un nudo en la garganta.

—No estéis tan rígida y dejaos guiar —la instó, con la boca contra su oreja—. Sujetar a una mujer hermosa es la única ventaja que encuentro en bailar —añadió, acentuando de forma escandalosa el abrazo.

Ella lo miró brevemente y le rehuyó de manera precipitada, obligándose a mirar la tapicería en lugar de ahogarse en la transparencia de sus ojos. Pero sus sentidos se regocijaron. Aferrarse a él así era éxtasis y tormento. Luca conseguía que cuerpo y alma, unidos en un coro total, prorrumpieran en himnos de júbilo.

Como atraída por un imán, su atención volvió al rostro de él, sus miradas se fundieron y la de él pareció atravesarla. Pero también leyó en él una pregunta inexpresada, un interrogante que, desconcertada como estaba, no lograba descifrar. ¿O era una expresión provocativa?

—¿Puedo preguntaros por quién es semejante despliegue de belleza? —Perfectamente dueño de sus nervios, Luca no le quitó los ojos de encima. Valentina se limitó a sonreír, sin captar la provocación. Irritado por la invencible atracción que ejercía sobre su voluntad de evadirla, apretó los dientes. Aquella joven tenía la diabólica facultad de difuminar el recuerdo de cualquier otra mujer, insinuándose en él con una eficacia tan artera como para aniquilar todas sus defensas y hacer que su cerebro se desquiciara. Usaba la misma esencia de rosas que la desconocida amante con la que había pasado la noche del baile de disfraces... quién sabe por qué le resultaba natural superponer las imágenes de una y otra, ensamblándolas en una sola mujer: Valentina.

¡Absurdo!

Desterró aquel molesto pensamiento y volvió a reflexionar sobre el perverso poder de seducción que emanaba de la bruja que bailaba con él. Sólo la había tenido entre sus brazos unos instantes y ya ardía como si tuviera fiebre, oprimido por la necesidad de poseer aquel cuerpo seductor. ¡Al infierno! No permitiría que lo engañara y tenía el antídoto para exorcizar sus hechizos, si lograba localizar a la dama del vestido dominó, de la que había perdido todo rastro. Sin embargo, Luca no perdía la esperanza de averiguar quién era. En cuanto a Valentina, no tuvo más remedio que tratarla con su habitual dureza, aunque...

¡Maldita sea, sólo mirarla le embriaga!

—¿No queréis responderme? —la pinchó melifluo.

—¿Y qué tendría que deciros?

—Sólo por quien os habéis puesto de gala. ¿Por Riccardo? —Quiso retirar las palabras en cuanto salieron de su boca. Ella podría haber pensado erróneamente que estaba celoso, cuando en realidad... Ni siquiera terminó ese pensamiento: ante la mera idea de Valentina en brazos de otro

hombre, una rabia cegadora había estallado en su interior.

Ella se exacerbó por las insinuaciones habituales.

—Si no estuviera más que segura de que me equivoco al aventurar tal conjetura, ya que sólo tenemos una relación formal, diría que vuestras pullas provienen de los celos. —Apartó la mirada por encima de su hombro, sobresaltándose cuando Caterina le sonrió cómplice. Se recompuso rápidamente y concluyó divertida—. Diantres, estáis hablando como un viejo marido.

Sin embargo él, al notar la maniobra, la malinterpretó.

—Agradecería —enfaticó—, que me ahorrarais presenciar vuestras miserables escaramuzas, obviamente destinadas a otros —Lanzó una mirada inquisitiva alrededor—. ¿A quién hacíais gestos?

—A nadie, miraba a Caterina, pero ya sé que no me creeréis.

—¡En efecto! —fue su brusca réplica—. Él y vos sois inseparables, y todo se puede argumentar, excepto que seáis solo amigos. —Desvió sus ojos hacia el escote de ella—. No puedo honestamente criticarlo, si no se aparta de vuestras faldas. Exhibís la mercancía con una desenvoltura que hasta tentaría a un santo.

—Comprendido vos, naturalmente.

—Admitirlo alimentará vuestra presunción, pero sois... un espectáculo extraordinario. Como cualquier hombre con sanos instintos viriles, reacciono en consecuencia: ¡ese escote es más mortífero que una botella entera de champán bebida con el estómago vacío! —Su voz salió agitada de su garganta y se maldijo por esa debilidad.

—¿Debo tomármelo como un cumplido o como un insulto?

—Hacedlo vos misma. Sois una verdadera provocación para los que os asedian esta noche. Un suplicio da una mejor idea.

—Bueno, os alegraréis de que el vuestro esté a punto de terminar; el baile está en las últimas y por fin podréis libraros de mí. Y yo de vos igualmente, claro.

—¿Tenéis prisa por recuperar a Riccardo? —La sondeó con ironía—. Por cierto, ¿no pensáis que el idilio ha durado demasiado?

Valentina contuvo a duras penas el impulso de arañarle la cara hasta hacerle sangre. ¿Sería posible que Luca fuera presa de tales raptos de imbecilidad?

—Si hubiera podido pensarlo —le replicó mordaz—, habría huido el día que os conocí. ¡Y dejad por una vez de meter las narices en lo que no os concierne!

—A riesgo de parecer monótono, repito que todo lo relacionado con mi hermano me atañe.

—¡Pero no es un mocoso al que tengáis que cuidar!

—Tengo el deber de vigilar sus decisiones.

—¿No será que le tenéis mucha envidia y que, tal vez, como vos no podéis ser feliz, queréis impedir que los demás también lo sean?

—¿Riccardo es feliz?

—Seguramente.

—Y vos lo aprovecháis —la acusó Luca—. Así que no me equivocaba al juzgaros una arribista que aspiraba a un provechoso acuerdo matrimonial.

—No seáis tan deliberadamente abominable para convencersos de que vuestros insultos están motivados por hechos que sólo existen en vuestra cabeza —le reprendió con dureza—. Afirmáis que Riccardo es inmaduro, pero estáis demostrando ser más infantil que él.

—Podría, como he hecho antes, forzaros a cambiar de opinión.

Ella guardó silencio. Había probado hasta la saciedad su poderoso magnetismo seductor y era consciente de que no podía contrarrestarlo.

—Hay un remedio para vuestra abyecta saña.

—¿Y cuál es?

—Un buen método sería escribir “ama a tu prójimo” cien veces al día.

—Ya lo hacéis vos, y eso es más que suficiente.

Indignada, estuvo a punto de estallar en insultos, pero la música había terminado y a sus espaldas resonó una voz molesta.

—Querido, ¿no crees que ya me has desatendido bastante? —Violante se colgó del brazo de Luca, e ignorando a Valentina se lo llevó a rastras.

Con una sonrisa forzada en los labios, ella regresó junto a Caterina, que conversaba con unos amigos. Toda la alegría de aquella velada se había desvanecido, estallando como una pompa de jabón, y agradeció, media hora más tarde, la partida de la condesa de sus invitados, pues con la excusa de tener que acompañarla, ella también podía retirarse.

—¿Quieres escabullirte tan pronto? —le preguntó Riccardo.

—Quédate un poco más, querida —le dijo la mujer—. Angelina se ocupará de mí esta noche.

—Prefiero no hacerlo —contestó con firmeza—. Estoy cansada y me gustaría acostarme.

La otra la miró perpleja, absteniéndose de insistir, y le permitió empujar la silla de ruedas hasta el umbral de su apartamento. Luego la despidió a ella y a Riccardo, que los había seguido, y no quiso oír objeciones.

Exteriorizando su desaprobación, él la acompañó escaleras arriba.

—Ángel —le dijo junto a su alcoba—. Escucha...

—¿Sí? —Valentina le miró interrogativa.

—Te amo.

Iba a contestarle, pero Riccardo se lo impidió.

—No, no hables todavía y déjame decirlo todo—. Le levantó la barbilla con los dedos—. Quiero casarme contigo, ¿entiendes? Lo antes posible.

—Riccardo, pero yo no... —tragó saliva y apartó la mirada—. Bueno, no sé qué decir.

—Sólo tienes que responder sí, nada más.

«Debería haberme enamorado de él y no de Luca», pensó. La idea de herir a Riccardo con un rechazo le resultaba insoportable. Buscó en su mente palabras para suavizar su no.

—Riccardo, yo te quiero mucho... no puedes dudar de eso, pero como a un hermano.

—Entiendo que te he pillado desprevenida, además de cansada y aturdida. ¿No quieres consultarlo con la almohada y reflexionar, evitando así tomar decisiones precipitadas?

—No cambiaría nada, me temo.

Algo en su expresión hizo que el joven la estudiara con ojos repentinamente penetrantes.

—¿Hay acaso alguien más en tu corazón? —El brusco temblor de Valentina y el rubor que enrojeció sus mejillas fueron más elocuentes que una confirmación verbal—. ¿Y quién es él? —le preguntó, mirándola desilusionado—. ¿A quién más ves aparte de mí?

—Riccardo...

—Diantre, los únicos hombres que ves somos yo y mi... —la incredulidad le hizo enmudecer—, se trata de Luca, ¿verdad? —inquirió con rabia, agarrándola por las muñecas. Valentina estaba pálida y mantenía las pestañas entornadas, y nunca le había parecido tan hermosa—. Te lo suplico, ¡dímelo!

—Sí... —la confirmación se pronunció en un tembloroso susurro.

—¡Entonces te compadezco! —exclamó él, mordaz, dejando caer los brazos.

—¿Por qué?

—Porque Luca considera a las mujeres, sin excepción alguna, un accesorio indispensable para el desahogo de sus necesidades físicas... No hace falta entrar en detalles, supongo. Así que no sueñes con él: puede que se sienta atraído por ti, pero al igual que las otras que te han precedido en su cama, no serías más que una aventura sexual pasajera, perdóname la brutalidad, y dudo mucho que aspire a serlo. A menos, queda implícito, que te conformes con el papel de amante ocasional.

—No seré la amante de nadie, Riccardo. Luca ni siquiera imagina que yo...

—¿Estás segura? —la hizo calló—. Me ha sorprendido verle revolotear a tu alrededor, precisamente él, que rara vez dedica una segunda mirada a las mujeres.

—Te equivocas, yo no le importo nada —replicó ella en tono afligido.

—Tanto mejor. Eres tan joven y vulnerable que no te puedes imaginarte lo cínico e insensible que es mi hermano. Te has encaprichado de él y...

—No es un encaprichamiento —le puntualizó Valentina.

Riccardo retrocedió, como si ella le hubiera abofeteado.

—Así que es cierto que cuanto peor tratas a las mujeres, más resultados obtienes. Dime, ¿ya has acabado en su cama?

—Constato con enorme amargura que pensar mal de mí parece ser un vicio familiar. Luca me detesta.

—Te detesta, ¿eh? —Lanzó un puñetazo contra la pared—. ¡Te desea más de lo que yo pueda desearte!

—¡Estás desvariando, Riccardo!

—No, sólo he abierto los ojos y me he dado cuenta de que Luca, más allá de la animadversión que muestra, te mira de una manera que dice mucho de una supuesta indiferencia. Le importas tanto que no se ha movido de casa desde que llegaste.

—Pura coincidencia —objetó ella—. Puede que yo sea inexperta en materia de sentimientos, pero él no demuestra realmente que esté enamorado de mí.

—Y no lo está: no sabe qué hacer con tu corazón, pero cómo usar tu cuerpo, sí, y si no lo ha tenido ya, lo tendrá —profetizó con voz abatida, con la mirada torturada por los celos.

La perspicacia de Riccardo la sorprendió.

—Pues bien, estás desvariando —quiso desmentirle con tono firme—. Y deja de considerarme un objeto carente de voluntad y carácter. Te quiero cuanto puedo, ¿podemos seguir siendo amigos?

—¡Amigos! —comentó socarronamente—. Es descorazonador, ¿verdad? Ah, has escogido una cruz bastante pesada.

—¿De qué cruz estás hablando? Sentirme atraído por alguien no significa que tenga que suspirar por él toda mi vida.

—Luca te dará disgustos y lágrimas para secar porque no le importa hacer sufrir a los demás.

—Conmigo no tendrá la oportunidad.

—Por desgracia, sólo eres una ingenua, patética e incorregible. —Y sin darle tiempo a réplica, la inmovilizó contra la pared y le estampó un beso intencionadamente insultante en la boca.

Valentina permaneció inerte. Comprendía su reacción y haberle causado tanto dolor, exacerbaba su sentimiento de culpa.

Cuando Riccardo por fin la liberó, ella se quedó mirándolo en silencio, esforzándose por no llorar.

Maldiciendo entre dientes, desapareció rápidamente por el pasillo desierto sin mirar atrás.

Capítulo 19

Valentina se estaba preparando para acostarse cuando escuchó un golpe en la puerta. ¿Era Riccardo viniendo a disculparse? Debatendo si era apropiado hablar con él después de la discusión que habían tenido lugar, dudó. Luego agarró su bata y fue a abrir la puerta. Se quedó atónita al encontrarse frente a Luca. ¿Qué demonios quería él de ella a esas horas de la noche? Se mordió el labio: no tenía en absoluto ganas de volver a pelear con él, no tenía fuerzas.

Se había quitado la chaqueta del frac, que sujetaba con dos dedos después de habérsela echado al hombro. Apenas podía distinguir su rostro en la penumbra, pero intuía que estaba alterado. Inmediatamente pensó en la condesa: ¿acaso se había puesto enferma y había venido Luca a avisarla?

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —lo apostrofó abriendo la puerta—. ¿Se encuentra mal Caterina?

—No, que yo sepa —Y negó con la cabeza.

—¿Qué sucede, entonces?

—¿Puedo entrar o me vas a obligar a quedarme colgada en el umbral indefinidamente para que nos oigan hasta las ratas?

Su arrogancia le hizo sentirse inquieta.

—Como podéis ver, sólo llevo puesto el *déshabillé* y no tengo por costumbre recibir invitados en plena noche, y para colmo en mi dormitorio. Me podrían reprochar nuevamente mi descortesía, y no quiero escuchar otro de vuestros tediosos sermones.

—¡Esta sí que es buena! —la empujó a un lado y entró en la habitación—. No querrás hacerme creer que soy el primero en colarme.

—Oh, ¡pero esto ya es el colmo! —estalló ella—. Semejante sarcasmo sólo podía nacer de vuestra retorcida mente, por supuesto.

—¡No te hagas la santurrón conmigo, preciosa! No voy a caer en el engaño.

—Mirad, no quiero ser descortés con mi patrón, pero este no es el momento ni el lugar para tener una discusión. En lugar de eso, me gustaría dormir, así que si no necesitáis nada, marcharos.

—No antes de haber aclarado algunas cosas, ¡maldita sea! —Tras cerrar la puerta de una patada, tiró la chaqueta a un lado y volvió a cernirse sobre ella—. ¿Te quedarías a gusto echándome de aquí, eh?

—Sois el amo, siempre me lo recordáis, ¿cómo voy a poder opinar? —Manteniendo la bata cerrada sobre sus pechos, lamentó no llevar nada debajo: se había dado un baño rápido para recuperar la calma tras la improvisada rabieta de Riccardo.

—En efecto, así es.

Quiero, puedo, ordeno y exijo debían ser las palabras clave para semejante déspota. Y le respondió con una voz engañosamente dulce.

—¿Y a qué debo el privilegio de esta visita nocturna vuestra?

Luca la observó, tratando de dar sentido a sus emociones contradictorias. La ira y el resentimiento se agitaban en él en una maraña inextricable, y también la curiosa sensación de que Valentina le pertenecía a él y a nadie más. Miró hacia la cama y observó las sábanas desordenadas.

—Por lo que veo, tu niño Romeo ya ha desaparecido. Por pura curiosidad, ¿de verdad se ha

escabullido por el balcón?

—¿Romeo? ¿A quién os referís?

—¿Te haces la tonta? ¿Vas a negar que Riccardo ha estado aquí? —Su rostro demacrado manifestaba el desprecio insultante que tanto molestaba a Valentina—. Me sorprende que al final te hayas decidido a abrirme.

—¿Al final? —le hizo eco, cada vez más desconcertada—. ¿Qué significa todo esto?

—Significa que llevaba un tiempo llamando a la puerta. Evidentemente, ¡estabas demasiado ocupado para oírme!

—No os he entendido porque estaba metida en la bañera, en el cuarto de baño. No podía conciliar el sueño y ése suele ser un remedio que funciona. En cuanto a Riccardo, nunca ha puesto un pie en este dormitorio desde que me lo asignaron.

—¡Embustera! —le desmintió él—. Os he pillado besándoos en el pasillo.

—¿Cómo?

—No te lo esperabas, ¿eh? Me he dado la vuelta y me he apartado para no montar una escena. Más tarde, una vez recuperada la calma, lo más apropiado era expresarte mi indignación.

—¿Indignación? ¿Por un beso?

«En realidad», pensó, «no ha sido tan sencillo dar media vuelta y marcharme». Ver a aquellos dos abrazados había sido todo un shock: en su mente nublada por la rabia, algo había actuado como un detonador, desencadenando en él una especie de arrebató vengativo. Había necesitado toda su sangre fría para no sucumbir. Y ahora estaba frente a él, la mujerzuela, semidesnuda y soñada, como recién salida de un apasionado orgasmo, con su exuberante cabello negro cayendo sobre el *négligé* que apenas la cubría. La miró fijamente, con las sienes palpitantes y la animadversión corroyéndole como un veneno. Quería zarandearla como a una muñeca de trapo, escupirle a la cara de tanto que la despreciaba y luego... y luego arrojarla sobre la cama y besarla hasta dejarla sin aliento. La deseaba tanto, a pesar de que no era más que una traicionera ramera.

Mientras tanto, ella trataba de asimilar tales acusaciones.

—Así que estáis convencido de que Riccardo y yo somos amantes...

—He tenido la prueba.

—Como ocurre siempre que estoy implicada, os ha bastado un simple vistazo para sacar las peores conclusiones sobre mí.

—Cualquiera las habría sacado, observando el nivel de confianza existente entre vosotros —replicó con una mueca maligna—. Para confirmar que no se trata de ilaciones, él no ha vuelto a aparecer en el salón después de que os habéis ido; me parece lógico deducir que estabais ocupados en otras actividades placenteras muy distintas al baile.

—¿Cuáles, por ejemplo? —lo desafió, provocadora.

—Desde tiempos inmemoriales, sólo hay un final obvio para un prelude erótico como el vuestro.

Ella apretó los labios.

—Eres tan previsible —observó él insolente, con los ojos deslizándose sobre las gráciles líneas de su cuerpo, reveladas por la ligera bata.

Valentina retrocedió hacia la parte más oscura de la habitación, eludiendo aquella mirada que parecía tener la capacidad de vislumbrar lo que ella trataba desesperadamente de ocultar con aquella irrisoria barrera de seda.

—No podéis juzgarme tan impúdica como para recibir a un hombre aquí, y más aún en casa ajena.

—Oh, ya lo creo que sí. Y me harías el mismo juego si te diera la oportunidad.

—La sola idea me repugna —mintió Valentina.

—Eres una hábil mentirosa, ángel. Lo has vuelto a intentar esta noche, agitando tus seductores pechos ante mis narices, sin descuidar a Riccardo, por supuesto. Nunca se sabe, ¿verdad? Si no funciona con un hermano, está el otro, por si las moscas; con la diferencia sustancial de que yo no soy fácilmente manipulable como ese cretino...

—¡Ni una palabra más! —le ordenó ella—. Exijo vuestras disculpas.

—¿La verdad duele, eh?

—No, son las viles calumnias que vertéis sobre mí las que me hieren. Pero tal vez sean el resultado de un cerebro afectado por los prejuicios. Por el contrario, os sugiero que os sometáis a un tratamiento y me dejéis en paz. Nosotros dos no tenemos nada en común, y yo personalmente no tengo nada de qué avergonzarme, aunque es una pérdida de tiempo haceros creer lo contrario, ¿no es así?

—No te equivocas y es hasta demasiado evidente que pones excusas. —Luca la envolvió en una mirada elocuente—. No es por exagerar, pero ¿qué mujer con decoro se atrevería a ponerse delante de un hombre prácticamente desnuda?

El golpe bajo dio en el blanco y ella se estremeció. Tenía razón, había sido imprudente al mostrarse así, conociendo su tortuosidad mental.

—Me habéis asustado —trató de justificarse—. Me he temido lo peor, que la condesa se hubiera sentido indisputada y no quería perder el tiempo vistiéndome.

—Suponiendo que sea verdad, con prisas o sin ellas, un poco de pudor nunca viene mal.

—He actuado por impulso...

—Sí, así actúas siempre. Pero puede que lo hayas hecho a propósito, para atraerme con tus taimadas artes de seducción.

Ella le miró indignada.

—Cuando habéis llamado a la puerta, no esperaba que fuerais vos.

—¿No? ¿Y a quién pensabas encontrar?

Valentina se agarrotó. ¿Podría decirle que había creído que Riccardo estaba allí? «¡Ay, los hombres!», pensó con resentimiento. Aparte de Golia, que no le había reservado más que devoción, los demás, como alimañas, la habían despellejado viva. Ruggeri, que había desencadenado la funesta secuencia de sinsabores, había sido un relámpago que había causado estragos en su vida. Riccardo, con cuya amistad había contado, se había vuelto contra ella, resultando ser un paréntesis nada halagüeño. Por último, Luca, a quien se había entregado sin esperar nada a cambio, la consideraba una zorra que se entregaba a cualquiera.

Estaba tan cansada que no ya no aguantaba más. Se había hecho ilusiones de que podría vivir con Luca al menos civilizadamente, si no pacíficamente. Por el contrario, él estaba desmantelando deliberadamente la precaria estabilidad que había recuperado tras mudarse al norte, ensañándose con ella sin cesar. Valentina se sentía a merced de un huracán que la avasallaba y aplastaba, destruyendo todo a su paso. En cuanto a Luca, había ido demasiado lejos, y no le permitiría pisotear lo que le quedaba de orgullo.

—Probablemente nadie se ha atrevido a deciros esto, pero sois rastroso y malvado hasta la médula. Es sólo mi humilde opinión, por supuesto, e imagino que habrá hordas de mujeres que quizá aprecien tales peculiaridades —le dijo con frialdad.

—Podría hacer que te retractaras enseguida, si mereciera la pena. Dejando a un lado divagaciones ociosas, ¿por qué te niegas a confesar que Riccardo y tú sois amantes?

—Porque no lo somos. Si os hubierais quedado sólo unos minutos más, no tendríais que

someterme a este juicio por mi supuesta conducta licenciosa... me consideráis inmoral por un solo beso, que yo ni siquiera deseaba. Riccardo sólo me dio ese único beso, después del cual se ha ido.

—¿Hay que ser desvergonzada para proclamarse inocente sin aportar pruebas!

—¿Pruebas?

—Estarías dispuesto a jurarme, para exonerarte, que él se ha despedido como un caballero.

—No soy vuestra esposa y no tengo que demostraros nada. También os ruego que os marchéis de inmediato. ¡Estoy harta de vuestras intromisiones!

—¿Y aguardas a que, sin mí, Riccardo regrese? —tergiversó la situación maliciosamente—. Por supuesto, cada uno es libre de comportarse como le plazca...

—Exacto, y como soy de la misma opinión, actuaré en consecuencia. De todos modos, no podría ser peor. Podéis pensar lo que queráis de mí, incluso que soy la amante de Riccardo, si eso os hace feliz.

—Entonces, ya no lo niegas...

—¡Admitiré cualquier cosa, con tal de que os vayáis!

—¿Y ha valido la pena el juego?

—Eso no os concierne.

—En cambio sí, por lo menos mientras sigáis alojada en mi casa.

—No por mucho tiempo. Mañana por la mañana le explicaré a Caterina las razones por las que me veo forzada a dimitir de mi cargo. No puedo soportar más esta persecución. Todo tiene su límite, y yo me encuentro a punto de alcanzarlo.

—Aquí la impulsividad vuelve a imponerse.

—Sólo intento sobrevivir —le respondió temblando de rabia—. Ya no estoy dispuesta a soportaros, y quizá algún día os deis cuenta de que habéis sido pérfido con quien no os han hecho ningún mal. Pero consolaos: ni siquiera tendréis la molestia de dirigirme una disculpa tardía, ¡pues estaré bien lejos de aquí!

Luca permaneció inmóvil, con la atención clavada en ella, perdiéndose en la soberbia belleza que le estaba ofreciendo. Había algo tan sutilmente provocativo en aquella mujer que aniquilaba la voluntad de evadirse. «Mujerzuela», murmuró para sus adentros, presa de una agitación que le derretía la sangre. Peor que Camilla, pues estaba dispuesta a compartir a los dos hermanos en su propio beneficio...

«Maldita sea, un hombre se pierde en su ambarina mirada incluso antes de ser consciente de ello», pensó, mientras su atención se veía irresistiblemente absorbida por aquellos pechos que subían y bajaban con la respiración acelerada. Su frente se cubrió de sudor por el deseo que le golpeaba el bajo vientre. «Vete», se dijo, o serás el primero en arrepentirte de haberte puesto de parte de esta intrigante. Rechazando el inoportuno exhorto del sentido común, se propuso aguijonearla hasta desenmascarar su doblez. Le divertía enormemente acorralarla, y quería humillarla, doblegarla, demostrarle quién dictaba las reglas. Sacudió la cabeza aturdido... el perfume de ella invadía sus sentidos, amordazando la voz de la razón.

Al instante, ella percibió, más allá de la acritud que se interponía entre ellos, el súbito aumento del deseo de él. Ella se sintió igualmente contagiada, como si una llama la hubiera tocado. Para no traicionarse, le dio la espalda y le dijo con tono firme.

—Si habéis terminado con la regañina...

—No, ¡aún no! —Se abalanzó sobre ella y la giró hacia él—. De hecho, sólo acabo de empezar.

Lo miró inquieta. En el tenue halo de luz que emanaba de la lámpara de la mesilla, vio que

el gris de sus ojos se había oscurecido, brillando como el acero.

—¿Qué queréis de mí? —protestó—. Por favor... estoy exhausta.

—Es previsible, cuando una se revuelca en una cama con un amante inexperto, aunque para una mujerzuela lo mismo vale uno que otro, supongo.

Ella se revolvió.

—¡Dejadme!

—¿Dejarte? ¿No quieres que te muestre la diferencia entre un hombre de verdad y un principiante? —Aprisionándola con sus manos, se inclinó sobre su boca con un brillo amenazador—. Me temo que Riccardo no ha estado a la altura, pero en la familia hay quien puede suplir esa carencia—. La atrajo contra sí con gesto decidido, buscó su boca y la abrió para insinuar su lengua, avivando en ella las brasas de una pasión nunca apagada y dando rienda suelta a la que le atormentaba.

El hechizo que los había embrujado a ambos la noche del baile de disfraces los venció de repente: habiendo depuesto las armas con las que se habían enfrentado hasta hacía un momento, uno se rindió incondicionalmente a la otra.

—Estoy cansado de luchar contra ti —murmuró Luca, separándose a regañadientes de sus labios.

—Entonces no luchéis más —Lo de Valentina sólo fue un susurro, pero expresaba, materializaba lo que ella había deseado, soñado. Cada célula, cada nervio, la esencia de lo que ya estaba reaccionando entró en contacto con el cuerpo de Luca.

La miró fijamente, dudando de haber pronunciado tales palabras, sin embargo lo había hecho y en los ojos ámbar que vio se reflejaba la propia necesidad que tenía de ella, de derribar vacilaciones, inútiles diatribas, estériles conflictos. Fue exactamente en ese momento cuando dejó de engañarse a sí mismo: se estaba enamorando de Valentina, que despertaba en él ecos de algo que ya había experimentado, vibraciones embriagadoras que habían florecido cuando una mujer cuyos rasgos e identidad ignoraba le había regalado su pureza, desvaneciéndose al amanecer como un sueño. ¿Por qué tenía la impresión de que Valentina y aquella misteriosa amante eran la misma persona? Buscó en su mirada respuestas a tales preguntas, pero en aquellas dos gotas de oro fundido sólo afloraba un deseo tan intenso como el suyo, y una entrega incondicional.

—Creo que lo queríamos desde el primer beso —le dijo, antes de capturar la boca de ella, dejándose absorber por el torbellino del irrefrenable deseo que sentía por ella: un deseo que ninguna fuerza de la naturaleza podría contener ahora. Luego retrocedió y le desabrochó la bata para deslizársela por sus hombros. Casi sin aliento, admiró aquella figura femenina desnuda de curvas perfectas, rozando sus pechos extendidos que parecían anhelar sus caricias. Los sintió endurecerse bajo sus palmas, como su propia entrepierna.

A Valentina se le escapó un gemido que le llegó directamente al cerebro. La levantó en brazos y se dirigió a la cama, tumbándola sobre las sábanas. Se quitó la ropa y se echó encima de ella con la impetuosidad de un hombre que rompe por fin una larga abstinencia sexual, devorando sus labios, mientras la noche, quieta, dulce y cómplice, se cerraba protectora sobre sus cuerpos entrelazados.

Ella estaba extasiada. Le besó el pecho, saboreando el gusto salado de su piel, le pasó los dedos por los músculos para redescubrir su firmeza, y luego los trasladó a su muslo, acariciándole atrevidamente el sexo. Él emitió un sonido inarticulado y le lamó los pechos con la lengua, mientras su mano le devolvía el favor, deslizándose entre los pliegues húmedos y cálidos de su pubis.

Estremecida por escalofríos y una sucesión de contracciones que aumentaron su excitación, buscó su boca, anhelando acogerlo. Levantó las pestañas cargadas de voluptuosidad cuando él deslizó la rodilla entre sus piernas. Se miraron embelesados. Ya no había lugar para las recriminaciones: la fuerza de su deseo anulaba todo lo demás. Y esta vez no había la oscuridad del pabellón de caza para ocultar el rostro de aquella a la que Luca estaba a punto de poseer... a la que estaba seguro de haber poseído ya: reconocía aquellas formas por el tacto.

—Te quiero —dijo con una voz cargada de pasión, y de un solo y firme empujón la penetró.

Ella tragó saliva y suspiró, rodeándole las caderas con los muslos y envolviéndole en un ardor que le impulsó a penetrarla aún más. Excitada por el placer que le provocaba, se arqueó para recibirlo mejor.

Él lanzó un ronco gemido y la besó como si su vida dependiera de sus respiraciones, que se convirtieron en una sola. Un súbito frenesí de ansia y voluptuosidad pareció apoderarse de ellos, agudizando paroxísticamente el crescendo de sensaciones que el inminente orgasmo amplificaba, culminando en un éxtasis que les hizo estremecerse en los espasmos de la plenitud.

Luca emitió una última sacudida, antes de rodar sobre su espalda, estrechando contra sí a Valentina, con la que había compartido un inefable orgasmo.

Se hizo un silencio que ninguno de los dos rompió. Un silencio lleno de emoción, de asombro, de incredulidad. Y cuando ella se durmió entre sus brazos, aún conmocionada por el torbellino de sentidos del que había salido, Luca comenzó a reflexionar sobre lo sucedido.

Sin embargo, al cabo de un rato, aquel cuerpo desnudo entrelazado con el suyo reavivó su deseo. Despertándola con un profundo beso, volvió a hacerla suya.

Como si flotara en una especie de dimensión irreal, Valentina, no del todo lúcida, correspondió con instintiva sensualidad a las expertas sollicitaciones de aquellos labios y manos intrusos. La excitaron con tal habilidad que sus ojos se abrieron de par en par. Suspiró al sentirle moverse dentro de ella.

—Creía que estaba soñando —su voz estaba cavernosa por el sueño interrumpido. Luego se dejó llevar por los embates de Luca, capaz de arrastrarla a una danza erótica que paso a paso la conducía al umbral del paraíso. Era feliz, y se sorprendió a sí misma pensando que si tan sólo la pasión pudiera neutralizar lo que a la luz del sol los enemistaba, se consagraría a ella, y a él.

—Luca, escucha... —trató de decirle más tarde.

—Shhh, ángel mío. Hablaremos mañana. —Y capturó sus labios con el enésimo de los innumerables besos que ya le había dado. Un beso que, a medida que la oscuridad exterior se desvanecía en el brillo nacarado del amanecer, les hizo perder a ambos toda percepción de la realidad.

Capítulo 20

Fue la luz rosada del sol naciente la que despertó a Valentina. Se estiró perezosamente, invadida por una dulce sensación de bienestar físico. Bostezando, se apoyó sobre un codo y se apartó los rizos de los ojos; luego, descubriéndose desnuda, tiró de la sábana hasta la barbilla. Las imágenes de lo que había sucedido aquella noche con Luca invadieron su mente, y un lánguido suspiro escapó de sus labios aún hinchados por los besos que habían intercambiado. comprendió enseguida que él se había ido y sintió algo parecido al alivio.

Era ridículo, sin embargo, que la idea de enfrentarse a él, después de la paroxística intimidad que compartían, le causara tanto malestar. Como era temprano, se acomodó de nuevo entre las almohadas. Dormir con él había añadido placer al placer. Aunque nada comparable a la tormenta de pasión que había precedido al sueño. Ya se debatía entre la acuciante ansiedad de volver a verle y el absurdo temor ante el inminente cara a cara matutino. Pero nunca había sido cobarde, y aplazar el fatídico momento de un encuentro inaplazable sólo aumentaría su nerviosismo.

Así que, si bien a regañadientes, cogió su bata y abandonó aquella cama que conservaba el agradable olor masculino de Luca. Estaba contenta, ¡feliz! Se tocó el cuerpo: quedaba una languidez residual y con aire satisfecho entrecerró los ojos. ¡Cómo le quería! Era el hombre que su corazón y su alma siempre habían esperado. Lo deseaba con todo su ser. Amaba a Luca y a nadie más. ¿Qué le iba a decir cuando muy pronto volvieran a verse? ¿A quién tendría delante? ¿Al rencoroso Luca de siempre o al altivo amante nocturno? ¿Al individuo despreciable que la miraba con abierto reproche o al hombre que había sido capaz de hacerla sentir como una reina? ¿Y qué sentimientos albergaba por ella? Se encogió de hombros, sonriendo ante su propia e insensata aprensión. La había llamado “amor mío”, lo recordaba perfectamente. Además, ¿para qué hacerse tantas preguntas, insistentes e inconclusas, si podía bajar y obtener las respuestas?

Tranquilizada, se dirigió tarareando al armario del baño, y fue entonces cuando reparó en la nota que había sobre la repisa de la chimenea. La cogió, la miró con el ceño fruncido y luego, con inexplicable vacilación, la abrió y leyó:

Valentina,

Estás durmiendo profundamente y no quería molestarte. Tú y yo debemos hablar largo y tendido. Por razones en las que no voy a entrar, he de ausentarme durante algún tiempo, pero cuando regrese estoy decidido a aclarar contigo asuntos que considero absolutamente fundamentales para nuestra relación. Aunque no es necesario que te lo recomiende, cuida mucho de Caterina. En cuanto al trabajo en el estudio, hay una nota sobre mi escritorio.

Sé que puedo confiar en ti.

Hasta pronto, Luca.

Lentamente, volvió a levantar la cabeza.

¡Así que así estaban las cosas! Nada había cambiado para él, y el sórdido mensaje en el que, como de costumbre, impartía órdenes propias de un déspota, lo corroboraba. En un arrebato de ira, Valentina lo rompió en mil pedacitos, que arrojó al suelo. En pocos segundos había pasado de la alegría desbordante a la desesperación más absoluta. Inspiró profundamente, exhortándose a sí misma a la calma, hasta que el desconcierto fue sustituido por la resignación.

—¡Maldito seas! —le lanzó como respuesta con una voz que sonó extraña incluso a sus

propios oídos, y luego se desplomó en el suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. La aflicción se apoderó de ella y lloró por su amor maltratado por él, maldiciéndose por haber permitido que le robara el corazón, además del cuerpo, y por estar ya oprimida por una aguda nostalgia. No había ni un hilo de ternura en aquella impersonal nota: ella era y seguía siendo la intrusa con la que, en el mejor de los casos, había compartido lecho.

¿Qué más pretendía hacerle?

¿No había conseguido que se pusiera de rodillas?

Irónicamente, ella no podía reprocharle nada. Era ella la engañada, ya que Luca había sido brutalmente sincero al decirle que pretendía demostrarle de qué pasta estaba hecho un hombre de verdad. Pues bien, ¡su objetivo estaba cumplido! Las palabras de advertencia de Riccardo resonaron en su mente: ella, como las anteriores, era una de las tantas amantes de Luca. «Estúpida», se dijo enfadada, «¿acaso creías que se iba a casar contigo?». No, nunca había aspirado a eso, a Dios ponía por testigo, pero al menos, a una pizca de consideración, sí.

Pero ¡basta ya!

La nueva afrenta superaba todos los límites y solo cabía una solución para plantar una cruz final a una historia que se había acabado incluso antes de consolidarse: abandonar aquella casa de inmediato. Su mente se concentró en Caterina mientras se vestía, y en qué decirle para justificar la repentina deserción. No pudo encontrar ninguna excusa válida, pero no le importó. La mujer, después de todo, habría adivinado las razones de aquella precipitada huida. Y Corsini, el único que podía recibirla en Milán, no habría puesto objeciones, estaba segura.

Más tarde, cuando se hubiera apaciguado, estudiaría qué hacer. Ahora podía volver con su madre: tras la llegada de Luca, era capaz de enfrentarse a cualquiera, incluso al barón Ruggeri. Y de todos modos, cualquier cosa era preferible a la perspectiva de permanecer en aquella casa un solo minuto más de lo estrictamente necesario. No tenía sentido sumirse en lamentaciones como aquella, teniendo un futuro que vivir. Cómo sería el futuro sin Luca, no se atrevía a preguntárselo, pero estaba dispuesta a refugiarse en el más bajo de los infiernos para no volver a encontrarse con él. ¡La proximidad era más destructiva que la distancia!

Media hora más tarde estaba en presencia de la condesa y nadie, observando su compostura y aparente serenidad, habría podido imaginar que se trataba de una falsa calma. Sólo la palidez y las sombras oscuras que acentuaban sus ojos delataban la tensión.

Caterina, por supuesto, estaba consternada.

—¿Ha sucedido algo que no quieras contarme? —la interrogó angustiada, mirándola con pesar. El rostro de Valentina la angustiaba: parecía como si cada emoción se hubiera petrificado en ella de la noche a la mañana, atrofiando su vibrante vitalidad—. No me has dado ni una sola razón convincente para explicar tu repentina decisión.

Ella bajó la mirada.

—Os lo ruego, comprended que para mí es mejor así —respondió con evasivas. Aunque se esforzaba por no traicionarse a sí misma, su tono era afligido. Caterina era la última persona en el mundo a la que revelaría lo que había sucedido con Luca. No quería entrar en detalles sórdidos con una mujer que la estimaba y la quería de verdad: prefería guardar silencio y dejarle un buen recuerdo del tiempo que habían pasado juntas.

La condesa la escrutó pensativa. ¿Qué podía haberle ocurrido durante la noche? Estaba palidísima, y de su rostro se filtraba una inquietud que la preocupaba sobremanera. ¿Qué tenía que ver Luca con todo aquello, se preguntó?

—Hija, perdona que insista, pero marcharte así de sopetón... me dejas de piedra. ¿No quieres confesarme qué es lo que te lleva a hacerlo?

Valentina vaciló brevemente, como si estuviera tentada de abrirse y hablar, luego hizo una negación.

—Querida, no es por meterme donde no me llaman, pero si es algo grave lo que te está presionando, ¿no crees que sería bueno que te desahogaras conmigo?

—No, y no es por falta de confianza, claro, sino porque no merece la pena, eso es todo.

—¿Por qué no dejas que eso lo determine yo?

—Os lo suplico, si me queréis tanto como decís, dejadme marchar.

Se rindió con un suspiro abatido a una elección que parecía dictada por la impulsividad. Valentina estaba demasiado fuera de sí como para poder razonar.

—¿Y adónde irás?

—A casa de Corsini, por ahora; luego a mi casa, tal vez.

—¿Hasta allí? —la condesa estaba atónita. ¡Oh, por el amor de Dios!, tenía que hacerla desistir de aquel despropósito, porque ni podía concebir siquiera la idea de separarse de la joven a la que amaba como a una hija.

—Viajaré en diligencia.

—¡Pero si no puedes!

—Sí que puedo —contestó, lanzándole una mirada pesarosa. Lo más lejos posible de Luca, le habría gustado añadir, porque la había devastado sin ningún miramiento. —Estoy destrozada —confesó, evitando los inquisidores ojos de Caterina—. El aire del norte no es saludable para mí y siento la necesidad de recuperar mi equilibrio interior, así que debo recomponerme.

—No será por esa miserable de Violante, ¿verdad? Está a punto de recibir un rapapolvo de esos que dejan huella, ¡tenlo por segura!

—Oh, no lo hagáis —la miró alarmada—. Ella no tiene nada que ver, os lo juro, así que olvidaos de ese asunto del testamento.

—Ya sé cómo tengo que lidiar con esa granuja de sobrina que tengo... —cortó en seco—. Te ha ofendido y humillado desde el principio, y el que yerra las paga.

—Sabéis tan bien como yo por qué se comporta así: una abeja reina no soporta ser eclipsada por una abeja obrera: es una ley de la naturaleza.

—Suponiendo que ella sea la reina, no apruebo sus atropellos. Abusar de la tolerancia de los demás no es lícito. Debe agachar la cabeza y aprender que un poco de humildad no le vendrá mal, así se guardará de volver a importunarte en el futuro.

Valentina hizo un gesto de indiferencia y tal tristeza afloró fugazmente en sus ojos que la condesa quedó completamente desconcertada.

—Tú me estás ocultando algo muy grave —dijo, sin poder intervenir ante la actitud hermética de la joven. Y cuanto más pasaban los minutos, menos soportaba la idea de renunciar a su presencia a su lado. Era como si el destino, en un arranque de rabia, quisiera arrancarle un trozo más de su remendado corazón—. Te vas por culpa de Luca, lo presiento...

Valentina se estremeció al oír ese nombre, Aunque la mujer lo había hecho involuntariamente, era como clavar una púa afiladísima en una herida.

—¿Luca? Pero ¿cómo se os ocurre? —Sus ojos, sin embargo, se habían oscurecido, poniendo de manifiesto su opresivo estado de ánimo.

—¿Qué diantres te ha hecho ahora? —Caterina estaba decidida a sacarle la verdad.

—Nada, os lo aseguro...

—Puedo leer la mentira en la punta de tu nariz, ¿sabes?

Valentina se encogió de hombros.

—Asumiendo que él es el responsable de tu frenética salida, ¿por qué no le dices lo que

piensas? ¿Quieres que hable con él? Aunque ya no es un mocoso al que tirarle de las orejas, suele escucharme. Si me confirmas que es por culpa suya tu marcha, haré que cese su actitud hostil en un abrir y cerrar de ojos.

—Las hostilidades cesan cuando uno de los dos bandos iza la bandera blanca —objetó, apática.

—Valentina, si insistes en callar lo que ha pasado, le obligaré a Luca a contármelo en cuanto llegue a casa.

—No conseguiréis nada, así que ahorraos el esfuerzo —intentó disuadirla la condesa.

—El error es suyo, entonces...

—No hay errores, ni motivos. No sintáis pena por mí, me las arreglaré, y ya no os molestará más mi insoportable presencia.

—Eso, hijita, es un completo disparate...

—No, simple constatación. Por lo tanto, cuanto antes me vaya, mejor será para todos.

—¿No estás dramatizando? Lo sé, es despótico, pero ¿por qué hacer de ello una tragedia? —La miró absorta, como para darle tiempo a reflexionar—. ¿Por qué precipitar las cosas? Estará fuera unos días y nadie te impedirá sopesar tus decisiones aquí, en lugar de en casa de Corsini.

—No, lo lamento —Valentina extendió las manos como queriendo bloquear la presión—. Os quiero mucho y solamente por vos me quedaría, pero no puedo actuar de otra manera. Me impuse ignorar sus provocaciones, intenté seguirle la corriente, me adapté a sus cambios de humor, mostrándome conciliadora incluso cuando me daban ganas de arrojarle el tintero a la cara. Pero, evidentemente, no ha sido suficiente, y ya no sé qué hacer.

—Que sea así entonces —cedió la condesa de mala gana—. No quiero forzarte cuando estás tan abatida. Pero quiero que vuelvas a mi lado lo antes posible.

—Ya veremos.

—¿Cómo? ¡Lo de tu vuelta ni se discute!

—No puedo prometéroslo.

—Cuando haya amainado la tormenta, tu lugar está en esta casa, ¿entendido?

Valentina asintió a regañadientes.

Caterina levantó los brazos en un gesto de pesar.

—¿Qué clase de idiota es ese obtuso individuo?

—Siempre ha sido honesto —lo defendió ella—. En todo caso, fui yo quien se construyó castillos en el aire.

—No, no son castillos en el aire: él te quiere, créeme, por eso te insto a que no te martirices.

—Ojalá pudiera haceros caso, pero me han humillado demasiadas veces como para volver a tolerarlo. —Se acercó a la mujer para abrazarla, ambas conmovidas—. Cuidaos —le deseó con una sonrisa tensa. Luego se levantó y salió de la habitación con pasos cansados.

Capítulo 21

Valentina cerró con frialdad la puerta principal tras de sí, cruzó el vestíbulo y se deslizó hasta el salón contiguo a su habitación. Se deshizo rápidamente de la capa, el sombrerito y los guantes. Al pasar por delante del estudio de Corsini, le había oído conversar en voz baja con alguien. «Tal vez esté con uno de sus clientes», pensó. Sin embargo, no debía esperar mucho más. Se acercaba la hora de la cena, y más tarde, después de la frugal comida en su compañía, debía abordar con el anciano caballero del que era su invitada, un tema que ya no podía posponerse por más tiempo.

Lágrimas de lluvia salpicaban las ventanas en aquel húmedo día de finales de enero. Ella también debería haber llorado, desahogando su infelicidad con un llanto liberador, pero desde que había abandonado la casa de los Montalto se había vuelto mustia, apagada. Una inercia moral y física que comprimía cada emoción. Estaba embarazada. La confirmación le había llegado aquella tarde, tras el examen médico al que se había sometido sin que Corsini lo supiera.

Se palpó con gesto tembloroso su abdomen plano, donde crecía el hijo de Luca, y no pudo evitar preguntarse cuál sería su reacción ante la noticia. Se rio amargamente. ¿Había alguna duda? ¿Qué responsabilidad podía atribuirle? Nadie la había obligado a entregarse a él: no había sido más que un capricho pasajero. ¿Qué derechos podía reclamar, entonces? ¿Acaso había aparecido desde que ella se había marchado? ¡Nunca, aunque ella se había empeñado en esperar que lo hiciera! Ni siquiera en Navidades había habido el menor indicio de él... sólo Caterina se había acordado de ella, enviándole un regalo y un afectuoso mensaje en el que, con los mejores deseos, solicitaba su regreso, invitándola a pasar las fiestas con ellos. Invitación que, por supuesto, ella había declinado cortésmente. La Nochevieja había transcurrido como cualquier otro día, con ella y Corsini brindando por el Año Nuevo sin mucha euforia. Luego, sin anunciar su visita con antelación, Riccardo se había presentado para la Epifanía. Valentina lo había vuelto a ver tan jovial como siempre, pero el joven se había quedado estupefacto al encontrarla tan demacrada y abatida.

“Para alguien que dice estar feliz y satisfecha, no es eso lo que parece” había sentenciado, examinándola con el ceño fruncido. “¿Por qué no vuelves a casa conmigo ahora?”

“¡Eso ni lo vamos a discutir!”

Le había dirigido una mirada contrita.

“¿Te molestó lo que dije la noche de la fiesta en tu honor?”

“No.”

Él había adoptado un aire de duda: había algo en su reticencia que se le escapaba y que le hubiera gustado averiguar.

“Seguimos siendo grandes amigos, ¿no?” Y ante su asentimiento, añadió: “Así que confía en mí...”.

“Por supuesto.”

“Si lo somos y confías en mí, ¿no me confesarás lo que te aflige? Estás tan consumida que mi corazón se desangra con sólo mirarte.”

“No te sientas mal, Riccardo, pero son asuntos personales...”

“Y... ¿Luca?”

“¿Qué tiene que ver Luca?” Se había puesto a la defensiva.

“Yo lo veo como el quid de la cuestión: tú huías, él parece una bestia enjaulada... Supongo que hay una conexión entre las dos cosas.”

“¡El estado de ánimo de tu hermano no me importa!” había cortado en seco ella, zanjando el tema.

“¿Sabe Luca que estás locamente enamorada de él?”

“¡Dios me libre! Y en cualquier caso, no creo que sea...”

“... asunto mío” le había interrumpido el joven con una sonrisa desvergonzada.

“En efecto.”

“Tienes razón, no debería entrometerme, ¿pero está mal preocuparme por ti, ángel? Y Caterina también. Ella suspira por tu ausencia y es sólo para no amedrentarte que no te regaña para obligarte a volver con nosotros.”

“¿Y qué hay de la encantadora Violante?” Se había desahogado con acidez. “¿También agoniza por mi ausencia? ¿Y qué es eso de que Luca merodea como una bestia enjaulada por la casa? ¿No es esa su conducta habitual? Porque no pretenderás darme a entender que está angustiado por mi culpa, ¿espero!”

“Violante, Luca... ¿qué te importan?” Riccardo había fruncido el ceño. “Nosotros te queremos.”

“Nosotros ¿quiénes?”

“Caterina, Angelina, Pellegrino y yo, al igual que el resto de la servidumbre, esto no puedes negarlo. Nos preocupas.”

“Eres muy amable al decirme esto, pero aquí, con Corsini, he recuperado cierta serenidad.”

“¡Pero no puedes ser su huésped indefinidamente!”

“Ciertamente no tengo intención de establecerme de forma permanente en su morada.”

“¿Y luego? ¿Volverás a casa?” Al verla negar con la cabeza, se apresuró a añadir: “Mira, te pido humildemente disculpas por las cosas tan desagradables que dije esa noche... Tu rechazo me dolió tanto que volví mi decepción contra ti... de forma completamente injusta”.

“Es agua pasada. Olvídalo como yo lo he olvidado. Y te repito que no tuviste nada que ver con la decisión de marcharme. Simplemente era una situación insostenible para mí y no tenía alternativa.”

“Si Luca te ofendió de alguna manera, yo...”

“Él no me hizo nada, te lo aseguro.”

“¿De veras?” Una sombra de escepticismo había aparecido en el rostro del simpático pícaro. “Bueno, tanto mejor. Sin embargo, y cambiando de tema, me gustaría decirte que mis sentimientos siguen siendo los que te manifesté.”

“Y yo sólo puedo repetir que lamento no poder corresponderte.”

“Trataré de sobrevivir” había sido su respuesta, mostrándole una cálida sonrisa. “Pero no me doy por vencido. Volveré a la carga cuando tú, como el famoso hijo pródigo, regreses a la mansión, donde te recibiremos con toques de trompeta y brindis.”

“Será difícil. No quiero volver a roerme las entrañas con algunos miembros del clan Montalto. Corsini, además, aborrece la perspectiva de que me instale en otro lugar, aunque, tarde o temprano, será necesario.”

Riccardo, después de algún que otro cumplido, se había despedido.

“Por favor, reconsidéralo. Puede que descubras que nos echas de menos tanto como nosotros a ti. Incluso Luca, por improbable que parezca, da la impresión de echarte de menos.”

Sí, seguro que lo había meditado y le faltaba alguien que le calentara la cama en esas frías noches de invierno.

Pensar en Luca, cuyo abyecto egoísmo revestido de pasión casi la había destruido, era como clavarle un hierro al rojo vivo en el corazón. Y ahora, más que nunca, sufría las consecuencias.

¡Un niño!

Era la enésima jugada del destino en los últimos meses. Ella lo quería, por supuesto, ya lo amaba, sin subestimar las complicaciones que acarrearía el nacimiento de un hijo. No tenía intención de decírselo a Luca. El embarazo le habría inducido a ofrecerle un matrimonio reparador, pero ella habría muerto antes que casarse por obligación. ¡No, jamás! Un recién nacido no podía ser un medio de coacción. Por otra parte, no por hacerle semejante revelación iban a cambiar las cosas entre ellos, y si aquel niño no podía tener un padre que lo cuidara con ternura, tendría, sin embargo, una madre que no se amilanaría ante los obstáculos que se interpondrían en su camino. Ella se las arreglaría sola, y Corsini, estaba segura, no le negaría su apoyo moral.

Tan discreto como siempre, el notario se había contentado con la sucinta explicación que ella le había dado, aunque, al encontrarla en la puerta con la maleta en la mano, debió de despertar cierta curiosidad humana. La sugerencia más apropiada que le había dado al discutir con calma el curso de acción inmediato, era que no escribiera nada a Rosa hasta que Valentina hubiera reflexionado con calma sobre su futuro, todo por decidir en ese momento. Podría informarle más tarde, cuando juntos hubieran encontrado una solución a los problemas actuales: ella se había mostrado de acuerdo. No había querido oír hablar de una contribución a los gastos de mantenimiento. Al contrario, Corsini había argumentado que era un placer tener a alguien a quien alojar y mimar.

Un suave golpe en la puerta la distrajo de repente de sus consideraciones. «Aquí viene el buen notario a llamarme para cenar», se dijo a sí misma. Impulsándose a recibirlo con una sonrisa, Valentina se apresuró a abrir la puerta y se quedó petrificada: en el umbral, con sus inescrutables ojos grises brillando en el reflejo de las lámparas, estaba Luca. La emoción que la asaltó hizo que el corazón le saltara a la garganta y luchó contra el impulso de cerrarle la puerta en las narices. Pero antes de que pudiera poner en práctica esa intención, él entró en la habitación y, como si se hubieran separado el día anterior, levantó las manos en señal de paz.

—¡Qué alegría verte, Valentina! —exclamó con tono amable—, ¿podría hablar contigo sin despertar tu desagrado?

En un arrebato de sorpresa, ni siquiera pudo pronunciar un saludo formal, sino que le miró fijamente con gesto airado.

—No quiero parecer impertinente, pero me temo que es imprescindible que hablemos.

Ella le escuchó asombrada, incapaz de reprenderle por semejante arrogancia. Su mera presencia le había provocado un cosquilleo traicionero en la sangre y unas ganas mortificantes de estallar en sollozos, y de arrojarse en sus brazos inmediatamente después. Tragó saliva y trató de controlarse, ruborizada por la intensa mirada con que él la envolvía. «Es increíble», pensó, «el descaro de este individuo». Rebosaba seguridad por los cuatro costados y, como siempre, estaba dispuesto a soltar una de esas diatribas suyas tan exasperantes, como si nada hubiera ocurrido entre tanto. Presa de una legítima indignación, se le quedó mirando con avidez. Parecía más atractivo de lo que recordaba. También parecía un poco agotado, observó con pesar, mirándole con más atención, como si hubiera sufrido falta de apetito e insomnio como ella.

—¿Podríamos sentarnos? —dijo con impecable cortesía, aludiendo a los sillones que tenían a su disposición.

Verle tan tranquilo mientras ella era un manojo de nervios era más de lo que podía soportar. El resentimiento, la infelicidad y el desaire por cómo la había ignorado con semejante desdén se amalgamaron a la velocidad del rayo con la fuerte tensión suscitada por su aparición, culminando en un exacerbado impulso de reprender tan arrogante engreimiento.

—¿Cómo es posible que Corsini te haya permitido subir? ¿Con qué valor te atreves a reaparecer ante mí?

Sin pestañear, hizo caso omiso de sus protestas y, empujándola con firmeza a su asiento, se colocó frente a ella para impedir que saltara del sofá y escapara de él, pues era la intención que debió de leer en su rostro, vidrioso por la cólera.

—Corsini se ha visto obligado. Si se hubiera atrevido a prohibírmelo, habría acampado en el vestíbulo hasta que accediera a mi petición de verle. Ha tenido que poner buena cara y cederme el paso... —Sonrió, y en la transparencia de sus iris parpadeó un destello divertido.

—Tratándose de ti, ¡también es típico mangonear en casa ajena! —estalló de rabia.

Se abstuvo de hacer comentarios y miró brevemente a su alrededor.

—Te has instalado bien. —Totalmente relajado, se quitó el redingote y lo tiró en el respaldo de una silla, encendiendo un puro con gestos medidos.

—¡Vuelve a ponerte el abrigo y lárgate! —La voz de ella sonó tajante.

Como si no la hubiera oído, Luca desvió su atención hacia ella, estudiando sus párpados entornados. Frunció el ceño al darse cuenta de que había adelgazado.

—Da la impresión de no haber estado bien de salud últimamente. Estás pálida... y con ojeras —remarcó con voz que delataba aprensión—. ¿Has estado enferma?

—Es una época dura la que estoy dejando atrás —respondió con tono sostenido, luchando por sofocar su mente en confusión y el temblor de sus miembros.

—¿Quieres beber algo para calmarte? —la sondeó amablemente, queriendo complacerla. No habría podido culparla si, en su terquedad, la hubiera ahuyentado. Su amargura y su resentimiento eran sacrosantos. Esperaba poder abrir una brecha en el muro de hostilidad que había levantado entre ellos. Sabía que no podía permitirse ni un solo error, después de los que había cometido: ni siquiera media palabra equivocada—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Sal inmediatamente por la misma puerta por la que has entrado. Y no finjas sentir lástima por mí: un lobo con piel de cordero no es muy convincente.

Aquella lividez suya que no daba señales de amainar le desorientó. Se preguntó a qué recurso podría recurrir para acabar con aquel rencor.

—Valentina, me doy cuenta de que tienes toda la razón para despreciarme...

—¿Qué es esto, un tardío mea culpa?

—A pesar de esta admisión, tengo la desfachatez de dirigirte una sentida súplica, a saber, que dejes de comportarte como si yo fuera tu peor enemigo.

—¿Y no lo eres, después de todo?

—¿Cree que estoy fingiendo una preocupación que no siento? —Frunció el ceño—. Estoy muy preocupado por ti. ¿Te encuentras bien?

—¡Sí, si ni te veo ni te oigo! —respondió, cada vez más furiosa. En realidad, mostrar su rabia no era más que un escudo para defenderse de él, de los sentimientos que estaba desatando en su interior... él sólo llevaba allí unos minutos y ella ya estaba sucumbiendo a sus propios sentimientos. ¡Era patética!

—Si no me ves y no me oyes, ¿eh?

—Precisamente.

—Sin embargo, corrígeme si me equivoco, la última vez que me viste y oíste eras de otra opinión, ¿recuerdas?

¡Claro que se acordaba! Ella se sonrojó como si la hubiera pillado rebuscando en sus cajones y, para disimular su evidente vulnerabilidad, se levantó y, rodeándolo, se dirigió a la ventana, dándole deliberadamente la espalda.

—Sí, lo recuerdas —susurró dulcemente, colocándose a un palmo de sus hombros.

—¡No quiero hablar de ello! —Se estremeció. Su cálido aliento le había hecho cosquillas en la nuca, haciéndola estremecerse de placer. Además, no estaba en condiciones de oponerle la indiferencia necesaria.

Pero, fiel a su estilo, él la agarró por la cintura y la giró hacia él, mirándola con ojos penetrantes.

—Eres desalentadora —le dijo, reprimiendo el impulso de besarla le dijo—. No me facilitas las cosas, Valentina, pero aunque tenga que obligarte, ¡me harás caso, por Dios!

—No uses ese tono conmigo, y ahórrame tus imposiciones de déspota.

—Bueno, te guste o no, nuestra relación debe ser aclarada. Tengo muchos errores que corregir, y estoy decidido a...

—¿Errores? ¿Tú? —lo interrumpió sarcástica—. Me cuesta creer lo que oigo.

—Todos nos equivocamos, sin excepción, y confío en que se me dé la oportunidad de repararlos.

—Es demasiado tarde. No tenemos nada más que decirnos, suponiendo que, dejando de lado los insultos que me has dirigido, alguna vez nos hayamos dicho algo.

—¿Quieres escucharme, sí o no?

—¡Habla, entonces! —capituló ella—. Y luego vete, ¡por el amor de Dios! ¡Y no vuelvas a intentar darme órdenes o cruzaré esa puerta y le diré a Corsini que te eche, ya que no me haces caso!

—Realmente quieres hacerme pasar un mal rato.

—Deseo que me dejen en paz, más que cualquier otra cosa. ¡Y no me mires así! —Se movió inquieta, sintiéndose desfallecer bajo la caricia ardiente de aquella mirada.

—¿Acaso está prohibido? —protestó Luca con un tono extrañamente humilde—. Te observo para comprender la causa de tu palidez... y colmar mis ojos de ti.

—¿Ahora te pones zalamero conmigo?

Se aclaró la garganta.

—No, eres hermosa como ninguna, y haces que me sienta muy mal.

—¿En serio? ¿Tú, que eres insensible a todo? Me sorprende tener la prerrogativa de poder romper esa autoestima desmedida.

—Incluso para mí, darme cuenta de que mi presencia te exaspera. Significa que he sido despreciable... —Le lanzó una mirada triste—. Pero puedo imaginar por lo que te hice pasar.

Ella perdió la cabeza.

—¿Lo imaginas? No, debo discrepar: cómo puedes tener siquiera una vaga idea del infierno que me has reservado. Denigrarme era para ti un verdadero divertimento, y cuanto más rabiabas, más te complacía. Y qué decir de... —se ruborizó—, ¿lo que compartimos? Desapareciste sin siquiera despedirte, ¿o lo has olvidado? Bueno, dudo que incluso un delincuente sea despedido de la forma en que tú lo hiciste conmigo. ¿No pensaste que merecía algo más que esa sórdida nota?

—Si me dejaras explicarte...

—¿Qué quieres explicar ahora? No sabría qué hacer con tus explicaciones.

—Muy bien, desahógate, tienes derecho.

—¡Qué magnanimidad! —se burló Valentina—. ¿Y qué esperas ahora de mí? Primero huyes y luego, cuando te conviene, recobras el sentido común y quieres remendar lo que tú mismo desgarraste. ¿He de recibarte con los brazos abiertos sólo porque te has arrepentido de todo?

—Sería una buena manera de hacer las paces y seguir adelante —aceptó con una sonrisa tensa.

—Lo sé, te gustaría, pero esta vez no entraré en tu juego. Intento levantarme del suelo, me niego a volver a ser una de tus muchas diversiones nocturnas. —Valentina enmudeció al darse cuenta de cómo resonaba su voz en el silencio, y redujo considerablemente su tono—. ¿Has mostrado siquiera tener algo de corazón? ¿Consideraste alguna vez el vacío que le acechaba al mío por tener que renunciar a mis sentimientos? No. Estabas tan ocupado siendo un virtuoso santurrón que no te has detenido en detalles tan insignificantes, supongo.

Ella lo encaró con los ojos oscurecidos por la ira, el rostro encendido, sin sospechar que él luchaba por no ceder al impulso de silenciarla a besos.

—Dios sabe que nunca he exigido nada excepto estar cerca de ti —reanudó en voz baja, conteniendo las lágrimas. Odiaba hacerlo. Las lágrimas eran la más taimada de las armas femeninas, y ella apreciaba su propia dignidad, lamentando ya no haberse opuesto a él con un porte sereno y frío. En lugar de eso, había hecho el ridículo revelando la necesidad que tenía de él. Antes que reprocharle sus faltas, debió de hacerle creer que estaba montando una escena de celos. Le dio la espalda y se quedó mirando el cielo nublado—. Pero, ¿de qué sirve quejarse?

—Valentina, te lo suplico, empecemos de nuevo.

—¿De nuevo? ¿Se te acaban los retos?

—Sí, si son tan estimulantes como los tuyos. Dame la oportunidad de...

—Que el cielo me proteja de tus buenas intenciones. Si fuera tan incauta como para confiar en ellas, podría sucumbir a ellas... u odiarte por completo.

—Tú no me odiarás nunca.

—Y quién lo dice, ¿tú?

—Todo puedes sentir por mí, excepto odio.

—Si prefiere creerlo, adelante, pero le conozco lo suficiente como para querer evitar más humillaciones. Ponerme bajo tu despótica jurisdicción es un riesgo que temo y te respondo: ¡no, gracias!

—¿La jurisdicción de un marido te haría más complaciente con nuestra relación?

Valentina se giró y le miró boquiabierta.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Exactamente.

—Estaba convencida de que habías agotado tu repertorio de maldades, Luca.

—Cásate conmigo, y si te acoso, dado mi temperamento, puedes vengarte atrincherándote en tu alcoba.

—¿Estás bromeando?

—En absoluto: Un castigo más eficaz no podrías encontrarlo, por la forma en que te deseo.

—¿Y crees que yo aceptaría? A pesar de tus nobles intenciones, ¿cuánto duraríamos juntos?

—Las disputas son saludables para el matrimonio.

—Vamos, si ni siquiera nos ponemos de acuerdo en qué hora es, ¡imagínate los encontronazos con los temperamentos que tenemos! Y tú harías un mal negocio: un hombre con tu posición y rango puede elegir a su novia entre la flor y nata de la aristocracia; ¿por qué habría de conformarse con alguien como yo, sin dote ni título?

—Te quiero a ti y a nadie más, Valentina.

Ella volvió a centrar su atención en el exterior para no mirarle.

—No. Y te lo suplico, vete y no me atormentes más —murmuró—. Yo no... —Una repentina oleada de náuseas, probablemente provocada por la fuerte agitación, le contrajo el

estómago. Respiró hondo para superarlas, pero era consciente de que vomitaría de un momento a otro, como hacía siempre al inicio de tales síntomas. «No», se dijo consternada, «¡ahora no!» Pero el malestar la obligó a precipitarse al cuarto de baño, consiguiendo tirar de la puerta tras de sí. «No debe de haber adivinado nada», pensó, inclinándose sobre el lavabo de porcelana. Luego dejó de pensar porque estaba demasiado indispuesta para hacerlo. Las paredes de la habitación parecieron arremolinarse a su alrededor y un hedor helado le bañó la frente cuando se sintió mejor. Dos lágrimas resbalaron de sus ojos y, cuando su cerebro empezó a funcionar de nuevo, humedeció la toalla y se la pasó por la cara, intentando serenarse lo mejor que pudo.

Tenía que inventar una excusa plausible, tal vez haber comido más de lo habitual en el almuerzo, y probablemente haberse resfriado al salir. «Sí, eso podría funcionar», pensó con los párpados cerrados, apoyada en la pared para recuperarse de la oleada de mareos. De repente, una mano firme y seca agarró la toalla y, con una ternura que casi la hizo derretirse en un torrente de lágrimas, Luca le refrescó la cara. Ella lo estudió con recelo: la atendía con un ceño que la angustiaba.

«Virgen Santa», gimió para sus adentros, «¿se habrá dado cuenta?»

—¿Se te ha pasado? —preguntó, rodeándole la cintura con el brazo. Y cuando ella asintió con la cabeza, la levantó y la llevó hasta el sofá. Unos ojos grises la escudaron, impidiendo que bajara los suyos—. ¿Seguro que estás bien? —insistió.

—Sí —lo tranquilizó—. Debo haberme excedido con el postre... —articuló aquella frase entrecortada, que sonaba falsa a sus propios oídos, en un doloroso galimatías que murió miserablemente en su garganta.

Él asintió, sin dejar de mirarla.

—¿Estás segura de que ha sido el postre?

—Pues claro... qué malestar tan extraño...

Luca no respondió, se limitó a sentarse a su lado con una sonrisa indefinible.

—Cesira prepara unas tartas buenísimas.

Luca respiró hondo.

—Mírame.

Aunque reacia, obedeció, consciente de que la intensidad de aquella mirada significaba que no podía mentir sobre su estado. Sin embargo, no había forma de eludir aquellos ojos atentos, interrogantes e inquietantes.

—He de confesar que hay algo más que anhelo además de ti —dijo con una extraña voz gutural—, un hijo. Para mi enorme asombro, estoy comprobando que ambos deseos están prácticamente cumplidos, ¿no es así?

—No entiendo a qué te refieres...

—En cambio, yo creo que sí —asintió él, desafiándola a negarlo. Su atención se centró en el abdomen de ella—. Necesitas urgentemente un marido cariñoso, y nuestro hijo un padre tierno.

—Tu sentido del deber te honra, pero no es suficiente y no quiero casarme contigo.

—¿Debería arrodillarme y rogártelo?

—Sería inútil.

—¿Quieres meterte en la cabeza que nada ni nadie, y menos el deber, me induciría a tomar una segunda esposa, si no estuviera simplemente loco por ti? —La actitud dubitativa de Valentina le hizo fruncir el ceño, incitándole a contarle lo de Camilla y su infidelidad—. Ahora comprenderás por qué, cuando ella desapareció, desconfié de todas las mujeres. Entonces llegaste a mi vida y la mente te rechazó en la misma medida que el cuerpo te deseaba. Y eché espuma de rabia... o quizá de envidia, al ver lo adorable que eras con Riccardo y formal

conmigo.

—Entre él y yo sólo hay amistad, ¿cómo debo decirlo?

—A primera vista parecíais dos arrullados tortolitos, así que la ira se apoderó de mí. Debes tener paciencia: soy intransigente, posesivo y celoso con cualquiera que ponga los ojos en ti — admitió con sinceridad—. Soy un hombre que tiende al malhumor, lo que a veces se traduce en excesos de despotismo, y no perdono a quien me traiciona. Sin embargo, si en defectos no tengo medias tintas, en cualidades rayo en la abnegación si amo a alguien, dándolo todo. Por eso pongo mi corazón en tus manos, si lo quieres. —Le rozó la mejilla con una suave caricia—. Por favor, no me rechaces...

—¿Rechazarte? ¡Después de lo que me has dicho, nunca! Te amo, Luca.

Él la abrazó impetuosamente.

—Sabré ganarme tu amor, te lo juro. Y tienes mi palabra de que cambiaré suavizando mis asperezas de carácter y mis cambios de humor. Sobre todo, intentaré no desconfiar más de mi mujer sólo porque su predecesora me fue infiel. —Hundió la cara en su cabello, inhalando su fresco aroma, antes de besarla, lamiendo la cálida suavidad de sus labios con un gemido.

Ella los entreabrió y acogió su lengua, vibrando de pasión al contacto de unas manos que rozaban, exploraban, excitaban. Sólo la idea de que no podían ir más lejos separó sus bocas varios segundos después.

—Luca, ¿por qué no has venido antes? —le preguntó ella sin aliento—. Fuiste cruel al dejarme sumida en el dolor hasta hoy...

—Soy un idiota, ¿verdad? —hizo él enmienda—. Hay asuntos de la máxima importancia en juego que exigían y exigen mi total concentración.

—Asuntos ¿de qué tipo?

—Política —dijo con vaguedad—. Pero las cosas pendientes entre nosotros había que resolver, y tan pronto como he podido, he corrido hacia ti. Puede que no me creas, pero estabas constantemente en mis pensamientos. —Los dientes destellaron en una mueca explícita—. Pretendo compensarlo, porque tendrá noches muy ocupadas, mi casi señora Montalto ¡Naturalmente, nos casaremos lo antes posible y si te atreves a objetar, serás castigada por haberte ido sin mi conocimiento!

Aturdida, sólo pudo responderle:

—Si me convierto en tu esposa, debes saber las razones por las que tuve que mudarme a Milán...

—No me interesan —cortó en seco—. Si Caterina te contrató, significa que eras digna. Además, el pasado termina en este preciso instante para dar paso al futuro. Lo que ha sido, ha sido, y eso se aplica a los dos. En cualquier caso no hay nada que pueda cambiar lo que siento por ti.

—Me pillas completamente desprevenida —lo intentó de nuevo, sin saber si reír o llorar.

—Te daré otro beso, si eso es lo que vas a pedirme —él volvió a apoderarse de su boca, impidiéndole decir nada más—, besarte ya no me basta, me temo... y hay una curiosidad que debes quitarme, amor... —La miró indeciso—. Y concierne a una mujer que la noche del baile de máscaras...

—¿Te refieres a la descarada del disfraz de vestido de dominó que pasó la noche contigo en el pabellón de caza? —Valentina le sonrió maliciosa.

—Entonces no me equivocaba, eras tú... —En su mirada brillaba la satisfacción—. Y me diste tu pureza a pesar de todo...

—Te amaba —le dijo—, y parece que, más allá de nuestros conflictos, te dejó un buen

recuerdo.

—Inolvidable. Lo que me ha desorientado hasta ahora era esencialmente la duda de que no hubieras asistido a la fiesta.

—De hecho, bajé tarde —le explicó, indecisa sobre si confesarle la jugarreta de Violante. Pensó que no merecía la pena—. Y la primera persona que me encontré fuiste tú, por supuesto.

—Lo más desconcertante de la velada fue que no eras la única que llevaba ese disfraz.

—¿Me estás diciendo que había otro vestido dominó?

—Sí, una desconocida a la que Violante puso en fuga. Pero, ¿cómo podía imaginar que la damisela con la que me topé más tarde eras tú?

—Cuando el destino quiere hacer de las suyas, nadie puede interponerse en su camino, ¿no te parece?

—Ya lo creo.

—A veces tenía que mirar tu anillo para probarme a mí misma que no había soñado.

—Pero nunca lo vi en tu dedo...

—Lo escondía bajo mi ropa, apartándolo cuando vine a casa de Corsini. Te lo devolveré si lo quieres...

—Tendrás que llevarlo hasta que te regale uno más valioso —Le dirigió una mirada penetrante—. ¿Por qué no me dijiste que eras tú?

—Por orgullo, y para evitarme el desprecio de un hombre que ya tenía muy mala opinión de mí.

—Perdóname, Valentina, yo no debería haber... —Unos ligeros golpecitos en la puerta le impidieron continuar—. Entrad Corsini —le invitó Luca con tono afable.

La cabeza canosa del notario se asomó por la puerta.

—¿Todo bien? —preguntó con su cortesía habitual, escrutando ansiosamente a Valentina.

—Yo diría que sí, ya que ha aceptado casarse conmigo —confesó Luca eufórico.

—¡Magnífico! —El rostro del anciano se iluminó de satisfacción—. Sabéis, me rondaba la idea de que había algo de afecto entre vosotros dos, así que me alegra mucho la noticia. ¿Y cuándo será la boda?

—Primero la llevaré a casa, luego fijaremos la fecha.

—Luca... Cesira también me ha preparado la cena —se entrometió Valentina.

—Cenarás con tu prometido —sentenció él resuelto—. Y además Corsini ya estaba avisado de que vendrías a casa conmigo.

—Diantre, ¿cómo podías siquiera suponer que te seguiría? —preguntó atónita ella.

—Digamos que confiaba mucho en mi... irresistible encanto.

—Cariño, no te imaginaba así... —Valentina se abstuvo de encontrar un epíteto adecuado para su presunción.

—¿Tan enamorado? —y él le hizo un imperceptible gesto de comprensión, no pudiendo abrazarla ante Corsini, que asintió satisfecho.

Después de despedirse del notario y estar a bordo del carruaje, volvieron a besarse, y no pararon hasta que llegaron a su destino.

—Amor —le dijo en voz baja antes de cruzar el umbral—, no le hables a nadie de tu estado. Pronto nos casaremos y no hay necesidad de dar publicidad a nuestros asuntos, ¿te parece?

Como quería protegerla de los cotilleos, Valentina asintió y sonrió mientras se reunían con el resto de la familia en el comedor.

Violante, con la cuchara en el aire, pareció sorprendida por la reaparición de su rival, escoltada por Luca, quien, además, se mostraba inusualmente atento.

—Anda, mira —musitó, disimulando la contrariedad tras una sonrisa forzada—, la oveja descarriada de vuelta al redil.

Caterina, feliz, extendió los brazos y estrechó a Valentina contra su corazón con tal emoción que se le hizo un nudo en la garganta.

—¡Qué alegría verte de nuevo! —exclamó conmovida.

—Y un besito para mí, ¿no hay? —reclamó Riccardo, ofreciéndole la mejilla. Ella lo contentó, exultante de alegría—. No digas nada —rio el joven—. Tu expresión hace superflua cada palabra.

—¡Y no te quedes con las ganas de besarme a mí también! —la retó Violante, volviendo a comer.

—Violante, otra palabra grosera a Valentina y saldrás de esta habitación de inmediato —la amonestó con autoridad Caterina.

—Yo me encargo —Luca apartó una silla para su prometida y, sentándose a su vez, se sirvió a sí mismo y a ella la comida que Angelina había puesto sobre la mesa. Por último, volviéndose hacia Violante, declaró con calma—. A partir de esta noche os exijo buenos modales cuando os dirijáis a la que, dentro de poco, será mi esposa.

La declaración se cernió sobre los comensales durante unos instantes, y el silencio absoluto que siguió pareció impregnarse de las diferentes emociones que despertó en cada uno de ellos.

—¿Tu... esposa? —a Violante el último bocado se le atragantó. Asombrada por el impacto de la novedad, miró incrédula a uno y otra, luchando por comprenderlo.

—Sí, mi esposa —contesto él—. Contrólate, entonces, si no quieres irritarme.

—No tengo palabras —a duras penas dominó su decepción. Con gesto irritado, apartó el plato aún lleno, ya sin apetito.

—Pues sería la primera vez desde que te conozco —se burló de ella Riccardo. La indignación de Violante convertía aquella velada en memorable.

—¡Tú calla! —le espetó, luego miró a Valentina con ojos que escupían veneno—. Así que lo has conseguido, ¿eh? ¡Le has echado el lazo al final! —la atacó.

—Violante —intervino con voz glacial Caterina—. Te había advertido que no abusaras de mi...

—¡Me iré al instante! —la interrumpió, poniéndose en pie de un brinco—. ¡Tanto es así, que ni notaréis mi ausencia! —Y abandonó la sala.

—Lo lamento —se dolió Valentina—. No pensaba que reaccionaría así.

—No te sientas mal —le sonrió la condesa—. No nos gustaría estropear nuestra alegría con su histeria de mocosa malcriada, ¿verdad?

—Precisamente. —Luca, premuroso, puso su mano sobre la de Valentina para tranquilizarla.

Caterina observó la apasionada mirada que ambos intercambiaron y se regocijó.

—Queridos míos, ¿para cuándo los desposorios? —preguntó con visible satisfacción.

—Pronto —respondió Luca—. Hay agitación en la ciudad, y me gustaría esperar a que la situación se calme para poder dedicarme a nuestra boda sin preocupaciones.

—Muy acertado. Mientras tanto, nos ocuparemos de todos esos detalles que los hombres tanto odian, como el vestido de novia y la ceremonia, y escribiremos a Rosa para darle la feliz noticia.

—Oh, se alegrará mucho —dijo Valentina.

La mujer frunció el ceño al verla comer con desgana.

—¿No tienes hambre?

—Está enamorada —comentó Riccardo—, y me temo que alimentarse es el último de sus pensamientos.

Se ruborizó. Sintió náuseas y buscó los ojos de Luca para pedirle ayuda en silencio. Él captó al instante el mensaje.

—Corsini ha querido ofrecernos pastas y té a toda costa —mintió con desenvoltura—. Ni ella ni yo tenemos mucha hambre, la verdad sea dicha.

—Entonces es normal que no comas nada o casi nada, hija mía. Pero dime, ¿hay alguna esperanza de que tu madre pueda asistir a la boda?

—Intentaré convencerla de que emprenda el viaje.

—Me alegraría inmensamente volver a verla. Le enviaría el carruaje.

Terminaron de cenar en un ambiente distendido y estaban a punto de pasar al salón cuando, al notar que Valentina estaba muy cansada, Luca se excusó ante los otros dos y la acompañó escaleras arriba.

—Amor —le susurró, rozándole la cara con una caricia—, Si no estuvieras cansada, entraría contigo y no te dejaría hasta mañana... y no creo que debas, ¿verdad? —Le dio un beso largo y profundo—. Después del sí siempre dormirás en mis brazos, pero mientras tanto debo contentarme con darte unas platónicas buenas noches.

Le vio alejarse con pesar. Entró en la alcoba con aire soñador. Se quedó atónita al encontrarse a Violante allí, evidentemente esperándole.

—¿Qué haces aquí? —exclamó molesta—. ¿No quieres perder la costumbre de meterte donde no debes?

Su rostro se contorsionó en una aterradora máscara de odio. Avanzó hacia Valentina, que retrocedió de inmediato. Aquella expresión casi demente la asustó.

—Estoy aquí para darte un ultimátum —le ordenó airada Violante—. ¡Renuncia a Luca o te arrepentirás de haberte interpuesto en mi camino! Él es mío, ¿entiendes?

—¿Por qué no presentas tus quejas a la persona en cuestión? Ya deberías saber que tus amenazas no tienen ningún efecto sobre mí.

—Voy a hacer algo más que limitarme a eso. Y realmente eres una tonta de capirote si te haces la delirante ilusión de que no voy a reaccionar ante esta última afrenta. He de admitir que te subestimé y que te has manejado bien, pero eres y seguirás siendo una aficionada comparada conmigo. A partir de ahora, sin embargo, jugaremos sin cuartel.

—No creo que hayas actuado de otro modo.

—Fueron escaramuzas, y no ganarás la partida: ¡prepárate, porque te aniquilaré!

—¿En serio? —se burló de ella Valentina.

—Deshacerme de ti permanentemente será mi único objetivo, y sucumbirás, ramera...

Ella se acercó al cordón de la campanilla.

—¿Debo llamar a Luca?

—Sabré cómo mantenerlo a raya. En cuanto a ti, tienes demasiados escrúpulos para burlar a alguien que es imbatible en el arte de la intriga.

—Podrás ser un formidable intrigante, pero eres tan predecible que aburres hasta la muerte a los que tienen que soportar tus desplantes.

—¿Desplantes? Esta vez no. Para robármelo no dudaste en meterte en su cama como una impúdica prostituta, y aunque como táctica es casi infalible, no tendrás lágrimas suficientes para lamentarlo. —Violante la atravesó con sus malignos ojos—. Eres de las que se venden, mientras que yo nunca he sido una conquista fácil para ningún hombre.

—¿Qué clase de necio querría arrimarse a una cobra? —la escarneció—. Eres tan repulsiva

y rastrera que a cualquiera se le pondría la piel de gallina.

—Sí, soy mortal como una cobra, cuidado: podría morderte, y no sobrevivirías al veneno.

—¡Basta! —explotó con hartazgo Valentina—. Y acepta la derrota.

—¿Derrota? —La otra estalló en carcajadas—. En tu lugar, no cantarías victoria tan rápido: me conoces y sabes que nunca me rindo.

—Yo tampoco: tendrás que rendirte al hecho de que no puedes ganar. Claro que es una bofetada tener que envidiar a la que te burló, pero en la vida puede pasar de todo, como ves.

—¡Escuchad a esta chiquilla venal y ambiciosa! Unos cuantos desplantes ñoños, cuatro gemidos remilgados, un golpe final y paréntesis cerrado. ¿Es eso lo que piensas?

—Estoy absolutamente convencida.

—Pues ya puedes empezar a hacer las maletas, putilla de tres al cuarto, ¡porque no vas a estar bajo este techo mucho más tiempo!

Tras pronunciar aquella sibilina frase, Violante le dio la espalda y salió con un revuelo de faldas, cerrando furiosamente la puerta tras de sí.

Capítulo 22

En marzo de 1821, el general Pepe fue derrotado en Rieti por los austriacos, que entraron victoriosos en Nápoles y restauraron la monarquía. Muchos carbonarios fueron condenados a muerte por los tribunales del rey, otros encarcelados para cumplir duras penas de prisión, y unos pocos consiguieron refugiarse al otro lado de la frontera. Mientras se sofocaban los levantamientos napolitanos, se alzaron los piemonteses, cuyo objetivo era la Constitución y la guerra contra Austria para unir Lombardía con Piamonte. En vísperas de la sublevación, el príncipe Carlos Alberto de Saboya-Carignano, que había mostrado más o menos abiertamente su simpatía por la causa liberal, presa de las dudas negó su apoyo a los patriotas. No obstante, la revuelta estalló el 10 de marzo en Alessandria, extendiéndose a otras ciudades, entre ellas Turín. Los insurrectos se impusieron y el antiguo rey Víctor Manuel I, para evitar el derramamiento de sangre, abdicó en favor de su hermano Carlos Félix. En ausencia de éste, que no se encontraba en Piamonte, la regencia recayó en Carlos Alberto; el príncipe otorgó la Constitución, que debía ser aprobada por Carlos Félix. Los patriotas desplegaron sus escasas tropas en la frontera del Tesino, decididos a penetrar en Lombardía. Fue una decepción atroz: Carlos Félix rechazó la Constitución y pidió ayuda a Austria, cuyas milicias derrotaron a las escasas fuerzas de los liberales cerca de Novara el 8 de abril: la insurrección había durado un mes.

En el reino Lombardo-Véneto, los austriacos redoblaron la vigilancia para reprimir cualquier brote insurreccional, pero ya se habían tomado medidas antes de los levantamientos: el periódico “Il Conciliatore^[4]”, cuyas ideas liberales se consideraban peligrosas, había sido suprimido; su redactor jefe, el piemontés Silvio Pellico, fue detenido. Milán se estremeció durante la represión, viendo con impotencia y consternación cómo eran detenidos el conde Confalonieri, el músico Maroncelli y otros patriotas, mientras que algunos partidarios del movimiento, entre ellos el poeta Berchet y el noble Porro Lambertenghi, huían al extranjero.

Bertolotti, el hombre disfrazado de Belcebú al que Violante había invitado al baile de máscaras, no era otro que un agente de la tristemente célebre policía austriaca, y confidente de confianza del inquisidor Salvotti. Amante de la joven desde hacía mucho tiempo, recibía de ella información sobre los visitantes habituales de la casa Montalto, y fue gracias al detallado informe que Violante le envió que, desde Novara, en marzo de 1821, había transmitido el siguiente despacho a los servicios secretos austríacos:

“He descubierto que la correspondencia clandestina entre liberales piemonteses y lombardos también se mantiene a través del abogado Vismara”.

Vismara era un conspirador muy activo, con presencia frecuente en el salón de Caterina, y aunque no se podía acusar a alguien de actividad subversiva por el mero hecho de recibir a un invitado implicado en la Carbonería, era evidente que la condesa y Luca compartían los ideales del movimiento. En la ciudad no se hablaba de otra cosa, sobre todo de la infiltración de espías entre los patriotas: se decía que incluso los detenidos, sometidos a interrogatorios despiadados, denunciaban a sus compañeros de lucha.

Luca no temía por él ni por su familia: siempre había actuado con extrema cautela. La situación era grave, pero estaba seguro de que no se arriesgaba a ser arrestado. Incluso sospechaba que los rumores sobre los delatores habían sido difundidos por los austriacos para crear confusión y desconfianza entre los conspiradores. Y, en efecto, la inquebrantable confianza mutua que hasta entonces había unido firmemente a los patriotas había sido sustituida por una circunspección que los llevaba a dudar unos de otros.

Temiendo que el número de detenciones aumentara como la espuma, Luca se había reunido en secreto con sus amigos Pirro de Capitani, De Castilla, Tadini y Arconati para determinar quién estaba tan comprometido que debía expatriarse sin dilación. La reunión había terminado en punto muerto, y Luca, descontento e inquieto, se encerró en su estudio tras regresar a casa para reflexionar sobre qué hacer. Le distrajo de sus pensamientos un golpe seco en la puerta y Violante irrumpió en la habitación.

Verla y maldecir entre dientes fue todo uno.

—¿Qué diablos quieres? —le preguntó de mal humor, molesto por su aparición.

—Las ansias de comunicarte que se avecinan graves problemas: ¡estoy fuera de mí por lo que me he enterado! —exclamó ella, llena de rencor—. Idiota, deberías haberme escuchado y haberla echado a patadas inmediatamente, en lugar de perseguirla como un memo.

La miró con asombro.

—Pero ¿a quién diablos te refieres?

—Me refiero a la falsa mojigata con la que estás a punto de casarte, querido. ¿A quién si no?

Se levantó de un salto, como si le hubiera picado una tarántula.

—¿Has perdido el juicio? Espero que no empieces con tus absurdas elucubraciones otra vez.

—Que te había manipulado era obvio, pero no hasta tal punto. Te atrapó de tal manera que ni siquiera te has dado cuenta de lo que pasaba delante de tus narices, está claro. Y ahora, por desgracia, pagaremos las consecuencias.

—Y por el contrario, en lo que a ti concierne, nada se te habrá escapado, he de suponer.

—Menos mal que alguien mantuvo los ojos abiertos. A diferencia de ti, demasiado ocupado ronroneando con esa perra traidora, yo me mantuve alerta hacia ella, teniendo la confirmación de que no me equivocaba.

—Cada ve te entiendo menos, Violante —objetó él, desconcertado—. ¿Quieres explicarte?

—Con sumo placer —respondió, entornando los ojos—. Te están acosando... los austriacos, quiero decir. Un espía les informa regularmente sobre nosotros y nuestros amigos. Te dejaré adivinar el resto.

Luca palideció.

—¿Y tú cómo sabes que los austríacos me persiguen? —inquirió, escrutándola con expresión suspicaz—. Esos son asuntos confidenciales.

Taimada para salir del paso en tales coyunturas, había orquestado el golpe de efecto con su cómplice Bertolotti y no se dejó sorprender.

—Un amigo mío se ha enterado del asunto y me ha avisado de manera providencial para que pudiera tomar las debidas precauciones. La casa está vigilada, y sólo la sólida amistad que nos une, más los conocidos influyentes que tiene, pueden quizás evitar lo peor. Pero debes ponerte a disposición sin evasivas, o serás arrestado. Después de destruir todo lo que pudiera comprometerle, se sobreentiende.

—¿Y Caterina?

—Me ha asegurado que no ha surgido nada contra ella. Es a ti a quien quieren.

—¡Maldición!

—Tienes que anticiparte a ellos y marcharte. En cuanto estés a salvo en otro lugar, de un modo u otro intentaré sacarte del apuro. Mi amigo me debe más de un favor y por suerte para nosotros, va a estar ocupado.

—Dime, Violante, ¿tu tía sabe algo de esto?

—¡Yo me cuidaría mucho! No quiero que se angustie, y considero oportuno guardar

silencio sobre la verdadera razón por la que debes abandonar Milán... —Violante se mordió el labio y fingió reflexionar—. Le diremos que el tuyo es uno de los habituales desplazamientos de negocios, no le parecerá extraño. Y no debes llamar la atención de los que acechan desde fuera: en apariencia, todo debe transcurrir con normalidad.

Dando un puñetazo al escritorio, maldijo con rabia, cayendo en la bien pensada trampa que le había tendido Violante. Ni siquiera se le pasó por la cabeza la duda de que le hubieran contado una sarta de embustes.

—No puedo creerlo.

—Sí, ya me lo imagino, pero Valentina, asquerosa delatora de los austriacos, ¡lo pagará caro!

Él negó con la cabeza.

—¡No puedo creer que sea culpable de un acto tan infame!

—Tú la amas, ¿cómo puedo culparte?

—No es cuestión de amor, sino de lógica —insistió Luca con fiereza, queriendo negarse incluso a sí mismo que su prometida pudiera haber traicionado su confianza y la de Caterina—. La defiendo con razón: no la considero tan pérfida... no sin pruebas que la señalen.

—Pues bien, si es eso lo que necesitas, aquí las tienes. —Colmada de resentimiento, depositó un fajo de papeles sobre la mesa—. Salvo un escrito original, son copias de los mensajes, casi diarios, que enviaba al inquisidor Salvotti, y en este otro sobre hay un informe detallado sobre ella. Se habrá abstenido de contarle que era la amante de un tal barón Ruggeri, y que estuvo a punto de matarlo, lo que la obligó a huir a Milán. Si se hubiera quedado donde vivía con su madre, habría sido detenida y condenada por intento de homicidio.

Estupefacto por las impactantes revelaciones, Luca miró al vacío con ojos vidriosos, y sólo varios segundos después, habiendo recuperado parcialmente el control de sí mismo, se dispuso a examinar los documentos que había recibido de Violante. Los cogió con manos inseguras, esperando de todo corazón que Valentina resultara ajena a aquella abyecta historia.

—¿Cómo los has conseguido? —preguntó con tono inexpresivo.

—La información sobre esa intrigante se la pedí a alguien que se ocupa de investigaciones especiales.

—¿Y el resto?

—¿Tengo que decirlo una y otra vez? —gruñó molesto, dirigiéndole una mirada exasperada—. Es un gran favor que me ha hecho un amigo. Por supuesto, es sólo una parte del material relativo a su actividad como confidente, ya que hay muchos informes que ha escrito en los últimos meses, pero como verás, es suficiente. Esta persona se arriesgó a copiar algunos de ellos y convendrás conmigo en que le debemos nuestro más sincero reconocimiento. Valentina es astuta y nunca la habríamos descubierto si mi amigo, al llevarme de vuelta de un paseo, no la hubiera visto accidentalmente con Riccardo.

—Podría haberla confundido con alguna otra.

—La reconoció sin vacilar como una de las más hábiles colaboradoras de Salvotti, y para disipar mis dudas me proporcionó lo que te acabo de entregar.

—Pero, ¿por qué tu amigo se lleva tan bien con los austriacos? El acceso a sus archivos significa que puede deambular entre ellos sin levantar sospechas.

—Es primo de Salvotti y desempeña no sé qué tarea en las oficinas contiguas. Un día que tenía que hacerle firmar algo, ella estaba hablando con el inquisidor y le llamó la atención la cara bonita de Valentina. Preguntó entonces al primo quién era, averiguando lo que te he dicho.

—Una espía de los austriacos... —él estaba consternado.

—Increíble, ¿verdad? —insistió Violante, y luego calló para darle tiempo a asimilarlo todo, y las repercusiones que se derivarían de su traición. No había ni un solo fallo en aquel plan, diseñado para deshacerse de la detestada rival, un plan que contemplaba el deshonroso destierro de Valentina de sus vidas, eliminando también a Luca de la escena en el tiempo que ella necesitaba para completar la segunda fase. Mientras él estuviera fuera, ella cuidaría de la tía durante un buen tiempo, frustrando la amenaza de ser excluida del testamento. Sí, exultó, embriagada ante la perspectiva de convertirse pronto en la señora absoluta del patrimonio de Caterina.

Y Luca, por supuesto, era la guinda del pastel.

—¿Sabes una cosa, Violante? Me pregunto cómo Valentina podía enviar los mensajes sin que nos diéramos cuenta.

—Lo mismo me preguntaba yo —convino con la justa dosis de indignación—. Supongo que no entrañaba demasiada dificultad, si ella se las arreglaba tan bien. Creo que lo único que tenía que hacer era salir a hurtadillas por la noche y confiárselos a un cómplice que la esperara, o tirarlos a la calle al caer la noche, donde alguien se apresuraría a recogerlos y entregárselos a quien correspondiese. —Violante vertía aquellas palabras con disgusto, pero se reía para sus adentros: lo que le había expuesto a Luca eran exactamente los métodos que utilizaba para que Pietro Bertolotti, a través de un intermediario de confianza, tuviera noticias de los habitantes de la casa Montalto. Había obtenido de ello una suma adecuada, y la cabeza de Valentina. ¿Se podía esperar más de la vida?

—Sí, podría ser... —no le quedó otra que admitirlo.

—Por otra parte, el cómo y el por qué no importan, ni debe uno extrañarse de su abyecto comportamiento, si se tiene en cuenta que estuvo a punto de enviar al otro mundo a su amante, ese noble que te he mencionado, al que le rompió el cráneo.

Luca pareció recogerse sobre sí mismo al escuchar aquellas acusaciones, como si le hubieran apuñalado en el corazón, y nada hubiera podido gratificar más a Violante que la expresión angustiada que alteró sus apuestos rasgos.

—Y tuve que indagar en su pasado a escondidas de todos vosotros —prosiguió con suficiencia—. Vuestra reprobación era mortificante, al insistir en que me ensañaba con la pobre chica. Por el contrario, mi instinto estaba en lo cierto, y la verdad finalmente ha salido a la luz.

—¿Por qué demonios crees que se pasó a los austriacos? —preguntó indignado.

—Probablemente sea más codiciosa de lo que aparenta... Dime, ¿no le pagabas lo suficiente?

Él frunció el ceño y se aflojó el nudo de la corbata, como si le costara respirar.

—Ni mucho menos, y, de todos modos, si le faltaba dinero, ¿por qué no recurrir a mí o a Caterina?

—Ésa es una cuestión que deberías hacérsela a tu gentil prometida, no a mí. —Violante se encogió de hombros—. Los debidos cálculos para eliminar cualquier preocupación financiera en un futuro debió hacerlos antes de que le propusieras matrimonio. Es poco más que una criada y, desde luego, no podría estar segura de convertirse en la esposa del señor.

Casi incapaz de reaccionar, la miró fijamente con ojos furiosos.

—Me parece todo tan inverosímil...

—Pues a mí no, quizás por haber leído eso —dijo, indicando los documentos que él aún no había revisado.

No necesitó más estímulos para hacerlo, dedicando especial atención al informe sobre Valentina. Apretó las mandíbulas al leer sobre ella y Ruggeri, y Violante, que lo observaba como

un buitre, tuvo que contenerse para no saltar de alegría.

Cuando volvió a levantar la cabeza, estaba tan obnubilado por la ira que sus ojos denotaban temor. Ya extremadamente alarmado por el cúmulo de acontecimientos que sumían a Milán en la confusión, saber que ella estaba aliada con los austriacos le dio la estocada final, y no se dio cuenta en absoluto de que había sido engañado por Violante. De hecho, si hubiera estado más calmado y un poco menos celoso de Valentina, la razón y la inteligencia habrían prevalecido, permitiéndole discernir las discrepancias que surgían del asunto, y también de que la escritura había sido artificiosamente manipulada. Pero su mente estaba alterada por la indignación, y el batiburrillo de despropósitos expuesto por Violante le parecía irrefutable. Ella había apostado por esa misma reacción y había salido victoriosa. Dio gracias al cielo por no ser la destinataria de semejante furia a punto de explotar: al contrario, esperaba que él nunca descubriera su engaño, pues de lo contrario la estrangularía sin pensárselo dos veces. «Pero no corro peligro», se dijo a sí misma. «Bertolotti no me desenmascarará»: Ambos estaban unidos por una complicidad total. Era él quien le había sugerido que le dijera a Luca que su detención podía ser inminente, cuando no era así en absoluto. La policía sólo tenía sospechas sobre él, y no eran suficientes para incriminarle. Sin embargo, Luca lo ignoraba y habría llegado a Suiza, o a Francia, permaneciendo allí un tiempo determinado, lo que le habría alejado de remordimientos inoportunos hacia Valentina.

Y cuando regresara a Milán, ella estaría allí para consolarlo amorosamente, con una fastuosa ceremonia de boda, largamente anhelada.

—Deberías habérmelo dicho antes —le reprochó con voz forzada. Los ojos grises tenían un brillo metálico, terrible de contemplar.

—Bueno, en ese momento yo estaba algo indecisa al respecto... Tú la amas, y después de lo mucho que habías sufrido por la pérdida de Camilla, no quería quebrantar tu recién descubierta felicidad. Pero luego no he podido evitarlo, por desgracia.

—Te agradezco infinitamente que me hayas mostrado quién es ella en realidad. En estas hojas de papel, negro sobre blanco, está marcado el destino de muchos de mis amigos, y si uno solo de ellos, puntualmente advertido, puede escapar de él, el mérito será tuyo.

—Era mi obligación —se escudó con descaro—. Y yo te apoyaré en la tarea de advertirles, dirigiéndome a las casas de aquellos que deben cambiar de aires. Soy una patriota, y me duele el corazón ante la idea de que por culpa de una mujerzuela carente de honor, hombres de tanto valor deban languidecer en una prisión durante años.

—Te estoy agradecido y te pido disculpas por haberte juzgado mal.

Ella se regocijó, complacida por su reconocimiento.

—Tenía la obligación moral de revelarle lo deshonesto que era Valentina.

—¡Cristo!, me siento mal cuando pienso que me habría casado con ella en breve, justo al finalizar la Cuaresma —murmuró él—. Y deberías hacerme un favor más...

—¡Lo que quieras! —chilló ella.

—¡Ni una palabra a Caterina sobre este sucio asunto! De Valentina, me encargare yo, pero no quiero que tu tía tenga la menor idea de ello. Quiero evitarle el disgusto y por su bien lo que hemos hablado entre estas paredes seguirá siendo un secreto entre tú y yo, ¿de acuerdo?

—La serenidad de la tía también es importante para mí, querido, y debe anteponerse a cualquier otra cosa. Mira, para no causarle dolor estaría dispuesta a dejarla salirse con la suya, indicándole que se marchara por su propia voluntad.

Una virtuosa muestra de tolerancia que, Violante era consciente, incitaría a Luca a hacer exactamente lo contrario. De hecho, fue una especie de gruñido lo que escapó de sus rígidos

labios.

—¡No se saldrá con la suya! —Furibundo, releyó las fechorías de la dulce y embaucadora prometida, ya impresas en su memoria, constatando en su sórdido pasado algo que no cuadraba —. Sin embargo, hay algo que no coincide con lo que ahí está escrito. ¿Cómo podría ser la amante de ese Ruggeri cuando yo mismo, en el curso de su baile de máscaras, comprobé que ella...? —Hizo una pausa, reflexionando sobre los recientes recuerdos para ponerlos en perspectiva.

Violante sabía que habían sido amantes, y neutralizó con maestría el insignificante problema.

—Si te refieres a la mujer con la que te fuiste al parque...

—¡Vaya!, ¿y tú cómo lo sabes? —estalló, reduciéndola al silencio.

—Sencillo, yo iba detrás de ti —mintió—. Poco me faltó para irrumpir en el pabellón de caza, y sacarle los ojos... Me preocupabas muchísimo, y me quedé al acecho esperando a esa descarada para advertirle de que no volviera a acercarse a ti. Salió al amanecer, pero avergonzada de que la vieran sin máscara, huyó antes de que yo pudiera abrir la boca.

—Y era...

—No tengo ni la más remota idea.

—Era Valentina.

—No, y no puedo entender cómo puedes afirmar que era ella. Probablemente estabas borracho.

Luca se frotó la nuca pensativo.

—Bueno... en realidad estaba oscuro y a la mañana ya se había ido.

Violante se mordió el labio para no gritar de alegría.

—No. Fue ella quien me confesó que era la mujer con la que yo había hecho el amor.

—¡Me parece demasiado claro! Diablos, igual que yo te vi con la del vestido dominó, ella también pudo haberte visto. Casualmente, tenían un disfraz idéntico, aprovecharlo era fácil, y acabaste engañado como un idiota. Luego, persistiendo en ese error, incluso le has propuesto que se case contigo.

—Pero tú deberías saber quién era la otra mujer. La lista de invitados la hiciste tú. Es más, cuando te pregunté por Valentina, dijiste que no había bajado... ¿Cómo podría habernos visto si estaba en su habitación?

—Apareció tarde en el jardín... no tan tarde como para no notarte con la misteriosa compañera. Sobre esta última, no sé qué decir. Había tanta gente, ¿cómo podía controlar quién se escondía detrás de los disfraces?

—Eso es cierto.

—Participar en mi baile es tentador, así que ¿cómo podemos descartar que se haya procurado una invitación a través de un conocido común? Podría haberse colado por su cuenta para mezclarse entre los invitados. No te molestes innecesariamente por los embustes de una mujer que conoce muchos trucos para engañar a un hombre enamorado, y tú no eres más que uno de los muchos que han disfrutado de sus encantos, también Riccardo...

—¿Puede ser tan astuta? —La miró fijamente con mirada interrogante—. ¿Cómo podía saber, por ejemplo, que la otra era virgen?

Ella se estremeció y se devanó los sesos para superar también ese obstáculo.

—Lo habrá adivinado. ¿No te hizo alguna alusión?

—No sé, no recuerdo... —Luca estaba sumido en la incertidumbre.

—Pues claro, debiste haberlo mencionado, y se lanzó, sin escrúpulos como es ella. Después

de todo, ya hemos averiguado hasta dónde puede llegar.

Si a él aún le quedaba alguna duda, se dispó de repente. Estrujó la carta y la arrojó a la chimenea para que ardiera.

—Si quieres presenciar su derrota, solo tienes que seguirme —le dijo a Violante, y se dirigió hacia la puerta.

Sólo en ese momento, con el estudio ya desierto, Pellegrino apartó las pesadas cortinas de terciopelo tras las que se había escondido hasta entonces. Llevaba en la mano una botella de Barolo que no había tocado. La miró con nostalgia, antes de volver a guardarla en el armario de los licores. Había entrado allí para tomarse un par de copitas tranquilamente, como hacía de cuando en cuando para escapar a los reproches de su mujer, pero el amo había regresado temprano y, al oír pasos que se acercaban, apenas había tenido tiempo de colarse detrás de la gruesa cortina. Por si fuera poco, había llegado Violante, aquella bestia disfrazada, y él había oído un montón de cosas en la media hora transcurrida.

El mayordomo miró a su alrededor y, habiendo encontrado lo que buscaba, fue a recuperarlo. Con cuidado, alisó la carta y la leyó, asintiendo con gravedad. Puede que en aquel preciso instante aquel ángel, la señorita Valentina, estuviera viviendo los momentos más difíciles de su vida, pero serían los últimos. Por ahora no había nada que él pudiera hacer para desenmascarar a Violante, pero la bruja se llevaría lo suyo cuando él regresara del viajecito que pensaba hacer al día siguiente. Pellegrino debía viajar a la aldea donde Rosa y la querida condesa habían pasado seis meses prácticamente aisladas, el período anterior a la partida de la nodriza hacia el sur, adonde había llegado, según la información de la misiva, con una niñita recién nacida en brazos. Era realmente extraño que aquella dulce criatura hubiera aparecido en el viaje de un extremo a otro de la península, lo que le llevó a deducir que Rosa había llevado consigo a la niña a bordo de la diligencia, lo que sólo permitía llegar a una conclusión, a saber, que Valentina no era otra que la hija de Caterina Santacroce.

En su momento, Angelina y él ya habían intuido algo parecido: por fin los fragmentos de aquel rompecabezas se unían en un patrón perfectamente definido. Por supuesto, tenía que reunir alguna prueba, pero no sería difícil, una vez llegara a aquel remoto pueblo de montaña, encontrar testigos. Caterina había estado muy enferma, hacía algún tiempo, y mientras él llevaba café a su mujer, que la había atendido durante la noche, la habían oído delirar sobre la muerte de una niña, y maldecir el lugar donde había tenido lugar el drama.

Pellegrino suspiró. A veces ocurrían cosas extrañas, se sorprendió al pensarlo. Realmente extrañas, sí, como si de pronto algo arcano hubiera querido revelársele. Seguramente nunca se había imaginado que tendría que contemplar asombrado la maldad infinita de Violante, y sin saberlo él.

Se estremeció: el mal, que no conducía a nada, le desconcertaba.

Era, pues, indispensable quitar el polvo y las telarañas a la verdad. No necesitaba muchos días para ocuparse del asunto, en absoluto, después de lo cual contaba con dar a la condesa una inmensa felicidad revelándole que Valentina era su hija y desenmascarando la despreciable maquinación de Violante.

Santo cielo, ¿cómo podía haber creído el amo todas aquellas falsedades sobre su prometida? Si había una espía de los austriacos bajo aquel techo, ésa era sin duda Violante, muy capaz de apuñalar por la espalda a su propia madre para lucrarse. Habría aconsejado a su esposa Angelina que vigilara a aquella serpiente viscosa e inicua mientras él estuviera fuera.

—¡Te lo has buscado, arpía despiadada! —murmuró con malicia el mayordomo. Pero la hora de la verdad iba a llegar para todos, se dijo de nuevo.

Una vez deslizada la carta en un bolsillo interior de su librea, Pellegrino sonrió. Luego, en silencio, volvió a abrir la puerta y desapareció entre las sombras del pasillo.

Capítulo 23

Valentina estaba en su escritorio terminando una carta para Rosa cuando Luca irrumpió en la habitación con la fuerza destructora de un rayo, abriendo la puerta de golpe con tal impetuosidad que la madera se astilló contra la pared.

Ella levantó la cabeza sobresaltada y, al verlo, le sonrió espontáneamente, sin darse cuenta de la sombría ira que distorsionaba su rostro. De repente se dio cuenta de que estaba fuera de sí, y se le heló la sangre al cruzarse con sus ojos sombríos.

—¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —pronunció a duras penas.

—¿Y tienes la desfachatez de preguntarlo? —tronó él enfurecido—. ¿Por cuánto tiempo pensabas que podrías salirte con la tuya? Diantres, no miras a nadie a la cara cuando tratas de engañar a un hombre, ¿eh?

Empezó a temblar mientras trataba de comprender lo que le había hecho. Pensaba que se había acostumbrado a los arrebatos repentinos de Luca, y los reconocía de raíz; nunca, sin embargo, lo había visto en semejante estado: parecía presa de un arrebato de locura incontrolable. Inclinado sobre ella, le arañó el brazo y tiró de ella para ponerla en pie, zarandeándola enérgicamente.

—Luca, ¿por qué haces esto? —farfulló.

—¿Cómo has podido utilizarme de esta manera? —refunfuñó y su rostro se contrajo en una mueca de resentimiento—. Tú, la mujer con la que estaba a punto de casarme y en la que confiaba. ¡Eres una delatora de los austriacos!

Valentina se liberó con un tirón de la dolorosa sujeción de sus manos.

—Pero, ¿de qué estás hablando?

—¡No te hagas la tonta, te lo advierto! ¡Y ten cuidado de no provocarme más!

—No entiendo a qué te refieres...

—¡Ah!, ¿no entiendes? Jugando con mis sentimientos, ¿tejiste una red de engaño a mi costa, o lo niegas? ¿Qué he hecho yo para que hurgues en mis papeles y vendas información al enemigo? Si no fuera porque imploro la misericordia divina por las tristes consecuencias de tus perniciosas acciones, debería felicitarte por tu pericia en el arte del espionaje. Y quién sabe hasta dónde habrías llegado si Violante no hubiera descubierto y denunciado tu falsedad.

—¿De qué demonios estás hablando? —se revolvió ella—. ¿Qué tiene que ver Violante?

—Hablo de esto —Le arrojó los mensajes.

Conteniendo el miedo, los cogió y los ojeó.

—¿De dónde viene esta basura? —preguntó, disimulando una calma que estaba lejos de sentir. Señaló el papel que, en apariencia, parecía escrito por ella—. Quienquiera que te lo haya dado debería explicarme cómo ha podido imitar tan bien mi letra.

—Pero ¡es inaudito! —explotó él—. ¿Te atreves a negar la evidencia? ¿Y qué hay de Ruggeri?

Valentina palideció y su reacción le pareció a Luca la prueba contundente de su culpabilidad.

—¿Entonces? —la apremió—, ¿qué me dices de él?

—Tú fuiste el que no quiso saber nada al respecto. Quise hablarte de ello aquella tarde en casa de Corsini, ¿recuerdas?

—No insistas. De todos modos, no es que tu relación importe, dada tu sucia conducta.

—¿Qué es exactamente lo que te he hecho?

—Incluso me mentiste la primera noche que pasamos juntos, haciéndome creer que eras la mujer del vestido dominó con tal de que yo me casara contigo.

Violante, que revoloteaba en el umbral, no cabía en sí de gozo. Por fin compartía algo sublime con Luca: la sed de venganza.

—¿Con tal de que tú te casaras conmigo? —le hizo eco—. ¿Cómo puedes pensar eso, después de lo que pasó entre nosotros?

—Entre nosotros sólo ha habido mentiras e inmundicia, nada más —le echó en cara con aspereza—. Pero le pondremos fin: ¡de lo que me has hecho no quiero ni lamentarme, pero nunca te perdonaré que hayas traicionado a mis amigos!

—¿A qué amigos he traicionado? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Les has contado a los austriacos todo lo que pasa en mi casa... nombres, reuniones, conversaciones.

—Yo nunca haría tal cosa, lo sabes.

—Sé que has condenado a la cárcel, cuando no a la muerte, a gente que no te ha hecho nada.

—¡Por el amor de Dios!, ¿cómo es posible que un hombre inteligente dé por ciertas semejantes sandeces? No hay ni una sola prueba que apoye estas acusaciones.

—¿Y qué son esos documentos sino pruebas?

—Sólo basura, y también sé quién los creó... —miró a Violante—. Apuesto a que fue idea de esa víbora.

—¿Y si así fuera?

—Me daríais lástima los dos: tú por creerla, y ella por albergar en su corazón semejante perfidia.

—No eludas tu responsabilidad con la vana esperanza de salirte con la tuya, haría que te despreciase aún más.

—Intento restablecer la verdad, y si dudas de mí, te compadezco. Destruyes nuestra felicidad basándote en las calumnias de alguien que pretende precisamente eso, separarnos.

—¡Basta ya de tus patéticas divagaciones! Creía que eras honrada, y en cambio eres la amante de ese barón.

—Ese canalla ni siquiera me puso la mano encima —confesó con absoluta sinceridad—. Tú eres el único que me ha tocado, y el anillo que me diste lo atestigua...

—Bien, ¿y dónde está este anillo?

Se acercó a la cómoda, abrió un cajón y rebuscó en su interior. Una exclamación de decepción se le escapó al no encontrar ni rastro de él. El pánico la invadió mientras buscaba entre la ropa blanca el regalo de Luca. Entonces se dio cuenta y desistió: Violante lo había cogido antes que ella, arrebatándole el objeto.

—¡Has sido tú! ¡Tú lo cogiste!

La otra, que seguía extasiada el alboroto, arqueó una ceja.

—¿Yo? —objetó con simulado estupor—. Querida, comprendo tu consternación, pero ciertamente yo no soy la causa de ella. Más que a mí, deberías maldecirte a ti misma: eres tan astuta y mentirosa como para apropiarte incluso de la virtud de otra mujer, que, por otra parte, tuvo la decencia de desaparecer con elegancia.

Valentina se esforzó por reprimir su llanto.

—Tú sabes de sobra que esa mujer soy yo...

—¿De veras? ¿Cómo podría saberlo?

—Te lo ruego, por una vez en toda tu miserable vida, enfréntate a tus sucias acciones y dile a Luca cómo son las cosas en realidad.

—Por Dios, ¿qué puedo saber yo de tus acciones?

—Sabes lo suficiente como para haber organizado esta indigna farsa con el fin de desacreditarme a sus ojos. Querías desembarazarte de mí y para conseguir a Luca no has dudado en recurrir a los golpes bajos. Pero conseguiré desenmascararte y te arrepentirás del mal que me has hecho.

—Has quedado en evidencia y tratas desesperadamente de negarlo. Es humano que te agarres a un clavo ardiendo para no perder a un marido como él, pero esa forma inmoral de actuar demuestra, sin lugar a dudas, tu inmoralidad.

Valentina le dirigió una mirada despectiva.

—Algunas venganzas no tienen precio, ¿verdad?

—No sé de qué hablas. En cuanto a Luca, tú te lo llevaste y yo me eché atrás.

—Eres diabólica, Violante, y desbordas rencor.

—Mientras tú pecas de ingratitud. Luca y yo, los únicos que conocemos tus infamias, hemos decidido poner fin a este repugnante asunto.

—¡Qué altruismo! Supongo que la sugerencia de correr un tupido velo sobre mi supuesta ignominia es tuya, y desde luego no es por bondad de corazón, sino por miedo a que se descubra de lo que eres capaz.

—Más bien es Luca quien lo quiere, más que nada para no disgustar a mi tía.

Si había imaginado que de aquel sórdido intercambio de palabras, él iba a comprender que era Violante quien había urdido la conspiración, tuvo que resignarse a que nada le disuadiría de hacerlo. Volviéndose de espaldas, miró por la ventana hacia el parque.

—¿Dónde está el anillo? —le preguntó a Violante.

—Lo tendrá la mujer que pasó la noche con él, supongo —le contesto en tono burlón—. Lo querrá conservar como recuerdo, ¿no te parece?

—¡Ahora déjanos solos, Violante! —intervino Luca—. Quiero hablar a solas con ella.

—Como prefieras, querido —consintió ella, mientras parpadeaba. Y contoneándose sensualmente, con una sonrisa en los labios, abandonó la habitación

—Debo ser el rey de los imbéciles por permitir otra vez que una mujer se burle de mí —le dijo con amargura—. Pero has sido insuperable a la hora de seducirme, he de reconocértelo, y mientras yo babeaba por ti como un patético Romeo, tú hacías tus buenos cálculos.

—Eres injusto, más que cálculos, sólo cultivé un sueño imposible y una fugaz ilusión de felicidad.

—¡Cuentos chinos! El único sentimiento que te animaba era el deseo de venganza: juraste conquistarme y me arrastraste hasta el umbral del matrimonio, que por poco no has logrado, muy a tu pesar. Además de elevarte socialmente, también te habrías hecho con mi fortuna.

Ella encajó la maldad adicional que él le infligía sin reaccionar. Ya no era *su* amado Luca y en su lugar había un despiadado e inflexible desconocido que probablemente la detestaba, mirándola con rencor y asco.

—Y bien, ¿no respondes? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Por desgracia, la confianza no es realmente tu fuerte, y más en tu detrimento que en el mío.

—He confiado en ti, luego me he arrepentido, indefectiblemente, y me lo acabas de demostrar.

—Te equivocas: no te he traicionado. Nunca. En cuanto a Ruggeri, no hubo ninguna aventura y lo que Violante te ha contado sobre mí son sólo mentiras.

—¡Mira qué casualidad!

—Tu sarcasmo me ofende: podría hacerte escuchar a testigos menos tendenciosos...

—Como tu madre, ¿por ejemplo? —le cortó en seco—. Por el amor de Dios, no removamos más barro, o me ensuciaré aún más.

—Pues sí, desechémoslo todo sin profundizar, sin averiguar la verdad, para convencerte de que tenías razón al desconfiar de las mujeres.

—¿Y no me lo has confirmado? Por Dios, resultas casi grotesca en tu empeño por exculparte cuando tienes ante tus ojos tu propia vileza.

Ella inclinó la cabeza, derrotada: nada de lo que pudiera decirle a Luca en su propia defensa le desviaría de la arraigada convicción que le había traicionado.

—Hay un último detalle que exijo saber. —La sujetó por los hombros—. ¿De quién esperas un hijo?

El orgullo herido, ese orgullo de granito que la había sostenido hasta ese momento, la indujo a darle una respuesta mordaz, con una pizca de altivez en su tono.

—¿Y qué te importa? Si ahora estás seguro de que no eres su padre, con quién lo concebí no es asunto tuyo.

La amarga decepción, la agitación de las emociones, el temor de haber causado la ruina de los patriotas ligados a él, se sobrepusieron a la razón, y antes de que pudiera contenerse, la abofeteó impulsivamente.

—Jamás le he levantado la mano a una mujer —señaló con amargura, reduciendo su voz a un estridente carraspeo—, ni siquiera Camilla me empujó a tales niveles, pero tú eres peor porque me has traicionado dos veces. Eres una miserable que se ha vendido al mejor postor —la insultó, domeñándola con unos ojos que el rencor había convertido en esquirlas de hielo.

Valentina se apoyó en el respaldo de un sillón. Le ardía la cara. Sintió que el bebé se movía en su vientre y, cuando Luca volvió a acercarse a ella, instintivamente estiró los brazos en un gesto de defensa.

—No te voy a tocar, no temas. De hecho, me arrepiento de haberlo hecho porque hace que me sienta manchado por haberte tocado. Se me revuelve el estómago cuando pienso que te acaricié, te besé, y te amé con pasión.

—¡Me estás haciendo un daño terrible! —Juntó las manos y le miró desolada—. ¿Cómo no te das cuenta de que Violante nos ha enfrentado?

—Ten al menos la decencia de guardar silencio.

—No sabes lo que dices ni lo que me haces. Yo nunca... —Se le quebró la voz y unas cálidas lágrimas recorrieron sus mejillas. «Esto no me puede estar pasando», pensó estupefacta. «¡Es una pesadilla!»

—¿Quién sino tú, que manejabas mis documentos, podía saber lo que contenían? Has violado todas las reglas del honor, haciendo caso omiso de todo y de todos, por interés.

—Te juro sobre lo que me es más sagrado que eso no es verdad, Luca. Nunca te habría hecho eso, créeme.

—¿Y por qué debería creerte? —le echó en cara, consciente de que el resentimiento le intoxicaría el alma como un veneno sin antídoto posible, haciendo que las viejas heridas supurasen aún más—. Querías esclavizarme como a un lacayo, pero lo has calculado mal. —Una risita siniestra se escapó de sus labios—. Parece que estoy destinado a perder la cabeza por mujerzuelas, ¡que también quieren colocarme a sus bastardos!

Presa de una abrumadora sensación de impotencia, permaneció inerte y en silencio, pero su pasividad, en lugar de aplacar a Luca, agudizó su desprecio por Valentina.

—Debo partir para escapar del arresto preparado para mí y los demás por tus compinches

austriacos —le comunicó con tono impersonal—. No quiero encontrarte cuando vuelva, así que invéntate una buena excusa con Caterina, como ya hiciste cuando huiste de casa de Corsini. Si decides quedarte con la esperanza de que me ablande contigo, lo harás por tu cuenta y riesgo, lamentando no haberte marchado cuando podías hacerlo. —Se encogió de hombros—. No te maltrataré, que quede claro, pero la forma en que pretendo explotar tu presencia podría ser tal vez escandalosa, ya que se limitaría al rendimiento sexual... No eres una mala amante, ángel, pero no soy el único en valorarte, por lo que se ve. —Le dedicó una sonrisa despectiva—. Me tienta, lo confieso, la idea de tenerte en mi cama.

Valentina permaneció inmóvil, encerrada en su exasperante mutismo.

—¿Has entendido lo que he dicho o he de repetirlo?

—No hace falta —su voz era débil, y bastaba mirarla para comprender que su desesperación se había convertido en resignada aquiescencia—. Has sido incluso demasiado exhaustivo.

—Ése era el objeto —Luca se dio media vuelta y señaló la puerta. La conversación a solas había terminado para él.

Sólo entonces ella pareció revivir, y se rebeló contra aquella despedida con la energía que le quedaba. Con un gemido ahogado corrió tras él y se aferró a él, haciendo estragos de su amor propio.

—¡Espera, hablemos! —le imploró desesperada.

—¿Y de qué? —Se sacudió de ella con dolor y abrió la puerta con firmeza.

—¿Dónde vas?

—A purgarme del veneno que me ha inoculado, así como para intentar atenuar el desastre que has desencadenado con tu vil impostura.

Al quedarse sola, Valentina se arrastró hasta su cama y se acurrucó en posición fetal, con los brazos cruzados sobre el vientre como para tranquilizar a su criatura. Casi como si sintiera su dolor, el bebé se movió en el cálido seno materno. Una sonrisa triste onduló sus labios lívidos. Quedaba algo de Luca: su amado hijo. Estaba en las últimas. ¿Cómo había podido engañarse pensando que una mujer que temía al pasado y un hombre que temía al presente podrían planear un futuro juntos?

Se devanó los sesos durante horas, luchando por superar las náuseas y el mareo, y así fue como Angelina la encontró: acurrucada en la cama, estremecida por sollozos que habrían despertado la compasión de cualquiera. La mujer corrió a su lado y le acarició cariñosamente el pelo, deseando calmar aquel dolor que parecía inconsolable.

—Dios mío, ¿qué os pasa, querida? —Luego vio su rostro y se quedó consternada—. ¿Qué sucede? —exclamó, meciéndola con la ternura de una madre—. Vamos, no seáis así, en este mundo todo tiene remedio menos la muerte, ¿no? Me lo he cruzado en el vestíbulo al salir, estaba de un humor tan evidentemente infernal que casi me santiguo.

Sollozó aún más fuerte al oír esas palabras.

—Vamos, no os castigéis por una trivial pelea de enamorados... —Suspiró cuando Valentina se lo negó, con lágrimas en los ojos—. Bah, ¿por qué nadie se molesta nunca en informarme de lo que pasa en esta casa? Pellegrino, de repente, me dice que se va unos días, a donde sólo él lo sabe, pues no ha soltado prenda del destino. El amo, que se lo lleve el diablo, ha desaparecido sin cenar. Y esa cabeza hueca de Violante parece tan alegre que se me eriza el vello de la nuca.

Los sollozos de Valentina aumentaron.

—Si esto no es un manicomio, ¡no sabría cómo llamar a la confusión que reina entre las paredes de la casa! Escuchadme, os traeré la cena y comeréis algo; luego os refrescaréis esa

carita deliciosa que tenéis, y cuando el amo llegue a casa, iréis a verle para hacer las paces.

—Ni siquiera quiere verme —tartamudeó, en el colmo de la postración—. Violante le ha dicho que yo he... —Se le quebró la voz y no pudo continuar.

—¡Violante! ¿Otra vez? —El sonrosado rostro de la mujer se endureció—. Ese rastrero e inmundo ser no se rinde, ¿eh? Bueno, ¿queréis lamentaros por ella en vez de demostrarle de qué estáis hechos? Si ella hace vuestra vida miserable, pagadle con la misma moneda.

—Pero Luca le cree...

—¡Pero os ama a vos!

—Oh, ya no, ahora ya no...

—¿En serio? —se sorprendió Angelina—. Puede que esté enfadado, pero de ahí a decir que ya no os quiere, ¡hay un buen trecho! Por mi limitada experiencia, os consolará saber que todos son igual de susceptibles, y Dios sabe cuánta paciencia hace falta para apaciguarlos. Hay que rogarles, halagarles, mimarles para volver a caerles en gracia. Y cuanto más enamorados están, más gruñones o pedantes son. El amor, sin embargo, no se apaga de un momento a otro. Si le habéis enfurecido, incluso el peor enfado se desinfla a la larga. Estoy dispuesto a aseguraros que será más dócil cuando vuelva. Con unos besos todo se calmará, tenedlo por seguro.

—¿Lo decís en serio? —ella se soltó del abrazo y la miró inquieta—. Si estuviera segura de que ayudaría a aclarar este horrible malentendido, lo intentaría...

—Tesoro, no hay nada como los mimos para suavizar estas situaciones. Un hombre que es capaz de mirar a una mujer como él os mira a vos, ¿cómo va a poder resistirse? Tengo un marido algo susceptible y sé cómo hay que tomar a ciertos caballeros: ¡con diplomacia y astucia!

—Lo haré —Valentina moqueó—. ¿Qué pierdo intentándolo?

—Eso es. Cuando oigáis sus pasos, corred hacia él y desatad esa encantadora feminidad vuestra; no tendrá ninguna oportunidad. Y por la mañana ni siquiera recordaréis lo que ahora os aflige. Discutir es el pan diario del amor. Me pregunto si no habrá arsénico por ahí...

—¿Arsénico? —repitió Valentina, perpleja—. ¿Para qué?

—Para aderezar la sopa de esa arpía de Violante —le explicó agresiva la mujer.

—Oh, es tan maligna que será inmune a él.

—Tenéis razón, temo tanto como vos que ningún veneno pueda neutralizarla —fue su corrosivo comentario.

Valentina engañó a la espera recuperando una apariencia de orden, mientras sus pensamientos se atrevían a descansar en la frágil flor de la esperanza. Si él la amaba, tenía que persuadirse de que Violante lo había planeado todo, se repetía sin descanso, confiando en el apoyo de la Providencia.

Sólo a altas horas de la noche oyó por fin a Luca subir las escaleras y caminar por el pasillo hasta su alcoba, cerrando la puerta con un ruido sordo. Se animó y no dudó, llamando suavemente por miedo a despertar a alguien. Inmediatamente abrió la puerta de par en par, como si esperara algo así.

—¿Qué demonios quieres?

—No podía dejarte marchar sin hablar contigo...

—Lárgate, ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos —replicó con manifiesta impaciencia.

—Te lo suplico —insistió en un sentido susurro—. Sólo te pido unos minutos de tu tiempo, y si me has amado, non puedes negarme este favor.

Su rostro se endureció con marcadas líneas de animadversión, pero inesperadamente se apartó.

—Entonces, date prisa. Es tarde y tengo que salir al amanecer.

Valentina entró en el dormitorio y levantó la cara ligeramente marcada por la bofetada y el llanto.

—Luca, no puedes atribuirme cosas que no he hecho —comenzó a decirle.

—Si has venido a aburrirme con esto, puedes irte inmediatamente. Lo nuestro se ha acabado.

—No, no se ha acabado: yo te amo, tú me amas, y no puedes desmoronar nuestro futuro por calumnias ajenas, carentes de todo fundamento.

—¿Nuestro futuro? ¿A qué futuro te refieres? Si alguna vez hubo uno, tú lo has pulverizado.

—Te repito que no he hecho nada de lo que piensas, ¿cómo podría haberte hecho daño?

—¿Tienes que rendirte a las evidencias, o estás convencida de que tienes derechos sobre mí sólo porque compartimos cama? Hay mujeres que han sido mis amantes durante más tiempo, y no exigen que me case con ellas.

—¡No me importa si te casas conmigo o no! Me importa no perderte, y el resto... —se encogió de hombros y respiró hondo—, no cuenta gran cosa.

—Depende del punto de vista.

—En cuanto al pasado...

—Ahórrame más patrañas. No quiero saber quién eres ni qué eres. Sólo te quiero fuera de mi vista: tu presencia me hiere.

—Luca, ¡me estás haciendo daño! —Lo abrazó con el ímpetu de la desesperación—. Aún me amas, lo sé, como yo te amo a ti, ¡ahora y siempre!

El hombre la miró fijamente y sintió flaquear su determinación de apartarla. Parecía emanar una luz que le atraía hacia ella, como una mariposa nocturna a la llama. Muy a su pesar, no pudo resistir el impulso de saborear una vez más su voluptuosa boca, que se le ofrecía con ímpetu irresistible. Y sobre aquellos labios ya separados colocó, casi con rabia, los suyos, besándola ávidamente, con pasión invencible. Su cuerpo reaccionó de repente a la proximidad de Valentina, y una punzada de deseo le atravesó la entrepierna, que empezó a palpar de excitación. Se separó de su boca sólo para decir con voz ronca:

—Buena iniciativa, la tuya... —La besó de nuevo, y entre beso y beso, murmuró frases incoherentes que ella no entendió. Luego la cogió en brazos y la tumbó en la cama, empezando a desnudarse—. Nos vamos a divertir tú y yo una última vez. Es una tontería no aprovechar semejante ofrecimiento.

Valentina hizo ademán de levantarse, pero él la arrojó de nuevo sobre el cubrecama.

—¡Quédate ahí! —le ordenó, mirándole los pechos.

—¡Déjame! Eres incapaz de dar amor y no sabes qué hacer con el mío. Sólo quieres una hora de placer, pero no estoy dispuesta a conformarme con tan poco.

—Pero yo sí estoy dispuesto —replicó con sarcasmo, sujetándola—. ¿Serías tan insensible como para negarle a un hombre que va al exilio el consuelo de un buen polvo? Además, has venido a esta habitación por tu propia voluntad, por lo que estaba implícito que querías satisfacer mis ansias, y no dispongo de ninguna otra hembra a mi alcance.

—Entonces busca a Violante —le sugirió, zafándose de él y odiándolo con la misma intensidad con la que lo había amado. Pero los brazos y los muslos que la rodeaban como cadenas no aflojaron su agarre.

—¿Violante? Pero ella no me atrae como tú, ángel —se burló. Y con gesto decidido rasgó su vestido a lo largo de todo el corpiño, desnudando su torso—. Dios, qué espectáculo para mis ojos —murmuró con voz gutural—. Vamos, no te hagas la remolona y ábreme las piernas... —Y

antes de que ella pudiera impedirselo, él también le rasgó la parte inferior del vestido, que se escurrió, ahora hecho jirones, de sus caderas.

—¿Me tomarás por la fuerza? —lo desafió.

—Sí, si me obligas. A fin de cuentas, ¿no has venido aquí con ese propósito?

—Te equivocas —se esforzó por desmentirlo—. ¡Y si te atreves a hacerlo, nunca te lo perdonaré!

—¿También estás robando palabras de mi boca? Me importa un bledo tu perdón. —Los musculosos brazos de Luca se extendieron, aprisionando sus muñecas e inmovilizándola, antes de deslizar su rodilla entre las de ella.

Aunque la lucha era desigual y cada exhortación de ella ya no le conmovía, ella se retorció por desbaratar sus maniobras lo mejor que podía.

—¡También tendrás una violación en tu conciencia! —le chilló furiosa.

—Ya te conozco, en dos minutos empezarás a gemir y contonearte, rogándome que continúe... —fue su indiferente contestación, y cerrándole ambas muñecas con una mano, con la otra le sujetó la barbilla, preparándose deliberadamente para seducirla empezando por su boca.

Respirando agitadamente, se miraron fijamente a los ojos, ella indefensa y él implacable, luego, con un destello de exultación en la mirada, Luca bajó la boca hasta la temblorosa de Valentina. La besó durante largo rato, sensualmente, sujetándola tan fuerte al colchón que casi le impedía inhalar oxígeno.

Un velo de oscuridad lamió su mente, llevándola a los límites de la inconsciencia, y sólo cuando ella dejó de forcejear bajo su cuerpo, inamovible como una roca, él aflojó su agarre, permitiéndole inhalar aire. Habiendo vencido todos sus intentos de resistencia, aprovechó la ventaja y la penetró de un empujón.

—¿Por qué me haces esto? —le preguntó en un susurro, consciente de que sus defensas se derrumbaban con cada embestida, con cada caricia. Era como si le infligiera una penitencia en un durísimo enfrentamiento.

—Pero no hago nada que no quieras —le respondió, empujando con todo su ser.

—No puedes tener una necesidad tan desesperada por poseer una mujer...

—De una mujer cualquiera no, pero de ti nunca me quedo saciado. —La besó con lo que parecía abandono, intensamente—. Sólo he saboreado un poco de tus gracias, y no me ha bastado.

—No te ensañes... no te sentirás mejor si nos denigras a los dos, y, de todos modos, no apagarás lo que sientes por mí. Porque no dejarás de amarme, y esa será tu maldición.

—¿Y cuál será la tuya, ángel?

Ella cerró los ojos, abrumada por el deseo que tenía por él y por su propia y humillante vulnerabilidad, mientras ahogaba los sollozos contra la cálida piel de su cuello.

Luca se puso rígido y la miró furioso.

—¡No te atrevas a quejarte! —le advirtió—. Las aventuras románticas ya son agua pasada. Lo quiero todo esta noche, ¡y tú serás mía! —Y cuando ella abrió la boca para protestar, él la silenció con un beso duro y voraz. Dominada por la pasión, se rindió a él, entregándose sin reservas hasta que la ola de placer se apoderó de sus cuerpos unidos.

Sin mostrar ninguna ternura, Luca se apartó de ella y se levantó. Con gestos medidos se puso la bata y encendió un puro, oteando el cielo oscuro más allá del cristal, como saturado por la presencia de ella.

Valentina se levantó a su vez y trató de cubrirse lo mejor que pudo con sus andrajosas ropas, mirándole de soslayo. No sabía cómo comportarse y no se hacía ilusiones sobre lo que

acababa de ocurrir entre ellos. Aquel furioso acto de amor no era indicio de apaciguamiento. «Quizás es el momento de desaparecer discretamente, y dejarle solo», se dijo. Sólo estaba a un paso del umbral cuando la insolente voz de Luca resonó detrás de ella, y la hizo detenerse bruscamente.

—¿Ya te vas? ¿No te quedas un poco más?

Ella lo miró desconcertada, embargada por la angustia mientras él avanzaba con decisión.

—Me he precipitado al decirte que te fueras, sólo ahora me doy cuenta...

Su corazón palpitó de esperanza.

—Quieres... ¿quieres que me quede aquí con todos vosotros?

—Sí, si lo prefieres. Se entiende, por supuesto, que te abstendrás de ver a otros hombres durante mi ausencia, incluido Riccardo. A mi regreso, reservarás tu cuerpo sólo para mí. Serás generosamente recompensada, no te preocupes.

—¡No puedes decirlo en serio! —le susurró ella incrédula, abriendo los ojos de par en par.

—Hablo completamente en serio. Tenerte entre las sábanas, lo reconozco, no me desagrade en absoluto. Y como es absurdo privarse de los pocos placeres que la existencia nos ofrece a los pobres mortales, no tiene sentido renunciar a algo tan gratificante. Piénsalo, la oferta es mutuamente beneficiosa: yo satisfago mis necesidades sexuales, tú las económicas... —Le lanzó una mirada—. Alguien me ha dicho que quizá no te estaba pagando lo suficiente, así que no voy a escatimar en el precio, sea cual sea el tuyo.

—¿Así que debo quedarme en tu casa única y exclusivamente para satisfacer tus necesidades sexuales?

—Creo que he sido claro, ya que nada ha cambiado. Eres la misma mujerzuela que me ha traicionado sin escrúpulos, ¿no?

— Luca...

—¿Qué pretendías hacer viniendo aquí a medianoche? ¿El perdón? ¿O querías demostrarme que sabes hacer el amor como nadie? —La vio encoger los hombros bajo el impacto de aquellas despiadadas frases, vio gotear las lágrimas de sus ojos ambarinos mientras retrocedía hacia la puerta, pero a él no le importó, instándola implacablemente a seguir adelante—. Pero esto ya lo había descubierto. Claro que sabes hacer el amor, si no, ¿qué habría encontrado ese Ruggeri tan excitante en ti?

Incapaz de oír más injurias, se giró y agarró la manilla, pero fue bloqueada de nuevo por su llamada.

—¿No te olvidas de algo, ángel?

Valentina esperó a que se acercara a ella con la misma fatalidad con la que un condenado se prepara para el golpe de gracia. Sintió que le cogía la mano y que algo frío pesaba en su palma. Miró con los ojos nublados por las lágrimas las relucientes monedas de oro.

—Soy un hombre de palabra y siempre cumplo mis promesas —declaró Luca con aparente calma, mientras la tensión interior era delatada por los músculos contraídos de sus mandíbulas y la sonrisa meliflua que curvaba su boca—. Tú vales mucho, y te pagaré generosamente por tenerte en exclusiva. Te haré una mujer rica, porque nunca tendré suficiente de tu cuerpo.

Atravesada por un dolor que parecía haber apagado toda chispa de vida en ella, tragó saliva. La afrenta de aquel gesto se le había clavado en el alma como una punzante hoja. Luca estaba más ansioso que nunca por vengarse de lo que ella no le había hecho, y quería al chivo expiatorio en sus manos, como un objeto que utilizar a su antojo, o un insecto al que torturar lentamente: no era más que un cuerpo al que poseer cuando le apeteciera.

—Me pregunto si alguna vez me llegaste a amar —dijo afligida. Luego levantó el brazo y le

arrojó el dinero a la cara, huyendo de aquella habitación y de aquel hombre que, según ella misma había experimentado, carecía de cualquier indulgencia para con los que se equivocaban, tanto si los pecados cometidos por quienes tenían la desgracia de incurrir en sus represalias eran presuntos como reales.

No, Luca no era un hombre de medias tintas, no cuando reclamaba lo que le correspondía, sobre todo después de un agravio que creía haber sufrido.

Se marchó sin mirar atrás.

Tenía que irse mientras tuviera fuerzas para hacerlo.

En aquella lujosa morada no había lugar para ella.

El eco de su risa burlona resonó en el silencio de la casa dormida.

Capítulo 24

Desde las ventanas abiertas entraba en ráfagas, casi aturdiéndola, el intenso aroma de las flores. La primavera se anunciaba de puntillas, con amplios recuerdos del invierno. Desde que Luca había aplastado el corazón y la dignidad de una mujer próxima a ser su esposa, Valentina parecía estar en una especie de campana de cristal donde todo le llegaba amortiguado. Los días eran como la arena de un reloj de arena que fluye sin interrupción de la bombilla superior a la inferior. Era una vida uniforme y plana que tomaba el relevo de la cornucopia llena de esperanzas, sueños, planes y amor que ella había poseído durante un fugaz periodo. El tiempo era algo viscoso y amargo en el que ella, impotente, se debatía, y en esa noche oscura que era el futuro no podía ver la llegada del amanecer. Si no hubiera estado enferma tras la marcha de Luca, se habría marchado hacía tiempo. Las paradójicas acusaciones que él había vertido sobre ella no podían borrarse, pero estaba más que segura de que, tarde o temprano, el castillo de falsedad construido por Violante se derrumbaría. Abúllica, aplazaba la despedida de Caterina de semana en semana, pero sabía que él no volvería, y quedarse era un dolor que se infligía a sí misma.

—Valentina... —La voz apagada de la condesa la devolvió al presente. Se apresuró a cerrar la ventana, corriendo a su lado. Llevaba días postrada en cama a causa de un fuerte resfriado que la había debilitado física y anímicamente.

—¿Qué puedo hacer por vos? —le preguntó solícita, sonriéndole con afecto.

—Solo una gota de agua fresca...

Valentina la complació y sostuvo sus frágiles hombros mientras saciaba su sed.

—¿Necesitáis algo más? —Estaba ansiosa por consolarte de alguna manera.

—Nada, gracias, excepto un poquito de salud, pero esa volverá también... ¡Eso espero!

—Estoy segura de que os recuperaréis enseguida.

—Eres un sol —suspiró la anciana dama, agradecida—. Y yo ya no sabría renunciar al infinito cuidado que le reservas a esta ruina humana.

—¿Queréis asustarme? Más bien, ¿queréis que me quede aquí con vos esta noche?

—No. Te estás sacrificando demasiado. Además, estoy extrañamente somnolienta esta noche... se me cierran los ojos. —Le sonrió—. Vete a dormir e intenta descansar. No me agrada tu aspecto y me gustaría que te sometieras a un examen médico a fondo. A lo mejor estás peor que yo y te callas para no preocuparme, ¿no?

—Estoy estupendamente —le mintió—. Sólo siento el cambio de estación, eso es todo. —Se inclinó sobre la mujer y le dio un beso en la frente—. Buenas noches.

Caterina frunció el ceño al verla marchar, preguntándose de nuevo qué demonios atormentaba a aquella muchacha. Estaba segura de que algo grave debía de haber ocurrido con Luca, aunque ninguno de los dos lo había mencionado. Valentina guardaba silencio sobre el tema, él se había escabullido como si el diablo lo persiguiera, con vagas explicaciones sobre aquella partida, y ya no se hablaba de matrimonio. Por el contrario, Violante rebosaba alegría por todos los poros, lo que la ponía terriblemente de los nervios. Era probable que aquella intrigante no fuera ajena a las desavenencias entre los novios, pero como Valentina no decía una palabra y su sobrina tampoco, decidió esperar al regreso de Luca para aclarar el enigma, con la esperanza de que su ausencia no se prolongara por mucho tiempo.

Con esa firme resolución, Caterina se durmió, y cuando la puerta se abrió un poco más tarde, no le oyó, ni se dio cuenta de la sombra que se deslizaba sigilosamente en la habitación.

Violante había tenido la previsión de verter una abundante dosis de somnífero en el agua, de modo que ni siquiera los cañonazos podrían despertar a la tía de su sueño. De hecho, pensó que no volvería a despertarse. Sabía que el testamento, a pesar de las repetidas amenazas, no había sido modificado. Se había tomado la molestia de escuchar a escondidas cuando había venido el notario, y esa intención se había mantenido tal cual.

«Bueno», se dijo frotándose las manos, «no hay razón para demorarse». Valentina se había retirado a su dormitorio para pasar la noche y la servidumbre también. Angelina, que llevaba tiempo entrometiéndose en todos, quién sabe por qué, se había encerrado en sus aposentos con su marido, que había reaparecido aquella misma tarde tras una extraña desaparición. Sin duda estaban demasiado ocupados arrullándose como tortolitos para ocuparse de ella. A Riccardo no se le había visto en la cena, ni aparecería ahora, no con la noche recién empezada.

Con gestos tranquilos y una mirada decidida, esparció el líquido inflamable por todas partes, encendió una cerilla y prendió el fuego.

Cuando, unos instantes después, abrió la puerta tras de sí, las llamas ya parpadeaban en la habitación, avanzando rápidamente hacia las vaporosas cortinas.

Valentina, preocupada por la salud de la condesa, volvía sobre sus pasos. Tenía intención de acompañarla unas horas más. Estaba a mitad de la escalera cuando sintió un olor a quemado. «¿Se está quemando algo?», se preguntó alarmada. Se apresuró a bajar a la planta baja y por un momento su consternación la paralizó al ver los remolinos de humo que salían de la alcoba de Caterina. Conteniendo el pánico, lanzó un grito que habría resucitado a un muerto y abrió la puerta sin vacilar, saltando hacia atrás para evitar ser alcanzada por las lenguas de fuego. Volvió a gritar, con todo el aliento que tenía en el cuerpo, para hacer correr a los sirvientes.

El crepitar seco de los muebles en llamas hacía más aterradora la escena, y las llamas que la lamían con su abrasador arrebato, casi intimidándola para que no las desafiara, quemarían rápidamente la casa si no se extinguían a tiempo. Entonces se dio cuenta de que si no se rescataba a Caterina en el acto, quedaría irremisiblemente atrapada en el inmenso fuego de la alcoba... «quizás ya es demasiado tarde para acudir en su ayuda», pensó.

Interrumpiendo la pausa, cogió un jarrón de flores colocado sobre la consola y se derramó toda el agua que contenía sobre sí misma antes de acercarse al umbral: justo al cruzarlo, oyó las voces alteradas de los criados y el rápido correteo de sus pasos. «Bien, ¡los refuerzos están en camino!» El humo que saturaba la habitación la envolvió como un manto impenetrable, llenándole las fosas nasales y la garganta. Tosió, sin dejar de avanzar hacia la cama. Caterina yacía inmóvil. La agarró por las axilas y tiró de ella fuera de la cama, empezando a retroceder trabajosamente, arrastrándola por el suelo de mármol, repleto ya de escombros carbonizados. Apretó los dientes, moviéndose hacia atrás, y paso a paso, continuó su marcha hacia la seguridad, maravillándose de que una mujer de complexión tan delgada pesara tanto, hasta el punto de que cada vez resultaba más agotador retroceder con su carga inerte. Sus fuerzas parecían menguar y tuvo que aminorar el paso. El calor era insoportable y una tos convulsa le desgarraba el pecho mientras le llovían chispas incandescentes que le chamuscaban el pelo y le quemaban la epidermis. Sintiendo desfallecer, rogó a los cielos que no las abandonaran, a ella y a Caterina, a pocos metros de la salida. La vislumbró a través de la espesa y acre cortina de humo.

De repente, oyó un estruendo y, antes de que pudiera comprender de dónde venía, un trozo de viga al rojo vivo se estrelló contra ella, dejándola inconsciente. Sus piernas cedieron y se desplomó en el suelo mientras Caterina se escapaba de sus manos, que ya no la obedecían. El nasciturus se movió en su interior, como para animarla a recuperarse, pero Valentina cerró los

ojos y esperó el final. Se hallaba flotando al borde de la inconsciencia, cuando unos fuertes brazos la levantaron para alejarla de aquel calor devorador en el que estaba segura de sucumbir. Como si viniera hacia ella desde una distancia lejana, oyó una voz masculina que murmuraba palabras tranquilizadoras. Esa misma voz dio órdenes bruscas a alguien, y de nuevo se volvió hacia ella, preguntándole algo cuyo significado no comprendió. Intentó hablar, pero ningún sonido escapó de sus labios abrasados. Todo se arremolinaba en su dolorida cabeza, impidiendo cualquier pensamiento coherente.

Estaba tendida en una cama mullida y unas sombras borrosas se agolpaban a su alrededor cuando, por un brevísimo instante, consiguió abrir los párpados. ¿Quiénes eran aquellas figuras oscilantes que se cernían sobre ella? ¿Qué había sido de Caterina? ¿Y a quién pertenecía la voz que la llamaba suavemente? Le pareció que era la de Riccardo; quería saber si Caterina estaba a salvo. Aferrándose al escaso atisbo de lucidez que le quedaba, trató de preguntarlo a los que la rodeaban, pero sólo pudo articular un débil gemido antes de que el olvido la absorbiera hacia un limbo en el que reinaban absolutos el silencio y la paz.

Cuando volvió en sí, el sol brillaba en su habitación y el rostro de Angelina estaba agachado ansiosamente sobre el suyo.

—¿Come os encontráis, tesoro? —le preguntó la mujer amablemente, mientras la examinaba con una expresión que delataba su angustia.

Valentina intentó incorporarse, pero desistió: una punzada le había atravesado el cerebro. También se dio cuenta, decepcionada, de que estaba completamente desnuda.

—Gracias a Dios lo peor ya ha pasado. —El ama de llaves se sentó en el borde de la cama y le acarició el cabello chamuscado por el fuego—. Os habéis llevado un buen golpe en la cabeza, luego habéis respirado el humo y sólo os tenéis unas quemaduras superficiales por todo el cuerpo, pero dentro de poco, os asegura vuestra Angelina después de haber hablado en persona con el médico, estaréis tan hermosa como antes.

Ella asintió con cautela y se tocó la cabeza, sintiendo una hinchazón. Separó sus labios resecos y agrietados para pedir noticias de Caterina, pero salió un sonido ronco y débil. Le entraron ganas de llorar de frustración.

—La condesa está bien, si eso es lo que queréis saber —le dijo Angelina—. Y es mérito vuestro. Unos momentos más y nada habría evitado una tragedia, me temo. Pero vuestra presencia espiritual la evitó.

—Durante... ¿cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Dos días. Una ligera contusión, pero nada de qué preocuparse. Tendréis que permanecer inmóvil y tranquila en la cama si queréis recuperaros rápidamente. ¡Jesús!, estabais tan negra de hollín que he tenido que lavaros de pies a cabeza para poder untaros la pomada que os recetó el médico. Si necesitáis algo y yo estoy en otra parte, no tenéis más que alargar el brazo y tocar el timbre, ¿entendido? Vendré corriendo, porque quiero que os curéis bien.

—¡Curarme! Para lo que me importa... —comentó Valentina con amargura.

La otra le dirigió una mirada extraña y penetrante y se abstuvo de contestar. Aquella apatía era algo que la preocupaba tanto a ella como a la condesa; había que devolverle las ganas de vivir.

La falta de respuesta de la buena ama de llaves desconcertó a Valentina. ¿Acaso sabía lo del embarazo? Se empezaba a notar la curva redondeada de su vientre, y habiéndola visto sin ropa, la mujer tal vez podría haber adivinado que estaba encinta. Se removió inquieta bajo su mirada, despertando su inmediata desaprobación.

—Habéis prometido estar en calma; ¿qué os pasa ahora? Sed razonable y portaos bien... —

Le ahuecó las almohadas, canturreando alegremente para distraerla—. Por supuesto, el riesgo era considerable. Cuando llegamos a la alcoba de la condesa, no os ocultaré que el terror nos paralizó. Afortunadamente, regresaba a casa Riccardo, que no perdió tiempo en monsergas. El chico se lanzó a las llamas y os sacó a los dos en un instante. Luego el fuego fue rápidamente contenido, gracias a vos. Ah, cariño, demostrasteis ser audaz y valiente, y os debemos mucho.

—La casualidad quiso que bajara de los aposentos de Caterina —se escudó ella—. Cualquiera en mi lugar habría actuado del mismo modo.

—Eso lo dudo, y en cualquier caso, si la condesa no sufrió ni un rasguño, se lo debe a vos. Yo soy una persona sencilla y se me traba la lengua con las palabras bonitas, pero creo que habéis entendido perfectamente lo que quiero decir. Mi agradecimiento viene directamente del corazón y, repito, ¡no podríamos quereros más!

—Os repito que en circunstancias similares cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—¡Eso lo decís vos! —resopló ella—. Riccardo tuvo que darle una soberbia bofetada a Violante, ¿sabéis? —Y ante la mirada interrogante de Valentina, se explicó—: Se cruzaron en el patio, una saliendo y la otra entrando, pero al divisar el resplandor del fuego, él le dijo que volviera inmediatamente a la casa para ayudar a los criados. Bueno, tuvo que meterla a la fuerza, ¡esa inepta, mimada y viciada! Como si no tuviéramos ya bastante con lo nuestro, montó en cólera, y cuando se dio cuenta de que él estaba a punto de rescataros a vos y a su tía, tendríais que haber visto qué intemperancia... Entre nosotras, aún no me queda claro si temía por la seguridad de Riccardo o quería impedirle... —dejó la frase en suspenso, como negándose a considerar la aterradora alternativa—. En cualquier caso, ese guantazo calmó de repente su caldeado espíritu.

—Tendré que expresarle mi agradecimiento.

—Una intervención providencial, la suya —convino Angelina—. Pero vos no habéis sido menos. Y ahora os dejo porque debo ir a ver a la condesa para decirle que habéis recobrado el conocimiento. Estaba tan afligida por vos que... —sonrió—. ¡Pretendía nada menos que la trasladáramos hasta esta habitación!

—Dadle un beso de mi parte.

—No dejaré de hacerlo, cariño... igual que no dejaré de avisaros en cuanto llegue el amo. Le esperamos en el día, ¿lo sabíais?

Consciente de las consecuencias, Valentina se incorporó como un resorte, su rostro reflejaba su desilusión.

—¿Me estáis diciendo que... Luca vuelve a casa? ¿Por qué vuelve a casa tan de repente? —le preguntó, apretando los dientes para resistir el feroz martilleo de sus sienes—. Estaba absolutamente convencida de que su ausencia iba a durar mucho más.

Atónita por su reacción, Angelina volvió a lanzarle aquella mirada indescifrable y pareció dudar.

—Tumbaros de nuevo u os tiraré de las orejas, os lo advierto. —le conminó con rudeza—. De hecho, debería haberlo hecho, pero la condesa le envió un mensaje urgente solicitando su presencia aquí. ¿No os parece natural que le informen de lo sucedido? Igual de natural es que el señor se apresure a volver a casa.

—Ya, natural... —se hizo eco, temblando de miedo.

—Dicho esto, ¿por qué no intentáis relajaros mientras tanto? Si me permitís una sugerencia, dejad de compadeceros de vos misma. Últimamente has estado mostrando el ímpetu de un espectro, querida, mientras que una moral alta es crucial para recuperar la salud y el vigor —Y con esa afirmación la mujer desapareció rápidamente.

¿Relajarse? Valentina suspiró. ¿Y cómo, sabiendo que él no tardaría en llegar? El desánimo se apoderó de ella al imaginar su desdeñosa reprobación al encontrarla aún en su casa. El rostro de Luca pasó por su mente, empezando a torturarla de nuevo. Ella seguía amándole, no podía ser de otra manera, pero con traumatismo craneal o sin él, había llegado el momento de quitarse de en medio.

Mientras abandonaba cautelosamente la cama, recordó una cosa: era una veterana cuando se trataba de hacer escapadas precipitadas. Sonrió, inspirando profundamente para superar el mareo. Cuando estuvo lo bastante estable sobre sus piernas, se aventuró hacia el armario y sacó la ropa que iba a ponerse. Luego echó las pocas cosas que consideraba estrictamente necesarias en una gran bolsa de viaje, cogió el dinero que había reservado y finalmente se sentó ante su escritorio para escribir una nota de despedida a Caterina.

En el sobre introdujo las joyas que él le había regalado, incluso el pendiente desaparejado, así como el juego de collar, pulsera y tiara de diamantes, lo cerró con cuidado y lo colocó sobre la cómoda. Antes de abandonar aquella habitación para siempre, miró a su alrededor por última vez. Estaba destinada a tener que desprenderse de lo que amaba. La invadió una desoladora sensación de pérdida: entre aquellas paredes, era plenamente consciente, permanecía su alma. Un sollozo amargo le arañó la garganta, aún irritada por el humo que había aspirado, pero sacando fuerzas de flaqueza, con los movimientos tan rígidos como los de un autómatas, se marchó sin mirar atrás.

En pocos minutos se encontró en la calle y permaneció allí, insegura, preguntándose dónde encontrar refugio. Milán era una gran ciudad, pero a excepción de Corsini no conocía a nadie más. El notario, sin embargo, era descartable: era el primer lugar donde la buscarían cuando descubrieran que ya no estaba en la habitación. La mejor solución era instalarse en una posada, tal vez en las afueras, hasta que recuperase fuerzas. Después tendría que informarse sobre las diligencias hacia el sur y reservar el viaje de vuelta. Rosa, al menos, la recibiría con los brazos abiertos. El recuerdo de Luca se deslizó traicioneramente en su interior, haciéndola vacilar por un momento en su decisión de hacerse ilocalizable.

«No volveré a verle nunca más», se dijo afligida, reprimiendo las lágrimas. Aquel amor desesperado y tenaz, el centro de su vida, se había perdido para siempre. Perdida en aquellas afligidas consideraciones, sosteniendo con dificultad su equipaje, se alejó de la residencia Montalto.

Siguió andando durante lo que le parecieron horas, caminando casi en estado de trance por calles desconocidas, cada vez más agotada, hasta que en un momento dado, vencida por el cansancio, se fijó en el cartel de una modesta posada. Se dirigió hacia él, cruzando la calle sin percatarse de la llegada de un carruaje.

La bella y elegantemente vestida dama que iba sentada en el vehículo, aunque atenta al ajetreo de los transeúntes, vio a la joven por el rabillo del ojo y, temiendo que fuera atropellada, dio un grito de advertencia al cochero, que rápidamente tiró de las riendas para detener a los caballos. Ante la brusca maniobra, los animales se pusieron nerviosos, levantándose sobre sus patas traseras.

Valentina no se dio cuenta del peligro hasta el último instante. Asustada por el revoloteo de los cascos, dio un salto instintivo hacia atrás. Sin embargo, la debilidad la traicionó: sus rodillas cedieron de repente y cayó malamente sobre el pavimento, perdiendo el conocimiento. Por uno de esos milagros inexplicables que a veces ocurren, el cochero, tirando al máximo de las riendas, consiguió desviar la trayectoria de los cascos, y la figura exánime ni siquiera fue alcanzada. Pálido por la conmoción, saltó del pescante y corrió en su ayuda, imitado por la pasajera. Unos

cuantos curiosos se arremolinaban ya, comentando el suceso.

—Señorita, ¿os habéis hecho daño? —El cochero apenas se atrevía a tocarla, pero la bella dama, que se había acuclillado a su lado, lo hizo en su lugar: lo apartó con decisión y, sin reparar en su vestido de seda, se arrodilló junto a Valentina, aliviada al ver que se estaba recuperando.

—¿Estáis herida? —le preguntó.

—No... no creo... —balbuceó aturdida.

—¿Podéis levantaros?

—Sí, si me ayudáis —se aferró al brazo de su salvadora, se puso en pie y parpadeó aturdida. La cabeza le palpitaba atrozmente y esperaba no volver a desmayarse—. Disculpadme, ha sido culpa mía. He cruzado sin mirar y...

—Pero Giuseppe debía haber estado atento —objetó ella, lanzando una mirada al mortificado conductor—. ¿Estáis segura de no haberos roto nada? —insistió, sacudiendo el maltrecho vestido de Valentina con sus manos enguantadas.

—Estoy bien —le mintió con voz rota, tratando de mantenerse erguida. Estaba pálida y temblaba visiblemente, lo que aumentó la ansiedad de la otra.

—Si me decís vuestro destino, os llevaré hasta allí en carruaje.

—Bueno, yo... Tenía intención de alojarme en esa posada. Acabo de llegar a Milán y... Pero no os molestéis, allí o donde sea me instalaré y...

—¡Venid a mi casa! —la interrumpió la otra, cogiéndola apresuradamente del brazo—. Vivo sola y si no tenéis adónde ir, os acogeré en mi casa. Tengo que compensaros por las molestias que os he causado, ¿no? Por cierto, me llamo Regina. ¿Y vos?

—Valentina... pero, os lo ruego, no os molestéis más de lo necesario.

Pero la mujer, haciendo oídos sordos a sus protestas, ya la empujaba hacia el habitáculo, y poco después estaban cómodamente sentadas en la mullida tapicería del vehículo.

La casa de Regina estaba situada en la zona de *Porta Orientale*, y era tan encantadora como una casita de muñecas. Las dos habían congeniado de inmediato y, tomando té caliente, entablaron una conversación confidencial como dos viejas conocidas.

—¿Mejor? —quiso nuevamente asegurarse la anfitriona, tomando la taza vacía de sus manos.

—Sin duda —la tranquilizó con una mirada agradecida. Un encanto cautivador emanaba de la amable, servicial y ya no tan joven dama que la recibió: era imposible resistirse a la sonrisa de su boca tímica. Iba vestida con una sofisticación quizá algo llamativa que resaltaba unas curvas voluptuosas, y su rostro, aunque apenas marchito, atraía sin duda la atención masculina, al igual que su pelo rojizo peinado a la última moda.

—A simple vista no te creería —la contradijo Regina, estudiándola con el ceño fruncido y tuteándola con naturalidad—. En realidad, pareces un pollito pasado por las brasas, en lugar de la atractiva belleza que se esconde tras la maltrecha fachada.—Un aspecto que la había impresionado mucho, admitió, especialmente esos sorprendentes ojos de inusual color ámbar—. ¿Qué te ha pasado, si no te molesta que te lo pregunte? Me gustaría echarle una mano, si puedo. No consigo perder la costumbre de ayudar a los demás cuando lo necesitan.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Valentina: la había conocido hacía una hora y no tenía dudas: se había topado con una verdadera amiga. Hay cosas que se sienten instintivamente. Así que, de improviso, le abrió su corazón, segura de que no la malinterpretaría o la juzgaría mal.

—Hubiera jurado que estabas en un montón de líos —dijo la otra al final—. Pero no debes martirizarte. Mientras tanto, quédate conmigo hasta que superes esta mala racha; entonces decidirás con calma qué hacer.

— Regina, no puedo abusar de tu hospitalidad...

—¿Y por qué no? —replicó ella, imperturbable—. Hay sitio de sobra, y estás buscando un nido donde descansar un poco las alas. Sin embargo, debo decirte sinceramente que yo... bueno, no soy el tipo de persona con la que un joven decente debería juntarse.

—¿Qué significa eso? —Valentina la miró perpleja.

—Se nos denomina cortesanas. Poseo un capital que he invertido lo mejor posible: belleza y un cuerpo generosamente concedido por la naturaleza. Un buen número de caballeros han aparecido y desaparecido a lo largo de mi vida para velar por mi bienestar y mis necesidades. Esta decisión proviene de haber visto a mi madre envejecer y morir prematuramente debido a los numerosos embarazos y al abuso de su consorte, mi padre, que era mezquino, machista y monstruosamente egoísta, y al que sólo le importaba su propio placer. Creo que exhalar su último aliento significó para esa pobre pasar a mejor vida en el sentido más estricto del término.

—Lamento lo de tu madre.

—Yo también, y me prometí que no acabaría igual. Sin embargo, si me consideras digna de tu amistad, bienvenida a mi casa.

—Eres buena —murmuró Valentina, que la consideraba más digna de respeto que una bruja como Violante, cuya maldad no tenía parangón—. No tendrías ninguna dificultad, si cambiaras de opinión sobre el matrimonio, en convertirte en una buena esposa.

—¿Matrimonio? ¡Bah, cinco minutos de diversión y sesenta años de purgatorio! —exclamó con una elocuente mueca—. Sobre la diversión podría estar inclinada, pero es lo que se alterna con el tálamo lo que me pone los pelos de punta. ¡Por Dios!, casarme no me atrae en absoluto, aunque haciéndolo culminaría las aspiraciones de mi madre, que me soñaba reina de hecho, así como de nombre. Y luego, he de confesarte, tengo tendencia a la infidelidad... —Estalló en una carcajada burlona—. El mundo está plagado de esposas que sufren migrañas crónicas a la hora de acostarse con sus medias naranjas, y de maridos exasperados que van en busca de mujeres inmunes a ello. El amante que tengo ahora pertenece a esa categoría y desembolsa sumas considerables por sexo sano. Me aferro a él, claro está. La juventud dura tanto como una nevada primaveral y hay que aprovecharla al máximo.

—¿Y el amor, Regina?

— En el pasado, me enamoré de un pintor sin blanca que parecía un Adonis, que no sólo embadurnaba de colores lúgubres sus lienzos, sino también a mí, pero de moratones. La experiencia no fue de las que te invitan a recaer, y puse fin a cualquier residuo de sentimentalismo. Se puede sobrevivir sin... ¡eh!, ¿qué te pasa?

Valentina se había recogido sobre sí misma con un gemido. Sin previo aviso, un repentino y doloroso espasmo en el bajo vientre le cortó la respiración. Un hilillo de líquido viscoso y caliente le bañó los muslos y, atónita, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. «No, el bebé no», pensó. Pero un segundo calambre, más fuerte que el primero, se apoderó de su vientre, extendiéndose hasta los riñones. Cayó de rodillas sobre la alfombra y juntó los brazos sobre el regazo en un último intento de retener a su criatura. Dios, si perdía también a su hijo, ¿qué sería de ella? Vagamente notó que Regina la ayudaba a ponerse en pie, la instaba solícitamente a tumbarse en el sofá y al mismo tiempo llamaba a la doncella.

—Sabes lo que es, ¿verdad? —le dijo frunciendo el ceño tras echarle una rápida mirada.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Llama a un médico que me ayude a tenerlo —le suplicó en un angustioso susurro—. Tengo dinero para pagarlo.

La otra negó tristemente con la cabeza.

—Sé un poco al respecto, y me temo que no hay mucho que se pueda hacer ahora.

—¡Te lo suplico! —insistió sujetándole la mano—. El niño es todo lo que me queda de él... —Luego guardó silencio y se retorció mientras el dolor se apoderaba de ella.

—Ojalá pudiera hacer algo. —Regina la miraba conmovida—. Si quieres, luego de llamar al doctor, enviaré a la doncella a avisar al interesado.

—¡No! —Valentina, empapada en sudor, tuvo que hacer acopio de fuerzas para poder pronunciar su rechazo—. ¡Nadie debe saber dónde estoy!

—Pero, tesoro, ¿no crees que él tiene derecho a...?

—Perdió sus derechos cuando me echó de su casa como a la peor de las ramera —la interrumpió con un hilillo de voz.

Regina renunció a discutir. ¡Que los hombres se consuman en el infierno! Todos capaces de pasarlo muy bien, mientras había diversión, ¡pero al aparecer las complicaciones se desvanecían como el rocío al amanecer!

—¡Esterina! —gritó a la sirvienta, que en vez de dar apoyo deambulaba sin rumbo fijo—. Manda a Giuseppe a por el médico y luego vuelve aquí enseguida. Entre las dos deberíamos poder trasladar a esta pobre chica a una cama.

Dolorida por las contracciones, miró desconsolada a Regina por las molestias que le causaba e intentó levantarse ella misma para no ser una carga. Pero se hundió en un vórtice negro contra el que no podía luchar y se rindió a la oscuridad.

En otra parte de la ciudad, en la hermosa mansión Montalto, una emocionada Angelina se preparaba para revelar una gran noticia a la condesa. Además de asombrosa, revolucionaba su existencia, llenándola de felicidad. Pellegrino, rebosante de orgullo, se mantenía en un segundo plano, cediendo la palabra a su esposa, más vivaracha. Pero estaba dispuesto a intervenir con las explicaciones necesarias.

—¿Puede explicarme alguno de vosotros dos qué significa todo esto? —Caterina señaló el vaso de cordial, las sales aromáticas y el frasco con la medicina para el corazón que el ama de llaves había colocado en la mesilla de noche para que estuvieran a mano—. Me estáis asustando, y en un momento como éste, cuando todos estamos aún conmocionados por el incendio. Entonces, ¿qué pasa?

—Pasa —se lanzó Angelina —, que estamos a punto de daros una maravillosa noticia.

—¿De veras? ¿Y cuál es?

—Hay que comenzar por el principio. —Angelina aferró una silla y se puso cómoda—. Condesa, mi marido y yo hemos albergado sospechas durante años... sospechas que se remontan a la época en que vos estabais con vuestro querido Gaetano. Los sirvientes nos convertimos en parte de la familia a la que servimos, y resulta que observamos y oímos muchas cosas sobre las personas a las que hemos estado cuidando durante años, sin que ellas sean conscientes de ello. Al final, aunque nadie me dijo nada al respecto, me di perfecta cuenta de lo que os estaba ocurriendo...

—Continúa —le instó con voz tranquila.

—Cuando volvisteis a casa, no había ningún recién nacido en vuestros brazos, y Rosa se había marchado precipitadamente a su pueblo para cuidar de una niña que parecía llovida del cielo. Vuestro padre nunca volvió a ser el mismo después de aquello... Pobre Gioacchino, estoy convencida de que el remordimiento por lo que os hizo le llevó a una tumba prematura, ¿lo sabéis?

—Querida, ¿me harías el favor de no detenerte a cada minuto? ¿Por qué iba a morir mi padre de remordimientos? ¿Remordimientos a santo de qué? Era rígido y muy estricto, con un

excesivo sentido de la respetabilidad, pero...

—¿Aún no lo comprendéis, condesa? ¡Valentina es vuestra hija!

Caterina la miró boquiabierta, luego se llevó la mano al corazón e inhaló profundamente. Angelina se apresuró a darle el cordial, que bebió de un trago. Cuando pudo volver a hablar, le temblaba la voz.

—Valentina es... ¡oh, Dios mío!, ¿cómo es posible? Pero, ¿lo he entendido bien?

—¡Segurísimo! —confirmó con brío la otra.

Pellegrino se adelantó: ahora era su turno.

—Nos disculparéis por nuestra indiscreción hacia vos, pero hemos actuado para bien y no nos arrepentimos, al contrario. Fue vuestra sobrina quien dio pie a las dudas: escuché sin querer una conversación que nadie debía oír, y llegué hasta la verdad.

—¿Violante? ¿Estáis diciéndome que ella lo sabía?

—Ignoro cuánto sabe realmente de esta historia, el caso es que, por motivos propios, hizo investigar a la señorita Valentina.

— ¿Y por qué demonios se atrevía ese insoportable entrometida a inmiscuirse en asuntos ajenos? —Caterina parecía muy molesta.

—Eso deberíais preguntárselo a ella, condesa —cortó en seco el mayordomo—. Me temo que, a diferencia de nosotros dos, sus intenciones no eran precisamente loables.

—De ella me ocuparé más tarde. —La mujer estaba muy contrariada—. Pero continúa, Pellegrino.

—Bien... de acuerdo con Angelina, retiré cierta suma de nuestros ahorros y fui al pueblo donde... hum... disteis a luz a la niña. Estaba convencido de que para soltar la lengua de los que sabían, había que untarles. En cambio, salvo los gastos de viaje y una modesta recompensa, obtuve la información que quería con una facilidad pasmosa. Supongo que Dios interviene a veces en persona para enderezar las cosas torcidas; para abreviar, cuando llegué a mi destino, me dirigí al párroco para preguntarle dónde podía encontrar a la comadrona, y él me condujo hasta su sobrina. Me quedé estupefacto al enterarme por la chica de que llevaba años intentando encontrarlos. Veréis, vuestro padre se presentó con un apellido falso, así que ¿quién podría encontrarlos? Me tomé la libertad de decirle que yo era pariente vuestra, y ella me contó lo sucedido: la abuela, al borde de la muerte, tal vez para limpiar su conciencia, le confesó que os había mentado al deciros que vuestra hijita no había sobrevivido al parto, recibiendo dinero de Gioacchino para que mantuviera la boca cerrada.

—Lo que significa...

Pellegrino la miró con aire radiante.

—Que ella es vuestra hija, condesa.

Fue tal el torrente de pura e inmensa alegría que estalló en el alma de Caterina que se quedó muda.

—La chiquitina nació sana y perfecta y fue confiada a Rosa por vuestro padre —concluyó Angelina.

Cerró los ojos y dejó que la fuerte emoción se apoderara de la incredulidad que había persistido en ella hasta aquel momento. ¡Dios bendito!, Valentina era su amada hija, la criatura cuya muerte aún lloraba. ¡Su hija! Aquellas dos palabras deflagraron en su cerebro, aniquilándola de felicidad. Y todos esos años sin ella... ¡ah, qué grandísima pérdida!

—Mi gratitud hacia vosotros —dijo por fin a los sirvientes cuando logró dominar su agitado estado de ánimo—, es infinita, pero os pagaré adecuadamente.

—Vuestra alegría basta y sobra —Angelina, conmovida, plegaba el pañuelo—. Y en cuanto

a Rosa, supongo que de algún modo vuestro padre la obligó a someterse a su voluntad. Pero ahora, ya que la verdad ha salido a la luz, escribidle de inmediato: estoy segura de que os lo confirmará todo.

—Lo haré, aunque considero superflua cualquier verificación. Basta el parecido de Valentina con Gaetano, lo que prueba irrefutablemente que fue engendrada por nuestro amor. ¡Y además la he amado de inmediato y sin reservas! En cuanto a mi padre... me cuesta creer que me hiciera sufrir durante tanto tiempo por su ambición.

—A veces se persigue el bien de los hijos recurriendo a métodos muy poco ortodoxos —intervino Pellegrino.

—¿Quién compensará a mi hija, la verdadera víctima inocente de este complot, por los agravios sufridos? ¡Quiero subir a verla inmediatamente!

—¡Pero vos aún no estáis bien, y ella tampoco! —protestó Angelina.

—Me han robado veinte años de su vida, ¡no quiero perder ni un minuto más de los que me quedan! —Caterina fue categórica—. Hablar con ella, abrazarla, decirle quién soy me hará cien veces más bien que toda la medicina que tengo que tragarme. ¡Venga, vamos!

Las dos se rindieron a su más que legítimo deseo, entre otras cosas porque la condesa habría sido perfectamente capaz de subir las escaleras.

Todos se quedaron estupefactos al descubrir que el dormitorio de Valentina estaba desierto.

La esperanza de que estuviera en algún otro lugar de la casa se desvaneció tras un frenético reconocimiento llevado a cabo por toda la servidumbre.

—Que el Señor me asista —se desesperó Caterina, atormentada por la sucesión de desgarradoras emociones—, y que asista sobre todo a mi hija.

—Estaba debilitada y sin fuerzas, ¿cómo ha podido marcharse? —balbuceó Angelina, consternada.

—Con toda la confusión, ninguno de nosotros se ha percatado de que hay un sobre en el tocador. —Pellegrino, flemático como siempre, se lo entregó a la condesa.

Ella lo abrió y leyó con avidez el breve mensaje, luego, apenada, volcó en su regazo las joyas que ella misma le había regalado.

—Honesta hasta el extremo —murmuró con voz entrecortada por el llanto—. Pellegrino, ve a casa de Corsini y tráela de vuelta. Sólo puede estar allí.

—¿Y si no estuviera? —aventuró Angelina, que tenía un mal presentimiento.

—Eso no lo digas ni en broma —le contestó la mujer—. ¿A casa de quién más podría dirigirse en Milán? No conoce a nadie. —Se retorció las manos—. Moriría si no supiera dónde está mi hija.

—No os inquietéis —la animó el ama de llaves—. Sin duda estará en casa del notario. No se mantenía en pie del golpe recibido, y en esas condiciones no puede andar mucho tiempo. Además, Luca y Riccardo están a punto de llegar, ¿no creéis que uno de ellos irá a casa de Corsini?

—¡Por el amor de Dios, no! Luca y Valentina están enfrentados, y si mi hija ha desaparecido por su culpa, no querrá ni verlo. Es más, quiero ser la primera en hablar con ella, y vosotros entendéis por qué. Vamos, Pellegrino, ¡vete de una vez o acabaré por enloquecer!

El hombre obedeció sin rechistar, dejando atrás a dos mujeres en llanto en una habitación desconsoladamente vacía.

Capítulo 25

—¿Dónde demonios está Valentina?

La pregunta, seca como un disparo, fue proferida por Luca. Tenía la expresión tormentosa de sus momentos más negros, y bajo el ceño fruncido, sus ojos eran tan sombríos que inspiraban miedo. Acababa de llegar, y al enterarse de su desaparición, como si la tensión provocada por aquel arriesgado y clandestino regreso a Milán no fuera ya suficiente, se sumió en un sombrío abatimiento.

—No tenemos ni la menor idea —le respondió absolutamente afligida Caterina.

—¡Maldición! —imprecó él—. ¡Una persona no puede desvanecerse en la nada en un abrir y cerrar de ojos! Has dicho que había una nota, debe haber escrito algo.

—Por supuesto, pero no a dónde se dirigía. Yo estaba convencida de que estaba en casa de Corsini, pero él también se ha quedado de piedra. Ha corrido hasta aquí como un padre angustiado para saber más, pero ¿qué podía decirle? —La mujer se pasó una mano por los ojos en un gesto de cansancio, negándose a pensar siquiera en perderla justo en el momento en que acababa de descubrir que era su hija—. Mientras no le haya ocurrido nada malo...

—¡Alguien debe haberla visto alejarse!

—Por desgracia, no. Tal vez haya subido a una de las diligencias que partían, sin tener en cuenta el destino... —Caterina se devanaba los sesos en conjeturas—. Pellegrino ha preguntado por ella en las estaciones de posta, pero nadie recuerda haberla visto. Cuando nos dimos cuenta de que no estaba en la habitación, probablemente habían pasado varias horas desde su partida... —. Volviendo su atención a Luca, la condesa sintió lástima por él. Nunca le había visto tan desconcertado, agobiado, impotente, y aquella mirada atormentada le oprimía el corazón.

—¡Todo esto roza lo absurdo! Es simplemente inaceptable que alguien pueda desaparecer así, sin dejar rastro.

—Y sin embargo, es lo que ha ocurrido. Maltrecha como estaba, con una herida en la cabeza, quemaduras por todo el cuerpo, conmocionada... no debería haberse movido de la cama. Me sacó del fuego arriesgando su vida, y ni siquiera tengo el escaso consuelo de saber que está a salvo.

—¡Dios mío! —Luca se desplomó sobre un sillón y se pasó los dedos por el pelo, luchando contra la imposibilidad material de salir él mismo a buscarla. Riccardo había movilizado a sus amigos para que le ayudaran en la búsqueda, y estaban recorriendo Milán en un intento de encontrarla: hoteles, posadas, tabernas... no dejarían piedra sin remover, aunque la empresa parecía destinada a dejarles con las manos vacías. El remordimiento no le daba tregua. La había obligado a huir, persiguiéndola con perversa iniquidad. Loco de amor, de pasión y de celos, había derramado sobre ella su ira y desprecio, y ahora Dios lo castigaba, privándolo de la mujer que amaba como a ninguna otra, pues ni siquiera por Camilla había experimentado sentimientos tan profundos e intensos.

Nunca había imaginado que la echaría tanto de menos, ni que le dolería así el corazón durante las duras semanas de exilio. La añoranza hacia ella no le abandonó ni un solo instante, al igual que el arrepentimiento por su intransigencia. La quería de vuelta con todas sus fuerzas. Incluso estaba dispuesto a exculparse de su deslealtad, con tal de pasar el resto de sus días con Valentina.

—Cuéntame lo del incendio.

Y Caterina lo hizo con todo lujo de detalles.

—No puedo entender cómo se produjo, pero si ella no hubiera intervenido, ¡qué trágico epílogo! —concluyó—. También me pregunto cómo lo logró. Últimamente estaba tan abatida que me preocupaba. Francamente, Luca, creo que huyó porque Angelina le dijo que ibas a volver, de lo contrario seguiría aquí... —Ella le clavó la mirada con ojos penetrantes, instándole tácitamente a que hablara, pero él permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos—. Entre vosotros hubo desavenencias, no lo niegues, y quiero saber el porqué.

Luca se limitó a un gesto elusivo.

—De hecho, tuvimos nuestras diferencias.

—Debían de ser irreconciliables si, amándote como te ama, prefirió romper drásticamente y marcharse.

Él apretó los labios, contrariado. Se preguntó si era apropiado contarle los sórdidos antecedentes. Una cosa era que él los conociera y otra muy distinta que se los contara a Caterina.

—Luca, tengo derecho a saberlo. ¡La quiero de vuelta!

—¡Y yo también! —admitió él. Quería resolver sus conflictos de forma civilizada, dejando a un lado los resentimientos y los amargos sinsabores que les habían dividido. Renunciar a ella era impensable, así que se casarían de inmediato, de forma estrictamente privada, y luego, al tener que marcharse, se la llevaría con él. No podía vivir sin Valentina, reconoció humildemente, ella era también la única persona que podía endulzar aquella expatriación forzada.

—Tenemos que localizarla —le instó la mujer de todo corazón—. Porque, verás... ella es mi hija.

Luca se estremeció tan bruscamente que la otra se sobresaltó por acto reflejo.

—¿Tu hija? ¿De qué estás hablando?

Aquel asombro dibujó una leve sonrisa en el rostro de Caterina.

—Sí, mi hija —repitió, y entre frases entrecortadas por la ansiedad le reveló esa parte de su pasado que él ignoraba—. Moriré de angustia si no la recupero.

—La encontraré, te lo juro —le prometió—. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Mira, Luca... —La mujer cogió un cofre de la mesita, levantó la tapa y mostró las joyas que Valentina le había devuelto—. Mira qué honesta es mi hija. Aunque se los di, se fue sin llevarse ni uno.

Luca se incorporó y, al observarlos, se estremeció de golpe: entre todos, destacaba un pendiente cuya exquisita factura había quedado grabada en su mente: el que faltaba aún estaba en su poder. Petrificado, comprendió que ella no le había mentado. Era Valentina la mujer que con la que había hecho el amor la noche del baile de máscaras, y la prueba tangible de su sinceridad estaba en sus manos, las mismas manos que él se había atrevido a alzar contra ella. La primera reacción que estalló en él, íntima, irresistible, fue de exultación, luego vino una encendida vergüenza. Se reconoció mezquino y necio más allá de la falibilidad humana por haber dudado de ella. Consternado, intentó poner orden en el tumulto de sus pensamientos. Pero evocado por la joya, el rostro desesperado de Valentina pasó por su mente y tuvo que obligarse a calmarse para no sucumbir al sentimiento de culpa. El recuerdo, sin embargo, trajo ante sus ojos el dolor de ella cuando le había lanzado a la cara la insultante propuesta de ser su amante. Ella tenía una mirada apagada, exhausta y una triste expresión de derrota.

Su propia perfidia le pareció inconmensurable y se sintió tan oprimido que tuvo que reprimir el impulso de golpear la cabeza contra la pared. ¿Tan extraño era que se hubiera ido? Los recuerdos revoloteaban a su alrededor como fantasmas, y recordó el hijo que había repudiado con descarada arrogancia, inequívocamente suyo. ¿Dónde estaría? se preguntó con tristeza, sabiendo que ella no volvería... no después de la abominable forma en que la había

humillado antes de marcharse para escapar de los austriacos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Caterina—. Parece que has visto un fantasma.

—Tenías razón, huyó por mi culpa... Fui engreído, inflexible y despiadado —le confesó en un tono abatido—. Estaba tan lleno de resentimiento que ni siquiera podía contemplar la posibilidad del perdón.

—¿Perdón? ¿Perdón de qué? —lo interrogó la condesa. Ahora, el rostro de Luca la aterrorizaba.

—Es cierto, ¿cómo vas a comprenderlo? ¿Y quién podrá disculpar mi comportamiento si no me concedo ningún atenuante por haber actuado tan mal? Debería haberle concedido el beneficio de la duda, en cambio dejé que mi susceptibilidad y mi ira prevalecieran y ahora... todo se vuelve en mi contra, pasándome factura. Siento una punzada de arrepentimiento devastador por ella, por haberla puesto prácticamente en la calle.

Caterina lo miró como si no pudiera creer lo que oía.

—No sé qué le hiciste, pero ¿cómo te atreviste a tratarla sin respeto? —estalló indignada—. Ésta también es mi casa, deberías haberme consultado antes de tomar ciertas iniciativas. —Y se esforzó por no llorar—. Es como si me apuñalases en el corazón.

—Sé que pedir disculpas es inapropiado —se afligió él—, pero perdí la cabeza después de leer las cartas que me entregó Violante. Al saber que Valentina había sido la amante de ese Ruggeri, que casi había matado...

—¿Violante? ¿Cartas? ¿Ruggeri? Por amor de Dios, ¿de qué demonios me estás hablando? Le hizo un breve resumen de lo sucedido.

—Si quieres, puedes verificar lo que afirmo —dijo al final—. Violante me lo dejó todo.

—Es la segunda vez en el día de hoy que se menciona a mi sobrina en este turbio asunto. El revuelo creado por la desaparición de Valentina ha eclipsado este detalle, pero quiero llegar hasta el final, ¡y sin esperar ni un minuto más! —Tiró airadamente del cordón del timbre y, cuando Angelina apareció en el umbral, ordenó perentoria—: ¡Que venga Violante! ¡Ahora mismo! —Y mientras el ama de llaves se apresuraba a llevar a cabo la tarea, se quedó mirando a Luca—. Me sorprendes, ¿sabes? Tienes un cerebro de primera y te has dejado engañar como cualquier imbécil, dando por ciertas semejantes bufonadas. Para empezar, ese asqueroso individuo que creías amante de Valentina no es más que un abyecto libertino que debería acabar ahorcado. Pero si ya es bastante malo que mi sobrina te haya contado semejantes sandeces, ¡peor aún es que se las haya creído! Ruggeri secuestró a Valentina para seducirla; me parece obvio que ella se defendió lo mejor que pudo. ¿Qué otra cosa podía hacer? En lugar de quedar a merced de un bruto, lo redujo con lo que tenía a mano. Yo habría hecho lo mismo en circunstancias similares. No bastándole el shock de su rapto y el dolor de tener que separarse de Rosa para evitar las represalias de Ruggeri, el infame libertino tuvo la desvergüenza de denunciarla, de modo que una vez recuperado, con ella encerrada bajo llave, sólo tenía que conseguir que le abrieran la celda y llevársela de vuelta, completando lo que había empezado. Pero ella se le escapó delante de las narices: para escapar a su acoso se había disfrazado de monja para venir a instalarse aquí, en el norte.

—¿Cómo sabes todo eso? —Luca estaba asombrado.

Ella le dio una mirada de suficiencia.

—Corsini me había puesto al corriente del despreciable episodio, al igual que Valentina. ¿Por qué crees que la defendí con tanto fervor? Volví de una experiencia traumática y alguien tenía que ayudarla a recuperar la confianza. Desde luego no tú, como has demostrado.

—¡Lo sabías y no me dijiste nada! —replicó él con dureza—. Si me lo hubieras hablado

abiertamente, yo no... — La entrada de Violante puso fin temporalmente a la disputa. Verla y querer retorcerle el cuello fue todo uno: se contuvo con un esfuerzo, dispuesto a enfrentarse a ella—. ¡La que faltaba! —la saludó con engañosa afabilidad, disimulando su furia tras una sonrisa meliflua—. Si deseas tomar asiento, hay un par de cositas que aclarar.

Ella avanzó con valentía, pero la sonrisa radiante que curvaba su boca se marchitó cuando vio de cerca los fruncidos rostros de los dos.

—En realidad tengo cosas que hacer —dijo mientras retrocedía—. ¿Lo hablamos mañana?

—¡Nada de eso! —tronó Luca, clavándola donde estaba con una mirada penetrante.

Consciente de que las cosas se estaban poniendo feas, se dio la vuelta para huir.

Luca le cortó la retirada con un rayo y la bloqueó con firmeza.

—Cuando haces daño sin motivo, luego se pagan las consecuencias. ¿Por qué tanta maldad hacia Valentina?

—Sí, explícanos a ambos con qué propósito has construido semejante cúmulo de falsedades —intervino Caterina con dureza—. Estamos ansiosos por saber qué demonios te ha llevado a realizar esta injuria.

Precavida, Violante hizo que sus ojos pasaran de uno a otra, y eso le bastó: estaba claro que no tenía escapatoria. El imprevisible granito de arena debía de haber atascado el perfecto mecanismo que ella había elaborado, según pudo deducir por el rostro de Luca. Intentó, a pesar de la derrota, aparentar.

—Si alguien ha mentido —dijo con descaro—, ésa no he sido yo. Al fin y al cabo, tú has leído los papeles que atestiguan mi buena fe, así que ¿qué queréis de mí?

—¡Embustera! —bramó él, agarrándola del brazo—. Cuidado, no tires tanto de la cuerda que al final se romperá, pero tú escupirás la verdad, ¡toda la verdad!

—Querido, la verdad que yo conozco es la que conoces tú —replicó Violante tratando de librarse de la violencia de su mano. Los ojos de Luca la atravesaron como puñales, y el apretón en la muñeca se acentuó hasta el punto de hacerle gritar de dolor—. ¡Suéltame! —le conmino— ¡Me la estás rompiendo!

—¡Y te romperé cada uno de tus huesos si no te decides a confesar! —Y para hacerle una demostración de que las suyas no eran amenazas banales, se la retorció por la espalda hasta obligarla a ponerse de rodillas—. ¡Habla, por Dios, o te aplastaré con mis propias manos!

—¡Tía, deténlo! —gritó aterrorizada, retorciéndose como una furia.

—No moveré un dedo para impedirlo. —La voz de Caterina contenía la misma e inexorable determinación que animaba a su hijastro—. Así que empieza a hablar.

—Pero si no he hecho nada. ¡No sé nada! Luca se ha encaprichado de esa ramera y quiere desahogar su frustración conmigo.

—A la que calificas de ramera es a mi hija, Violante —le puntualizó la tía.

El asombro que se apoderó de Violante fue tal que se quedó paralizada al instante.

—¿Cómo demonios lo has descubierto? —se le escapó espontáneamente, delatándose. Al instante siguiente se mordió la lengua ante su propio descuido. Pero quizás, se dijo, Luca y su tía, tan alterados como estaban, no habían captado la frase. La exclamación sobresaltada de ambos, en el fugaz intervalo de silencio que se apoderó del salón, disolvió su ilusión. Consciente del desastre inminente, se encogió de hombros, confiando en esquivar de algún modo la inevitable represalia.

—Pero ¿has oído? ¡Tu sobrina lo sabía! —Atónito, se irguió sobre Violante, tentado de retorcerle realmente el cuello como a una gallina—. Estabas al tanto de algo que todos ignorábamos, ¿cómo es eso?

—Tía, ayúdame —la invocó con un quejido lastimero. — Luca quiere matarme.

—Y tendría mi aprobación —decretó la otra con una mueca de reproche—. Habla, me intriga que tú supieras lo de Valentina y nosotros no.

Violante, como todos los cobardes que alardean cuando atacan y luego emprenden la huida ante el peligro, se derrumbó miserablemente.

—Encontré el testamento póstumo del abuelo en el desván... en el viejo escritorio —dijo sollozando histéricamente.

—Continúa —la presionó implacable Luca.

—No hay nada más que decir. Lo leí y punto.

—¿Por qué habías subido al desván? Y el testamento, ¿dónde está? ¿Por qué no me lo entregaste? ¿Y con qué motivo te atreviste a leer un documento de mi padre dirigido a mí? —Caterina la martilleó con abierta execración—. Tu madre se avergonzaría de la hija degenerada en que te has convertido ser. Ahora corre a buscarlo y tráelo aquí ahora mismo.

—Yo... me temo que... —Violante tragó saliva—. Lo quemé sin querer. Lo puse junto a la vela y ardió solo.

—Todo lo contrario, estoy convencida de que lo destruiste deliberadamente. Dios mío, ¿qué monstruo despreciable eres? ¿Qué había escrito en ese testamento?

Su cara enrojeció.

—Venía escrito que Valentina es tu hija...

—¿Y no se lo dijiste a nadie, intrigante, que no eres más que una intrigante? —rugió Luca, levantando el brazo como si quisiera golpearla. Pero una imperiosa señal de Caterina le hizo bajarlo de nuevo.

—No la toques, está podrida por dentro —le amonestó la mujer, lanzando a su sobrina una mirada de desdén—. Te he criado y mimado como si hubieras nacido de mí y no de mi hermana, ofreciéndote lo que no hubiera podido darle a una hija que creía muerta, viendo que eres una canalla sin escrúpulos. ¿Por qué, Violante? ¿Qué he podido hacerte para recibir tanta ingratitud a cambio de mi total abnegación por ti? Sabías que era mi hija y me lo ocultaste, era tu mismísima prima y siempre la trataste como a una criada... —Caterina se detuvo para no ceder al llanto, apartándose de su sobrina: no soportaba su vista—. Es inaudito que te hayas apropiado de algo tan confidencial e importante para mí. Por lo tanto, te exijo que me informes de su contenido, palabra por palabra. Me lo debes.

Balbuceando, obedeció, y cuando por fin se calló, la condesa quedó consternada.

—Ah, Violante, qué horror descubrir que en ti habite tal abyección. ¿De qué tenías miedo? ¿De que dejara de satisfacer tus caprichos? ¿O de perder los privilegios que te concedía? ¿Temías que te los quitara para dárselos a ella? Conociéndome, sabías que mi afecto permanecería intacto, y que nada cambiaría en el momento en que Valentina ocupara ese lugar en mi corazón y en mi vida que le corresponde por descendencia. Evidentemente, no querías compartir con nadie el patrimonio de tu tía, y para ocultar definitivamente el secreto vinculado al nacimiento de mi hija, destruiste conscientemente aquel documento que ponía en peligro tu herencia. No contenta con esto, tramaste hasta que Luca y Valentina se separaron, segura, en la aberrante perfidia que te anima, de que tus mentiras nunca saldrían a la luz.

—Sí, y lo consiguió —intervino Luca lívido—. No ha hecho más que retratar a Valentina como una mala persona desde su llegada, repitiéndolo en cada oportunidad para denigrarla ante mis ojos.

Violante tuvo la decencia de bajar la mirada.

—En la guerra y en el amor todo es lícito.

—La palabra amor es casi blasfema en boca de quien sólo es capaz de odiar —objetó disgustada Caterina.

—Pero estoy realmente enamorada de él —dijo con petulancia—. Y yo estaba antes de que ella se entrometiera —añadió, como si reivindicara un derecho de propiedad y esto pudiera exonerarla de sus fechorías.

—¡Calla! Has utilizado cualquier recurso para tus propios fines, y no te lo perdono.

—Empiezo a sospechar —intervino de nuevo Luca—, que todo lo demás también es fruto de tus diabólicas maquinaciones, porque Valentina no es, como me diste a entender, una espía de los austriacos, ¿verdad? —Más que una pregunta, era una afirmación.

—¡Pero ya es el colmo que le hayas inculcado tal duda en la mente! —La mujer estaba fuera de sí—. Y tú, idiota, ¿te has creído todas sus patrañas? ¿Por eso te has ocultado?

—¿Y por qué, si no?

—¡Debes estar completamente loco, Luca! Es paradójico que te hayas tragado todas sus afirmaciones.

—Me mostró las pruebas. Incluso imitó a la perfección la letra de Valentina, y yo caí como un memo. La situación política está caliente y todos estamos bajo tanta presión que nuestros nervios están a flor de piel. —Una mueca sarcástica estiró su boca—. ¡Oh, has estado soberbia, Violante, un golpe magistral, el tuyo!

Al darse cuenta de que negarlo era inútil, se encogió de hombros.

—Engañarte fue fácil, Luca, porque querías creerla culpable.

—¡Maldita sea, matarte incluso sería poco! ¿Y qué hay de tu buen amigo, el pariente de Salvotti? ¿Qué papel jugó en este lío? Sería desagradable para mí averiguar, y ten por seguro que lo investigaré debidamente, que los espías sois tú y él.

—Te equivocas —negó precipitadamente—. A través de él, descubrí que la mayoría de los que frecuentan esta casa, incluyéndote a ti, están siendo vigilados por la policía austriaca. Por otro lado, es un secreto a voces, ya que todos en Milán conocen los nombres de los conspiradores, entre los cuales se encuentran antiguos amigos tuyos y de tu tía. Por lo tanto, no hacía falta una imaginación muy despierta para idear un plan que me permitiera deshacerme de Valentina.

—Y no estoy corriendo en absoluto el riesgo de acabar arrestado —dijo, mirándola con la repulsión que se reserva para los reptiles.

—No, pero habría sido suficiente insinuarlo para inducirte a... —calló y lo miró implorante—. Oh, Luca, yo sólo quería...

—Crear una ruptura irremediable entre Valentina y yo, es obvio —la interrumpió él con tono inexpresivo—. Y el anillo, ¿dónde está? ¿Lo has tirado?

— Está arriba en mi alcoba.

—¿Y cuándo te proponías devolverlo? ¿No temías que al verlo reaparecer se descubriera el pastel?

—Te lo habría dado de forma anónima.

—Excelente truco, me quito el sombrero ante ti: tu mente despertaría la envidia de un criminal empedernido.

—Eres un ser miserable —El rostro de Caterina estaba exangüe—. Apresúrate a hacer tu maleta y sal de esta casa. ¡No quiero volver a verte mientras viva!

—Tía, te lo suplico... —Violante contuvo el pánico. ¿Qué sería de ella sin la influencia social y material de Caterina? Todos le cerrarían las puertas en las narices, convirtiéndola en una paria, y el propio Bertolotti la liquidaría rápidamente si la hubiera expulsado de aquel hogar y de

aquella familia. Tenía algo de dinero, pero con el nivel de vida al que estaba acostumbrada, estaría arruinada en seis meses. ¿Y después? Se estremeció ante la perspectiva de la precariedad económica en la que se encontraría, y otro escalofrío recorrió su espina dorsal al pensar que alguien podría descubrir que ella había provocado el incendio. ¡Luca la hubiese matado de verdad! «Maldita seas», maldijo a Valentina. Si la muy ramera no hubiera dado la voz de alarma, Caterina ahora estaría muerta y enterrada, y ella gobernaría la casa, servida y venerada por todos.

—¿Violante? —La noble dama la miró con el ceño fruncido de condena—. ¿Vas a obligarme a repetirlo?

—Tía, perdóname... estoy arrepentida y juro por mi madre que la amaré como a ti. No tengo a nadie en el mundo, ¿qué haré si me echas como a un perro callejero? —Tenía que conmoverla hasta la compasión, reflexionó, tal vez estallando en lágrimas tan desgarradoras que reconsideraría su decisión de desheredarla. Como la consumada actriz que era, comenzó a sollozar ferozmente—. Tía, te lo ruego... mantenme contigo... No te daré más razones para quejarte de mi conducta.

—Supongo que el repertorio de tus falsedades es ilimitado, pero si esperas conmoverme fingiendo una arrepentimiento que no sientes en absoluto, estás desperdiciando tu talento. ¡Ahórrate más muestras de hipocresía y lárgate!

—Luca, no me abandones tú también y persuade a la tía para que me absuelva... —Entonces se volvió hacia él implorante, aferrándose a él.

Él se la quitó de encima con un gesto de repulsión.

—¡No me toques! Has sido abyecta, y yo, al permitírtelo, he sido infinitamente estúpido.

—¡Oh, sí! —convino ella, aprovechando astutamente su reacción—. Puede que te haya aguijoneado, pero tú mismo has hecho un buen trabajo, es innegable. ¿Por qué sólo yo debería sufrir las consecuencias?

—Instigado por ti, soy muy consciente de haberme ensañado con Valentina, y solo puedo poder remediarlo. Ruega a Dios, suponiendo que un demonio sea capaz, que la encuentre, o no habrá lugar donde puedas escapar a mi venganza.

—¡Escucha cómo habla de venganza! —se levantó con un arranque de amargura—. Encuentro ridícula, por no decir patética, tu tardía monserga moralizante. Si la hubieras querido la habrías creído, llegando al fondo del asunto. Pero la rodeaste como un buitre para pillarla in fraganti, y no te pareció mal crucificarla. Albergas un gran resentimiento hacia las mujeres, querido, aunque desconoces su origen, y Valentina fue el chivo expiatorio de tal furia.

—Y asumo la responsabilidad, pero tú, siendo mujer, un poco de comprensión deberías haber sentido.

—¡No me hables a mí de comprensión! —le hizo callar con vehemencia—. ¿Cuándo tuviste alguna por los pecados ajenos? Parece un poco tarde para un cómodo *mea culpa*.

—Tal vez no esté todo perdido, si la encuentro de nuevo.

Ella le clavó sus ojos verdes, reducidos a lívidas rendijas.

—Pobre Luca —se burló de él—. Por desgracia, no hay nada que puedas hacer. No querrá volver a saber de ti después de lo que le hiciste, ¡y yo lo disfrutaré! —Estalló en una carcajada estridente que erizó la piel de los otros dos—. Termine como termine, habré vencido: por muy desanimada que yo esté, tú lo estarás más, habiendo perdido a quien amabas.

—¡Sal inmediatamente de aquí! —intervino en ese instante Caterina.

—Tía, me estás apartando como un objeto superfluo porque está ella, y me tendrás en tu conciencia si no te retractas de tu decisión.

—Y tú, suponiendo que tengas una, ¿tendrás a Valentina en la tuya? No te estoy dejando de

lado por mi hija, sino por tus malas acciones. Pero imagino que te aterra tener que valerte por ti misma, con el sudor de tu frente, aunque no te vendrá mal aprender qué significa ganarse el pan.

—Tía, ofrézme la oportunidad de demostrarte que yo...

—¡No! —cortó en seco la condesa—. Por lo que parece, eres joven y llena de recursos. Pues utilízalos para llegar a fin de mes. Autorizaré a Corsini a que te dé una suma de dinero para que encuentres alojamiento y no tengas preocupaciones económicas hasta que puedas mantenerte. Pero una vez que se acabe ese dinero, no tendrás más. No de mí, así que no vengas a llamar a mi puerta porque será inútil: no te abrirán.

—¿Es tu última palabra, tía?

—¡La última y definitiva!

Le lanzó una mirada que pretendía ser de superioridad, pero que en realidad delataba su terror. Permaneció un momento más en el umbral, como si esperase recibir una llamada de Caterina, y al ver que no llegaba, hizo una mueca.

—Entonces, ¿tanto me odias, tía?

—No, sólo me compadezco de ti.

Derrotada en todos los terrenos, se obligó a salir con la cabeza bien alta.

—No creáis que este asunto ha terminado. La guerra continúa, pues emprenderé acciones legales para proteger mis derechos sucesorios. Reclamo exactamente la mitad de tu patrimonio, tía, y esa golfa tendrá que pasar por encima de mi cadáver antes de poner un solo dedo sobre lo que me pertenece. Y cuando mueras, tu hija tendrá que vérselas conmigo. —Rio groseramente—. Oh, sí, oiréis hablar de mí —profetizó, antes de desaparecer en un revuelo de faldas.

—¿Qué malvado designio querrá seguir persiguiendo esa víbora? —preguntó Luca.

—Ni lo sé ni me interesa. No la temo, y sea lo que sea lo que se proponga, encontrará en mí una digna oponente. En cuanto a tu insensato comportamiento con Valentina, sólo digo: ¿cómo has podido?

Luca encorvó aún más los hombros.

—Es una carga que me perseguirá durante mucho tiempo —murmuró—. De tan enamorado que estoy, locamente celoso de ella, dejé de razonar en el momento en que creí que había sido amante de otro —Extendió los brazos en un gesto de impotencia—. ¡Ay!, si sólo pudiera retirar los insultos con que la ofendí. Si ella estuviera aquí, me arrodillaría a sus pies suplicando un perdón que no merezco.

—Búscala, Luca, y confía en tu amor para eliminar su legítima hostilidad. Luego llévala de vuelta con esta madre que ella no sabe que tiene.

—¿Y si no la encuentro? —había cierto pánico en su pregunta.

—Si alguien puede hacerlo, ése eres tú —lo animó Caterina—. Así que no dejes que las dudas te desanimen. ¿Y sabes qué más? Cuando por fin pueda estrechar a Valentina contra mi corazón, dejaré de culpar a Dios por haberme reducido a la inmovilidad, por haberme dado una hija como ella. Es valiente, leal, servicial con los demás... Y es tan encantadora, ¿verdad?

«Sí», pensó él, contrayendo las mandíbulas para no ceder al miedo de perderla. «Y además, sabe amar con energía y pasión, entregándose por completo», se dijo de nuevo, abrumado por la agitada necesidad de tenerla de vuelta, una necesidad que se hacía insoportablemente aguda a medida que revivía el encanto de sus irresistibles abandonos.

—Pondré el mundo patas arriba para encontrarla —le confesó—, y además de recuperarla, no pienso dejarla escapar más. ¿Te importa si te dejo ahora? Quiero subir a su habitación y echar un vistazo más de cerca. A lo mejor tengo más suerte que tú y encuentro algo entre sus cosas que me dé una pista de adónde pudo ir cuando se marchó de aquí...

—Oh, sí, hazlo —le incitó la mujer, exhausta por los acontecimientos del día.

Poco después, en su habitación, Luca miraba a su alrededor desmoralizado, mientras una nostalgia abrumadora lo inundaba. Entre aquellas paredes, todo le hablaba de ella. Incluso el aire estaba impregnado de su presencia, tanto que tuvo que resistirse al impulso de darse la vuelta y huir. Rebuscó por todas partes, desde los cajones del escritorio hasta los de la cómoda, sin descubrir nada útil, y finalmente abrió las puertas del armario. Su sutil y persistente aroma invadió sus fosas nasales, haciéndole estremecerse.

Incapaz de contenerse, hundió la cara en la ropa tendida y, por primera vez desde que era adulto, se encontró llorando sin remisión. No se avergonzó: aquel llanto purgó en parte su culpa, calmó el dolor, mitigó el remordimiento.

—¿Dónde estás, amor mío? —musitó con voz quebrada, acariciando sus vestidos.

Sólo el eco de su propia desesperación le respondió.

Capítulo 26

En septiembre de 1821, se crearon comisiones especiales de primera y segunda instancia para investigar a los implicados en los levantamientos de Piamonte y Lombardía, preludio de un largo y engorroso proceso que llevaría a los nombres más brillantes del patriotismo italiano a languidecer durante años en las mazmorras del castillo Špilberk^[5].

Valentina había seguido los acontecimientos con angustia, temiendo que arrestaran a Luca, y cuando tuvo la certeza de que no corría ese peligro, lloró de alivio. La pérdida del bebé le había hecho temer por su vida, ya que al aborto natural le había seguido una fiebre altísima causada por una infección, que la había postrado en cama durante días y días, y a Regina junto a su lecho. Estaba deprimida, desmotivada, sin ganas de alimentarse, pero su generosa amiga no le había permitido rendirse, y poco a poco, se había levantado de su postración física y moral.

Naturalmente, Valentina le había pedido que fuera a casa de Corsini para informar a este, por carta, de que se encontraba bien, alojada temporalmente en casa de unos amigos, rogándole que se lo dijera a Caterina, a quien imaginaba ansiosa por ella. Se disculpó por no poder darle su dirección, pero tenía buenas razones para mantener en silencio su paradero. También le instaba a que entregara la correspondencia de Rosa a la portadora de ese mensaje, que se encargaría de entregársela en cuanto llegara de San Michele.

Las semanas transcurrían monótonas y silenciosas mientras se desarrollaba el caluroso verano, y si bien su salud volvía a florecer, las llagas que surcaban su alma seguían sin dejar de sangrar. De igual manera, los recuerdos, siempre al acecho, casi opresivos. Regina había visitado varias veces al anciano notario, que le había indicado que le contase que Luca la buscaba como un loco, rogándole que al menos se pusiese en contacto con él lo antes posible, pues tenía que hablarle urgentemente de asuntos de la mayor importancia. Valentina, sin embargo, no tenía intención de obedecer a Corsini por el momento. Lamentaba haberse comportado así con él, pero no le apetecía, a costa de parecer desagradecida, reabrir una puerta que consideraba definitivamente cerrada. Del mismo modo que no podía aplazar más su regreso a San Michele, aunque Regina estaba dispuesta a acogerla por tiempo ilimitado.

—Cuando tus ojos adoptan una expresión vacía —dijo su amiga en ese momento, apartándola de sus pensamientos—, siempre me preocupo, porque significa que te estás devanando los sesos pensando en Luca.

—En cambio, estaba reflexionando sobre la enorme gratitud que te debo... —la contradijo ella.

—No empieces otra vez, ¿eh? Verte recuperada después de temerme lo peor es la mejor recompensa que podría recibir. He tenido pesadillas cuando te veía delirar.

—Tal vez habría sido mejor para todos si hubiera muerto.

—Por el amor de Dios, ¡deja de decir tonterías! Aún tienes todo el futuro por delante, deja de autocompadecerte y mira hacia delante en vez de hacia atrás.

—¿Por quién? ¿Por qué?

—Por ti, ¡diantres! Y por tu madre... A propósito, tendrás que decidirte a comunicarle que ya no vives en casa de los Montalto y que la boda se ha cancelado.

—Ya está hecho, mi querida Regina, y en la misma carta que le envié ayer.

—¡Oh, bueno! Si Rosa es la mujer que creo que es, no le importará. A rey muerto, rey puesto. ¿Cómo le ha explicado la ruptura del compromiso?

—Simplemente diciendo la verdad, es decir, que Luca y yo descubrimos que no estábamos

hechos el uno para la otra —explicó Valentina con voz quebrada.

—Francamente, querida, yo no estaría tan segura si fuera tú. Desde luego, se portó como un cabrón y te dio una paliza de las que dejan huella.

—Sí, me costó mucho sufrimiento y muchas lágrimas.

—Insisto en hacer de abogada del diablo y reiterar que cada una reaccionamos a nuestra manera cuando, de buena fe, estamos convencidos de haber sido gravemente perjudicados. Podrá parecerte que me agarro a un clavo ardiendo para buscarle excusas, pero de él se puede decir cualquier cosa, pero no que no tuviera motivos suficientes para dudar de ti. Las desvergonzadas mentiras que le endilgó esa arpía le engañaron, por lo que naturalmente pensó entonces que eras culpable. Nada excluye que pudiera haber cambiado de opinión, de hecho, estoy segura de que lo ha hecho.

—En cambio yo estoy segura de que no.

Regina resopló.

—¿Me permites una sugerencia desinteresada?

—¿Cuál?

—¿Por qué no te reúnes con él, al menos una vez, y habláis tranquilamente? Tú sigues enamorada de él, y él de ti, ¡y no pongas esa cara! Está peinando Milán para localizarte, y ese notario insiste en que tiene cosas vitales que contarte.

—Es una excusa para que nos encontremos, ¡y Dios no lo quiera! Con él ha sido como columpiarse en un balancín durante nuestra tormentosa relación, marcada por un sube y baja que me llevaba alternativamente de las estrellas al polvo. Me temo que no quiero correr más riesgos volviendo a subir.

—De acuerdo, estás resentida y tienes derecho a estarlo, pero ¿no crees que ya le has hecho sufrir bastante? Debe haber una razón, si te busca tan obstinadamente.

—¡No quiero volver a verlo!

—Vamos, no seas drástica. Incluso se habría marchado a tu pueblo si Corsini no le hubiera dicho que seguías en Milán. En mi humilde opinión, sólo alguien perdidamente enamorado no se rinde después de estos meses de recorrer cada rincón de la ciudad.

—¿Qué crees que debería hacer? ¿Perdonarle por casi haberme matado?

—No, pero os veis y lo habláis, para que él se resigne a que lo vuestro se ha acabado. Tú suspiras por Luca, y viceversa, ¿por qué ser infeliz si puedes evitarlo?

—Me ha herido, decepcionado, mortificado.

—Estaba furioso. Si tan sólo acallara el orgullo, tal vez descubrirías que en el fondo quiere redimirse de sus errores...

—Ya le ofrecí la oportunidad de empezar de nuevo... —la interrumpió—, pero luego recayó en su desconfianza patológica y abusiva hacia mí. Enfrentarme de nuevo a esas ultrajantes actitudes tuyas me resultaría fatal, como no tardarás en comprender. Me busca porque le falta alguien a quien atormentar, ¡y una mujerzuela con la que desahogar sus ardores sexuales de vez en cuando!

—Bendita muchacha, tu obstinación llenará tu boca de hiel y tu lecho de nada —le reprochó la otra, desistiendo de un nuevo intento de persuadir a Valentina para que se reuniera con Luca. Sin embargo, estaba segura de que ambos sentían algo tan fuerte el uno por la otra, que creyó que merecía la pena presentar batalla para no dejar que tal pasión se extinguiera.

—Regina, su último abuso me costó un hijo, ¿qué me supondrá la próxima vez? Le conozco y te garantizo que no es de los que se redimen. Después de los primeros días idílicos, si hiciéramos las paces, no dudaría en enemistarse conmigo. No, me niego, me ha amargado

demasiado como para perdonarle. Entonces ¿por qué debería mostrar magnanimidad dándole la oportunidad de enmendar sus errores, cuando él nunca me la concedió?

El timbre de la entrada impidió a la mujer responder.

—Dios mío, ¿y quién demonios será ahora? —farfulló, volviendo la cabeza mientras Esterina llegaba y anunciaba que dos caballeros pedían ser recibidos. Pero antes de que Regina le diera permiso para hacerlos pasar al salón, la figura de un hombre se destacó detrás de la doncella, justo al otro lado del umbral, y Valentina, con los ojos desorbitados en su rostro lívido, lo miró con incredulidad.

—¡Vos! —exclamó. La sorpresa de ver al barón Ruggeri a un par de metros de ella la incapacitó para mover un solo músculo.

—En carne y hueso —exclamó, y una sonrisa se dibujó en su bello e inquietante rostro—. Buenas noches Valentina; ha pasado mucho tiempo desde nuestro último encuentro.

—No para mí —murmuró ella indignada.

—Supongo que me he ganado sobradamente tu hostilidad, pero te rogaría que no sueltes las uñas hasta que te cuente qué me trae a Milán, y no vengo solo. —Proferidas tales palabras, Ruggeri se hizo a un lado y un recalcitrante Golia se materializó en la penumbra del atrio.

El chillido de alegría de Valentina resonó en toda la casa, luego saltó de su sillón y se abrazaron cariñosamente, tan alterados ambos que no podían ni hablar. Cuando ella pudo dominar su emoción, le miró a la cara.

—Golia, ¿qué haces aquí? ¿Mi madre está bien?

—Estupendamente —la tranquilizó él, apenándose al notar lo consumida que estaba—. Me parece que eres tú quien no goza de buena salud... ¿estás enferma?

—El aire del norte no me sienta bien —respondió ella, y escapando rápidamente a su mirada, se volvió hacia su amiga, que después de despedir a la criada observó la escena, absteniéndose discretamente de intervenir—. Regina, él es Golia, un hermano para mí.

—Bienvenido a mi casa —le sonrió Regina.

—En cambio, el individuo que le acompaña no es otro que el barón Ruggeri, quien, para no renegar de sus malas costumbres, ha irrumpido en casa ajena como un auténtico canalla.

—¡Ah! Entonces ¿sería éste el sinvergüenza que inició la secuencia de tus desgracias?

—El mismo que viste y calza —le confirmó Valentina, que no podía soportar estar frente a él.

—¡Sabiendo quién sois, lo que le habéis hecho y todos los problemas que le habéis causado —exclamó Regina—, hacedme el favor de marcharos de inmediato!: los sinvergüenzas no son bienvenidos aquí.

—Mi querida señora, no se puede decir que os perdáis en preámbulos —replicó impertérrito Ruggeri—. Y no os culpo si os negáis a recibirme. Sin embargo, espero que se me permita exponer el motivo por el que comparezco ante vos sin haberos avisado con antelación de la visita. Os agradecería que, dejando temporalmente a un lado los rencores, pudiera hablar con Valentina. Hemos afrontado un viaje agotador para poder hacerlo, y tendríais toda mi gratitud.

—¿Con qué propósito? —intervino ella secamente—. ¿Y cómo me habéis encontrado?

—Muy sencillo: no le he dado un respiro a tu madre desde que pude volver a valerme por mí mismo. Ese golpe en la cabeza fue casi letal, ¿sabes?

—¡Tú te lo buscaste!

—No lo discuto.

—Vuestro cerebro necesitaba urgentemente un reajuste, y a males extremos, medidas aún más desesperadas. En cuanto a mi madre, dudo que os dijera...

—Explícitamente no —precisó él.

—Y entonces, ¿cómo?

—Un día, sin su conocimiento, llegué a ver una carta suya dirigida a un notario de Milán, por lo que fue relativamente fácil localizar a la familia con la que te alojabas. Nunca volví a perderte el rastro.

—Vuestra desfachatez, como siempre, no tiene límites —le replicó Valentina, notando de pronto que algo había cambiado en Ruggeri. La expresión cínica de sus ojos se había desvanecido, dos profundas arrugas marcaban su rostro a ambos lados de la nariz y ya no quedaba ni sombra de la arrogancia que había mostrado antaño con ella.

—No lo niego, pero ¿qué otra opción tenía? —Dio un paso hacia ella, que por instinto retrocedió—. ¿Aún me tienes miedo? —le preguntó titubeante.

—No, pero agradecería que mantuvieseis las distancias.

—¿Debería arrodillarme?

—Si estáis de humor para payasadas, ¿cómo voy a impedirlos? —exclamó ella con sarcasmo.

—Las payasadas ya las hice antes, intentando abusar de ti —admitió con sincero pesar—. Ahora daría todo lo que poseo a cambio de tu perdón.

—Pero escúchale —Regina, aunque a regañadientes, estaba cambiando su mala impresión inicial. Estaba impresionada por la prestancia de Ruggeri, unida a la distinción de la aristocrática —, otro que quiere redimirse de sus faltas y pecados.

—¿Qué queréis decir? —le preguntó perplejo.

—Que los hombres sois insuperables a la hora de devastar la existencia de una mujer, y patéticos a la hora de intentar remendar los desaguisados que dejáis atrás.

—Si quieres conversar con él —El tono de Valentina era sostenido—, eres libre de hacerlo, ya que estás en tu propia casa. Pero yo no estoy obligada y me voy a otra parte.

Ruggeri cortó su retirada colocándose rápidamente entre ella y la puerta.

—Querida, a un pecador arrepentido no se le niega la absolución —le dijo en voz baja.

—Cierto, y si eso es lo que buscáis, os habéis equivocado de dirección: no soy cura y esto no es una iglesia. Además, me esfuerso por no olvidar que me impartieron una excelente educación.

—Eso es indiscutible.

—No hagáis vanos mis esfuerzos de no insultaros por haberos atrevido a molestarme de nuevo.

—Tu desprecio es legítimo, pero también hay que saber perdonar.

—¡Está bien, os perdono, siempre y cuando os apartéis de mi vista! —estalló irritada—. Me habéis tenido bajo vigilancia, así que deberíais saber que hay alguien más en mi vida.

—Sí, lo sé... —e hizo una mueca que delataba su pesar mientras recorría con la mirada la esbelta figura de Valentina—. Era mejor no haberle conocido si guardabas tanto resentimiento hacia él. En cualquier caso, dejando a un lado la rabia, ¿te has vuelto tan insensible como para negarte a escuchar a un hombre que tiene el corazón roto?

—¿De verdad tenéis uno? —se burló, pensando que tenía dos opciones: atrincherarse en su habitación o aguantarlo. Encerrarse en su habitación, sin embargo, significaba que tenía que trasladar a Regina la carga de lidiar con la espinosa situación; además, Golia no tenía nada que ver con la disputa. Lanzó una mirada al barón—. ¿Llegará el día en que dejaréis de perseguirme?

—Sí, cuando te conviertas en mi esposa —respondió Ruggeri sin rodeos.

Ella lo miró boquiabierta, sorprendida por aquella inesperada afirmación. «Oh Dios», pensó asombrada, había que ser muy descarado para hacerle semejante proposición después de lo que le había hecho.

—Es, sobre todo, para pedirte que te cases conmigo que he venido a Milán, y si me haces el honor de aceptar, serás la baronesa Ruggeri lo antes posible.

—¡Jamás! —se negó en redondo—. Cuando quiero refrescar mi memoria sobre las aberrantes vejaciones de que son capaces los hombres hacia las mujeres, ¡sólo tengo que pensar en vos!

—Y en el otro, por supuesto —remarcó el barón en tono irónico.

—¡No tengo intención de discutirlo con vos!

—Más que justo, y me abstengo de sacar el tema por un par de buenas razones: primero porque esa historia es un capítulo cerrado, y segundo porque hay una diferencia sustancial entre él y yo.

—¿De veras? ¿Y cuál es?

—Al contrario de Montalto, yo te amo.

—Pero, esto ya es el colmo —explotó ella—. Barón, Si tanto amor se hubiera manifestado antes, todos nos habríamos ahorrado muchas penas. ¡Y mi respuesta es no! No me casaré con vos, ¿entendéis?

—¿No quieres ni siquiera reflexionarlo?

—Sería una pérdida de tiempo para ambos.

—No suponía que me odiaras tanto —comentó con decepción, mientras se retiraba un mechón de cabello rubio—. Y no quiero forzarte en absoluto. El hecho es, sin embargo, que tu madre quiere que vuelvas a casa.

—¿Y os ha enviado a vos a guisa de embajador? —se burló ella.

—Evidentemente sentía que su confianza en mí estaba bien depositada.

—No puedo imaginar cómo lo habéis hecho, pero sospecho que la habéis engatusado con vuestra taimada palabrería. Dudo que ella hubiera confiado de buen grado semejante tarea a quien me obligó a huir como una criminal. Por el amor de Dios, no me hagáis recordaros que incluso enviasteis al ejército en mi busca.

Ruggeri expresó su pesar.

—Puede que dudes de esta afirmación, pero era el único medio de impedir que escaparas. Postrado en la cama, ¿cómo podría retenerte en persona? No te habrían tocado ni un pelo, y estoy dispuesto a jurártelo por lo que haya.

—Eso no quita que me hayáis causado ansiedad y tribulaciones, y no me sorprende un poco que mi madre recurriera a vos.

—Esa mujer no carece de sentido común, y además de darse cuenta de que me había arrepentido de lo ocurrido, ya que le pedí mis más sinceras disculpas, también se dio cuenta de que te quería cuando le pedí humildemente tu mano.

—¿Y qué os respondió? —preguntó intrigada.

—Que no dependía de ella consentirlo o rechazarlo, sino de la persona en cuestión. Bueno, soy demasiado consciente de que el pasado no se puede borrar y de que me ves como el bruto que quiso aprovecharse de ti de manera violenta...

—Dos de nosotros tenemos la cabeza en su sitio.

—Sí, pero estarás de acuerdo en que quedarte en Milán carece de sentido para ti. Así que permíteme que te acompañe en el largo viaje de vuelta.

Desconcertada por la mansedumbre del barón, de repente se mostró indecisa.

—Aún no has expresado tu opinión —le dijo a Golia, que había seguido la conversación sin intervenir—. ¿Tú también has cambiado de opinión sobre él?

—De hecho, parece haber entrado en razón —admitió con cautela el joven—. Previendo que desconfiarías de él, Rosa y yo pensamos que lo mejor era acompañarle. Lo que ha dicho es cierto. Tu madre dedujo por tus cartas que eres infeliz, desea que vuelvas a casa.

Valentina miró a Regina inquisitivamente.

—¿Y tú? ¿Qué opinas? Yo habría vuelto a casa tarde o temprano, ya que ahora me resulta completamente indiferente dejar Milán, pero ¿es de fiar?

—Verás que me he convertido en un hombre diferente del rufián que conociste... —reiteró Ruggeri—. Y considera que casarte conmigo implica ponerte a ti y a tu madre fuera de todo peligro.

—Barón, ya no soy la mujer de hace un año —se sinceró Valentina—. Amaba profundamente a Luca y siento que ya no puedo tener sentimientos tan intensos por nadie más.

—Agradezco tu franqueza, pero si él fue tan insensato como para empujarte a romper vuestra relación, ¿por qué debería yo imitar su deplorable ejemplo? Tuvo su oportunidad y la desaprovechó; desde luego, no seré yo quien le ofrezca una segunda oportunidad.

—No creo que os haya dicho que sí.

—Y no te impongo nada: por ahora me basta con poder salir contigo, luego será como quiera el destino. Pero si te encariñaras conmigo, me alegraría. Dejar Milán es necesario, Valentina, abatida como estás, pero florecerás de nuevo volviendo a tu tierra.

—¡Cielo Santo! —prorrumpió Regina—. Entre la alternancia de los distintos personajes y las muchas vicisitudes que has pasado, habría material para una novela... Sin embargo, me dan ganas de llorar al pensar que te vas...

Se entristeció a su vez, consciente de que marcharse era probablemente el antídoto que necesitaba para superar aquel anhelo incurable. No había remedio más apropiado que un simbólico tijeretazo, cortando el vínculo que la retenía allí. Quedarse equivalía a alimentar el dolor de aquellos meses, volver a casa era la alternativa, confiando en que serviría para apagar la malsana pasión por un hombre que la despreciaba. Pero, ¿cómo sería vivir sin Luca, bajo otro cielo y a tanta distancia de él? Se vio de nuevo en sus brazos, piel con piel, boca con boca, fundidos en un solo ser en el extático abandono de los sentidos, desbordados por la pasión y abrumados por la necesidad mutua que no les daba tregua... Al darse cuenta de que su mente se aventuraba en terreno traicionero, desterró con decisión aquellas imágenes.

—¿Por qué no os vais con Valentina? —Ruggeri se había dirigido a Regina. La propuesta sorprendió a todos y ella estaba a punto de declinar la invitación cuando el barón se lo impidió—. La compañía de una amiga sería ideal en un viaje que durará días. Os queréis y vuestra presencia contribuiría a su buen humor.

—¡Oh, sí, ven conmigo! —aprobó Valentina—. Si no hubiera sido por ti, nunca habría sobrevivido a uno de los momentos más cruciales de mi vida. También me gustaría presentarte a mi madre y tenerte como invitada.

—No exageres —la otra miró con desasosiego al barón—. Me halaga que me lo propongáis, pero aceptarlo es harina de otro costal. Evidentemente, viniendo de fuera, ignoras que yo soy...

—Sé quién sois —cortó en seco él—. También sé a qué os dedicáis. Detalles sin importancia...

—Pero ¿lo decís en serio?

—La habéis ayudado a no sucumbir al desafortunado aprieto al que, por desgracia, yo también he contribuido.

—La solidaridad entre mujeres es imprescindible...

—Exacto, y si no hay más objeciones, vendréis con nosotros. —Mostró una sonrisa de satisfacción—. Golia y yo pernoctaremos en el hotel, pero como nos vamos mañana, os aconsejo que empecéis a hacer las maletas enseguida.

—¡No puedo irme así como así! —Valentina parecía aturdida—. También es mi obligación informar a Corsini de que me marchó. Ha sido como un padre para mí, y partir sin despedirme de él sería inaceptable.

—Entonces haremos una parada con el carruaje antes de abandonar Milán —estableció Ruggeri, ya dueño de la situación—, y así podrás despedirte de él.

A la mañana siguiente, el elegante carruaje de Ruggeri se detuvo cerca de la casa del notario. En el rostro de Valentina había una sombra de consternación por el repentino giro. Estaba a punto de bajar del coche cuando reparó en la figura de un hombre alto y apuesto que salía en ese momento de la casa del notario. Con un golpe en el corazón, miró fascinada a Luca, mientras un revoltijo de emociones estallaba incontrolablemente en su alma. Consciente de que no podía apartar la mirada, reprimió un suspiro. Volver a verle después de tanto tiempo le hizo saborear de nuevo la inolvidable sensación de la primera vez. El impulso irrefrenable de lanzarse impetuosamente a sus brazos, de ofrecerle sus labios y su cuerpo, de ahogarse con él en un torbellino de pasión, la invadió.

Ignorante de que Valentina le observaba sin darse cuenta a pocos metros de distancia, Luca se demoró en la escalinata para encender un puro, lanzó una mirada al cielo nublado y caminó casi desganado calle abajo.

Ella se desplomó contra el respaldo, invadida por una aguda sensación de desolación. Temblaba y no sabía si se debía a la conmoción del encuentro o al hecho de que su amor se marchaba de su vida para siempre. Un sentimiento de desesperación ardió en su corazón y se mordió el labio para no llorar convulsivamente. Se quedó mirándolo unos instantes, pero se dio cuenta de que había adelgazado y de que había algo en su rostro que la afectó desagradablemente. Se preguntó si no se había precipitado al romper toda relación con Luca, si no se había equivocado al dejar que prevaleciera su orgullo. Y también era consciente de lo que le habría costado el drástico distanciamiento de lo que él había representado. Habría lamentado durante mucho tiempo la ardiente caricia de su boca y la irrepetible armonía de sus momentos íntimos.

—Valentina, ¿qué pasa? —Regina la miraba con preocupación—. Estás tan pálida... Si no te ves con ánimos de ver a Corsini, puedo encargarme yo de los saludos.

—¡No, no! —se apresuró a tranquilizarla y, antes de que le faltara el valor, abrió la portezuela y cruzó la calle. Poco instantes después, lo abrazó.

—¡Querida! —exclamó el anciano caballero, emocionado, mientras la miraba con afecto—. ¡Qué alegría volver a verte! Pero siéntate y cuéntamelo todo.

Ella le sonrió e hizo un gesto de negación.

—En realidad, no puedo quedarme. Me marchó al sur.

—¿De veras? —Corsini estaba consternado—. ¡Jesús!, apareces por aquí unos minutos después de que Luca se fuera, y si esto no es...

—De hecho, lo he visto de pasada...

—¿Sí? ¿Y por qué no está aquí contigo? —replicó él, que no podía entenderlo—. ¡Santo cielo!, lo más probable es que no te haya visto. Pero tú, querida, ¿no has podido hacer nada para que te viera?

—¿Para tener el enésimo altercado con él? He preferido evitarlo, como comprenderéis, e

infligirme un último disgusto.

—¿Disgusto? —se hizo eco él—. Luca sólo anhela postrarse a tus pies, rogándote que le perdones y vuelvas con él y con Caterina.

—Ahorradme esas sandeces. Soy lo bastante mayor para saber que ciertos prodigios sólo pertenecen a la esfera de la fantasía.

—Y sin embargo, habrás visto que se ha convertido en una sombra de sí mismo. Está al borde de la locura por ti.

—Permitidme, sin ánimo de ofender, que lo dude.

—¿Y Caterina? Está al borde de una depresión nerviosa por tu repentina desaparición. ¿Por qué has esperado todo este tiempo para reaparecer?

—He estado muy enferma y aunque hubiera querido no habría podido venir a veros.

—¿Te refieres a las secuelas del incendio? Un feo asunto que no acabó peor gracias al valor que mostraste... ¿Pero ahora te parece bien irte de repente y sin que sepan nada? No te insto a que vayas a casa de los Montalto por Luca, sino por Caterina, que está marchitándose por ti. Así que sé razonable y ve a verla. Debes hablar con ella antes de dejar Milán.

Lo siento, es demasiado tarde para volver atrás.

Él se estremeció, asombrado.

—¿Significa eso que, a pesar de lo que te he dicho, te marchas sin pasar por su casa? ¡Pero no puedes!

—Puedo y lo haré. Lo lamento mucho por Caterina, a quien amo, pero no quiero tener nada más que ver con Luca.

—Chiquilla, te ruego que te retractes de tan absurda postura. Debes hablar inmediatamente con la condesa por tu propio bien, créeme. Hay cosas en juego que ignoras y de las que debes ser absolutamente informada.

—Oh, ya me imagino de que se trata, y que es exactamente por lo que me niego a ir allí.

Corsini frunció el ceño y cuando le contestó, su voz delataba pesar.

—Valentina, estás cometiendo un gravísimo error y desapruebo tu actitud. Caterina te quiere mucho y no te hace ningún honor darle la espalda así.

—No puedo actuar de otra manera. Y ahora debo despedirme. El carruaje me espera y no puedo demorarme más...

—Debo insistir en que vayas a verla. —El anciano notario se enfrentó a ella con decisión—. Cuando la hayas escuchado, si aún tienes la intención, nadie te impedirá marchar, te lo aseguro.

—Es un truco para que me reúna con Luca —objetó ella—, y no caeré en el engaño. —Lo besó en la mejilla—. Saludadla de mi parte y decidle que la he querido como a una madre.

El notario se estremeció de nuevo.

—Nunca te he pedido nada y no puedes negarme el favor de hacerle una breve visita. Ella no tienes la culpa de tu resentimiento hacia Luca, y si existe animadversión entre vosotros, la desesperación de él es tan real y profunda que mueve a compasión hasta a las piedras. Luca te adora, chiquilla, y enloquecerá si no le perdonas y os reconciliáis.

—Es evidente que también ha conseguido ganarse vuestra compasión... lo que le pasa tiene un nombre: se llama remordimiento, pero ahora me resulta por completo indiferente.

—Ten en cuenta que si te vas sin pasar por la mansión de los Montalto actuaré en consecuencia. Nadie me prohíbe ser desleal y confesarle a Luca adónde vas.

—¿Y qué cambiaría, si es que puede cambiar algo? —replicó ella. Acto seguido giró sobre sus talones y huyó como el viento, como si temiera ser persuadida.

—¡Eso lo veremos, jovencita! —murmuró Corsini para sus adentros, molesto por una

terquedad que parecía granítica—. En cuanto Luca sepa dónde encontrarte, ni el mismísimo diablo podrá impedir que corra tras de ti, y entonces lo comprenderás todo.

Epílogo

Era el día de la boda y Valentina, envuelta en una impalpable nube de seda y encaje de Brujas, se dirigía a la iglesia donde pronto se convertiría en la esposa de Ruggeri. Había temido encontrarse peor aquella mañana; y sin embargo, tampoco estaba excesivamente desconcertada. Rosa, por el contrario, se llevaba continuamente el pañuelo a los ojos, como Regina. Se aferraban la una a la otra en un rincón del carruaje, tres cuartas partes de cuyo interior estaban ocupadas por las voluminosas enaguas de su suntuoso vestido de novia. Era una extraña manifestación de satisfacción la suya, más como si fueran al entierro de un pariente que a una boda.

Todo le parecía tan irreal que se enfrentaba a los acontecimientos con una curiosa sensación de extrañeza. Tal vez fuera porque en las últimas semanas su vida había cambiado como de la noche a la mañana. O tal vez, arrastrada por aquella sucesión incesante de novedades, se limitaba a seguir la corriente del destino sin oponerse ya a ella.

Además, no habría podido explicarse, ni siquiera a sí misma por qué había aceptado casarse con el barón. Rosa, incluso la noche anterior, la había instado a que lo reconsiderara, a que se tomara su tiempo. No estaba del todo convencida de que aquel precipitado matrimonio fuera la solución a los problemas por los que ambas habían pasado, pero Valentina se había mostrado inflexible. Ruggeri u otro, ¿qué más daba? Al menos sabía qué esperar de él. «Debo acostumbrarme a llamarle por su nombre», pensó. Él se sentía mal cuando le hablaba formalmente. Sin embargo, estaba tan enamorado que le perdonaba todo, incluso su virginidad perdida. Tenía que reconocer que resultaba ser más caballero de lo que ella había supuesto. Sinceramente, había preferido informarle de que se había entregado a Luca: serían marido y mujer y no quería malentendidos de ningún tipo.

Ruggeri había terminado por encogerse estoicamente los hombros.

—Haré que te olvides de él —le había respondido.

Ella se había abstenido de comentarlo, para que se adormentara en su falaz creencia.

¿Olvidarse de Luca?

¿Cómo era posible no acordarse de él? Él era el lado oscuro y complementario de su alma, la mitad de su corazón remendado... ahora formaba parte de ella, era inseparable. Lo que habían compartido, para bien o para mal, era más de lo que un hombre y una mujer podían exigir del amor. Con Ruggeri, nada de eso habría resultado: no eran arbustos fértiles que se entrelazaban para dar flores y frutos, sino dos líneas paralelas, distintas y destinadas a no unirse jamás. Era injusto que el barón se casara con una larva que se limitaba a vegetar, pero si se contentaba con su cuerpo, tanto mejor, ya que su sangre vital permanecía en Milán, con Luca.

«Soy una ingrata», se reprochó Valentina. Ruggeri la colmaba de joyas, cuidados, tierna atención.

—Valentina —Rosa la trajo de vuelta a la realidad con voz quebrada por las lágrimas, poniendo la mano sobre la suya—. ¿Estás realmente segura del paso que vas a dar?

—¿Otra vez, mamá? —estalló exacerbada ella.

—Sí, y hasta el último minuto. Estás tan abúlica, sin entusiasmo, y no veo ni rastro de la emoción que una joven a punto de dar el sí debería mostrar...

—Vamos, no te pongas así, sólo estoy una poco aturdida, pero estoy bien —zanjó la conversación Valentina.

Regina se sonó ruidosamente la nariz y la miró con lágrimas en los ojos.

—Mirándote, cariño, parece que vas al patíbulo en vez de a una boda... él no se alegrará al ver esa carita tuya abatida.

—No exageres. Todas las novias tienen un aspecto más o menos demacrado.

—Las pocas que he visto yo estaban radiantes —insistió la otra—. No es por ser pedante, pero te sigo recordando que *después* no hay vuelta atrás, y que aún puedes apearte a tierra.

—¡No digas estupideces!

—¿Crees que no sé que suspiras por el otro? El barón es sólo un parche, un pobre sucedáneo del que realmente amas.

«Tiene razón», admitió ella, mirando el cielo azul a través de la ventanilla del carruaje. Detrás de la simulada serenidad exterior que se ofrecía a los ojos de los demás, se escondía el infierno. No podía borrar a Luca de su corazón y todos los intentos por alejarlo habían resultado inútiles. Tal vez para exorcizar aquella obsesión, había aceptado mansamente su matrimonio con Ruggeri. Por otra parte, si aquel afecto tibio y sin ímpetu le bastaba...

Sus pensamientos se interrumpieron bruscamente cuando el coche se detuvo en la anteiglesia. Se apeó del coche con el auxilio de un ayuda de cámara vestido de librea y, después de que Regina le acomodara el vestido de novia, les dijo a Rosa y a su amiga que la precedieran y tomaran asiento en la iglesia, antes de cruzar el umbral ella misma. El órgano empezó a tocar una música suave y ella tragó saliva nerviosa ante la perspectiva de que en una hora el barón Ruggeri iba a ser su marido.

A falta de padre que la condujera al altar, allí estaba la persona que merecía tal honor: Golia. Y él, visiblemente tenso, elegante con el ajustado traje que se había hecho confeccionar para la ocasión, le ofreció su brazo. Mostró la actitud dubitativa de quien no está del todo convencido de lo que ocurre, tan consciente como ella de que aquel paso no tendría retorno.

—Te noto inseguridad en los ojos, Valentina —le susurró—. ¿Sigues decidida a llegar hasta el final o he de ayudarte a cortar la cuerda?

—¿Te parece que es momento de bromas? —le susurró, con una sonrisa forzada en los labios—. Y además ya es tarde para pensárselo dos veces.

—Di una sola palabra al respecto y te daré un ejemplo práctico de cómo conseguir una huida relámpago in extremis.

—No hace falta —objetó con una calma que estaba muy lejos de sentir—. Será un buen matrimonio. —Pero mentía consciente de que mentía, y Golia la conocía demasiado bien como para no adivinarlo. Para salir del paso, no encontró nada mejor que incitarle a moverse—. Por el amor de Dios ¿seguimos adelante? —Llevaban diez minutos de retraso, pero temía que, si se demoraban más, el impulso de huir se apoderaría de ellos.

Aunque renuente, él asintió y caminaron entre los dos grupos de personas apiñadas en los bancos, indiferentes al murmullo de alborozo que saludó la aparición de la novia.

La boda había causado un gran revuelo en el vecindario, debido a la nobleza de Ruggeri y a los orígenes modestos de Valentina. Pero no se podía dejar de admirar su encanto femenino y todos comprendían lo que había llevado al ilustre novio a despreciar su sangre azul y su diferencia de clase. No había un solo hombre en la iglesia que, al mirarla, no sintiera envidia de él.

Impaciente por que llegara Valentina, Ruggeri esperaba frente al altar adornado con una increíble profusión de rosas blancas. Cuando la vio avanzar, quedó cautivado. La blancura del encaje realzaba su belleza mediterránea, convirtiéndola en una visión que cortaba la respiración. «Qué hermosa es», pensó complacido. «¿Qué santo del cielo la ha impulsado a decirme que sí?»

Cuando Valentina estuvo a su lado, le entregó el ramo y la miró con intensidad. La joven

sostuvo su mirada brevemente, antes de que sus pestañas bajaran sobre sus ambarinos ojos.

La ceremonia, entre toses apagadas y el crujir de los bancos, comenzó. Valentina, aturdida por el aroma del incienso mezclado con el penetrante olor de las flores, volvió a perderse en sus pensamientos. Otro hombre debería estar a su lado, y entonces habría sido un sueño. Pero los sueños, como las ilusiones, se desintegraban como pompas de jabón: los primeros al despertar y los otros contra los angostos límites de la realidad. La vida no era tan romántica e idílica como en los cuentos de hadas, donde las penurias, los abusos de hombres malvados y los pesares se disolvían mágicamente con el toque de una varita mágica, o con la oportuna llegada del príncipe azul. Ella lo había perdido, a su príncipe, y hacía tiempo que había dejado de creer en sueños y cuentos de hadas. Suspirando, agitó las pestañas para contener el llanto y se dio cuenta, decepcionada, de que el sacerdote se estaba dirigiendo a ella.

Saliendo de sus inoportunas disertaciones mentales, miró mortificada a Ruggeri.

—Debes responder, Valentina —le instó éste con una sonrisa comprensiva. Su expresión, sin embargo, mostraba cierta ansiedad, como si quisiera precipitar la conclusión de la ceremonia nupcial—. Tened paciencia —le rogó al sacerdote—, la novia está bastante afectada, ¿podrías repetir, Padre?

Éste, un tipo corpulento que parecía un lozano cocinero, más que un ministro de Dios, dirigió una mirada crítica a la distraída doncella y, con voz cantarina y con su mente puesta en el succulento banquete que el querido barón le ofrecería a él y a los demás invitados, se dispuso a reformular la pregunta de rigor.

—¿Tú, Valentina Forte, tomas a Rocco Ruggeri, aquí presente, como tu legítimo esposo según el rito de la Santa Madre Iglesia?

Con la mirada clavada en la verruga que desfiguraba la nariz del celebrante, tragó saliva y se humedeció los labios resecos. Con un esfuerzo de voluntad contuvo su renuencia y estaba a punto de pronunciar su sí vinculante cuando el portón se abrió con tal estrépito que todos los presentes, incluso los novios, se volvieron al unísono.

La atención general se centró inmediatamente en el hombre que había causado aquel alboroto.

—¡No te cases con él, Valentina! —gritó a todo pulmón el recién llegado al extremo opuesto del pasillo, y cuyo rostro permanecía en sombra.

El tiempo parecía haberse detenido mientras ella miraba absorta al que había interrumpido la ceremonia. Más allá del espacio que los separaba, reconoció la alta figura silueteada en el rectángulo dorado del sol que resplandecía en el exterior. Luca avanzó a duras penas, adentrándose en el halo luminoso proyectado por los gruesos y ornamentados cristales que se alternaban en las paredes de la iglesia. Exhalando una trémula exclamación, tuvo la sensación de morir y renacer, exactamente igual que el mismísimo ave fénix de sus cenizas. Era el último ser del mundo que imaginaba que irrumpiría en la basílica. Se aferró a su reclinatorio para apoyarse, abrumada por la tensión que le anudaba la garganta. Miró a Ruggeri y no le sorprendió que éste estuviera lívido.

—¿Qué pasa? —preguntó el sacerdote, tan desconcertado como los presentes—. ¿Y quién es ese individuo?

—¡Un pelmazo, un don nadie por el que no vale la pena preocuparse! —exclamó el barón.

—¡Ruggeri! —gritó Luca—. ¡No podéis desposaros con esa mujer!

Las pobladas cejas del barón se juntaron en una mueca de enfado.

—¿Por qué no voy a poder? —replicó irritado, endureciendo las mandíbulas.

—¡Porqué me pertenece! —sentenció el otro, con la voz que retumbaba clara entre las

naves del templo.

Las exclamaciones de asombro de la multitud enfurecieron aún más a Ruggeri. Aborrecía hacer el ridículo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. Ya podía apreciar una mezcla de curiosidad y malicia en los rostros de sus más allegados, y por un instante estuvo tentado de ceder a la ira, lanzándose sobre Montalto para echarlo de allí con cajas destempladas.

—¡Si eso creéis debéis estar loco! —se revolvió contra él.

—¡Vos lo estáis si habéis cultivado la efímera esperanza de arrebatármela! Ella es mía, y nadie, mucho menos vos, puede reivindicar tal derecho.

Lanzándole una mirada tan furibunda que casi fulmina a su rival, Ruggeri perdió los estribos.

—¿De veras? ¿Y quién lo dice?

—Yo, y Valentina os lo confirmará si os molestáis en preguntárselo.

Las cabezas de los asistentes se movían de un lado a otro en función de cuál de los dos hombres tomaba la palabra. Estaba claro que algo gordo iba a ocurrir; aquel intercambio de frases, además de insinuar que la ceremonia corría el riesgo de degenerar en una trifulca, estaba resultando más emocionante que un estreno en el San Carlo de Nápoles. Fuera cual fuese el resultado del duelo verbal entre aquellos rivales por el amor de la misma mujer, nadie pensaba dejar escapar ni un monosílabo. Las damas escuchaban con ávida curiosidad lo que el barón y el antagonista se decían, para luego contárselo a las amigas que no habían sido invitadas.

Uno de los testigos se acercó al barón y le habló en voz baja, pero éste, furioso, hizo un gesto reprobatorio.

—¡No te metas! Y no montemos un escándalo: ¡puedo arreglármelas yo solo con él! —Pero fue incapaz de poner en marcha las medidas que pensaba utilizar para deshacerse rápidamente de él.

Luca le precedió con una sincronía perfecta y su voz, cuando suplicó a Valentina que no prolongara aquella locura, resonó saturada de vibrante pasión.

— Amor, ¡pon fin a esta farsa y vente conmigo! Dios me ha hecho venir a tiempo para evitar que cometieras un error irreparable, y tú debes cumplir su voluntad.

Valentina no podía reaccionar y temía desmayarse cuando sus miradas se cruzaron: era como si todo y todos se disolvieran en una niebla y sólo quedaran ellos, solos e inermes por la fuerza de los sentimientos que uno sentía por la otra.

—¿Creías que me había dado por vencido —ahora se estaba entusiasmando—, o que te dejaba en sus manos? En presencia de ese Cristo puesto sobre el altar, te pido humildemente perdón por el dolor que te he infligido. He obrado mal y estoy aquí para reparar mi insensata arrogancia, pero, te lo ruego, no nos condenes a ambos a la miseria.

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—¿No me has castigado lo suficiente? Mis sentimientos por ti casi me destruyen y me avergüenzo de los males que has sufrido por mi culpa. No podría vivir mucho tiempo sin tenerte a mi lado.

—Oh, Luca... —ella se secó las lágrimas.

—Te lo imploro, amor mío, basta de rodeos. El carruaje está estacionado afuera para llevarnos juntos de vuelta a casa.

Valentina posó su mirada sobre el trío formado por Rosa, Regina y Golia, los únicos que, para sorpresa suya, le sonreían imperturbables. Descubrió, asombrada, que unas filas más atrás, las monjas, todas presentes, le dedicaban inequívocos asentimientos de aprobación: la más bulliciosa, como de costumbre, era sor Pacífica, que incluso movía los brazos.

—Caterina es tu verdadera madre —continuó Luca en ese momento—. Y te espera con impaciencia. No permitas que el orgullo te engañe. ¡Que el cielo me ayude, te quiero tanto que moriría si te perdiera!

—¡No hagas caso! —exclamó Ruggeri, alarmado por lo que había surgido en su rostro. Estaba claro que ella estaba sumamente confundida y a él le entró el pánico: podía decidir impulsivamente, en el particular estado de ánimo en que ella se encontraba, y que la hacía vulnerable ante aquel otro hombre, ¡maldito sea! No podía fingir consigo mismo: Luca seguía ejerciendo un fuerte control sobre Valentina, cuya atención estaba clavada en el hombre que amaba.

—Amor mío, no me hagas suspirar más.

Valentina reprimió un sollozo.

Ruggeri contrajo las manos cuando se apoderó de él la certeza de que Montalto estaba ganando la batalla, y todo en él se rebeló ante la perspectiva de tener que renunciar a la mujer que tanto quería, que tanto anhelaba. Y como la amaba más de lo que había supuesto cuando quiso seducirla y hacerla su amante, resolvió no detenerla si su elección era seguir al otro hombre.

Valentina intentó recomponerse, pero nuevas lágrimas inundaron sus ojos, deslizándose por sus mejillas ¡Caterina era su madre! De pronto recordó la angustia de Corsini, y comprendió que era para hacerle saber la verdad por lo que había insistido tanto en que acudiera a ella.

Su madre... ¡Caterina era su madre!

Mientras asimilaba la increíble noticia, pensó que el destino había sido tan mezquino con ella que se había sometido a aquel matrimonio para eludir y sofocar aquel amor que no le dejaba escapatoria. Pero si ahora la vida le compensaba todas las penurias que le había reservado, dándole la inmensa alegría de devolverla a la que legítimamente podía llamar *mamá*... Sonrió entre lágrimas: Rosa y Caterina, madres extraordinarias a las que amaba entrañablemente, y en igual medida. ¿Qué hija podría aspirar a tener dos madres como ellas? Y tenía el amor de Luca, ¿qué más podía exigirle al destino?

Ante la mirada atónita de los presentes, se produjo un acontecimiento que desencadenaría las lenguas de las comadres durante muchos años: la novia levantó los ricos volantes de su vestido y, con el rostro radiante, se lanzó con el ímpetu que sólo el amor verdadero puede infundir hacia los brazos abiertos de par en par del hombre que la esperaba confiado en el umbral del portón. Y él, tras estrecharla contra su corazón, la besó con un ardor que hizo resplandecer a todas las mujeres presentes. Luego la levanto y bajo corriendo el corto tramo de escaleras, la depositó en los asientos del carruaje detenido en el patio, y entro a su vez, cerrando la puerta tras de sí.

Y mientras los caballos partían al galope, una bandada de palomas revoloteó a su paso, sancionando con un vivo batir de alas el feliz epílogo de una maravillosa historia en la que el conflicto presagiaba lo peor. Pero al final, por supuesto, el amor había triunfado.

[1] El despluma palomas.

[2] *Pregadio*. *Prega dio*, reza a dios. Nombre popular en algunas regiones del centro de Italia de la mantis religiosa.

[3] Con vestido dominó, o simplemente dominó, se identificó en el siglo XIX a cierto tipo de atuendo utilizado, una capa con capucha, acompañado por una máscara.

[4] Fue un periódico milanés, publicado quincenalmente (1818-1819).

[5] Antiguo castillo situado en la cima de la colina de Brno, actual República Checa, y que fue considerada la prisión más dura del Imperio austrohúngaro.